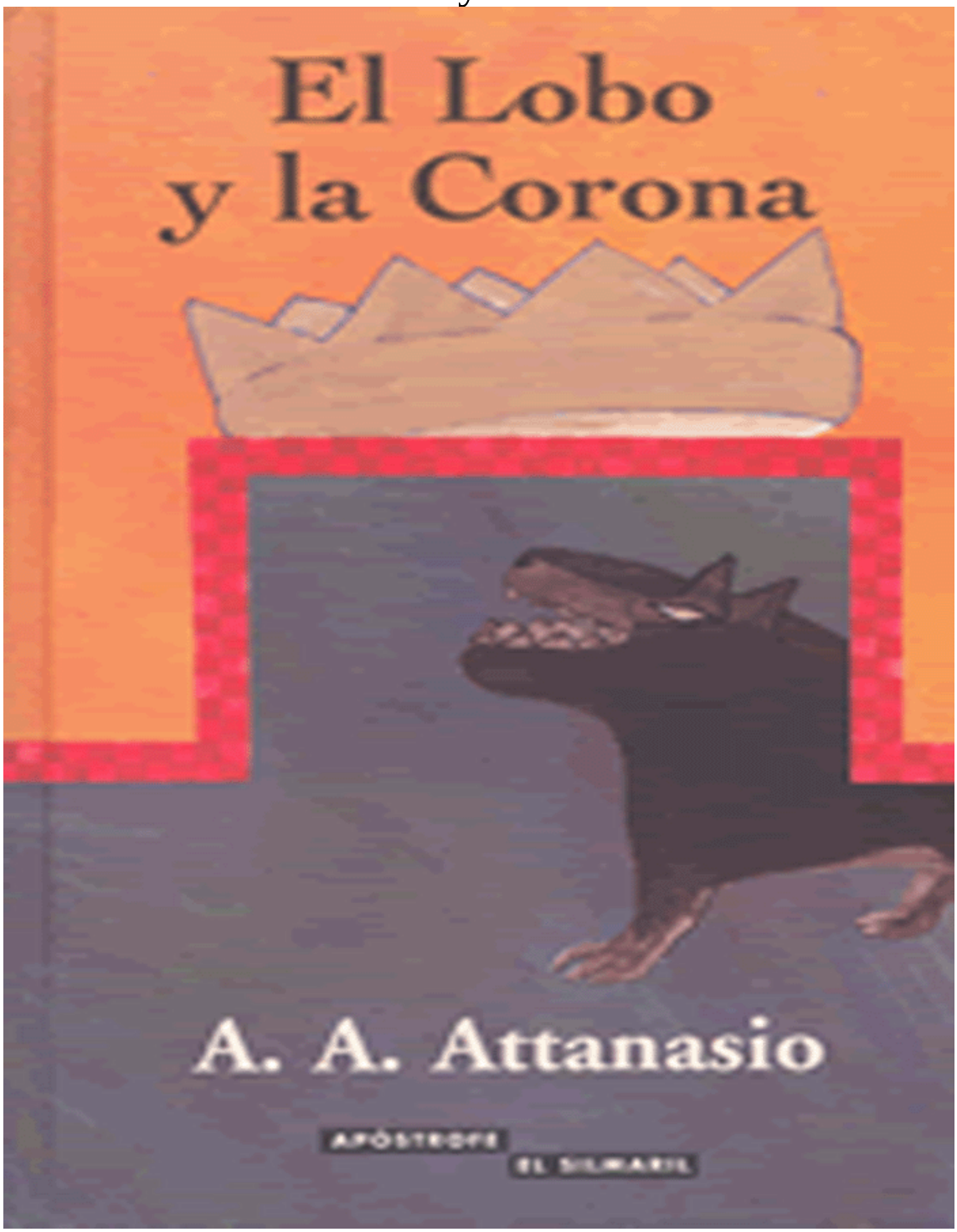
A. A. ATTANASIO
EL lobo y la corona



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para mis hermosas guerreras,
Alexis y Zoë.

Librodot

Abandonados por nuestros sueños,
sin otro ropaje que nuestras historias,
sin más alimento que las estrellas,
las cuatro direcciones por abrigo y protección,
y el espíritu de todo lo que amamos por nuestro único compañero,
vivimos como guerreros de una Orden peligrosa,
campeones de ternura
que por la virtud batallamos en la guerra implacable de la supervivencia.

VERANO:

Un castillo espiral
en el bosque doloroso

Librodot

Arthor Saca la Espada

La espada surgió tan fácilmente de la piedra que Arthor sólo pudo quedarse allí, de pie, asombrado, con la empuñadura de oro en su mano temblorosa y la hoja argéntea resplandeciendo a la luz del sol. Trató de devolverla de inmediato a la roca negra en cuya hendidura permaneciera tanto tiempo inmóvil, imperturbada. Pero la roca no aceptaría la hoja ya más. La espada se le deslizó del puño y habría repicado en aquella piedra como un yunque y caído al suelo, si no la hubiera agarrado con premura otra vez.

La empuñadura de oro parecía preternaturalmente destinada a su palma y sus dedos, y la hoja cortaba ligera el aire como una extensión natural de su brazo. Desde la distancia al pie de la colina, abajo en las faldas de Mons Caliburnus, una pequeña congregación de gente profería gritos y alaridos al ver la espada tan simplemente extraída de la piedra. Eran éstos los espaderos y sus patrones, los mercaderes y guerreros que habían acudido a Camelot para el tercero de los festivales quinquenales que conmemoraría el emplazamiento de la espada en la roca por el mago Merlín.

Sólo momentos antes, Arthor había intentado comprarles una espada para su hermano Cei, que había estropeado su arma en el camino peligroso desde White Thorn, su morada en Cymru. Los espaderos se habían burlado de él, un andrajoso sirviente sin una moneda ni nada de valor que darles a cambio.

Él había marchado monte arriba, desalentado, arrastrando los pies y pateando pequeños arbustos y dientes de león entre el trébol amarillo. Ni siquiera habría tratado de tocar la espada, si no hubiera recordado haber visto esta arma milagrosa en otra ocasión.

Justo unos días atrás, en su viaje a Camelot, Arthor había sido desviado hacia los montes huecos, el reino de la pálida gente de la tradición celta conocido como los Daoine Síd. Estos dioses célticos no eran sólo tradición —eso lo sabía ahora—, por el contrario, eran muy reales y tal conocimiento turbaba dolorosamente su mente cristiana. En los montes huecos, había visto maravillas que sacudían los mismísimos fundamentos de su fe: seres feéricos que pretendían engañarlo y lamias vampíricas que casi lo despedazan; Noche Brillante, príncipe de los elfos, había conversado con él; y peor aun, había confrontado al dios vehemente que las tribus del norte llaman Furor y observado con espanto su enloquecido ojo único. El Furor lo habría destruido allí mismo de no haber sido por Merlín, que apareció en el último momento para blandir esta espada milagrosa y detener a la rabiosa divinidad. Arthor escapó, así, con su vida intacta... y su cordura casi destrozada.

Esta era aquella espada, comprendió mientras la tajante verdad lo pasmaba y se veía obligado a apoyarse en la piedra negra. *¿Era un sueño?,* inquirió de su alma amedrentada. *¿Es esto un sueño?*

Las voces clamorosas que gritaban desde abajo le confirmaban que estaba despierto. Y la luz del sol rebotaba en la hoja clara para herirle los ojos y grabarle al fuego en el cerebro la forma precisa que Arthor recordaba de su tránsito furtivo por el inframundo. *¿ Cómo puede ser?*

Los espaderos y guerreros llegaban corriendo desde abajo y gritándole: "¡Muchacho! ¡Muchacho! ¡Deja esa espada!"

Él quiso obedecerles de inmediato. Pero, de nuevo, la piedra se negaba a recibir la hoja. Se volvió y alzó el arma, con un desventurado encogerse de hombros, para mostrar que había tratado de hacerlo y había fallado.

Merlín y Arthor

La airada multitud se aproximó amenazadora; después sus gritos cesaron de golpe. Arthor pensó por un momento que la belleza de la espada los había silenciado. De pronto, una voz oscura surgió de detrás de él, haciéndole saltar y casi perder la hoja.

"¡La espada ha sido extraída!"

Merlín apareció por el precipicio de Mons Caliburnus, como sostenido por alas invisibles. Sus ropas azul medianoche tremolaban con la brisa del río y su sombrero de alas anchas, con su cima cónica, le arrojaba una sombra oscura sobre el rostro.

"¡La espada ha sido extraída! ¡Doblad la rodilla ante vuestro rey!"

"¡Pero si es un muchacho!", gritó uno de los guerreros en el mismo momento en que la mayoría de la gente cayó reflejamente de hinojos ante la imponente presencia del mago.

"Éste no es cualquier muchacho." Merlín se acercó a Arthor y le puso su largo brazo sobre los hombros. Vestido con un jubón de cáñamo, el cabello corto y tieso como un erizo, y su pálida faz de rosadas mejillas con la quijada flácida de puro sobrecogimiento, Arthor parecía en efecto un bisoño mochil. "Este joven es Aquila Regalis Thor, alto rey de toda Britania. ¡Arrodillaos ante él o quedad desterrados!"

El imperativo en la voz vibrante de Merlín puso a todo el mundo de rodillas. Arthor, mudo de asombro, se volvió para mirar al mago. Tan de cerca, podía ver el hilado carmesí de los símbolos astrológicos y emblemas alquímicos en la urdimbre azul. Y bajo la sombra del chapelo, descubrió un perfil fuerte y añoso, pálido y cacarañado como si hubiera sido esculpido en piedra.

"No digas nada", le susurró el mago. "Sostén la espada en alto y marcha monte abajo hasta tu palafrén. Con lentitud. Recuerda, tú eres el rey. Condúcete con porte regio."

Arthor obedeció, aunque su corazón le farfullaba en el pecho y velaban su mente dudas y multitud de interrogantes. Todos los ojos dirigidos hacia él lo contemplaban atónitos y maravillados.

Ninguno se atrevió a hablar, excepto un aprendiz de espadero, un muchacho no mayor que el mismo rey, que gritó dócilmente: "¡Larga vida al Rey Arthor!"

El sonido de su nombre maridado al título de *rey* le oprimió el corazón aun más fuerte en el pecho dejándolo casi sin aire y estupefacto. Y, si hubiera podido hacerlo, habría bendecido a aquel aprendiz de herrero por no burlarse de él.

Merlín abrió camino monte abajo hacia el caballo de Arthor, de cuya silla colgaba aún el escudo mellado del joven. La abollada imagen de la Virgen Bendita miró tristemente a Arthor mientras éste marchaba rígido hacia delante, la espada en alto. El ver a la Santa Madre le recordó al joven guerrero las muchas batallas en que había luchado por su padre adoptivo Kyner, jefe de los celtas cristianos, y bajó la deslumbradora hoja.

"¿Qué estratagema es ésta?", inquirió Arthor e hizo gesto de entregarle el arma al mago.

"Estratagema ninguna, Arthor", replicó Merlín tomando por la brida el caballo gris y conduciéndolo alrededor de una erupción de moreras y limeros. "Has extraído de la piedra la espada Excálibur. A partir de este momento, eres el rey legítimo de toda Britania."

"¿Yo?" Arthor sacudió la cabeza. "Imposible. No soy sino el sirviente de lord

Kyner. Soy un bastardo, vástago de una violación, engendrado por un saqueador sajón en una anónima campesina de Cymru."

Merlín dirigió sus argénteos ojos fríos al muchacho tembloroso y dijo serenamente: "No, Arthor. No eres ningún bastardo, ni el resultado de un violento ultraje. Eres el hijo único de Uther Pendragón e Ygrane, reina de los celtas."

Camelot

Sobre la garganta verdeciente del río Amnis, en una meseta elevada, la inacabada ciudad-fortaleza de Camelot se hallaba rodeada de campos cubiertos por los bloques de los picapedreros.

Las incompletas cortinas de muralla, almenas, las torres aún en esqueleto contemplaban en las laderas un carnaval de tiendas y de cromáticos pabellones, mientras el tercero de los festivales quinquenales estallaba jolgorioso. Músicos y juglares divertían a las masas de britorromanos y celtas congregados en la amplia campiña esmeralda para celebrar su unión contra las tribus de paganos invasores.

Un rápido jinete cargó a través dé los campos de juego, donde diversos competidores probaban su destreza con el arco, en el tiro de la jabalina y el arte de la espada. Gritos de protesta siguieron al jinete hasta que la multitud oyó lo que aquél anunciaba: "¡La espada! ¡Excálibur ha sido arrancada de la piedra!"

Los flautistas, músicos y acróbatas, entonces, quedaron quietos y en silencio, y murmullos excitados recorrieron la festiva muchedumbre alrededor de las mesas de banquetes y de los coloristas pabellones de juego. Toda actividad —carreras de cerdos, el tira y afloja de la cuerda, danzas, tiro al blanco y competiciones a caballo— se detuvo al instante. Bajo los orgullosos chapiteles, los pisos del andamiaje contra los parapetos y los terraplenes a medio construir, las ondas de una excitación callada se imponían a la turba festejante.

"¿Es eso verdad?", preguntó Severus Syrax, cuando el jinete se deslizó de su corcel y se inclinó ante el pabellón de comandantes, cuyas lonas exhibían tanto símbolos cristianos como emblemas célticos ornadamente nudosos. El adusto *magister militum* de la gran ciudad de Londinium había sido el primero en emerger abruptamente del pabellón a los gritos del heraldo. Sus rasgos persas, perfilados por las líneas precisas de su barba oscura y sus rizos negros elegantemente peinados, vibraron de sorpresa. "¿Quién ha sacado la espada?"

"Un muchacho, mi señor *magister",* jadeó el jinete. "Un muchacho con un nombre muy largo... Aquila Regalis Thor..."

"¡Arthor!", gritó Kyner estupefacto. El corpudo jefe celta, que vestía una túnica blanca blasonada con la cruz escarlata, surgió del pabellón y se alzó tras el viperino Severus Syrax. Los árticos ojos azules del celta se abrieron más y más al ver que el mensajero hablaba seriamente y la áspera mano del guerrero ascendió hasta la boca y cubrió su mostacho ponderoso como si quisiera contener un grito atónito. "¿Mi hijo...Arthor?"

Severus Syrax apartó al jadeante jinete y señaló con un dedo anuloso los pastos estivales por los que la figura larga, vestioscura, de Merlín se aproximaba portando de la brida a un palafrén. Y sobre el lomo del bruto... el joven Arthor, con la espada en alto.

"¡Santa Madre de Dios!", gritó Kyner como si lo hubiesen apuñalado. *"¡Es* Arthor!"

Obediencia y Desafío

Merlín condujo al montado guerrero a través de una ingente turba festiva que lo observaba silenciosa y por los herbosos campos de torneo, donde los combatientes quedaban pasmados al ver a aquel tosco muchacho sostener Excálibur en alto con ambas manos. Se movieron lentamente como en regia procesión y sólo la severa presencia del mago impidió a la nutrida muchedumbre mofarse a gritos del joven en su jubón de cáñamo.

"¡Éste es vuestro rey!", anunció Merlín potente cuando hubieron alcanzado el espacio ante la puerta principal de la ciudad. Se detuvieron frente al gran pabellón de lona amarilla y oriflamas púrpura donde los señores de la guerra y los jefes permanecían en mudo estupor. "Éste es el que ha arrancado a Excálibur de la piedra. De rodillas ante vuestro señor, el alto rey de Britania, el hijo único de Uther Pendragón e Ygrane, reina de los celtas: ¡Aquila Regalis Thor!"

La voz poderosa de Merlín rodó por la campiña y estalló en ecos en la vacía fortaleza detrás de él. Al instante, la multitud cayó de hinojos. Sólo los señores de la guerra y los jefes reunidos ante el gran pabellón permanecieron de pie hasta que Merlín los miró; Kyner hincó dubitativo entonces una rodilla.

"¡Levántate, loco!", le espetó Severus Syrax. "¿No te das cuenta de que es un truco del mago? No es más que tu chico, Arthor."

Kyner no se movió. De repente, un millar de inocentes detalles ignorados durante los quince años pasados encajaron en la prodigiosa comprensión de que este muchacho, que él tomara por un descastado, el burdo vástago de un pagano y una campesina, era de noble origen. Incluso el verdadero hijo de Kyner, Cei, el cariancho bravucón que reprendiera a su hermano adoptivo todos estos años aconsejando al bastardo no abandonar su lugar entre los sirvientes, comprendió de golpe que Merlín decía la verdad porque había caído de rodillas antes que todos los demás.

Urien, el celta de la Costa, de pecho desnudo y cabello blondo como la sal, habló con fuerza: "Si este muchacho es en verdad el hijo de nuestra antigua reina Ygrane, tendrá para toda mi vida mi alianza. Pero he de oír la verdad de boca de la mujer que fue mi reina... y no de un hechicero."

El viejo Lot de las Islas Septentrionales, desnudos los hombros al uso celta y vibrante su gran mostacho con su áspera respiración, permaneció detrás de Urien y no dijo nada. Su pelirroja y brujesca esposa, Morgeu la Fey, no aparecía por ningún lugar.

"Y yo hablo por los señores de la guerra británicos", saltó Severus Syrax otra vez. "Hará falta algo más que un mago para elevar a este chico al trono. Y aunque sea el hijo de Pendragón y de Ygrane, no es más que una criatura. ¿Tan desesperados estamos como para ponernos en manos de un crío?"

Sólido y con una cabeza sin cuello como un bloque de piedra, Bors Bona se golpeó con el puño la coraza de cuero y gritó: "¡Un hombre probado queremos por rey!"

Marcus Dumnoni, el rubio comandante del Oeste, no dijo nada pero, cuando los demás se tornaron para marcharse, él los siguió. Instantes después de la presentación del Rey Arthor por Merlín, los campos habían empezado a vaciarse mientras los jefes y señores de la guerra reunían a sus gentes y tomaban el camino a casa en los diversos rincones del turbado reino isleño.

Kyner y Cei

Kyner y Cei se aproximaron al rey montado en su animal y se arrodillaron ante él con cabezas inclinadas. "¡Mi señor!", crujió dolorida la áspera voz del jefe celta. "¿Podrás perdonarnos que te hayamos tratado como a un sirviente toda tu vida?"

"¡Padre!" Arthor hizo gesto de desmontar y Merlín trató de disuadirlo con mirada reprobadora. El muchacho ignoró al mago y saltó de su montura. "Levántate, padre. Tú nunca has de inclinarte ante mí."

Kyner se negó a moverse y siguió con el rostro abatido y la mirada en el suelo. "Inclino la rodilla ante mi rey. ¿Me otorgarás tu perdón?"

"No hay nada que perdonar, padre."

"Yo no soy tu padre..." Kyner habló con débil voz. "Uther lo fue. Yo me he limitado a darte techo... un sirviente en mi morada. Estoy avergonzado de no haberte mostrado mayor caridad."

"¿Avergonzado?" Arthor entregó Excálibur a Merlín, que la aceptó reluctante y aferró el codo del chico con la mano libre. Arthor se zafó de él y se acercó al jefe arrodillado. "Tú me instruiste en las enseñanzas de nuestro Señor. Tú me obligaste a leer y escribir en griego y latín. Me llevaste contigo en todas tus misiones diplomáticas a Galia y me mostraste las cortes reales del ancho mundo. Y a pesar de mi actitud hosca, a pesar de mi ingratitud, me ofreciste un honroso lugar a tu lado en el campo de batalla. Me has tratado tan bien como a Cei, tu propio primogénito."

Cei gimió. "Mi señor... ¡ten misericordia de mí!"

"Cei, tú eres mi hermano."

El largo cuerpo de Cei se estremeció. "No te burles de mí, señor."

"¿Burlarme de ti?" Arthor se arrodilló ante ellos. "Sólo vosotros dos de entre todos los jefes y señores de la guerra me aceptáis como rey. Con esto, me habéis mostrado que sois realmente mi padre y mi hermano. Dure lo que dure mi reinado, nunca os consideraré menos que eso."

Merlín tomó del hombro a Arthor y lo puso físicamente de pie. "Eres rey. Tú no te inclinas ante nadie más que Dios."

"Entonces levantaos... hermano, padre", dijo Arthor y se libró de Merlín con una mirada de enojo. "Erguíos, que pueda ver vuestros rostros otra vez."

Kyner y Cei obedecieron. Lágrimas le velaban al jefe sus ojos de lobo ártico al mirarlo con orgullo bajo su frente prominente. El rostro ancho, macizo e imberbe de Cei se veía lívido y temeroso.

"Tenéis que ayudarme", les dijo Arthor mirando con urgencia de uno a otro. "Yo no esperaba esta... esta inmensa responsabilidad. Yo... no sé qué hacer. Por favor, ayudadme. Vosotros me conocéis mejor que nadie. Si en verdad soy rey, tal como dice Merlín, entonces vosotros sois los mejores hombres del rey. No me abandonéis a este destino. Ayudadme a cumplir la misión que Dios ha puesto ante mí.

El Consejo de Merlín

Merlín tomó a Arthor por el codo y lo apartó del jefe celta y su hijo diciendo: "Debo hablar con el rey en privado."

Arthor intentó librar su brazo, pero la tenaza del mago era inquebrantable. "Lo que tengas que decir, Merlín, dilo ante estos buenos hombres, mi padre y mi hermano."

"En *privado,* mi señor." La severa mirada en los ojos hondos de Merlín no admitía

protesta.

Arthor se encogió apologéticamente de hombros y permitió que Merlín lo guiase junto a las torres inmensas y a través de la puerta abierta al concurrido interior de Camelot. Dejaron atrás carretadas de bancos y taburetes, y el mago portó al joven a la estancia central. La enorme cámara estaba llena de las entoldaduras y cobertizos de labor de los albañiles.

"Desde aquí, gobernarás tu reino", dijo Merlín señalando con un gesto grande de Excálibur la arquitectura en ascenso. "Si puedes unir Britania." Notó de pronto la espada en su mano y se la pasó al joven. "Ten, toma esto. Es tuya... y la necesitarás."

Arthor aceptó el arma con ambas manos. En el espejeante azul del plano de la espada, vio su rubia faz demasiado joven para la barba y su cabello atejonado brotando en rebeldes púas. "¿Yo, rey?" Contempló a Merlín con esta pregunta sinceramente impresa en sus ojos ámbar. "¿Por qué?"

"Tú eres el hijo, el hijo único, de Uther Pendragón y de Ygrane, que fue reina de los celtas." Merlín se quitó el sombrero y reveló un rostro hórrido, un largo cráneo cetrino y ojos de cristal roto en órbitas profundas como cuencas de dragón. "Te oculté en White Thorn con Kyner para que estuvieras a salvo de tus enemigos... en especial de tu media hermana, Morgeu la Fey, que te habría asesinado."

A Arthor se le encogió el estómago al oír nombrar a la hechicera Morgeu. "Vino a mí..." Su propia voz le suena lejana.

"Sí, ya lo sé." Merlín tomó al chico por los hombros con sus manos arañiles y lo sentó en un banco de carpintero. "Ella misma me lo ha dicho."

"Me sedujo, Merlín." El rostro ya lívido del muchacho palideció aún como el de un cadáver. "Yo no lo sabía... Creí que era otra persona... Yo... yo... me acosté con ella en la noche... era oscuro..."

"Escúchame, mi señor." Merlín se inclinó hacia él y su rostro ajado colmó la mirada de Arthor. "Lo que hiciste lo hiciste sin saberlo. Pero lo que está hecho hecho está. Morgeu la Fey porta tu hijo."

"¡No!" La espada habría caído de la mano de Arthor, si Merlín no la hubiese cogido y la hubiese apretado de nuevo contra la palma del muchacho.

"Sé fuerte, mi rey. ¡Sé fuerte!" Merlín se sintió tentado a usar su magia en el joven, pero sabía que ésta no tendría un efecto duradero. "Este es el dolor que conlleva la verdad de tu destino como alto rey de Britania. La salvación de nuestro pueblo tiene un precio."

"¿Por qué?" Lágrimas rezumaron de los ojos de Arthor. "¿Por qué lo ha hecho? ¿No comprende que nos ha condenado a los dos al infierno?"

"Oh, lo comprende perfectamente, mi señor." Merlín sostuvo la temblorosa mirada del muchacho con un mirar helado. "Y ahora eres tú quien debe entender, joven monarca, que quien quiera servir al cielo ha de conquistar primero el infierno."

EL Séquito del Rey Arthor

Procediendo con paso soberano, dos elefantes pintados con colores chillones y extravagantemente empenachados avanzaron por la senda empedrada dejando en su estela una abigarrada procesión de trompeteros, tamborileros, acróbatas, malabaristas, histriones, bufones, comefuegos y tragaespadas. El bullicioso desfile se aproximó a Camelot por la vieja vía romana desde el Amnis, donde había descendido de una barcaza dorada, decorada con cabezas de gorgonas y serpientes de escamas de oropel.

Al cruzar el villorrio fluvial de Cold Kitchen haciendo volar sus cometas de alas aduendadas y sus mangas de viento, encontraron al cortejo de Severus Syrax en su partida hacia Londinium. La festiva cuadrilla arrastró a sus seguidores en su marcha jubilosa y los portó a todos de nuevo a Camelot.

Tal había sido el plan de Merlín cuando se le ocurrió enviar mensaje a las cortes de las desgarradas Galias anunciando que Britania coronaría un monarca aquel estío. Había invitado a todos los artistas cortesanos que quisieran la protección del nuevo rey a acudir a Camelot y exhibir sus habilidades. El espectáculo de los trompeteantes elefantes y de los artistas vestidos de sedas flagrantes y lentejuelas divirtió incluso a las endurecidas tropas de Bors Bona y el señor de la guerra hizo señal a su ejército de retornar a los campos de Camelot.

Severus Syrax mismo se quedó atónito sobre su negro corcel árabe. Fabulosamente vulgar y grotesca la procesión al hacerse visible —con osos que danzaban a la orilla del camino y malabaristas que arrojaban sus antorchas y destrales—, el *magister* reconoció la gloria que fluía hacia Camelot... y hacia el rey. Eran éstos los habitantes de un eterno carnaval, la celebración de poder que perteneciera en otro tiempo a Roma y que ahora se entregaba libremente al crío-rey. Syrax no osó volverle la espalda a estas galas. La mayor esperanza de desacreditar a Arthor estaba en estos bullangueros, cuya punta de insania podría muy bien hender la ilusión de nobleza que Merlín se esforzaba por tejer alrededor del chaval que había elegido por monarca.

Molesto, Severus Syrax dio vuelta a su corcel e hizo señal a sus hombres de volver al campamento recién abandonado.

Incluso los habitantes de Cold Kitchen, que se habían acostumbrado al ir y venir de nobles personajes a Camelot durante los quince años de su construcción ininterrumpida, permanecían fascinados a la orilla del camino mirando a los encantadores de serpientes, cada uno de cuyos miembros era un pulular de víboras, o a aquellos volatineros que marchaban diestros sobre zancos. La aldea se vació enseguida y sus residentes siguieron el circense desfile hacia los campos festivos de Camelot.

Merlín se hallaba con Arthor en la cima de un andamio de madera contra el colosal muro de piedra que dominaba la vasta campiña; allí, los dos elefantes se habían detenido y se arrodillaban ante él. El muchacho estaba boquiabierto ante la turba multicolor de artistas que se inclinaban en silente respeto ante su nuevo señor.

"¿Qué clase de juego es éste, Merlín?", preguntó Arthor con una mirada de creciente alucinación, fijándose en la muchedumbre arlequín de mimos, bufones, contorsionistas, funámbulos y juglares entre la masa bulliciosa de perros amaestrados, osos y aves de plumaje fastuoso.

Merlín fingió sorpresa ante la pregunta del muchacho: "Pues qué, mi señor, éste es tu séquito... una pompa digna de un rey."

Histriones, Pícaros, Vagabundos

El rey Arthor, con Merlín a su costado, se sentó en un macizo trono de cedro instalado sobre una plataforma bajo un palio púrpura. Protegido así del sol del mediodía que bañaba el espacio ante la puerta principal de la ciudadela, pasó revista a aquellos animadores que habían viajado desde la Galia para servir en su corte. Vestía un manto carmesí orlado de armiño que Merlín le había proporcionado y, sobre su hirsuto cabello castaño, una corona como de hojas de laurel hecha en oro. Sostenida laxamente por una mano y reposando en su pecho, la espada Excálibur reforzaba su apariencia regia,

aunque, a todos los que lo observaban, a pesar de su indumentaria, el rey les parecía simplemente lo que era: un burdo muchacho de quince estíos.

Tras pasar por delante del rey, los pintados y emplumados elefantes, los osos danzarines, la tropa de perros sabios y los numerosos artistas duchos marcharon hacia los campos de juego, donde se mezclaron en arremolinada muchedumbre con el resto de los celebrantes y los soldados celtas y británicos. Ya se habían encendido las antorchas y se había reunido la leña para las grandes hogueras que iluminarían el nocturno festival. Los fuegos de los cocineros humeaban bajo la cortina de muralla y en las mesas del banquete, que reposaban sobre barriles de hidromiel, se apilaban altos montones de carnes asadas, cestos de pan, bandejas de verduras y ánforas de vino frutal.

Merlín se enorgullecía al ver que cada uno de los jefes y señores de la guerra que amenazara con marcharse se había quedado al final. Sus banderas y oriflamas ondeaban en la brisa balsámica sobre sus campamentos, y música y risas bullían bajo nubes como castillos estivales.

Los últimos del séquito en presentarse ante el rey fueron los histriones y pícaros y, escondidos entre ellos, los vagabundos sin oficio ni habilidad. Merlín fue rápido en identificar a los capigorristas e hizo señal a los hombres de Kyner, que servían como guardia del rey, de que los interceptasen. A cada uno se le dio una hogaza de pan y una bota de vino, y el grupo fue subido a un carro que lo llevó de vuelta a la barcaza en las orillas del Amnis.

Ninguno de los vagabundos protestó excepto un enano, un diablillo de rizos rojizos que portaba un mono de piel negra y rostro plateado en sus hombros gibosos. Correteó entre las piernas de los soldados que intentaban atraparlo y saltó a la plataforma en la que se hallaba Arthor. Merlín tomó su bordón, dispuesto a alejar del rey al pequeño hombre y su bestia... aunque fuera a golpes.

"No me pegüez", advirtió el enano con extraña cacofonía y meneando un nudoso dedo, "¡o hadé lo que nueztdo Ceñod aconcejua y ponddé la otda mejiyua!" Giró en redondo y presentó su pandero al mago.

Con una carcajada, Arthor detuvo la mano de Merlín. "¿Cuál es tu nombre, enano?"

"¡Señor!", objetó ásperamente Merlín. "Éste es un chiflado, indigno de tu real presencia. Ordena que se lo lleven."

El enano saltó alrededor y replicó al instante: "Zoy Dagonet. Ézte ez Ceñod Mono. Y tú edez obgüiamente un dey que poddía ced un muchuacho. ¡Qué gduaciozo! Tienez zuedte de que eztemoz aquí pada endedezadte."

Bedevere

Al rey Arthor le gustaba la apariencia de Dagonet. El enano tenía un rostro largo e imberbe salpicado de pecas, la faz de un muchacho. Su pronta sonrisa y sus cándidos ojos zarcos no admitían malicia alguna y el rey lo llamó a su lado. "Dime, Dagonet, ¿cómo te encontraste con Lord Mono?"

"Nececitaba un amo dignuo..."

Merlín no quiso oír más. Dirigió al enano una mirada ceñuda, tomó su bordón y abandonó la plataforma. A Arthor le complació quedarse a solas con alguien cuya conversación le gustaba y no puso objeción a la partida del mago.

Entre los recién llegados de Galia, Merlín había descubierto a un hombre manco, impecablemente vestido con pantalones de pana marrones, botas de montar de cuero

rojo, un *crys* azafrán y una túnica de mangas cortas con una de ellas sujeta a la costura del hombro por un broche con forma de garra de águila, hecho en plata negra. Al costado, portaba un *gladius,* la espada corta y filosa usada por los antiguos romanos. Su porte y las mataduras en su cabeza calveciente, debidas al uso del yelmo, le decían al mago que este hombre no había perdido su brazo derecho por accidente, sino en combate.

Merlín observó al extraño el tiempo suficiente para ver que comía y bebía con moderación, que respondía apreciativamente a los músicos talentosos, que evitaba a los escandalosos y que observaba con cuidada atención todo lo que ocurría alrededor de él.

Tan pronto como el hombre percibió que lo seguían, Merlín se le aproximó. Siempre cauto, el soldado manco se volvió de tal modo que su espalda quedaba protegida por un pilón de bloques de piedra sin labrar y se inclinó con seca deferencia. "Mi señor Merlín."

"Se me antoja que eres un hombre de armas independiente." El mago se apoyó en su bordón e inclinó la cabeza de modo que el extraño pudiera ver los rasgos demónicos de su semblante. Si el soldado sintió miedo de su aspecto, no lo mostró. "¿Por qué has venido a Camelot?"

"Para servir al nuevo rey", respondió al instante con seca voz y lúcido latín. "Soy Bedevere, del reino caído de Odovacar. En mi alforja tengo cartas de presentación de mis antiguos señores: nuestro santo padre, el papa Gelasius; su sirviente Teodorico, rey de los Ostrogodos; y Clovis, el cuñado de Teodorico y rey merovingio."

"Has servido a tres grandes líderes, Bedevere", dijo Merlín permitiendo que cierta suspicacia le tiñese la voz. "¿No fuiste capaz de fidelidad hacia ninguno de ellos?"

Ni un indicio de ofensa turbó el plácido semblante de Bedevere. "Soy fiel a la necesidad de aquellos a quienes sirvo. Di mi brazo derecho defendiendo a nuestro santo padre contra los hunos y le serví hasta que la muerte nos separó y mi reino ancestral de Odovacar cayó ante los vándalos. Asumí luego la causa de los francos salios, cuya hueste formaban únicamente campesinos libres, sin nobleza ni caballería. Serví a sus bravos jefes, a Teodorico y a Clovis, hasta que se hubieron vengado de todo lo que yo había perdido por causa de los paganos. Ahora están seguros en su alianza con los burgundios de Aquitania y mis servicios se habían vuelto más diplomáticos que marciales. He venido aquí, a la frontera de la cristiandad, para ofrecer mi espada al rey que enfrenta un hado fatal, pues mi destino ante Dios es luchar por los desesperados."

La Fiesta del Rey

Toda la noche, las festividades de Camelot continuaron sin merma. Canciones, danzas y risas colmaron las laderas prendidas de alegres fuegos y los campos de la meseta en que se alzaba el baluarte, y las altas torres dentadas de la inacabada ciudadela resplandecían de antorchas y linternas. El mismo rey Arthor descendió de la plataforma ante la insistencia de su nuevo amigo, el enano Dagonet, y danzó de un campamento a otro, mezclándose libremente con celtas y britones y mostrando favor a todos.

"Miradlo", refunfuñó Severus Syrax bajo su pabellón, donde sorbía vino con Marcus Dumnoni y Bors Bona, los señores de la guerra británicos. "Qué atolondrado. Es un crío atolondrado. ¿Es ése nuestro rey? ¡Bah!"

"Está bien que un rey pueda reír tanto como luchar", sugirió Marcus Dumnoni. "Arthor ha probado su valía en el campo contra los invasores. Kyner acostumbraba a llamarlo su martillo de hierro."

"¿Golpea acaso más fuerte que tú o que Bors Bona?" Severus Syrax se mesó infelizmente los cabellos de su barba negra. "Yo digo que no. Es rey sólo porque es el títere de Merlín. Y todos sabemos que el mago es un demonio impío."

"Cierto, Syrax, soy un demonio", la voz de Merlín restalló como el viento y los tres señores de la guerra se pusieron en pie de un salto con un repicar de sus copas, derramando el vino. Los guardias alrededor del pabellón de comandantes se volvieron sorprendidos, incapaces de comprender cómo el mago, un hombre por lo demás bien alto, los había burlado.

"¡Merlín!", grito airado Syrax, limpiándose el vino de su blusa de seda.

"Me llamas demonio, Syrax, y yo estoy aquí para responder a ello." Los ojos plateados de Merlín brillaban como añicos de luna. "Es verdad. Fui otrora un demonio de pies a cabeza, un íncubo que penetró en mi madre querida, santa Óptima. Pero ella no me despreció por la odiosa criatura que yo era. No. Me amó como nuestro Señor nos enseñó a amar todo lo creado por Dios... incluso a nuestros enemigos. Y así fui redimido por su amor y recibí esta forma humana para servir al Príncipe de la Paz y proteger al manso del poderoso. Tal es la misión de Arthor también y la razón de que yo le sirva."

Mientras hablaba, recuerdos humearon y ardieron en su mente despacio, quemándose con el tiempo... de forma que el tiempo mismo pulsaba como rescoldos, oscuro por el ardor de las pasiones que lo poseyeran cuando fuera Lailokén, un demonio inflamado por el odio a la vida. Como todos los demonios arrojados a la fría vacuidad con los ángeles, cuando los cielos desparramaron su luz por las tinieblas en el instante de la creación, había rabiado. Había destruido mundos, frustrado todo intento de los ángeles de crear un santuario para la vida en este oscuro universo. Había odiado a los ángeles, que se llamaban a sí mismos Señores del Fuego. Había creído entonces, tal como el resto de los demonios creía, que los Señores del Fuego estaban locos al sancionar la vida en un cosmos de vacío, donde la luz de los orígenes disminuía hasta fundirse. Y habría seguido rabiando contra toda vida, si no hubiera aprendido el amor de la mujer que tratara de violar, Óptima, la santa cuya matriz recibiera su energía demónica y que, con la ayuda de los ángeles, le tejiera este cuerpo mortal de edad incierta...

El tiempo traqueteó retornando de nuevo a su ritmo natural y Syrax siseó: "¿Por qué te ocultas como un asesino?"

"¿Ocultarme?" La sonrisa de Merlín reveló irregulares dientes naranja como brasas y señaló con su bastón a los bullangueros acróbatas y bailarines que volaban a través de la noche del estío. "He caminado directamente hacia aquí para hablar por nuestro rey."

"Tu rey, mago", restalló Severus Syrax. "No el nuestro."

"Entiendo que tienes una alianza con los *foederatus,* Syrax", dijo Merlín con voz gélida refiriéndose a la confederación de jutos, pictos, anglos y sajones que controlaban las tierras bajas al este y sur de Londinium. "Así que quizás Arthor no es *tu* rey. Acaso prefieras rendir pleitesía al rey Wesc, comandante de los *foederatus!"*

"Tengo un tratado comercial con los *foederatus",* replicó Syrax altanero. "Pero soy cristiano. Ante un pagano, no hincaría nunca la rodilla."

"Bien. Tendrás la oportunidad de doblar la rodilla ante tu rey cristiano, entonces." Merlín recorrió con espaciosa mirada a los tres señores de la guerra. "Comprendo vuestra reluctancia a aceptar a Arthor como rey, pues es joven al fin y al cabo. Y, aunque ha sido probado en batalla, su capacidad de mando está todavía por verificar. De modo que esto os digo a los tres señores británicos, como se lo diré a vuestra contraparte celta: el mando de Arthor será puesto a prueba y no se le hallará falta."

"Tú lo dices, Merlín." Severus Syrax dirigió una rápida mirada a los demás en

busca de apoyo y vio que aquéllos contemplaban al mago con sobrecogida solemnidad; contuvo su lengua.

"En los próximos días", prosiguió Merlín, "nuestro rey partirá al norte para asegurar la frontera más vulnerable de nuestro reino, el territorio entre los muros Antonino y Adriano. Tras establecer allí su autoridad, recorrerá todos sus dominios y pedirá vasallaje a cada señor de la guerra y cada jefe del país. Aquellos que le prometan alianza tendrán un lugar en su corte. Y aquellos que no" —los ojos de Merlín se achicaron—"serán destruidos."

La Resaca del Rey Arthor

La música y risas continuaron hasta entrada la mañana, pero la fulgurante luz del sol que alanceaba las hileras de tejos irlandeses en las laderas orientales hería los ojos del rey Arthor infligiéndole una palpitante migraña. Se retiró a la ciudadela, buscando una alcoba oscura entre los caballetes de los obreros y los bucles colgantes de sus cables de cáñamo. La espada en la mano, se acurrucó en un rincón húmedo y se presionó la dolorida frente con la hoja fría.

La náusea lo recorría en olas intermitentes y mordía el armiño que orlaba su manto con física angustia. "Demasiado vino", gemía para sí mismo. "Nunca, nunca más..."

Vertiginosas imágenes del rostro ceñudo de Merlín danzaron frente a él, reprendiéndole en silencio por sus alocados excesos y advirtiéndole luego sonoramente que debía probar su dignidad como rey. "¡No puedes gobernar a menos que sirvas primero! Busca la alianza de tus señores de la guerra y tus jefes sirviendo a sus necesidades. Recorre tu reino... ¡pero no como un borracho! Usa este primer año sabiamente o hazte a un lado."

El desafío del mago era como un remolino en su interior, con ecos más y más bajos que tornaban de pronto a crecer y crecer. De este vórtice surgía la figura de una mujer alta, con hombros musculosos, cabello llameante y pequeños, tensos ojos negros en un rostro lunar. ".¡Morgeu la Fey!", exhaló y sacudió la cabeza hasta que la visión de la maciza hechicera se deshizo en sombras.

"¡Oh! ¡Zide! Dagonet el enano lo llamó desde la multitud de bancos de trabajo apilados. "¿Dónde haz ido? ¡Edez doz vecez mi tayua y debez bebed doz vecez uo que yo he bebido!"

Lord Mono surgió de la oscuridad columpiándose en una cuerda y saltó chillando al hombro de Arthor. Con una encolmillada sonrisa, la bestia puso una corteza de queso bajo las narices del joven rey.

Arthor lo apartó y el mono saltó a la oscuridad con un grito airado. "Dejadme solo", gruñó el rey.

"Ah, pedo tengo una bota de viejo vino ibedio con un ddeguzto picante que te pinzadá uaz nadicez." El enano surgió de debajo de un andamio con una infirme vejiga de cerdo en la mano. "¡Vengwa, bebe! ¡Hoy tú edez dey! Mañana... ¡Dioz noz ayude, mañana eztá ya sobde nozotdoz! ¡Y tú edez dey aún! ¡Bebe!"

Arthor lo despidió con un gesto. "Déjame, Dagonet. Estoy enfermo."

"¿Enfedmo? ¡Ni en bdoma!" El enano se aproximó anadeando. "¡Edez dey!" Destapó la vejiga y la agitó bajo el rostro lívido del rey. "Bebe, zide, y da au Ceñod Baco ejempuo de cómo fezteja un dey."

El rostro lascivo del enano y el acre hedor del vino amargo disgustaron a Arthor,

que cimbreó la espada amenazadoramente. "Vete, enano, o te juro..."

"Juda pod ua uña deu pie de nueztdo Zauvadod, ci debez!" Derramando vino, Dagonet retrocedió. "Veo cuadamente ahoda, zide... Eu deino deu Ceñod Baco eztá a sauvo de uoz bizoñoz como voz. Duego pod todoz nozotdoz que aguantez eu cetdo con máz fidmeza que eu vino. Uodd Mono y yo padtimoz. Detodnademoz duego, cuando a tu cabeza ue quepa ua codona."

Arthor gruñó. Nunca había bebido tanto vino ni bailado tan agotadoramente. Había sido vehemente en su jarana, como si vino y alegría bastantes pudieran contrarrestar la permanente vergüenza y las dudas opresivas que acechaban en su corazón. *¡Incesto!* La palabra le hacía daño, demasiado espantosa para darle voz y más dolorosa que su enconada jaqueca. *¡He engendrado un crío de incesto! ¿Y me he atrevido a pensar que puedo ser rey? El enano tiene razón. No es a mi cabeza a la que le corresponde la corona.*

Tanteó alrededor en busca de su corona de oro, no la encontró y gimió hallándolo justo. Una ola de náusea creció en él y le rechinaron los dientes tratando de suprimir el cuajo que le subía por la garganta. Con un grito estrangulado, vomitó.

El Mayordomo del Rey

Retorcido de náusea, el rey Arthor yacía en su vómito. La cabeza le pulsaba de dolor y el corazón le renqueaba desganado en el pecho, agobiado de desesperación.

"Levantaos." Una voz seca lo golpeó como un bofetón. "Mejor cosa merecemos para nuestro rey."

Arthor sintió una mano fuerte, ruda, bajo el hombro, que lo alzó del hedor de su vomitona. Al volverse, descubrió una faz refinada, un rostro con una alta frente calveciente, una nariz larga y delgada con fosas combadas en arcos desdeñosos, y una boca estrecha, dura, casi sin labios, sobre un desdibujado y lampiño mentón. "¿Quién... quién eres?"

"Soy el mayordomo del rey, Bedevere." Sacó un pedazo de corteza desecada. "Mascad esto. Es Hierba de San Martín. Os sentará el estómago y aclarará la cabeza."

Antes de que Arthor pudiera protestar, Bedevere metió la medicina en la boca del muchacho; fue entonces cuando Arthor percibió que al hombre le faltaba un brazo.

"Sí, un huno se lo llevó." Bedevere sentó a Arthor derecho y, con un paño húmedo, empezó a limpiarle el rostro. "Ahora tengo que trabajar el doble para cada cosa que hago. Y mis esfuerzos me reportan el doble de satisfacción."

"Déjame, Bedevere."

"Callad y mascad. Mascad vigorosamente. La medicina exige que se la muela bien. Es vieja. La he llevado conmigo muchos años desde mi estancia en Tierra Santa y estoy satisfecho de decir que no he tenido nunca necesidad de ella... hasta ahora."

"¿Has visto tú el lugar donde nació nuestro Señor?", masculló Arthor sobreponiéndose al amargo sabor de la corteza.

"Y aquellos en que nacieron Zoroastro, en Nínive, y Gautama Siddharta, al que llaman el Iluminado, al pie de las montañas más altas del mundo." Bedevere tomó la espada de las manos del rey. "Serví a nuestro santo padre el papa Gelasius como enviado a las cortes de Persia, Jerusalén, Alejandría y los principados del Indo."

La medicina había empezado a actuar y Arthor se sentía lo bastante bien como para sentarse con la espalda derecha contra la calmífera frescura del muro de piedra. Vio que Bedevere había traído un cubo de agua en el que flotaban tajos de lima. Un

fardo de vestiduras frescas reposaba junto a él con la corona de áureas hojas de laurel encima. "¿Por qué estás aquí?", preguntó mientras el manco empezaba a desvestirlo. "¿Por qué estás en esta perdida Britania, tú que has visto las maravillas del mundo? ¿Por qué estás aquí conmigo, en este remoto país?"

"Me necesitáis." Con un experto giro y chasquido de su único brazo, Bedevere dobló con cuidado el sucio manto del rey.

"¿Cómo podías saber tú eso?"

"En realidad, no lo sabía... hasta que os vi haciendo el loco entre vuestros súbditos. Un rey sin dignidad no es en absoluto un monarca." Con una sola y recia frotadura de un paño húmedo, el mayordomo le limpió a Arthor boca y barbilla. "Mis antiguos señores aseguraron sus dominios no sólo por la fuerza, sino con nobleza también. Yo ayudé hasta que los reinos fueron estables. Pero he hecho voto de servir a nuestro Señor y Salvador, e ir allí donde nuestra fe esté más amenazada." Escurrió el paño, lo hundió en el agua de lima y lavó el pecho lampiño del rey. "A esta frontera pertenezco ahora. Y, por lo que he visto de vos esta noche pasada, estoy convencido de que me necesitáis. ¿Me equivoco?"

"Déjame, Bedevere." Arthor escupió la mascada corteza con un rictus de disgusto. "No soy rey digno de ninguna atención, sino de la ira de Dios."

Bedevere sonrió tenuemente. "Os atormentáis a vos mismo por una indiscreción que cometisteis antes de saber que erais rey."

Arthor detuvo la mano de Bedevere. "¿Sabes lo de Morgeu?"

"No. Pero algo sé de las hambres del corazón." Bedevere se libró la mano y siguió bañando al rey. "Dejad el pasado decididamente atrás, joven rey. La esperanza de nuestro pueblo depende de lo que hagáis ahora."

"No sabes de lo que hablas." Arthor le arrojó una mirada iracunda. "¡He engendrado una criatura incestuosamente!"

Bedevere se encogió de hombros y se sirvió de un hirsuto cepillo para peinar el cabello rebelde de Arthor. "Eso es algo terrible. Pero no lo hicisteis con conocimiento de causa."

"¿Cómo lo sabes?"

"Conozco a los hombres." Bedevere desdobló una fresca camisa blanca ribeteada de púrpura. "Sois joven, y sois así apasionado. Pero vuestras manos son fuertes y están encallecidas por las marcas del que ha blandido la espada. Sin embargo, no tenéis cicatrices. No sois un luchador torpe y desesperado, sino resuelto. Un hombre así no arriesga su vida por el Señor para después desafiar a Dios cometiendo incesto."

Arthor impidió a Bedevere pasarle la camisa por la cabeza. "¿Qué es esta blusa delicada? Vestiré una túnica."

"Parecéis ya bastante bruto." Bedevere tiró de los erizados cabellos de Arthor. "Tenéis demasiado corto el pelo. Un rey debe mandar brutos, pero no parecer un bruto también."

"Yo no soy rey en mi corazón."

"Lo sé." Bedevere lo miró bizqueante. "Erais el Martillo de Hierro de lord Kyner. Os entrenó para matar por él... y para morir por él. Pero ahora sois su rey. Ya no sois un martillo, Arthor, sino el que blande martillos. Debéis vestiros de forma que los demás os vean como el señor que Dios ha hecho de vos."

Arthor permitió a Bedevere ponerle la camisa. "¿Crees que soy digno de ser rey, un hombre que ha engendrado un niño en su media hermana?"

"Sólo Dios puede juzgarlo." Ayudó a Arthor a ponerse en pie y puso la corona de oro sobre la cabeza del muchacho. "Dios sin duda os considera digno, pues vos *sois* rey. El que a partir de ahora sigáis siendo digno a Sus ojos depende enteramente de vos."

Librodot

María Madre, siempre he pedido poder ser para ti el Hijo que perdiste. Te he rogado que me des la fuerza para defenderlo ahora que Él nos ha dejado solos en este mundo del demonio. El poder te he implorado para luchar por Él hasta que Él retorne. Pero nunca imaginé... oh, María Madre, nunca imaginé que sería rey. ¿Es esto bendición de Dios... o Su maldición? No tengo espíritu de jefe y mucho menos de alto rey. Reza por mí, María Madre. Reza para que Dios me otorgue la gracia de estar a la altura del poder que ha puesto en mis manos.

Arthor y Morgeu

En la sanguínea oscuridad de un bosquecillo de cedros, una mujer alta, de anchos hombros, vestida de regio escarlata, se abrazaba el vientre. Su ondulada cabellera roja llameaba alrededor de una faz redonda, pálido-luna, cuyos pequeños ojos negros miraban con soñadora malevolencia. "Ven ahora, hermano mío. He de hablar contigo."

El rey Arthor despidió a Bedevere, sintiendo que debía estar solo con sus pensamientos. Con la espada en la mano, salió de Camelot por un pasillo de criados y emergió a la brillante luz del sol bajo una cortina de muralla que dominaba la hoz del río Amnis. La ciudadela lo separaba de las colinas esmeralda donde los festejantes aún cantaban y bailaban y nadie lo vio trepar por la senda herida de rodadas que los madereros usaban para traer troncos al terreno de construcción. Ni siquiera Merlín, absorto en mantener la paz entre los rivales celtas y britones, se dio cuenta de que su pupilo había desaparecido de pronto del festival.

Morgeu halló al rey mientras éste caminaba con la cabeza dolorida y el corazón abrumado entre los cedros gigantes que los romanos plantaran en estos montes tres siglos atrás. "Hermano... por fin volvemos a encontrarnos."

Arthor, asustado primero y alerta después, alzó la espada hacia la figura escarlata que se le aproximaba desde la inmensa foresta.

"Baja esa espada, criatura." Morgeu hablaba con una voz imperiosa que los músculos de Arthor obedecieron antes incluso de que su mente pudiera responder. "¿O piensas lavar tu pecado de incesto con el pecado aun mayor de asesinato?"

"¡Morgeu!" Arthor bajó a Excálibur y dio un paso hacia atrás, tambaleándose.

"Cierra la boca antes de que un pájaro se te meta en ella." Una desdeñosa sonrisa le torcía las comisuras de su larga boca. "Te he llamado para que hagamos las paces."

"¿Llamado?" Con los ojos entrecerrados, la mano de Arthor se tensó en la empuñadura de su espada. "¿Paz? Tú... ¡tú me engañaste! Me hiciste creer que eras otra cuando despertaste mis afectos."

"Desperté algo más que tus afectos, Arthor. ¡Qué crío eres todavía! Y tú eres el rey." Morgeu rió gélidamente. "Sí. Te he llamado aquí. ¿Por qué te sorprendes tanto? ¿No sabes que tu hermana es una hechicera? Podría hacer surgir de este bosque un oso fiero que te arrancase las entrañas del vientre, si quisiera. Pero no quiero, porque te he traído aquí para hacer la paz. Sí, paz." Se puso las manos sobre el abdomen. "Al fin y al cabo, eres el padre de este niño en mis entrañas."

Líneas profundas arrugaron la frente tersa. "En el nombre de todo lo que es santo, ¿por qué has hecho cosa tan monstruosa?"

Otra carcajada destelló en ella. "No lo hice sola, hermano. Tu semilla lo ha hecho posible."

"Involuntariamente dada."

"Oh, pues parecías actuar con mucha voluntad aquella noche en la hierba bajo las estrellas." Alzó su redonda faz como en feliz remembranza. "Fue todo tan delicioso... y apasionado."

"Creí que eras otra mujer."

La sonrisa le resbaló del rostro. "Las apariencias no siempre son lo que semejan. Una valiosa primera lección para un rey." Se acercó más a él, con las motas oscuras de sus ojos fijadas firmemente en Arthor. "Entérate de esto, hermano mío: haré todo lo que esté en mi poder para sostenerte como monarca... hasta que nuestro hijo alcance la madurez. Entonces, tú te apartarás y será él quien reine. Ésta es la paz que te ofrezco."

"¡Arthor!" La voz de Merlín retumbó entre los grandes árboles.

Arthor miró alrededor en busca del mago; cuando tornó la vista hacia su hermana de nuevo, Morgeu la Fey había desaparecido.

Merlín Roba un Alma

Con el manteo de sus ropajes azul medianoche y su largo bordón castigando la tierra, Merlín llegó a grandes pasos a través de las sombras doradas de los cedros gigantes. "¡Arthor! Vuelve a Camelot... ¡ahora!"

"Merlín..." Arthor se acercó apresuradamente al mago. "Morgeu me hizo venir. Ella..."

"¡Silencio!" La mirada airada de Merlín parecía resplandecer bajo la sombra de las alas de su chapelo. "He percibido a la hechicera. Por eso estoy aquí. Ahora vuelve. Vuelve a Camelot enseguida y... por tu vida, no mires atrás."

Arthor obedeció y corrió monte abajo; dejó atrás los árboles inmensos, tomó el camino de los madereros y retornó a la fortaleza. No sólo no miró atrás, sino que rezó pidiendo perdón por su vergonzoso pecado con la esperanza de que Dios llamase al alma que su desencaminada pasión había sembrado en Morgeu.

Ese era también el propósito de Merlín. Pero el mago no rezó. Alzó en lugar de ello su bordón, una astilla del Árbol Cósmico que le diera la pálida gente de los montes huecos tiempo atrás y, entonando un canto demónico, llamó al alma del hijo de Arthor.

Un chillido desde más allá del muro de cedros señaló a Morgeu en su huida desvalida del mago. Instantes después, volando entre los árboles y los pilares de luz, llegó el alma, un minúsculo sol, más diminuta que una luciérnaga y arrastrando una estela de abejas como titilante cola de cometa. La lengua de fuego prendió en el extremo del bordón de Merlín y las abejas zumbaron en halo vibrante alrededor de él.

"¡Lailokén!" Morgeu gritó el nombre demónico de Merlín... pero no le sirvió de nada. El mago no la temía y había estado aguardando sólo esta oportunidad para abortar la abominación que ella portaba. Una sombría, tensa sonrisa torneó sus labios, pero ni rastro de humor asomó en sus largos ojos plateados cuando marchó por la ladera de los cedros gigantes abajo en compañía de las abejas.

Morgeu trastabilló al emerger de su escondite en un receso entre grandes raíces y se apretó el vientre. No se atrevió a correr. No se atrevió a usar sus sortilegios. Necesitaba toda su fuerza para retener lo que quedaba de su hijo en su interior, la pequeña espira de arcilla mortal, casi sin vida ahora en sus entrañas. Se tumbó en el suelo esponjoso del bosque retorcida de dolor, con los dientes rechinándole y gotas de sudor titilando en el rostro contraído.

Merlín aminoró el paso. No quería que Morgeu abortase de inmediato. Si lo hacía,

él perdería una oportunidad magnífica para controlarla. No ahogaría esta alma ni la lanzaría libre a los cielos hasta que hubiese logrado de Morgeu toda la cooperación que pudiera arrancarle mediante esta chispa de vida.

Vio a Arthor trotar al pie del monte con la espada en mano. El enano Dagonet y su mono aparecieron como aduendadas figuras bajo la muralla de la masiva fortaleza, haciendo señas al rey para que se les uniese y retornase a las festividades. Merlín movió su bastón en vasto arco y apuntó con él al pícaro y a su bestia.

El alma salió disparada del bosque por la ladera herbosa abajo, seguida por la vibrante estela de abejas. Al instante siguiente, en cuanto la mota de fuego anímico le golpeó el rostro plateado entre sus largos ojos líquidos y desapareció en su cráneo, el mono saltó del hombro de Dagonet con un chillido ultrajado. Las abejas zumbaron airadas, hambrientas de la dulzura del alma que ya no podían hallar, y el enano agarró al mono en sus brazos y huyó aullando con él hacia los pastos de los celebrantes.

María Madre, estoy avergonzado al arrodillarme aquí ante ti, yo, que he cometido incesto con mi hermana. No sabía yo que la concupiscencia me pondría en manos de Morgeu... pero conocía la lascivia. Me entregué a mi hambre carnal. Me entregué y quien me tomó fue una hechicera que sirve al diablo. Sin embargo, yo sé... sé que tu Hijo quiere que la perdone. Murió para enseñárnoslo. Pero ¿cómo puedo perdonarme a mí mismo?

Fin del Festival

Los elefantes devoraron los montones de vegetales por cocinar en las tiendas de aprovisionamiento; luego, en busca de más alimentos, pisotearon los huertos de los que se aprovechaban los obreros. Los cocineros y panaderos, que Merlín reclutara en Cold Kitchen para el festival, retornaron al villorrio en protesta. Puesto que todos los barriles de hidromiel estaban secos y sólo quedaban unas pocas ánforas de vino, Merlín decidió detener las celebraciones varios días antes de lo previsto. Además, los señores de la guerra y jefes estaban ansiosos de retornar a sus reinos y anunciar la pretensión de Arthor al trono de alto rey.

Arthor mismo había desaparecido entre las numerosas cámaras inacabadas de Camelot. Aturdido desde su confrontación con Morgeu, tenía poca fe en sí mismo como rey. Toda su vida se había considerado despreciable, una criatura nacida de la violencia y el dolor. Ahora, sabía, toda su existencia anterior era una mentira. Había nacido, en efecto, de noble linaje. Y sin embargo...

El ojo de una tempestad lo observaba fijamente desde sus propias honduras. Con serena certeza, sabía que la venganza de Dios haría llover infortunio sobre él por su falta horrenda. El hecho de ser padre de una criatura poluta le entumecía la mente y el cuerpo de desesperación. *Una tormenta espantosa se avecina,* auguraba aterrorizado. *Una tormenta espantosa... a menos... a menos que esta calma que siento no sea el ojo vigilante de Dios, sino Su ausencia.*

Desde la ventana de una buhardilla, donde paleta y escoplo aguardaban el retorno del artesano, contemplaba Arthor las grandes expansiones de azul entre las montañas romas. ¿Había realmente un Dios paternal en los cielos, tal como aprendiera en las rodillas de Kyner? ¿O era el universo el campo de batalla de los dioses, tal como presenciara en los huecos montes? ¿Qué de su amada María, Madre de Dios? ;Qué del

Salvador que prometiera redención para este mundo caído? ¿Era todo esto tan falaz como su propio pasado? Y la verdad ¿era tan horrible como el hecho de su primogénito aposentado en el vientre de su hermana enloquecida?

"¡Ahí eztáiz, zide!" Dagonet irrumpió anadeando airadamente en la buhardilla cubierta de serrín. "¡El condegnuado mago me ha dobado au Uodd Mono! ¡No uo aguanto! ¡Tomadé a mi ceñod enceguida y dejadé vueztdo cedvicio de inmediato!"

"¡Enano, vete!" Arthor golpeó con el puño la piedra del alféizar de la ventana. "Necesito estar solo."

"¡Y yo nececito a mi amo!", protestó Dagonet. "¡Nececito a Uodd Mono! ¡Oddenad a Meduín que me uo detodne de inmediato!"

Arthor se volvió de la ventana y dirigió una ceñuda mirada al pequeño hombre.

"¿Hay uagdimaz en vueztdoz ojoz?" Con un mirar sesgado, Dagonet ladeó la cabeza. "¡Eztáiz yuodando, zide! ¡¿Pod qué?! En ezte vueztdo pdimed guodiozo día como dey, ¿cómo podéiz lluodad?"

"No lloro."

"¡Ah! Pod zupezdto que no, un dey no yuoda." Dagonet saltó hacia atrás y cayó haciendo la vertical. Caminó alrededor sobre sus manos hasta que quedó mirando al rey cabeza abajo. "Eztaba midando eu mundo audevéz. ¡Ahoda veo cuado! Eztáiz diendo. ¡Uágdimaz de diza! ¡Wah-ha-ha-ha-¡ ¡Zoiz dey! ¡A vueztdaz oddenez, uágdimaz ze vueuven diza, vida ze todna muedte! ¡Zoiz ua uey!"

"Sí." Arthor se enderezó. "Soy la ley." Se llevó una mano tentativa a la corona de oro en la cabeza. "Si alguien la ha infringido, puedo castigarlo. Puedo hacer que se conozca el crimen. Puedo confesar a todos el pecado y librarme de él." Una expresión sombría dio edad al rostro del muchacho. "Vamos, Dagonet. Recuperemos lo que es nuestro."

La Autoridad del Rey

"Tráeme a Arthor", pidió Merlín a Bedevere. El hombre añoso dio una cereza al mono encaramado a su hombro bajo el ala ancha del sombrero, y bestia y mago miraron expectantes al mayordomo.

Bedevere estaba sentado sobre un taburete de carpintero en el patio abierto de la fortaleza, tallando un caballo en un bloque de madera que había fijado en un torno. Al aproximarse el mago, se levantó. "Mi señor Merlín, el rey no puede ser molestado. Necesita tiempo solo."

Merlín tomó la esbelta figurilla del torno y la giró en sus ágiles dedos largos, moviendo la cabeza apreciativamente. "Tienes buen ojo, Bedevere. Sin duda has calibrado las necesidades de nuestro señor con exactitud, pero las razones de estado no son tan pacientes como este pedazo de madera. Llámalo de inmediato." El mono escupió el hueso de la cereza como para dar énfasis a la orden del mago.

"Mi señor, no ha tenido tiempo de estar a solas consigo mismo desde que el destino ha puesto carga tan grande sobre sus hombros", protestó Bedevere. "A pesar de toda su experiencia bélica, no es más que un muchacho. Dadle algún tiempo para..."

"Gracias, Bedevere", anunció Arthor mientras descendía por una escalera de piedra en la muralla, con la espada en la mano y Dagonet trotando tras él. "He tenido tiempo suficiente para poner mis pensamientos en orden." Se agachó bajo un bloque y una polea y marchó directamente hacia el mago. "Devuelve el mono a Dagonet."

"Señor, tengo razones para no soltar esta bestia", empezó a explicar Merlín, pero

el ceño del rey le hizo cesar.

"¿Soy o no tu soberano?", interrogó Arthor. "Obedéceme, Merlín, o acaba con esta farsa ridícula."

"¡Cí!", entonó imperiosamente el enano. "¡Obedece a tu dey y detódname a mi amo!"

"No es ninguna farsa, mi señor." Con un movimiento de la cabeza, Merlín envió con un salto al mono de su hombro al del enano. "Pero debes aprender a confiar en mí. Oportunas razones informan todo lo que hago."

"Bien que confío en ti, Merlín." Arthor posó una amistosa mano en el antebrazo del mago y notó su huesoso acero. "Me salvaste la vida en los montes huecos... y no dudo de que es tu mano la que me ha hecho rey. Y, sin embargo, si soy de verdad el rey legítimo, entonces mi palabra es ley. ¿No es así?"

"Para usarla juiciosamente, sire. Juiciosamente." Merlín señaló con un gesto el alto y abierto portal del patio. "Los festejos han terminado. Debes revistar a los señores y sus compañías mientras parten."

"¡Uodd Mono no eztá bien!", gritó Dagonet. ";Qué zodtiuegio haz addojado a mi ceñod, pedvedzo mago?"

"La bestia está asustada aún por el ataque de las abejas de esta mañana", mintió Merlín. En realidad, el alma del hijo de Morgeu que él había instalado en la bestia miraba desamparada desde los ojos oscuros del mono. "Silencia tus quejas, enano, y deja que atendamos las apremiantes necesidades de estado."

Adiós, Camelot

Frío como el rostro esculpido en una ebúrnea pieza de ajedrez, el rey Arthor ocupaba su trono de cedro. A cada lado del palio púrpura que lo cubría, había un elefante engalanado de plumas y cadenas de flores. El retablo impresionaba a las tropas reunidas, tanto celtas como británicas, que formaron militarmente para desfilar por los campos ante la ciudadela.

"¡Un año!", gritó Merlín a la masiva congregación. "¡Dentro de un año a partir de este día, vuestro rey volverá a sentarse aquí ante vosotros! Si para entonces no ha conseguido el vasallaje que se le niega hoy, descenderá del trono." El mago miró al rey y se hizo a un lado.

Arthor habló sin levantarse, la voz grande de pura determinación. "Soy un rey cristiano. Obedeceré las enseñanzas de nuestro Salvador y gobernaré, así, sirviendo. En las estaciones del año ante nosotros, recorreré los dominios de mi reino. Trataré de ganarme las promesas de lealtad que necesito para serviros como rey. Dentro de un año a partir de hoy, me sentaré aquí de nuevo, tal como Merlín ha anunciado. Tenéis mi palabra de que, a menos que reciba homenaje de cada jefe y señor de la guerra, me retiraré."

Arthor pretendía anunciar a la asamblea la mendaz seducción de que le hiciera objeto Morgeu y su inmundo desenlace, y su lúgubre propósito le confería un aspecto sombrío que lo hacía parecer mayor de sus años. Merlín leyó su determinación acertadamente y desde detrás del trono arrojó un encantamiento calmífero. Tras ofrecer su promesa de servir el muchacho quedó en silencio y casi inmóvil.

Desdeñoso ante el voto del joven monarca, Severus Syrax desafió abiertamente al nuevo rey llevándose a sus soldados y cortejo del lugar de revista. Cabalgó con su enturbantada cabeza apartada del trono, sin molestarse en hacer entonar a sus cornetas

una fanfarria de despedida o en que sus portaestandartes inclinasen la bandera de Londinium al dejar el campo.

El pequeño gigante, Bors Bona, condujo su enorme caballo de guerra directamente ante el trono, portando en la mano el yelmo con máscara *de* Medusa. Su rostro de jabalí, con su barba hirsuta y gris de pocos días, su frente torva y su nariz achatada, se inclinó secamente ante el rey, pero tampoco él hizo bajar la bandera ni entonar un saludo. Sus legiones blindadas pasaron solemnes sin mirar siquiera al joven rey, en una exhibición de fuerza con la que el señor de la guerra buscaba no tanto honrar como intimidar.

El siguiente fue Marcus Dumnoni, rubio y de hombros anchos como un sajón. Volvió su corcel blanco para encarar al rey y alzó con un brazo el Chi-Ro emblemático de las hordas cristianas, como demostración ante los celtas paganos de que este rey compartía la fe de los británicos. Sin embargo, no bajó la bandera ni ordenó a sus caballeros e infantes en sus cotas de malla y yelmos de bronce que se tornaran a saludar.

Urien, con su larga cabellera blonda como la sal atada en un moño como para entrar en batalla, pasó ante el rey en un carro flanqueado de escudos que exhibían intrincados símbolos celtas. Desdeñoso de los cristianos, se negó siquiera a mirar al rey, aunque sus guerreros de pechos desnudos con sus espadas y égidas sujetas a la espalda, observaron al muchacho en el trono con franca reverencia. Sus familias se levantaron en los traqueteantes carros para señalar y reírse del rey-muchacho, que les devolvía una mirada desvalida.

Después, Lot, el viejo jefe de las Islas Septentrionales, se aproximó a la regia tribuna con sus dos jóvenes vástagos, Gawain y Gareth, vestidos con atavíos célticos de batalla. Torces de oro lucían en el cuello y cinturones de cuero rojo de los que pendían las espadas y que aseguraban sus *braccae,* o pantalones de cuero curtido. "Rey Arthor, los señores de la guerra de tu propia fe no te han mostrado ningún respeto", declaró el jefe añoso. "Mi hermano en armas, lord Urien, tampoco te aprueba porque adoras al dios crucificado. Pero yo depondré tal enemistad, si me recibes a mí y a mis hijos en audiencia privada."

La Advertencia de Lot

El encantamiento de Merlín mantuvo al rey Arthor casi inmóvil en su trono hasta que el mago se inclinó hacia él y le susurró al oído: "Lo que ahora respondas a este jefe del viejo orden determinará la suerte del nuevo. Hazme caso, Arthor. Yo te salvé de la ira del Furor en los huecos montes. Confíame tu destino ahora otra vez. Si has de sobrevivir como rey, si amas a nuestro Salvador y su esperanza para el reino de estas islas, no digas ni una sola palabra a este veterano guerrero de tu adulterio con su mujer."

El mago retiró su sortilegio y Arthor se levantó del trono despacio, como liberado de cadenas ponderosas. "Lord Lot..." Parpadeó ante la arcaica figura frente a él, vestida con pantalones de gamuza y botas, y el pecho desnudo menos por la correa cruzada que le sujetaba el arma a la espada musculosa. Los muchachos de rubias y largas cabelleras ataviados de guerreros estaban alerta a su lado, con sus rostros infantiles ansiosos de ver cómo recibiría a su padre este insólito monarca.

Tras ellos, se apiñaba el clan de Lot, guerreros, mujeres y niños que querían oír cada palabra dicha a su señor por este rey muchachil de una fe extraña. Y más allá de ellos aun, Kyner y Cei y sus carros de celtas cristianos —la única familia que Arthor conociera jamás— esperaba pacientemente el turno de honrar a su hijo nativo.

"Lord Lot...".repitió ahora Arthor con mayor firmeza, "marido de mi hermana, hablaremos como hermanos, no importan las diferencias."

Merlín respiró audiblemente aliviado y recibió con ambas manos a Excálibur del rey. "Recuerda", le susurró al oído, "ni una palabra. Ni una palabra o todo estará perdido."

Arthor asintió lúgubremente con la cabeza y dejó la tribuna para situarse al lado de Lot. El clan de Lot admiró el gesto elegante del joven rey. Arthor le ofreció el brazo derecho y el jefe celta lo tomó para acercarse al joven. "Apartémonos del demonio Lailokén y hablemos en privado."

Caminaron con brazos entrelazados, a través de la boquiabierta multitud de los celtas, hacia las torres elefantiásicas de Camelot, con Gareth y Gawain tras sus pasos. Donde la asamblea no podía oírlos, Lot dijo: "He oído que eras cruel desde niño, un hijo terrible, un oso fiero de crío. Estos tres años pasados dirigiste esa crueldad hacia el campo de batalla, contra los sajones, donde fuiste el Martillo de Hierro de Kyner. No obstante, Morgeu me dice que has cambiado... que has cambiado del todo desde tu tránsito por los montes huecos."

"He cambiado", reconoció Arthor. "Los montes huecos me han hecho humilde y ahora... esta revelación de mi origen noble."

"¿Has cambiado lo bastante como para admitir que tu dios crucificado no es un dios de estas islas?", preguntó Lot pausando en la enorme vía de pizarra que penetraba en Camelot. "Porque te lo advierto, joven Arthor: a menos que abraces la fe de los dioses de nuestro pueblo jamás gobernarás este reino."

Una Camisa de Fuego

El corazón le batía al rey Arthor el pecho, ofendido de que este pagano se atreviese a desafiar la fe que le había preservado la cordura en los montes huecos. "Hermano...", empezó tensamente, pero las palabras no le obedecían. Sólo airados pensamientos cortejaban su voz.

De los portales de Camelot, emergió un Señor del Fuego. Sólo el más joven, Gareth, vio a la radiante entidad, que le pareció un hombre increíblemente alto con cabellera de humo solar y ojos ígneos como estrellas. El muchacho señaló al hombre luminoso y, llamando al ente por su nombre céltico, gritó: "¡Mirad! ¡Ha venido un señor de los *Annwn!"*

El Señor del Fuego puso una mano en el pecho a Arthor, y lo invadió una sensación de paz como el azul suave del jacinto.

Lot y su hijo mayor, Gawain, vieron el brillante contacto como una repentina y frenética profusión de luz, como si Arthor vistiese una camisa de fuego. Luego, las llamas místicas se desvanecieron y la luz ordinaria del estío cintiló en la corona del rey y la urdimbre de su camisa blanca.

"¡El demonio ha puesto un encantamiento en él!", exclamó Lot atemorizado.

"¡No, padre! Yo vi a un señor de los *Annwn* venir a él desde la fortaleza", insistió Gareth. "El radiante señor le puso la mano en el pecho. No era un demonio."

Arthor retrocedió, perplejo ante las miradas asustadas de los tres celtas. "Hermano... sobrinos... mi corazón no os esconde ningún mal. Ningún demonio me posee. Esto os lo juro por todo lo que es santo."

"Estás tocado por el fuego sagrado de los *Annwn",* dijo Lot sombríamente, observando a sus hijos, que miraban al rey con bocas y ojos abiertos de

sobrecogimiento. "Como tu madre, pues, has sido bendecido por los invisibles. Pero mi advertencia es pertinente aún, Arthor. Por ser el medio hermano de mi mujer y el hijo de mi antigua reina, estaré a tu lado en esta lucha. Pero no puedo hablar por los clanes del norte. Aunque soy su jefe, son celtas y todos ellos hombres libres. Tendrás que conquistar su alianza por ti mismo... y no los hallarás inclinados a honrar un rey tan joven que adora al dios del desierto de un pueblo extraño."

"Yo respeto a vuestros dioses", dijo Arthor suavemente, sereno ahora el corazón como el interior de un capullo. "He visto a la pálida gente y al furioso dios del norte. Y ello me ha humillado. Pero esas entidades son criaturas tangibles, seres creados. Dios es más grande... porque es increado, porque no ha sido formado, el Santo de los Santos, que todo lo creó, las estrellas, el firmamento, las criaturas todas, todos los pueblos y todos los dioses. Este Dios único y todopoderoso envió a Su Hijo a este mundo fiero para enseñarnos que el amor es más poderoso que la espada. Y por ese amor, yo gobernaré estas islas y derrotaré a nuestros enemigos."

"Yo creo en él, padre", susurró Gareth.

"¡Bah!" Lot torció el gesto. "Ahórrate tus prédicas, Arthor. He oído todo esto ya de los sacerdotes errantes del dios crucificado y no creo una sola palabra. Y, si pensaras por un momento, tampoco lo creerías tú. ¿Cuándo ha derrotado el amor a la espada? Ninguna batalla se ha ganado por amor... ¿y qué reino... en dónde... se mantiene sino por la espada? Tú, el Martillo de Hierro de Kyner... tú sabes que es verdad."

Arthor aceptó estas palabras con apesadumbrada expresión, después inquirió: "¿Qué de Morgeu? ¿Qué esperanza tiene ella de mí como rey?"

"Tu media hermana yace enferma mientras hablamos", dijo Lot con una voz que tensaba la preocupación. "Le advertí que no viniera al festival. Ella y el demonio Lailokén han sido enemigos mortales desde que éste maldijera a su padre Gorlois y le causase la muerte en el campo de batalla ante Londinium. Temo que el demonio actúe contra ella."

El Mago y la Hechicera

Mientras el rey conversaba con Lot, Merlín dejó la tribuna y marchó rápidamente a la caravana del señor de las Islas Septentrionales. El mago se abrió camino entre los bloques de construcción, los montones de piedra de la cantera y las pilas de maderos, de forma que nadie observase su progreso inmediato. Cuando localizó la carreta entoldada que buscaba, durmió con un ensalmo a los guardias celtas que la protegían y abrió la cortina posterior exponiendo a Morgeu la Fey en su lecho de enferma.

"Lailokén...", gimió la hechicera, demasiado débil para gritar.

"Cálmate, Morgeu." Merlín habló con voz calmosa al entrar en la carreta y cerrar la cubierta tras él. "No he venido a dañar, sino a curar."

Con los ojos pequeños y oscuros abiertos de pavor, ella trató de echarlo con un gesto.

"He tomado el alma de tu hijo", le recordó Merlín con una voz casi amable. "Pero no quiero llevarme tu alma también. He venido a asegurarme de que vivas." La tocó con el extremo de su báculo y fuerza vital nutrió su cuerpo exhausto fluyendo dulcemente hacia él. "Tranquilízate y pronto volverás a estar sana."

"¿Por qué?", jadeó ella.. "¿Por qué me haces vivir?"

"Ya lo sabes, Morgeu." Apartó el bordón y posó una mano fría en la frente ardiente de la mujer. "Ahora soy el servidor del rey como una vez lo fui de tu madre.

Arthor necesita tu ayuda."

"Mi niño", murmujeó ella. "Devuélveme el alma de mi hijo"

"Eso no puede ser, Morgeu." Merlín movió la cabeza severamente. "No ha de haber un hijo de incesto que sea la maldición del reinado de nuestro monarca."

Morgeu se esforzó por incorporarse sobre los codos. "¿Has asesinado a mi hijo?"

"Soy el hijo de santa Óptima", replicó Merlín adusto. "No asesino criaturas nonatas. Pero tampoco permitiré que este fruto de incesto entre en el mundo."

"¿Qué vas a hacer?"

"El alma volverá al lugar de donde vino." El mago golpeó con su bastón el suelo de la carreta. "A los montes huecos, a retozar en las Dichosas Forestas con el resto de las almas celtas."

Morgeu se hundió hacia atrás y permaneció con la mirada fija y febril en el techo de lona pintado con gaélicas abstracciones. "Me condenas a parir un niño muerto. Lo mismo podrías ahogar el alma y matar a esta criatura ahora mismo."

"Ya te lo he dicho, no asesino niños, ni nacidos ni por nacer." Merlín retrocedió. "Te he dado fuerza bastante para vivir. Lo que hagas con esa cosa sin alma que portas es asunto tuyo. Apto castigo para una adúltera incestuosa."

"¡Lailokén!", chilló Morgeu desesperada. "¡Mátame ahora! Si no lo haces, sufre mi venganza."

"No creo que lo haga." Merlín descendió de la carreta. "Ninguna otra alma encajará en el ropaje de carne que estás urdiendo en tu matriz. Y en cuanto a atacarme a mí o a los míos... recuerda, Morgeu, yo fui demonio una vez. No es fácil que subestime el mal."

Los Montes Huecos

Lord Mono saltó del hombro de Dagonet, que se hallaba en la tribuna contemplando a los jefes celtas, Lot y Kyner, discutir el orden de marcha para sus caravanas combinadas, y corrió precipitado por las vastas laderas de los campos de juego hacia los montes boscosos.

"¡Amo!", lo llamó alarmado Dagonet y brincó de la plataforma. Corrió con todas sus fuerzas a través de la campiña, con su rojo cabello aborregado desovillándose tras él. Allá delante percibió la adusta y oscura figura de Merlín bajo el muro del bosque. El mago se inclinó y el precipitado simio le saltó a la espalda. "¡Ho! ¡Audto! Devuéuveme mi mono! ¡Audto!"

Para cuando el enano alcanzó el linde del bosque, Merlín y Lord Mono habían desaparecido. En el titilar de la luz entre las ramas, Dagonet no halló rastro de su camino y, pateando el suelo, exclamó: "¡Amo, vueuve!"

Pero Merlín y el mono estaban lejos ya de los sonidos de este mundo. Habían huido por las avenidas del bosque que salían de la Tierra Media y descendían entre las raíces del Árbol del Mundo, el Árbol de la Tormenta, el Árbol Cósmico que las tribus del norte llaman Yggdrasil. En este reino, el mundo superior no parecía sino un lento crepúsculo, una montaña de humo que crecía del púrpura a un apagado escarlata.

Estrellas fugaces señalaban el camino a través de las distancias nocturnas. faerïes eran, diminutos cuerpos aluciernagados con camisones de niebla y húmedos halos, que revoloteaban como polillas luminosas guiando a Merlín a profundidades cada vez mayores de la incandescente tiniebla.

En la penumbra, el rostro de Lord Mono cambió y asumió el aspecto del alma que portaba. El mago reconoció de inmediato los ojos caprinos y los carrillos de bulldog del propio padre de Morgeu, el desaparecido duque de la Costa Sajona, Gorlois, al que Uther Pendragón condujera a la muerte.

"¿Dónde me llevas, demonio?" El indignado duque miró a Merlín desde debajo de hirsutas cejas simias. "¿Qué hago aquí contigo?"

"Debería haberlo supuesto", dijo Merlín con audible sorpresa. "Sin duda tenías que ser tú el alma que Morgeu evocase del inframundo. ¡Ja! Qué dulce venganza habría degustado poniéndote a ti en el trono de Britania."

"¿Qué desvaríos son esos, viejo idiota?" El mono con el aspecto astral del duque contempló furioso las sombras crepusculares alrededor. "¿Dónde estamos?"

"De camino al infierno, Gorlois."

El mono trató de saltar de la espalda de Merlín, pero el mago lo cazó por el pescuezo. "No tienes ninguna necesidad de huir en este lugar salvaje, te lo aseguro."

"¿Qué maldad es ésta?", se quejó Gorlois. "¿A qué sortilegio me has sometido? ¿Dónde está mi caballo? ¿Qué ha sido de mis hombres? ¡Suéltame, demonio! Estoy en medio de una batalla por Londinium."

"Oh, esa batalla terminó hace años, Gorlois." Merlín sujetó el mono ante él y le sonrió con la mitad de su boca. "¿No te acuerdas? Esa fue la batalla en que encontraste la muerte."

María Madre, al norte debo ir para probarme digno del título que Dios me ha concedido por derecho de nacimiento y la magia de Merlín. Te rezo ahora pidiéndote comprensión, sabiduría, para que pueda entender el consejo de este mago que has puesto junto a mí. No me cabe duda de que es tu siervo, como yo lo soy, porque él, que fue en tiempos un demonio, se hizo Hombre por la intercesión del Espíritu Santo y una buena mujer, Santa Óptima. Ayúdame a confiar en él, María, pues lo temo. Resulta tan... terrible, con ese cráneo largo, ese rostro de ángulos afilados y esos ojos como pozos de plata hondos. No parece cabal. Y sin embargo, sé que sin él yo no sería rey.

EL Furor

Morgeu salió como pudo del carro y halló a sus guardias dormidos, con mariposas revoloteando alrededor de sus cabezas. La fuerza vital que Merlín le infundiera bastaba para permitirle caminar. Sirviéndose de esa fuerza, pasó por encima de los soldados durmientes y se escabulló entre las carretas de la caravana hasta el linde del campamento. El bosque empezaba allí y, a sus gritos y cantos, surgieron sapos de los arbustos para señalar los pasos del mago en su huida a través de los árboles.

La hechicera no tenía fuerzas para perseguirlo y se arrodilló en un espacio del bosque que encenagaba la oscuridad para llamar al dios que más odiaba a Lailokén: "¡Furor!"

El umbroso mundo de las cosas se entenebreció. El polvo solar que se filtraba a través de las hojas del bosque voló empujado por un viento penumbroso y el paso del dios ciclópeo retumbó por los cielos como el trueno.

"¡Ven a mí!", llamó ella, aun sabiendo que el Furor no descendería a su capricho, no a este oscuro mundo tan lejos de la gloria de su morada entre las luces del norte. "Lailokén me ha robado del seno el alma de mi padre. Dame fuerza para maridar a la tuya mi voluntad. Dame fuerza para herir a aquellos que Lailokén ama..."

Frías agujas de lluvia atravesaron el bosque. Vista a través de las estrechas

ventanas forestales, la página del horizonte tremoló deslizándose a la noche, aunque el día estaba solo mediado. El relámpago recorrió los cielos hollinosos.

"Furor, hazme fuerte", continuó entonando Morgeu, mientras se le oscurecía el ondulado pelo rojo bajo la lluvia y a la frente se le pegaba como sangre coagulada. "Úsame para fustigar al pueblo que guarda de ti estas islas occidentales. ¡Úsame para tu ceremonia de muerte!"

La tamizada lluvia la empapó de energía. Las hojas del bosque temblaron bajo el aguacero de fuerza que descendía del dios del norte hasta su cuerpo frágil. Pronto estuvo en pie y danzando de exultación, colmada del poder del cielo.

Sus guardias, despiertos por la lluvia repentina, la hallaron brincando y gritando insanamente. Hicieron falta tres de ellos para someterla, sacarla del bosque y llevarla de nuevo a la caravana. Temerosos de que Lot se enterase de su lapsus, llamaron a las doncellas de Morgeu para que le quitasen los húmedos ropajes mientras ellos encendían un fuego intenso.

Cuando Lot llegó a visitarla, ella estaba seca ya y sentada en el carro, con una sonrisa extraña en los labios. "Marido, deja este lugar maldito. Guía a tu gente al norte, de vuelta a casa."

"Eso es lo que voy a hacer", respondió Lot. "He venido a decirte que tu medio hermano y esos celtas cristianos del clan de Kyner a los que llama parientes viajarán con nosotros."

Ella asintió ávidamente. "¡Bien, bien!"

"¿Bien?" Lot parecía sorprendido. "Creí que protestarías contra cualquier alianza con Arthor y su gente."

La sonrisa extraña de Morgeu se hizo más y más honda. "¿Por qué ríe la corriente, marido?" No esperó a oírle dar voz a su perplejidad. "Porque conoce el camino a casa, sabe llegar al mar."

Jinetes de Tormenta

Morgeu no dijo más. Sabía que su plegaria, como el río que encuentra su camino al mar, había alcanzado el mundo superior y había sido escuchada por el furente dios de un ojo. Podía sentir su poder en sí misma. En el viaje al norte, se serviría de esta fuerza mágica para hacer pagar caro a Lailokén el robo del alma de su padre.

Las lluvias comenzaron gentiles y no impidieron la partida de la caravana de Camelot. Aunque Merlín no aparecía, Arthor sabía lo que tenía que hacer. No necesitaba al mago para instruirle en las necesidades de la guerra. Si tenía que servir a Britania como rey, no le quedaba más remedio que asegurar el norte, la única dirección desde la que los enemigos podían atacar por tierra.

Lot, jefe del norte, abrió camino; Kyner y sus celtas cristianos siguieron, y el rey cabalgó en medio con su elaborado cortejo de elefantes y carros carnavalescos. Las lluvias estivales eran refrescantes al principio. Pero ya al segundo día las vías romanas, viejas y mal conservadas, empezaron a enfangarse y el avance se hizo lento.

Ésta era la oportunidad que Morgeu había esperado. Sin dejar su carreta invocó el golpe del Furor... y desde los bosques que la niebla impregnaba atacaron sus esbirros. Una horda juta descendió aullando y blandiendo hachas de combate, masacrando a los cristianos en la cola de la larga procesión.

Los soldados a caballo de Kyner rechazaron el asalto con dificultad, pues los jutos avanzaban con el frente de la tormenta.

Los relámpagos y la lluvia desorientaban a los brutos, y los atacantes los hachaban con sus armas. Los jinetes caían bajo las hojas destellantes y el trueno ahogaba sus gritos. Muchos bárbaros de la horda fiera se escurrieron entre los defensores celtas para asaltar los carros y los gritos de las mujeres y los niños se unieron a los chillidos aterrorizados de los caballos.

Arthor cargó a través de los velos de lluvia, con Excálibur arremolinada en la mano, dispuesto a proteger a las gentes de su clan. Pero, cuando logró alcanzar el lugar del ataque y ver a los brutos eviscerados, sus entrañas satinadas bajo el aguacero, las carretas volcadas y los cuerpos esparcidos de los cristianos desarmados, los jutos se habían ido ya. Vislumbró sus sombras vanecientes en el humo pluvial del bosque y se precipitó tras ellos.

Kyner, Cei y Bedevere lo siguieron y hallaron a su rey avanzando penosamente a través de una densa y empapada maleza, gritando maldiciones a los jutos. Ningún signo del enemigo quedaba en el bosque oscuro y Arthor retornó con los demás a enterrar a los muertos.

"Mala suerte", concedió Kyner tras los servicios fúnebres. Pero al día siguiente, mientras las lluvias continuaban, otro ataque sobrevino. De nuevo, guiados por el mágico vínculo de Morgeu con el Furor, cayeron los jutos aprovechando la breve oportunidad que les brindaba el reemplazo de los exploradores celtas a caballo. De esta forma, los jutos eludieron las patrullas de reconocimiento. Como por un azar, la lluvia se adensó con su avance y ellos descendieron del bosque en lo más compacto de la tormenta.

En medio de un tumulto de truenos y relámpagos que descorazonaban a las monturas de los defensores, los jutos hacharon a los bridones y las mulas de tiro por igual. Los carros se tambalearon y volcaron, y los jinetes de la tormenta berserkers se lanzaron sobre las familias caídas, descabezando a niños y adultos y acuchillando cualquier cosa que se moviese en el fango.

Alguien Conoce la Verdad

Dagonet vagaba desvalido por el bosque del eterno crepúsculo, gritando: "¡Ceñod! ¡Vouved!" Sus chillidos se desvanecían sin eco, huyendo de él a través de los árboles hacia el fondo del cielo, por donde reptaba un río de fuego.

Merlín oía la desesperación de Dagonet, pero no hacía ningún esfuerzo de volver por él. Su misión en el inframundo era más importante que la cordura en peligro de un enano. El mago sujetaba a Lord Mono con firmeza en una mano, el bordón en la otra, y avanzaba obstinadamente hacia la noche incendiaria.

El alma de Gorlois había caído en silencio, abatida al hallarse en el alma de un simio entre las sombras ilusorias y las llamas oníricas del submundo. Vagamente, empezaba a recordar su muerte y sabía que lo que le esperaba ofrecía pocas esperanzas de salvación.

Delante, el horizonte tejido de llamas se elevó en un incandescente palacio de azules pilares bunsen y cúpulas como esferas de fuego. Merlín pausó para despojarse de su sombrero cónico en deferencia hacia el dios cornado que moraba allí, Alguien Conoce la Verdad. Murmujeó una breve plegaria a su madre, santa Óptima, y avanzó con zancadas audaces.

"¡Majestad!", llamó y dobló una rodilla.

Ea figura gigantesca de un hombre con cabeza de alce emergió de un llamífero

Librodot

muro del palacio. "¿Qué haces aquí otra vez, Lailokén?", preguntó una voz de oleaje retumbante. "Más he visto tu horrible cara cristiana que la de la mayor parte de mis devotos."

"Majestad, he traído un alma para que dance al son del Flautista en la Dichosa Foresta." Merlín alzó el mono contorsionante.

El rostro de alce se inclinó hacia él, lo olió y se apartó con un sonoro bufido de disgusto. "¡Ésta es un alma cristiana!"

"No cualquier alma cristiana... sino Gorlois, el cruel romano que los druidas impusieron a tu sacerdotisa Ygrane..."

"¡Ygrane ya no es mi sacerdotisa!" Alguien Sabe la Verdad dilató con rabia las narinas. "Ahora sirve al dios crucificado."

"Cierto, pero un día te sirvió", dijo Merlín con toda la deferencia que pudo mostrar. "Y su hijo Arthor..."

"No digas nada de Arthor." La frente del rey alce se arrugó airadamente. "Le di el alma de mi mejor guerrero, Cuchuláin. No haré nada más por él... ¡otro cristiano! Me enferman estos autoflagelantes hipócritas del amor que asesinan a todo aquel que rechaza su fe morbosa. ¡Son los mismos que se burlan de mis cuernos y pezuñas y me tildan de diablo!"

"¡Señor! No pretendo ofenderte..."

"¡Vete entonces!", gritó el dios antiguo y el estallido de su voz hizo a Merlín caer hacia atrás en una ráfaga de cenizas, mientras el palacio tallado como el fuego se disolvía en la tiniebla.

María Madre, ¿dónde está Merlín? Es ahora cuando lo necesito para contrarrestar el mal de Morgeu. Estoy seguro de que es su magia la que guía al enemigo contra nosotros con tan letal precisión. Algo más que el azar actúa aquí y es la voluntad de esa pérfida mujer. Sentimientos asesinos tengo ahora hacia ella. Creí que podría perdonarla por servirse de mi concupiscencia contra mí. Pero ahora, aquellos que he jurado proteger mueren por causa de su magia. Devuélveme a Merlín para que su poder contenga la iniquidad de la hechicera. Devuélveme a Merlín o sé que recurriré a la espada. ¡Dios me perdone!

Magia Rota

Tras el tercer ataque de los jinetes de la tormenta, Kyner sospechó qué magia actuaba contra ellos. "¿Dónde está ese condenado Merlín cuando lo necesitamos?" El jefe alzó la máscara broncínea de su casco de cuero, revelando su ceño enfurecido, y amenazó con su sólido sable búlgaro al cielo, empedrado y gris. "¡Ese demonio nos ha abandonado!"

El rey Arthor desmontó bajo la lluvia, entre los cuerpos esparcidos de los muertos. Conocía por su nombre a cada uno de los caídos, pues había crecido entre ellos en White Horn. "Los jutos saben exactamente cuándo atacar", murmuró levantándose la máscara aquilina de su yelmo y obligándose a contemplar los cuerpos rotos de los suyos, muertos bajo su protección. "Alguien entre nosotros se lo indica. Y sólo hay una persona aquí que tiene la magia para sincronizar estos asaltos con los embates de la tormenta."

Bedevere aferró el brazo del rey cuando éste hizo gesto de sacar a Excálibur de su

vaina improvisada de piel de ciervo y crin de caballo. "Detened vuestra mano, sire. "Alzó la visera de su emplumado yelmo para mejor contener al rey con su calma mirada azul. "Actuad juiciosamente."

"¡Esa palabra otra vez!" El labio superior de Arthor se contrajo mostrando los incisivos. "Merlín la usó antes de silenciarme con un encantamiento en la reunión tras el festival. Si no hubiera sido por él, todos conocerían ahora la maldad de Morgeu..."

"¡Callad, señor!" Bedevere se arrimó más al rey. "Nuestra alianza con Lot es incierta, tal y como están las cosas. Sed político. Sed un rey."

"¡Nadie más de mi familia ha de morir por sus hechizos!", juró Arthor airado.

"Muchos más morirían, si Lot nos abandona aquí. ¡Mirad alrededor!" Bedevere mostró con un arco de su brazo único un panorama mordaz de boscosos montes velados por la lluvia. "Estamos lejos de Camelot."

"¿Qué he de hacer entonces, Bedevere?"

"Sed un rey, mi señor." El mayordomo tomó el brazo de Arthor y se lo llevó para que Cei, que había reunido un grupo de soldados y sacerdotes, pudiera atender a los muertos. "Emplead vuestra inteligencia y vuestra fe. Si sospecháis de Morgeu, emplazad entonces su carro en medio de la columna de Kyner. Y rezad. Dios os ha escogido para que nos guiéis. Pedid Su ayuda y, sin duda, El os asistirá."

El rey Arthor obró tal como su mayordomo le sugería haciendo caso omiso de las protestas de Lot y colocando a Morgeu en una carreta ordinaria entre las de Kyner. Ello no impidió el siguiente asalto, que de nuevo llegó bajo un rabiar de truenos y lóstregos salvajes. Pero esta vez, en lugar de cargar para defender la columna, Arthor alzó Excálibur con la empuñadura hacia el cielo, un símbolo de su fe, e imploró a Dios que le ayudase a romper la magia que guiaba a sus enemigos.

Por primera vez en varios días, dagas de luz apuñalaron las nubes bajas. La horda de jutos, privada de su cobertura tempestuosa, se dispersó en desorden y Kyner y Cei dirigieron su caballería contra el enemigo en fuga, sin perdonar una vida.

La Flor Cantora

Dagonet halló a Merlín inconsciente en la horcadura de un árbol, con el sombrero torcido y el bordón hecho astillas. Lord Mono estaba despatarrado sobre él y el enano contuvo el aliento al ver a su amado animal desvaído y como sin vida. "¡Ceñod! ¡Oh, mi ceñod! ¿Qué ha cido de ti?" Libre del simio por el estallido de rabia de Alguien Conoce la Verdad, el alma de Gorlois, ebria de alegría con su estado desencarnado y la magia melodiosa del reino faerïe, se posó sobre un junquillo azafranado y, en su libertad, empezó a cantar:

¡Extraño estar en cualquier parte!
Oh, extraño estar en cualquier parte
cuando entendemos nuestras sombras
toda nuestra vida nos pasa por delante
libre de miedo y de duda y cuidado,
¡oh libre de ir justo a cualquier parte!

Dagonet miró alrededor, al bosque que tamizaba un cielo de cenizas y luz poniente, y entre las sombras magenta descubrió el origen del cantar. La feliz canción llegaba de una delicada flor citrina que brotaba entre la hojarasca. Se arrodilló junto a

ella y gimió: "Pequeñua fuod, pequeñua fuod, ¿puedez ayudadme? Eztoy peddido en ezte bozque ozcudo... y mi amo eztá mueddto."

El junquillo siguió cantando su jubilosa canción y Dagonet percibió tanta esperanza en su extasiada voz que no abrigó ninguna duda de que aquel brote frágil podría ayudarle. Sus dedos macizos escarbaron la tierra fangosa alrededor de la flor y la levantaron, con raíces y todo, del suelo. La llevó adonde Merlín y Lord Mono —que yacían apoyados contra el tronco del árbol esbelto— aterrizaran.

"¡Ezcuchua, maeztdo! Ezcuchua ezdta feuiz canción y dezpiedta."

El gozo del canto hizo a un lado el tiempo. Faerïes atraídas por la música revolotearon en el aire cinabrio. Distraído por ellas, Dagonet tropezó con las raíces, que emergían inmensas del suelo y cubiertas de un moho resbaladizo, y perdió la flor. Su limo rizoide, sus pétalos amarillos y su polen brillante cayeron sobre él mismo y los cuerpos inconscientes que abrazaba el árbol.

Dagonet estornudó y cayó hacia atrás, golpeando el suelo. El canto cesó y las faerïes se dispersaron. Cuando el enano se incorporó, Merlín miró desde el rostro pecoso de Dagonet. "¿Qué me ha ocuddido?", gruñó, aguantándose la aborregada cabeza con las dos manos nudosas. "¡Yo no peddtenezco a ezdte cuedpo!"

"¡Porque te he desplazado, demonio!" El cuerpo de Merlín descendió del árbol, con una sonrisa tan ancha que sus molares destellaron a la luz del crepúsculo. "¡Mi alma ha tomado tu lugar!"

"¿Dagonet?", inquirió Merlín tambaleándose al ponerse en pie.

El mono se precipitó a los brazos de Merlín y lo abrazó fieramente.

"¡Dagonet eztá en el mono!", comprendió y abrió la boca horrorizado al ver su propia imagen alzarse ante él. "Entoncez tú eddez..."

"¡Gorlois!"

Rueda de La Noche

Gawain y Gareth estaban sentados con su madre junto a un fuego reducido a cenizas y ascuas púrpura. Para el alba faltaba una hora, y la gran rueda de la noche giraba lentamente sobre su eje vasto alejando la oscuridad y su naufragio de estrellas de la profecía gris del amanecer. Un gorjeo de aves tintineaba en los árboles oscuros, acompañado por el cascabeleo de los arneses entre los caballos pacentes.

Toda la noche habían estado los muchachos allí sentados, escuchando las historias que su madre les contaba de magia y de dioses. Mientras las estrellas se disolvían en la luz creciente, le hablaron a su madre de la camisa de fuego que el rey Arthor exhibiera ante su padre y ellos mismos bajo los portales de Camelot. "Papá dice que el fuego frío que vimos era la magia de Merlín, destinada a confundirnos", dijo Gawain.

"Pero yo vi un señor de los *Annwn,* madre", insistió Gareth. "Era dos cabezas más alto que cualquier hombre y con el cabello y los ojos tan brillantes que no pude mirarle el rostro."

"Los señores de los *Annwn* nos enseñaron las runas mucho tiempo atrás, cuando nuestro pueblo se extendía por todo el mundo conocido hasta las mismas fronteras de Persia", les dijo a sus hijos Morgeu. "Eso fue mucho antes del dios crucificado. Siglos antes, cuando nuestros dioses, el viejo Cabeza de Alce y la pálida gente, caminaban entre nosotros. Honrábamos a los señores de los *Annwn* entonces en las canciones de nuestros bardos. Pero ahora, estos Señores del Fuego luchan por el dios crucificado, el ungido de las gentes del desierto. Y nuestros dioses están desterrados en el inframundo,

en los montes huecos."

"¿Es tío Arthor un mal hombre?", preguntó Gareth. "El Señor del Fuego lo tocó en el corazón."

"Vuestro tío es un hombre atribulado, hijos míos." Morgeu pasó la mano por encima de los fríos rescoldos y llamas vivas saltaron de las cenizas. "Los señores de los *Annwn* esperan controlarlo a él y a nuestros destinos. Pero nosotros podemos recurrir a dioses más antiguos y a una magia más vieja... como os he mostrado en mis historias. Nuestra tradición es más antigua que la de Roma. ¿Por qué habríamos de adorar a un dios cruel que asesina a su único hijo, un hijo que predicó la paz y el amor? No. En ese camino acechan la traición y la locura... porque cualquier padre que mate a su propio hijo es un traidor a la vida."

"Entonces, ¿por qué cabalga papá con el tío y lord Kyner, que adoran al dios crucificado?", inquirió Gawain, con su rostro pueril resplandeciente a la luz danzante del fuego.

"Política." Morgeu sonrío a sus niños con benigna tristeza. "Hasta que podamos llegar a un acuerdo con las tribus invasoras, necesitamos al tío y a lord Kyner y a todos sus soldados cristianos para rechazar los ataques. Pero algún día, creo yo, tendremos a un rey celta en el trono que establecerá la paz con las tribus del norte y devolverá a nuestros dioses el lugar que les corresponde en el Árbol Cósmico. Será entonces la hora de comerciar y compartir, en lugar de masacrar." Se le iluminó la sonrisa. "Quizás alguno de vosotros sea ese rey y para ello necesitaréis corazón. Por eso os cuento mis historias de los antiguos héroes, que batallaron contra dragones y gigantes y vencieron por la largueza de su corazón." Hizo un gesto hacia las estrellas que todavía brillaban en la oscuridad. "Nuestro mundo parece grande, pero en realidad es muy pequeño, justo una mota entre la espuma de los astros. Creedme, mis hijos... este mundo es diminuto. Es el corazón lo que resulta enorme."

María Madre, Merlín nos ha abandonado. O quizás Dios lo ha llamado a otra misión. Mi prueba se aproxima. Quizás el mago tenga razón al insistir en que me enfrente a los clanes del norte yo solo y gane su lealtad por mérito y no magia. Pero has de saber que estoy asustado e imploro tu gracia y la de tu Hijo y nuestro Padre. Nunca he visto una tierra tan áspera... montañas que rozan el umbral del cielo y hoces salvajes como galerías al infierno. ¿Soy hombre bastante para reinar en esta tierra dura?

EL Bosque Doloroso

Con cornacas que los dirigían, el rey Arthor y Cei, sobre un elefante, y Lot y sus dos hijos a lomos del otro cabalgaron por colinas de bajos matorrales hasta una cima de verde majestuoso que ofrecía un panorama del norte. Ciervos se dispersaban ante ellos y un oso detuvo su pesado avance en busca de alimento para contemplarlos bajo el dintel de un bosque primigenio.

"Ahí está el Bosque Doloroso, joven rey", entonó Lot lúgubremente señalando los densos horizontes que ascendían hacia montañas niebladas de azul por la distancia. La vasta extensión de gargantas, hoces, fosas y tembladales enmascaraba multitud de cálculos falaces, con ancianas arboledas que brotaban directamente de puras paredes de roca y abarrotaban las honduras inexorables de entrelazados cañones. Los laberínticos contornos de los precipicios sólo a la luz más penetrante permitían alcanzar las

profundidades bajo aquellas altas mesetas. Empujadas por corrientes de hielo de tiempos prehistóricos, las cornisas que se alzaban sobre las oscuras quebradas satánicas se retorcían en vórtice gigantesco. "El Castillo Espiral. Así es como los clanes de esta región llaman a estas cumbres sobre las simas. Ningún enemigo puede penetrar en él."

"¿Es aquí donde reinas, hermano Lot?", preguntó Arthor con una voz blanda de sobrecogimiento ante esta extraña incongruencia de cimas nemorosas y cenagosas profundidades.

"No, tío", rió Gawain por la errónea suposición del rey. "Estas son tierras salvajes. Los hombres se pierden para siempre ahí abajo."

"Pero es aquí donde tienes que mostrar tu calibre, si esperas gobernar a los clanes septentrionales", añadió Lot. "Sólo los jinetes más diestros pueden negociar esas sendas traidoras... y sólo un hombre a caballo puede esperar derrotar a los forajidos que se ocultan en esas navas."

"Aplastar a forajidos, ¿eh?", intervino intrigado Cei. "Así es como Arthor y yo crecimos en las montañas de Cymru. Bandidos sajones se infiltraban por los montes y hondonadas cada primavera y, desde que tuvimos la edad de tus muchachos, padre nos llevó con él para limpiar el territorio, ¿eh, Arthor?"

"Así es, vimos nuestra primera sangre en esas incursiones", recordó Arthor. "Pero las hondonadas de Cymru son auténticas vegas comparadas con lo que tenemos ante nosotros."

"Ése es tu reto, Arthor... si todavía quieres llamarte rey de los clanes del norte." Los ojos grises de Lot brillaban como cenizas entre brasas. "Toma tus elefantes, muchacho, y cabalga de vuelta a Camelot. Este es mi consejo."

Arthor respondió fríamente: "Llévame a los jefes de los clanes. No me iré de aquí sin su alianza."

Lot sacudió compungido la cabeza. "Entonces, aquí tus huesos reposarán hasta que tu cristiana escatología venga en su busca para el juicio de tu implacable dios."

Un Reino Hecho de Crepúsculo

Gorlois pateó la hojarasca y dobló los brazos, sorprendido de hallarse en el cuerpo de Merlín. Se quitó el sombrero y se pasó sus aturdidos dedos por la cabeza, sintiendo el fino cabello y el cráneo irregular. Una carcajada como el graznar de un cuervo brotó de él. "¡Mirad a este hombre! ¡Puedo reír! ¡Puedo bailar!" Sus sandalias de cuero azul asomaron bajo sus ropas color medianoche al ejecutar un brinco grácil y agitar el sombrero sobre su cabeza.

Merlín bajó la vista desamparado al contemplar el achaparrado cuerpo del enano que ahora ocupaba y tiró de su jubón sucio y maloliente de cuero agrietado. Lord Mono lloriqueó en su regazo, con Dagonet atrapado en su pequeño, redondo cráneo.

Presa de la desesperación, Merlín tiró a un lado el mono, se puso en pie de un salto y corrió para recuperar los restos del junquillo roto que cantara con el alma de Gorlois. Antes de que sus piernas regordetas pudieran cubrir la distancia que lo separaba de su anhelo, una fuerte mano lo agarró por el dorso de su jubón y lo levantó en el aire.

"Deja que te ayude, pequeño hombre", croó Gorlois con nuevas carcajadas. "Quieres esta flor, ¿no es así?" Con su mano libre, Gorlois cogió el aplastado junquillo y lo balanceó justo más allá del alcance de los brazos del enano. "Este milagro de flor que te ha convertido a ti en mí y a mí en ti y al enano en... eso." Señaló con la flor al mono y la sacudió haciendo caer los últimos de sus pétalos del tallo. Luego, estrujó lo

último que quedaba en el puño. "Gracias, milagrosa flor. Tu tarea queda realizada." Dejó caer el tallo y las raíces molidas al suelo y hundió la masa en tierra con el talón. "¡Ahí! La flor se acabó. ¡Y ahora somos lo que somos!" Su risa casi lo ahogó. "¡Goduoiz, uoco!", gritó Merlín. "¡Uo que eztaz haciendo dezafía au cieuo. Ningún bien sauddá de ezto."

"¡Ninguno para ti, en efecto! "Lágrimas de júbilo le corrían por las cuencas de dragón al rostro de Gorlois para descender por las hondas fisuras de sus mejillas. "Ahora vámonos de este lúgubre lugar y volvamos al mundo de los vivos, al que pertenezco."

"No hademoz cemejante coza." Merlín se retorcía en la garra de Gorlois y sus cortas piernas corrían fútiles en el aire. "Déjame en eu zueuo."

Gorlois miró los árboles sombríos alrededor silueteados contra los tintes crepusculares del cielo. "¿Qué camino seguimos?"

"No te uo didé." Merlín agitó desafiante el puño. "Eztáz en uoz montez huecoz y aquí te quedaz hazta que me devueuvaz mi cuedpo."

"¡No te atrevas a desobedecerme, Lailokén!", Gorlois sacudió a Merlín hasta difuminarlo en el aire. "¡Te aplastaré la cabeza como un melón y mandaré tu alma a danzar en la Dichosa Foresta!"

Dagonet, que vestía el cuerpo de su amado mono, saltó al brazo de Gorlois y le mordió la muñeca. Con un grito de dolor, el duque dejó caer a Merlín y dio un manotazo al simio. Pero el animal había huido ya de un salto... y lo mismo había hecho el enano. Y ambos desaparecieron en la enmarañada maleza, mientras Gorlois se agarraba su muñeca herida y gritaba maldiciones.

Bálsamo en Gilead

El rey Arthor y su cortejo arribaron con sonora fanfarria al Castillo Espiral. Con los elefantes trompeteando, los flautistas, tamborileros y cornetas haciendo un jubiloso barullo, los acróbatas dando volteretas y los juglares cazando espadas voladoras, la caravana cruzó la empalizada de la fortaleza bajo los hurras de los clanes del norte. El Castillo Espiral mismo era el contorsionado paisaje, vasto como el horizonte, y el único camino para acceder a él, aparte de escalar los precipicios, corría a través de la empalizada de madera que había sido abierta de par en par a la llegada de Arthor.

Lot encabezaba la marcha sobre su robusto caballo de guerra, con sus hijos a sus flancos, y los ocupantes de la fortaleza, que doblaron la rodilla al verlo pasar, se pusieron de pie otra vez para señalar al rey-muchacho y a sus elefantes y volatineros. A Arthor, estas gentes del norte le parecieron habitantes de un tiempo arcaico, pues vestían las faldas y túnicas que fueran populares más de dos siglos atrás, cuando los romanos dominaban estas tierras. Incluso los peinados —al rape para los hombres y con escalonados tirabuzones para las mujeres— recordaban a los viejos romanos, aunque estos clanes eran celtas y devotos de antiguos dioses.

"¡Paganos!", los llamaba Kyner, y Cei y él empezaron inmediatamente a predicar la buena nueva del Salvador desplegando sus banderas con el emblema del Chi-Ro y clamando desde los lomos de sus caballos: "¡Os traemos bálsamo de Gilead para curar las heridas de vuestras almas!"

Aidan, jefe del Castillo Espiral, emergió de su sala de festejos con su esposa, su joven hijo e hijas para rendir pleitesía a lord Lot, ofreciéndole una espada de bronce de antiguo linaje, un manto de piel de lobo y dos mastines de caza. Lot los aceptó

graciosamente, hablando en gaélico y deslizándose al latín cuando presentó al joven rey. "Aquila Regalis Thor ha venido para ganar vuestra alianza y vuestra promesa de defender el Castillo Espiral contra los pictos."

"Llegas en buena hora, Aquila Regalis Thor", dijo Aidan en fluido latín. Alto, pelirrojo, con una nariz aplastada y una oreja cortada, portaba bandas de cuero alrededor de su torso a las que se unían bandas similares que pasaban sobre sus hombros, la *lorica* de un antiguo soldado romano. "Una horda de pictos conducida por el fiero Guthlac ha osado escalar los muros septentrionales de mi ciudadela y se oculta en algún lugar del laberinto. Ofrece una ventajosa alianza con sus vastos ejércitos del norte... si le abro las puertas."

"Yo te ofreceré términos mejores, Aidan", prometió Arthor al instante. "He visto tu Castillo Espiral y, aunque pequeñas bandas de forajidos puedan escurrirse a su interior, ningún ejército puede abatirlo... si estáis dispuestos a defender sus muros."

Antes de que Aidan pudiera replicar, lo interrumpió una sonora conmoción desde detrás de los imponentes elefantes. Bedevere se arrimó al rey murmurándole: "Es vuestro padrastro, sire. Ha irritado a la gente al llamarla pagana. Saben latín bastante para comprender que los ha tildado de 'adoradores de falsos dioses'."

Aidan desafió a Arthor con la mirada. "¿Has venido en busca de alianza... o a imponernos a tu dios crucificado?"

María Madre, gracias, gracias a ti, tu Hijo y a Dios nuestro Padre por enviarme a Bedevere. Aun cuando no lo veo, sé que está ahí, vigilándome las espaldas, protegiéndome de los asesinos. Mi padre —el servidor de tu Hijo, Kyner— no guarda mala intención al traer la buena nueva a los clanes del norte. Pero éstos tienen el corazón endurecido contra nuestro Salvador, y Kyner y mi hermano Cei no son los más pacientes mensajeros de la palabra del Señor. Han enfurecido a muchos de este pueblo fiero. Si no fuera por Bedevere, temería por mi vida, porque mis conversaciones con el jefe Aidan exigen toda mi energía y no puedo estar siempre mirando por encima del hombro. Aidan pretende inflamarme con su áspera retórica, mientras me regala con finos alimentos y vino. Pero yo soy obediente a las enseñanzas de tu Hijo y siempre pongo la otra mejilla. Esta gente orgullosa está francamente asombrada —y quizás decepcionada también— de que no me ofendan sus insultos. Ahora, si sólo Bedevere pudiera protegerme de Morgeu... Ella está en su elemento en este norte salvaje y temo qué esté planeando. ¿Dónde está Merlín, María Madre? ¿Dónde está mi mago?

Bajo la Zarpa de la Luna

El rey Arthor dedicó todo un día a las negociaciones con Aidan y, llegada la noche, aún estaba intentando aliviar la ofendida vanidad del jefe del clan. Lot se hallaba con ellos en la sala convival, disfrutando con sus hijos de la céltica hospitalidad de su anfitrión, saboreando platos de carne en salsas frutales, pudines de arándanos y manzanas asadas con miel, todo ello acompañado de sidra y cerveza.

Abandonada a sus asuntos, Morgeu dejó secretamente la empalizada a través de un portillo para los sirvientes. La gente estaba distraída con los elefantes, los osos danzantes y los estrafalarios artistas que exhibían orgullosos sus habilidades acompañados por la música vehemente de los virtuosos del rey. Más solícitos que antes, Kyner y su enorme hijo Cei deambulaban entre los divertidos espectadores y predicaban sus buenas nuevas.

Morgeu dejó la fortaleza porque sentía en su seno como un tirón de su sangre...

como si el alma que le había sido robada la llamara. Bajo la zarpa de la luna halló el camino hacia un bosquecillo de abedules. El fantasma de Merlín la aguardaba entre los troncos pálidos, haciéndole señas de que se acercara.

"¡Vete a tu averno cristiano, demonio!", lo maldijo Morgeu al reconocer al espectro y se dio la vuelta para partir.

"¡Hija, espera!", gritó Gorlois. "No soy el demonio Lailokén. Soy tu padre... Gorlois."

"¿Qué mal es éste que intentas causarme, Merlín?", le espetó airada Morgeu. "No puedes engañarme. Yo veo lo que eres."

"Morgeu, no soy lo que parezco." Gorlois extendió la mano hacia ella y la mujer retrocedió. "El demonio se llevó mi alma al inframundo. El dios de cabeza de alce lo expulsó, nuestras almas quedaron de golpe liberadas y cayeron en cuerpos diferentes. Lailokén está ahora dentro de un enano. Y yo... yo me hallo aquí, en este cuerpo. Pero estoy perdido en el reino subterráneo. Te he estado llamando para que me ayudes. Y ahora has venido."

Morgeu lo observó con suspicacia y vio la calavera de la luna a través de su cuerpo transparente. "No te creo."

"Entonces escucha, Morgeu, y te diré cosas que sólo yo, tu padre, puedo conocer."

Con las manos cruzadas sobre el vientre, Morgeu escuchó al espectro describir los íntimos detalles de su infancia con él... recuerdos de los cuales ella misma había olvidado muchos, hasta que se los repitió Gorlois. Su sangre escuchó. Hizo preguntas y él respondió correctamente a cada una de ellas, y lo hizo con el timbre emocional que ella esperaba de su padre: una imperiosa y seca brusquedad. "Padre... ¡es verdad que eres tú!"

"Hija, tienes que ayudarme." Abrió los brazos, desconcertado. "No sé ni dónde estoy."

"Padre... estás en los montes huecos. Sólo el vínculo de sangre con la carne del niño que estoy tejiendo dentro de mí me permite verte y oírte."

"¡Ayúdame!", pidió, con sus ojos de hielo triturado sometidos por el pavor.

Morgeu pasó las manos por su vacío. "Lo haré... de alguna forma. Pero no sé cómo todavía. Has de ser paciente..."

Antes de que pudiera decir más, el viento tosió a través de los abedules y el espectro se disolvió.

La Herida Gentil

La única hija soltera de Aidan, Eufrasia, una joven mujer de dieciséis veranos, sirvió a su padre y a sus huéspedes durante toda la noche mientras discutían la política del norte, los temores y esperanzas de los clanes y la peligrosa situación de los britones y los celtas que dominaban el sur. ¿Fue la música de arpa y de cítara que el joven rey trajera consigo a la estanza la que la sumió en una exótica atmósfera de lugares lejanos que hubieran venido a visitarla a su demasiado familiar morada? ¿O fue la juventud del rey, un año mayor que ella, lo que tanto la intrigaba con su presencia viril? ¿O quizás, incluso, fue la manera ferviente en que parlamentaba con su padre, sin arrojarle a ella siquiera una mirada de curiosidad, lo que la fascinó y le hizo tomar buena nota de él?

Eufrasia era famosa en todo el norte por su belleza y le llegaban pretendientes de todos los clanes notables desde la región de los lagos hasta el Muro Antonino. Había recibido regalos magníficos —un corcel veloz, esbelto como una sombra, vástago de los

sementales de un reino del desierto; perros lobo de la Isla de los Escoceses; un azor plateado, y joyas y sedas finas importadas del antiguo y distante reino de los medos— y todos ellos sólo por el derecho de los hombres a mirarla. Y este rey no le prestaba más atención que a una fregona.

Y así, ella lo sometió a minucioso escrutinio mientras iba y venía con los cuernos de sidras frutales y cestos de panes. Para su edad, el joven era ancho de hombros y alto, pero su rostro desmentía su estatura: su tez pálida como la leche y rosácea y sus mejillas lampiñas eran las de una criatura. Los informes que le dieran los consejeros de su padre decían que Arthor se había ganado merecida reputación como fiero jinete y que era famoso incluso entre los ardidos invasores por su ferocidad. Pero sus ojos —amarillos como la miel— no tenían la mirada endurecida de un guerrero. Y el hecho de que todo un día de intensa conversación, prolongado hasta tarde en la noche, no hubiera incitado a su padre a aporrear la mesa y gritar ni una sola vez daba fe de la naturaleza curiosamente tierna e inteligente del joven monarca.

Confundida por la indiferencia del rey Arthor hacia ella, Eufrasia se retiró a su dormitorio y se estudió en el espejo. ¿Había algún defecto que ella y sus admiradores hubiesen pasado por alto en el lustre de sus largas trenzas rubias, en la claridad de sus grandes ojos grises, en el suave palor de su piel, en la curva confiada de su mandíbula? No percibía nada fuera de sitio en su belleza. Y sin embargo... sin embargo... Algo había cambiado en su semblante. Sus doncellas lo notaron de inmediato y escondieron sus risillas tras las manos. Y entonces cayó en la cuenta ella también: la herida gentil, la dicha doliente, el grito callado de una joven enamorada.

Ávalon

Merlín como enano y el mono que era Dagonet avanzaron a través de la luz sirope del fin del día. Se mantuvieron ocultos entre las zarzas grises y los cinéreos matorrales del mundo crepuscular, intentando que Gorlois no los descubriese. El mono chirrió entonces inquisitivo desde el giboso hombro de Merlín. "Cayua, Dagonet. Eu zonido viaja dápido en uoz montez huecoz. Ya vedáz dónde eztamoz yendo cuando yueguemoz."

El relámpago fustigó los cielos tras él en dirección al palacio tallado como el fuego. Merlín marchó rápidamente alejándose de aquel terrible lugar; pronto estuvieron trepando por una ladera cubierta de helechos, velada por una densa niebla nacarina, el corazón de la lluvia, y emergieron a la luz del día alhajados de rocío. El mono se sacudió la humedad de la piel y respiró una agria fragancia de manzanas podridas.

Se hallaban junto a un hilo de agua, brillante como el mercurio, que corría entre rocas musgosas por una ladera fértil en helechos y tréboles. Desde su altura, podían ver montes aurorales, hondonadas y collados abarrotados de manzanos. Por todas partes, los sarmentosos camuesos se alzaban sobre el blando limo de su fruta caída. Y en cada colina y promontorio había erectas agujas de roca, menhires labrados con rúnicos sortilegios.

"Avauon", anunció Merlín. "Hemoz encontdado eu camino a la Izua de uaz manzanaz donde viven uaz Nueve Deinaz. Ezpedo que eyuaz puedan ayudadnoz en nueztda cituación. Vamoz, Dagonet."

A través de salvajes vergeles bajo un vivido cielo azul con nubes doradas,

Librodot

corrieron Merlín y el bestial Dagonet. Descendieron a un lago central en el que cintilaban diamantes de luz solar reflejada. "Fue aquí donde decibí a Excáuibud y me encontdé con uaz Nueve Deinaz. ¿Haz oído habuad de eyuaz?"

El mono sacudió la cabeza, se agachó en la orilla y bebió un sorbo de agua.

"Uoz *Annwn,* a uoz que yuamo Ceñodez deu Fuego, seueccionadon una deina de cada época de diez miu añuoz de gobiedno matdiadcau y uaz hiciedon inmodtauez. Noveinta miu añuoz de gobiedno matdiadcau eztán deunidoz aquí en Nueve Deinaz. ¿Pod qué, pdeguntaz? Pada cambiad eu codazón humano. Mida, Dagonet, uo que cada uno de nozotdoz pienza, pada bien o pada mau, cambia todo. Uaz deinaz inmodtauez han enceñuado au codazón humano amod y tednuda dudante cientoz de cigloz. Dezde entoncez, uoz deyez gobiednan. Y pdonto, una deina sedá uibedada y zuztituida pod un dey... eu dey Adthod."

Dagonet contempló impaciente los montes de enmarañadas ramas de manzano alrededor y el lago azul, que reflejaba los cúmulos nacidos del mar.

"Cí, tienez dazón, Dagonet", concedió Merlín. "Ya he habuado baztante. Ahoda yuamadé a uaz Nueve Deinaz." Alzó los brazos y trató de lanzar los cilios de su corazón para traer las reinas hasta él. Estos tentáculos eran cuerdas de poder que había aprendido a extender a través de la puerta de su corazón para tocar el mundo. Eran una fuerza de su naturaleza demónica que servía a su cuerpo mortal... pero, cuando intentó usarlos, nada ocurrió. Y él sintió que no ocurría nada. Su cuerpo enano no tenía las puertas de poder que su propia carne poseía. Y por fin, con mirada compungida, se tornó hacia el mono y dijo llanamente: "Dioz mío, Dagonet... ezpedo que te guzten uaz manzanaz. Cdeo que eztamoz atdapadoz aquí."

La Pálida Gente

Gorlois vagaba lamentándose por el mundo subterráneo, escudriñando entre los árboles delgados y oscuros la luz sandía del crepúsculo. La corteza verde de aquellos cielos rojos le preocupaba, pues hablaba de tormenta... y él temía pensar lo que presagiaba la tempestad en los huecos montes. Caminó en dirección contraria al extraño ocaso, hacia más oscuros horizontes.

No muy lejos de allí, oyó a voces de niños reír, susurrar traviesamente. Los buscó, pero no vio más que luciérnagas titilar en los apagados rincones del lúgubre bosque. "¡Ey!", llamó. "Os oigo ahí. Venid a donde pueda veros."

De los espacios de la noche, emergió la pálida gente. No eran niños, sino hombres y mujeres altos con ojos de áspid, orejas con mechones de pelo y una carne azul como la leche. Sus rojas cabelleras flotaban en el aire vesperal como vaho de sangre. "Myrddin", lo llamaron usando el nombre céltico de Merlín. "¿Qué haces aquí en los montes huecos?"

La mirada estupefacta de Gorlois se astució. "Pues qué...buscaros, desde luego."

"¿Dónde está tu bastón, Myrddin?" La pálida gente volvió a dejar oír sus risillas y empezó a esparcirse, rodeándolo, y sus vaporosas vestimentas se difuminaron como niebla con sus movimientos.

"Roto, por desgracia." Sacudió la cabeza míseramente. "Tuve una caída... por allí." Miró por encima del hombro y se aprovechó del gesto para apartarse un poco, apoyarse en un viejo árbol y protegerse las espaldas con él. "Debo de haberme golpeado la cabeza, ¿sabéis?... porque he olvidado muchas cosas. Esperaba que vosotros, los Daoine Síd me ayudaseis a recordarlas."

La risa de la pálida gente se iluminó y se miraron unos a otros con alegría en sus viperinos ojos verdes. "¿Qué necesitas recordar, Myrddin?"

Se acarició la crespa barba reflexivamente y proyectó hacia delante su labio inferior. "Ah, bien, quizás podríais mostrarme el camino para salir de aquí."

"Oh, Myrddin", repusieron con carcajadas y sus dedos, muy blancos y muy largos, tiraron de las ropas azul medianoche del hombre. "Podemos hacer incluso más por ti. Podemos ayudarte a recordar tu magia, así hallarás el camino de vuelta al mundo bajo el sol y la luna."

Gorlois se arrimó aun más al árbol nudoso, temiendo que aquellos seres sobrenaturales se estuviesen burlando de él, conscientes de su verdadera identidad. La pálida gente era bien conocida por raptar a los mortales y esclavizarlos en los huecos montes o, peor aun, echárselos como cebo al Dragón. "O...os pido que me a...ayudéis", balbució. "Y os recompensaré a todos generosamente."

"¿Lo harás ahora?" Acariciaron la textura de sus ropas y sus dedos recorrieron el bordado carmesí que decoraba el atavío con símbolos astrológicos y alquímicos.

"Sí, por supuesto que lo haré", prometió de inmediato. "Sólo mostradme el camino para salir de aquí."

"¿Nos darás tu sombrero?", dijeron con risillas sofocadas y se acercaron tanto que pudo oler su suave aroma de hojas de otoño.

Gorlois se quitó el sombrero cónico de ala ancha. "Tened, tomad el sombrero." Ellos se lo arrebataron y se lo pasaron unos a otros, admirando los signos bordados en él. "Y tus finas vestimentas también."

Gorlois se apretujó contra el árbol "¡Pero me quedaré desnudo!"

"Tal como llegaste al mundo, Myrddin... así has de volver."

Casa Hacia el Ciclo

El picto Guthlac era una cabeza más bajo que la mayoría de los hombres. Pero su pecho profundo, sus hombros majestuosos, macizos como los de un toro, su torso empedrado de músculos y sus miembros poderosos poseían la fuerza de cualquier par de hombres. Y lo que era más crucial para su papel de líder de una horda, su cabeza como un bloque de piedra bruta sobre el ancho tocón de su cuello bullía permanentemente de lúcidas estratagemas bélicas, pensamientos de guerra y letales maquinaciones. Calvo excepto por la cresta de hirsuto cabello naranja, toda la longitud de su compacto cuerpo ondulado exhibía tatuajes azules. Con intrincadas espirales y vortiginoso detalle, describían el camino desde los campos de batalla de la Tierra Media hasta la Casa Hacia el Cielo entre las ramas del Árbol de la Tormenta, la espléndida morada reservada a los héroes muertos en combate.

"Aidan hospeda al Martillo de Hierro", informó Guthlac a su banda, una docena de pictos veteranos, todos ellos semidesnudos, tatuados, adornados con plumas de grulla, vestidos con pantalones y botas de piel humana, huesos en las orejas, narices, trenzas y moños, y rostros grotescos pintarrajeados de blanco-muerte y azul-cadáver. Eran un glorioso escuadrón, cada hombre ungido con la sangre de enemigos que había enfrentado y vencido en combate cuerpo a cuerpo. Este era el motivo de que Guthlac los hubiera escogido para esta misión; todos ellos eran luchadores templados en batalla, de un temperamento frío y una voluntad endurecida que los hacían capaces de infiltrarse en el Castillo Espiral y, o bien asegurarse la alianza de Aidan... o el trofeo de su cabeza. Juntos, permanecían acuclillados en el barranco arbóreo cerca de un arroyo que

regurgitaba entre peñascos enmascarados de musgo. "Las puertas de sus oídos están abiertas a las promesas romanas que alimentaron a sus ancestros. No hará pactos con nosotros."

"Entonces, ¿hemos de dejar este Castillo Espiral y volver al norte a informar a nuestro rey Cruithni?", preguntó uno de los hombres.

"¿Lleva ese camino a la Casa Hacia el Cielo?", inquirió Guthlac con un giro desdeñoso de su cabeza. "Aidan ha de testar el miedo. Entonces el cacareo latino del Martillo de Hierro no sonará tan dulce."

"Lot y Kyner flanquean al Martillo de Hierro", intervino otro de la banda. "Esos no testarán el miedo sino nuestra sangre, sí los atacamos. Encontraremos el camino a la Casa Hacia el Cielo, sin duda... pero nuestro rey Cruithni será mal servido. Y ¿cómo, después de esto, nos presentaremos con orgullo ante los héroes?"

"¡Acordado entre nosotros, entonces!" Guthlac sonrió exponiendo dientes bien afilados para desgarrar la carne enemiga. "Llegaremos subrepticiamente de noche hasta ellos, tomaremos nuestros trofeos y los dejaremos con el mórbido sabor del pánico."

Elevándose en Fuego

"Buenas nuevas traigo para todos vosotros." Kyner hablaba con los hombres de Aidan y sus familias en la fortaleza, mientras el rey Arthor y Lot parlamentaban con el jefe en la sala de festejos. "El Dios grande e inefable, el creador del universo, ha enviado a Su hijo a caminar entre nosotros para salvarnos del reino de los muertos y de su diosa Hel."

Para tentar a los celtas paganos y apartarlos de los elefantes encadenados en la puerta central y de los volatineros que reposaban en tiendas multicolores del patio principal, Cei ofrecía cuentas de ámbar a todos aquellos que quisieran escuchar el sermón de su padre. Cada una de aquellas cuentas translúcidas tenía grabado un diminuto emblema, un pez, símbolo cristiano de la palabra griega *ichthys,* que a su vez era un acrónimo de 'Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador'. Pero para los celtas conocedores de las runas, el pez grabado era *Oddal,* símbolo de la tierra y propiedad heredadas... y ello hacía de las cuentas de ámbar implementos mágicos para la adquisición de tangibles posesiones. La gente las recibía con avidez y escuchaba respetuosamente el cuento de Kyner sobre el nacimiento virginal, los taumatúrgicos eventos, la muerte cruel y la resurrección.

Entretenidos por la historia y gratificados por el ámbar y su promesa de opulencia, la gente vitoreó a Kyner cuando terminó. Aquellos que tenían familiaridad con el cristianismo y lo despreciaban aplaudieron de todos modos al predicador, obligados por su tradición celta a mostrar hospitalidad a los huéspedes que su jefe había admitido en la comunidad.

Ninguno permaneció para el bautismo a continuación y Cei les gritó airadamente que volviesen, mientras aquéllos se dispersaban para la comida del mediodía. "Ahórrate los gritos, hijo." Kyner sacudió su bolsa de cuentas de ámbar. "Nos quedan muchos señuelos, pero en este asentamiento no hacemos más que derrocharlos. Estas gentes están endurecidas por la codicia. Vayamos a los campos y villorrios de alrededor y prediquemos la buena nueva a los rústicos."

Cei estuvo de acuerdo y partieron a caballo por una puerta lateral. El resto de aquella tarde, cabalgaron por los angostos caminos entre paredes verticales visitando granjas y alquerías, ofreciendo sus abalorios y su mensaje del ascenso en fuego del hijo

de Dios a los cielos.

Desde la distancia, ocultos en las copas de los árboles, Guthlac y su horda observaban el viboreante tránsito de los predicadores. Al ocaso, avanzaron silenciosos hacia una granja que los celtas habían visitado horas antes. Los gansos vigilantes parparon avisando al granjero; éste emergió guadaña en mano, pero resultó poca amenaza para Guthlac, que cazó la hoja en el ángulo de su hacha y usó la herramienta de segar para descabezar al hombre. El resto cortó rápidamente las cabezas a la mujer y los cuatro hijos del labriego. Luego, vistiendo las ropas de sus víctimas y cubriéndose con sus cueros cabelludos, Guthlac y uno de sus pictos condujeron la carreta del granjero, mientras el resto se ocultaba bajo gavillas de heno y tantos animales como pudieron portar hasta la puerta de la empalizada.

Eufrasia Cautiva

Con el rostro oscurecido por la ajena cabellera y el crepúsculo, Guthlac anunció al guardián de la puerta en pasable latín: "Hemos recibido la buena nueva de lord Kyner. Nos pide que traigamos estos animales para un festejo santo. Dejadnos pasar."

Cuando el guardián abrió la puerta, Guthlac lo yuguló, ahogando su grito de muerte. La carreta avanzó pesadamente por el área ecuestre, manteniéndose cerca del perímetro de la empalizada, por detrás de los establos, donde nadie podía observarlos. Los guerreros de Aidan, siempre vigilantes para permitir tan grave violación de sus defensas, estaban distraídos por el sorprendente cortejo del rey Arthor. Con el resto de los habitantes del asentamiento se habían congregado en el patio principal para ver a los artistas cortesanos del joven rey emerger de sus tiendas y dar comienzo a las festividades. Los elefantes desfilaban, los osos danzaban, los perros sabios saltaban y jugueteaban al son de la música jubilosa y nadie vio a los trece guerreros pictos moverse furtivos como sombras entre el granero, los depósitos de aprovisionamiento y los vacíos barracones.

Los guerreros pictos se desplegaron silenciosamente frente a la sala convival: dos se ocultaron tras los barriles de harina de la tahona, mientras dos entraban en el lugar y les cortaban la garganta al panadero y su aprendiz; tres más treparon al andamio del patio interior, silenciosos como espectros, y mataron a los dos guardias de la mesnada del jefe, que se apoyaban en sus lanzas mientras contemplaban las celebraciones en el patio lejano; tres tomaron posición detrás de la sala convival y en sus flancos, con las espadas preparadas para despachar a los centinelas ambulantes; los dos últimos de la horda aguardaron mientras las estrellas traían la noche, hasta que un sirviente emergió de la casa del jefe para volver a atender a los dignatarios en la estancia principal. A éste le cortaron el cuello y lo ocultaron en un cobertizo de madera.

Eufrasia estaba sentada en su cámara inspeccionándose en un espejo cuando Guthlac abrió la puerta de una patada. Un cuchillo cruzó el aire para silenciar el grito de la criada. La otra sirviente abrió la boca en muelo terror mientras el tremendo picto dirigía su espada a Eufrasia y decía con brusquedad: "¡Silencio o muere!"

Eufrasia, hija de un jefe y entrenada para defenderse a sí misma, cazó rápida una daga de su lecho. Antes de que pudiera arrojarla, la espada picta destelló y se la arrancó diestramente de la mano. Al instante siguiente otros dos pictos entraron, salpicados de la sangre de los guardias que habían asesinado en los corredores. La muchacha dio un grito de alarma, pero breve antes de que correas de cuero le aseguraran la boca, las manos y pies.

Alzada sobre el hombro de Guthlac, forcejeó en vano mientras desaparecía en la noche. Veloz, el picto retrasó sus pasos recogiendo a todos los guerreros de su horda. En la carreta tras los establos, la hija del jefe fue cargada entre los guerreros, con la estricta advertencia de Guthlac a sus hombres de no ponerle la mano encima.

El carro dejó la puerta exterior con Guthlac a las riendas, disimulado bajo las ropas y el cuero cabelludo del granjero. Kyner y Cei vieron el vehículo en la distancia cuando retornaban a través del paisaje nocturno pero, amargados por su fracaso en conseguir siquiera un alma para su Salvador, no prestaron a la carreta mayor atención.

Tesoros del Otromundo

Merlín como enano y Dagonet como mono recorrían el perímetro del lago de Ávalon, buscando algún signo de las Nueve Reinas. Hallaban sólo alborotadas flores de col asomando entre las desprendidas manzanas.

Esperanzado, Dagonet hizo un gesto hacia las laderas cubiertas de helecho, a la fina cascada que el paisaje destilaba en el lugar desde el que habían venido.

"No, Dagonet", replicó Merlín. "Tuvimoz muchua zuedte de zauid de uoz montez huecoz cin magia. Ci vouvemoz, podemoz encontdadnoz con ua gente pauida.Y zon un mauéfico uote."

Dagonet recogió una manzana recién caída y entera y la mordió. Siguió a Merlín como en un sueño, marchando tras su propia forma física, mientras vagaban entre los camuesos y unos pocos olmos renegados.

Ante uno de los grandes olmos, el mago pausó y señaló un agujero en la base del árbol. "¡Mida! ¡Y huede!"

El mono Dagonet reptó hasta el agujero rodeado de hierba y olfateó el febril hedor.

"¡Auiento de ddagón!", dijo Merlín.

Dagonet retrocedió rápidamente, dejando escapar un atiplado grito.

"No tengaz miedo." Merlín se arrastró hasta el agujero y desapareció. Un momento después, su cabeza pecosa y grande apareció de nuevo. "¡Ven! Eu Ddagón duedme."

El mago descendió a la oscuridad y Dagonet dudó, cogiéndose nervioso la cola. Luego, se arrimó al agujero y emprendió el vertical descenso agarrándose a las raicillas del árbol y a los nódulos protuberantes de piedra. La oscuridad se adensó implacablemente, hasta que el agujero en la altura se hubo reducido a una estrella distante. Cuando los ojos del simio se hubieron ajustado lo suficiente, Dagonet distinguió un suave resplandor en las profundidades.

Como luna llena en una jungla nocturna, la luz de abajo brillaba entre marañas de rizos orgánicos y frondas, que eran en realidad cables radiculares y placas de silueteado esquisto. Dagonet cayó a una gruta iluminada por la luz difusa de una laguna sulfurosa, de aguas naranjas y de rojo espumoso. De inmediato, se llevó la mano a la nariz.

"Cí, hiede... ¡pedo mida, Dagonet! ¡Mida dónde eztamoz!"

Merlín señaló unas lustrosas bases de roca sobre las que yacían apiladas dunas de monedas de oro, urnas volcadas de ígneos carbunclos y calderos de diamantes. "¡Uoz Tezodoz deu Otdomundo! Eu Ddagón ha amontonado ezte tezodo de uaz cadavanaz y badcoz que ce ha tdagado a tdavéz de uoz añuoz."

Dagonet trepó a una estalagmita y cogió un pulido diamante de un jarro de gemas. Lo olió, lo mordió y se lo arrojó a Merlín con una interrogadora sacudida de cabeza.

"Tienez dazón, Dagonet. Padece un diamante de nueztdo mundo. Pedo eu Ddagón uo ha cambiado, uo ha dotado de poded. ¡Mida!"

Merlín arrojó el diamante al bullente lago; el agua se agitó y quedó luego en una calma perfecta, tersa e inmóvil como un espejo. Escudriñaron su superficie y se vieron a sí mismos en sus formas verdaderas: Lailokén como un demonio de ribeteadas quijadas, sonrisa viperina y ojos de párpados caídos y núcleos ígneos; y junto a él, donde el mono miraba, se alzaba un Señor del Fuego, resplandeciendo en llamas doradas.

La Vergüenza del Rey Arthor

La sangre del guardián de la puerta, cuatro centinelas, el panadero, su aprendiz, una sirvienta y, casi con toda seguridad, la de Eufrasia también pesaban grandemente sobre el joven monarca. "Estoy avergonzado de lo que ha ocurrido", le confesó a Aidan después de escuchar el relato que la doncella sobreviviente hizo del temerario secuestro de la hija del jefe por Guthlac. De la afelpada estera manchada por la sangre de la criada muerta, recogió la daga de Eufrasia. "Estoy avergonzado de que hayas sufrido pérdida tan terrible estando bajo mi protección."

"¿*Tu* protección?" La faz rubicunda de Aidan se oscureció. "Tú no eres más que un muchacho... más joven incluso que la hija que he perdido."

"Yo soy tu rey", replicó Arthor con calma, lívido el rostro y lúgubre pero sin arredrarse ante la tensa y rabiosa mirada del jefe. "Tenías todo el derecho a esperar seguridad en mi presencia... y te he fallado."

"Recupera a mi hija, *chico,* y doblaré la rodilla ante ti y te llamaré rey." Aidan se marchó disgustado; luego, se detuvo en la puerta, apuntó un dedo macizo al joven y advirtió: "Pero, si mi Eufrasia está muerta o herida de cualquier modo, no te atrevas a asomar tu imberbe rostro por el Castillo Espiral nunca más."

Cuando el jefe hubo dejado la casa, Arthor miró a su ayudante, Bedevere. "Ocúpate de que los elefantes y volatineros sean enviados de vuelta a Camelot. He emprendido este recorrido por mi reino con demasiada alegría."

"Sire, esta tragedia no es culpa vuestra", lo consoló Bedevere. "Al fin y al cabo, vos sois un huésped entre estos muros, bajo la protección del jefe Aidan y la presencia de lord Lot."

"¿Es eso lo que significa ser rey, Bedevere?" Arthor amonestó a su mayordomo con el ceño fruncido. "No. Sólo yo soy responsable. Yo soy el alto rey y todo mi pueblo ha de tener fe en que puedo protegerlo. De otra forma, no soy más monarca que los comediantes carnavalescos con los que desfilo."

Kyner y Cei encontraron a Arthor cuando éste dejaba la casa. "Mi señor, perdónanos", suplicó contrito el mayor. "Vimos a los pictos por el camino principal al dejar la empalizada y no los reconocimos."

"¿Cómo infiernos íbamos a saberlo, padre?" Cei le dirigió una mirada herida y taciturna. "Era oscuro y pasaron disfrazados."

"¡¿Quién os mandaba andar por el campo predicando?!", los reprendió Arthor, pero enseguida se contuvo. "Perdonad, padre... hermano. Estoy consternado porque mi negligencia ha traído el dolor a este refugio. Debería haber pensado en proteger mi propio perímetro. Estaba tan ansioso por ganarme los corazones de la gente, que no pensé en protegerla."

Lot emergió del patio interior con una escolta armada portando antorchas. "Aidan dice que estás decidido a ir en busca de Eufrasia. Esa es una loca promesa, mi señor,

pues deberás ir solo. Hemos seguido la carreta hasta el lugar donde los pictos la abandonaron, al borde de los precipicios. Han desaparecido en las hoces. Ni siquiera los hombres de Aidan descenderán a ese páramo confuso. Las emboscadas son demasiado fáciles allí... y, además, en cuanto los pictos vean una partida de rescate, la vida de Eufrasia penderá de un hilo."

"Pretendo ir solo."

"Yo iré contigo, hermano."

"No, Cei. Sabes que te amo por tu coraje, pero sería más fácil esconder un elefante en esos angostos caminos."

Sobre Espectros, Demonios y Magos

La pálida gente tomó el sombrero y las ropas de Merlín y corrió riendo entre los árboles, gritando: "¡Síguenos! ¡Síguenos!"

Desnudo salvo por sus sandalias, el espectro en el cuerpo de Merlín miró boquiabierto y temeroso alrededor. Había árboles encorvados como ancianas, como mendigos, por todas partes, y ojos como chispas titilaban observándolo desde los agujeros de sus troncos. Se precipitó tras los Daoine Síd con la esperanza de que le mostraran la salida de aquella oscura foresta en perpetuo crepúsculo. Pero muy pronto, sólo quedó la risa burlona de los elfos y, poco después, también ésta se disolvió en el aire gránate.

Gorlois dejó de correr y gritó una maldición: "¡Condenados, todos vosotros!" Frustrado, pateó un pulposo madero arrebozado de hongos, se hizo daño en un dedo y volvió a gritar. El dolor lo asombró. *¡Estoy vivo!,* pensó y aturdido recordó la horrible sensación cuando despertó en el cuerpo de un mono y se enteró de que había muerto en los llanos de Londinium. No recordaba nada de ello, pero de la pulsación en el dedo de su pie sí tenía buen recuerdo... y. éste le hacía reír.

Inadvertidamente, la ráfaga de risa abrió las puertas de poder en el cuerpo del mago. Los tallos secos de hierba alrededor de él vibraron con un viento que se alzaba directo del suelo y levantaba las hojas muertas en espirales que atorbellinaban el aire marrón. "¡Soy un espectro!" Rió más fuerte y las hojas volaron de vuelta a sus ramas, hinchándose de verde savia. "¡Soy un espectro que derrotó a un demonio y se hizo mago!" Su risa creció de una forma maníaca; él se palmeó el cuerpo desnudo y recibió con carcajadas las chispas azules que saltaron cíe su lívida carne.

"¡La magia está dentro de mí!", constató. Orinó y diminutas flores de pétalos de cuarzo brotaron allí donde salpicaba. Más risa lo provocó a correr, esta vez de gozo. La pesadilla se había transformado en un sueño eufórico. Corrió más rápido, hasta que sus pies batientes no tocaron el suelo, y voló con su blanca barba farpada por la rapidez de su precipitada trayectoria. Virando entre los árboles buscó a la pálida gente, pero no había signo de ellos.

Quiso parar... pero su vuelo se aceleró y empezó a remontar el aire. Miedo reemplazó el gozo y cayó, en una maraña de miembros, entre montones de hojas. Se incorporó gruñendo y quitándose caracoles y escarabajos de la barba. "¡Afloja, Gorlois!", se reprendió. "La magia es un arte."

Ante este pensamiento, se permitió una risilla ahogada. "¡Y yo, un artista!" Movió en el aire un dedo afilado y provocó estampados de luz. Ello le inspiró mayores risas y pronto las puertas de su mágico poder se hubieron abierto de par en par. Gorlois se puso en pie de un salto y cargó contra la penumbra, ágil como una gacela.

Librodot

La Charca del Dragón

Merlín se apartó del agua clara en la que viera al mono reflejado como un Señor del Fuego y miró perplejo a la bestia. *"¿Tú,* un ángeu?"

El mago era consciente de que la humanidad había sido formada a través de los eones por los Señores del Fuego... de que todo el universo era su taller, en el que construían los cósmicos ingenios que los llevarían de vuelta a los cielos, al reino de pura luz del que toda la creación emergió con el comenzar de los tiempos. La gente era un prototipo de seres todavía por llegar, unas entidades lo bastante complejas y vastas como para portar a los Señores del Fuego a la eterna gloria del paraíso librándolos para siempre del frío espacio oscuro. Y sabía también que, toscos como eran, los seres humanos podían amansionar en sí vastas cargas de energía. Su propia madre, Santa Óptima, había dado cuerpo a una cantidad de fuerza angélica suficiente para tejer una forma humana que pudiera alojar el poder demónico de Lailokén. Sin embargo, él estaba seguro de que el cuerpo de un hombre era demasiado frágil para contener toda la luminosidad de un Señor del Fuego.

Escudriñó otra vez la Charca del Dragón y contempló más inquisitivamente la forma luminosa que veía reflejada por el mono. Se dio cuenta de que el Señor del Fuego no irradiaba directamente del alma de Dagonet, sino que se limitaba a circundarla. Sólo esto era ya asombroso, aunque para el demonio más aceptable. La proximidad de grandes entidades a menudo distorsionaba la carne de los mortales. Tal era la razón de que Dagonet hubiera nacido enano: un ángel lo escoltaba.

"Tú no uo zabez, Dagonet, pedo tienez un gdan amiguo que veua pod ti." El mago se rascó su rizada, anaranjada cabeza maravillándose de ello. "Entoncez no fue accidente que yuegacez hazta eu dey Adthod. Tienez un euevado deztino y tu cuedpo atdofiado ez eu pdecio que debez pagad pod eyuo."

Antes de que Merlín pudiera seguir reflexionando sobre estas cosas, una risa brillante fulguró entre las estalagmitas. Cuando giró en redondo para ver el origen del júbilo, casi se cayó hacia atrás a la Charca del Dragón. Un hombre alto, que portaba su gorro cónico y sus ropas, se alzaba en el otro extremo de la caverna. "¿Quién edez tú?", gritó alarmado. Pero el extraño no dio respuesta.

El mono correteó por la gruta y agarró el sombrero, revelando la punta húmeda de una estalagmita. Más risa ecoó por los recesos de aquella cripta de tesoros.

"¡Uoz Daoine Cid!", conjeturó el mago y corrió en busca de sus ropajes. "¿Cómo encontdazteiz ezto?"

Ninguna respuesta llegó y la risa chispeó más lejos.

"Pod auguna padte, Goduoiz vaga deznudo en mi cuedpo." Merlín se puso el sombrero en la cabeza y la magia que había en él de inmediato amplió el alcance de sus percepciones. Oyó a la pálida gente reírse por lo bajo de su situación, oyó al Dragón roncar en las profundidades de su sueño milenario y detectó, por los ecos de las corrientes subterráneas, una colmena de cavernas debajo de aquélla. "Dagonet, ua pauida gente eztá jugando con nozotdoz. Ahoda tenemoz magia baztante pada metednoz en augún pdobuema deau."

Falon

Luz torrencial caía por un desgarrón entre los altos árboles tranquilos de una cañada verdeante, iluminando a Arthor mientras éste descendía por caminos de cabras la muralla natural del Castillo laberíntico. Con Excálibur sujeta a la espalda para un movimiento más libre de sus miembros, avanzaba cuidadosamente por las angostas cornisas de piedra. Vestía una simple falda de piel de cierva y ningún gorro que cubriera las cerdas atejonadas de su cabello.

Un ave extraña silbó. Arthor, helado, se detuvo. Temió al principio que los pictos lo hubieran espiado. Pero, cuando se atrevió a inclinarse hacia delante y escudriñar el fondo de aquella mañana de estío, descubrió a un hombre de edad, desgarbado, con el pecho desnudo y pieles de ciervo que le hacía gestos alegres. El extraño, trinando como un pájaro, le silbaba invitándolo a descender.

Arthor retomó su camino y, cuando alcanzó las marañas de yedra y lima al pie de aquellos árboles como behemoths, el anciano había preparado una pequeña comida para él disponiéndola sobre una estera: galletas de avena, pescado salado y manzanas abiertas de forma que mostrasen su estrella central. "Soy Falon", se presentó el hombre en pulido latín. "Y tú eres el rey Arthor. Vi a tu partida de guerra llegar el otro día. Muy impresionante."

Arthor aceptó la invitación de Falon a sentarse y participar de su comida austera. Percibió franjas anaranjadas en su cabello trenzado color ceniza y una vaga cicatriz en la parte de la garganta donde, en otros tiempos, el hombre portara el torce. "Veo que eres un celta de la vieja tradición", dijo Arthor mordiendo una manzana. "¿Dónde está tu clan?"

"No tengo clan. Soy un *fiana."* Falon observó si Arthor había oído hablar de los legendarios jinetes sin hogar que servían a la reina celta, defendiendo sus caminos y dominios de los merodeadores. Sonrió ante la mirada sobrecogida del muchacho y reveló fuertes dientes blancos. "Me convertí en el campeón de tu madre cuando ella no era más que una muchacha campesina arrancada de sus montes por los druidas. Fue mi reina... hasta que se entregó a tu padre y tomó el camino de los adoradores de la cruz."

Una furtiva sombra de tristeza cruzó el rostro del joven. "Nunca he visto a mi madre."

"Ni la verás nunca, si los pictos que secuestraron a la hija de Aidan te encuentran tan fácilmente como yo."

Los ojos de Arthor centellearon de pronto. "¿Sabes por qué estoy aquí?"

"Me exilié al Castillo Espiral cuando tu madre me exoneró de su servicio", dijo Falon mordisqueando una galleta. "Aidan no sabe de mí, pero yo me entero de todo lo que transpira en estas cañadas."

"¿Puedes guiarme a Eufrasia entonces?"

"Quizás." La pálida mirada de Falon se estrechó. "Pero carezco de amor por los adoradores de la cruz. Esta es la razón de que tu madre me liberase."

"Tienes que ayudarme, Falon." Vergüenza tintaba la voz implorante de Arthor. "Yo soy quien puso a esa muchacha en las manos de nuestros enemigos. Por favor... ayúdame."

"Te ayudaré, si eres un buen rey", repuso Falon cerrando un ojo. "Y para que sepa si lo eres, has de responderme a esta pregunta: ¿qué es más importante para un rey, Misericordia o Justicia?"

"La Justicia remite a la Verdad", replicó Arthor casi de inmediato, pues él mismo había reflexionado ya sobre estas cuestiones, cuando Kyner insistió en que su protegido

Librodot

estudiase a los filósofos. "Y la verdad tiene muchas caras, Falon. Justicia y Verdad tienen formas que cambian entre las naciones y a través de las estaciones de la historia. Pero la Misericordia... la Misericordia es Amor, y ésta es la misma fuerza y belleza para todas las gentes, para todos los tiempos. Como rey, yo sirvo a la Misericordia, no a la Justicia."

Falon mostró de nuevo sus fuertes dientes blancos. "Entonces eres mi rey también."

Magia en el Risco

Morgeu la Fey dejó el lecho de su marido a la hora en que la luna se deshace en niebla en su camino hacia occidente con la oscuridad. Durmiendo con sus ensalmos al guardián de la puerta cuyo predecesor había muerto horas antes, dejó la empalizada, vagó en sus rojos ropajes y chinelas plateadas por las sombras del bosque y ascendió por un camino de placas azules hasta un risco bajo las susurrantes estrellas. Furia daba poder a sus pasos y marchó con rabioso vigor hasta la cima del pináculo rocoso.

Desde esta altura del mundo, podía ver a través del Castillo Espiral el lugar donde su medio hermano el rey pondría a prueba su destino contra los pictos. Su hijo, el que ella llevaba en su seno, había perdido el alma a causa de Merlín... y ahora se aseguraría de que Merlín perdiese a su niño también. No importaba ya que sin Arthor el trono que codiciaba para sus hijos cayera de nuevo en disputa entre los señores de la guerra. No importaba el caos que seguiría. Se había esforzado en ser noble, en forjar una reconciliación de amor y magia con su hermano tal como la de los antiguos faraones de Egipto. Pero la imagen espectral del alma de su padre, que hubiera sido el alma de su hijo, pero que se veía ahora capturada por el cuerpo de Merlín, le daba determinación para devolver el golpe.

Una roja banda de niebla apareció en el este. *La fisura entre los mundos.*

Entonando fieramente los nombres del jefe de los dioses del norte, invocó al enemigo más poderoso de Lailokén: "¡Padre de todas las cosas, Gran Padre, Ojo Único que todo lo ve, Furor y Señor de las Runas, Dios frenético de la Caza Salvaje, Sacrificio del Árbol de la Tormenta, escucha mi llamada!"

El vasto y mudo destello de un relámpago cruzó el claro cielo. La luna brilló en el oeste como un ojo ciego.

"Furor, mira que Aquila Regalis Thor, tu enemigo, desciende a las simas del Castillo Espiral. Manda a tu Cuervo a espiarlo y a guiar a tus fieles guerreros como lobos hasta él, dondequiera que se esconda. Arráncale la carne de los huesos y ténsala sobre los tambores de guerra que te saludan. Piensa cuan dulce será su música, el batir del tambor, el batir del corazón de un enemigo muerto que no te amenazará ya más."

Otro chicotazo silencioso del relámpago tremoló a través de la aurora y sacudió las últimas estrellas de sus órbitas.

"Estas palabras son cantadas para este día desde las honduras secretas de mi ser, donde la sangre y la carne de hermano y hermana cosen la promesa de un mañana que nunca llegará. Violado ha sido mi futuro... y me enfurece que lo que me es más íntimo me haya sido hurtado. Por esta ira y la pequeña muerte dentro de mí, invoco una muerte fiera y más tremenda para un rey. Así sea."

El mundo auroral quedó en silencio y quieto. Ningún ave anunció el sol. No hubo brisa matutina que las hojas de los árboles perturbase bajo aquella cima estéril. La sombra de la muerte se alzó como niebla.

Eufrasia y los Pictos

Un guerrero con un ojo blanco como un huevo hervido le puso la mano a Eufrasia en un lado de la cabeza y le acarició el cabello rubio. Eufrasia estaba desnuda, con los brazos extendidos, los pies separados, sujetos por correas a dos troncos de abedules. Alto el mentón, sus ojos grises miraban desafiantes a sus captores. Hasta ahora ninguno la había tocado, salvo para atarla entre los árboles. La muchacha no se arredró ante las caricias del picto, pues no tenía miedo de lo que el hado le ofrecía.

Hija de un jefe, deseada por todo guerrero celta soltero del país, tenía toda la intención de sufrir una muerte digna del rango y la belleza que los dioses le habían otorgado. No se humillaría ante estos hombres horrendos y, durante toda la noche se había burlado abiertamente de ellos por su cobardía al reptar como ratas a través de la oscuridad para llevársela.

"Apártate de ella, Ojo Blanco", le gritó Guthlac cuando volvió de aliviarse entre los matorrales. La bravura y los insultos de su cautiva les impedían a él y a su horda abusar de la hembra. No sólo era mucho más valiosa como rehén intacto, sino que su honor de guerreros destinados a la Casa Hacia el Cielo les exigía respetar a toda la gente de espíritu, incluso a sus enemigos y, en especial, a sus prisioneros. ";Quieres condenarnos a todos a la Morada de Niebla?"

"Tiene el espíritu en la piel, Guthlac", dijo Ojo Blanco pasando el pulgar bajo el mentón de Eufrasia. "Tócala más adentro y sus insultos se convertirán en lágrimas temerosas y asustados sollozos. Conozco a las mujeres."

Eufrasia escupió a Ojo Blanco en su ojo sano y carraspeó con una voz que toda una noche de gritar insultos había vuelto áspera: "Todo lo que sabes de mujeres lo has aprendido de las vacas, hijo de yegua."

Guthlac puso una mano firme en el hombro de Ojo Blanco y lo guió adonde el resto, sentados, cascaban triangulares hayucos en las rocas del arroyo, afilaban los cuchillos en el esquisto, se soltaban sus trenzas de batalla para bañar su cabello al sol del estío o yacían sobre las peñas bajo la luz desnuda, escuchando la pajarera mañana.

Nadie más prestó atención a la mujer. Todos esperaban que se hubiese acobardado; Guthlac, entonces, la hubiera desflorado como le correspondía hacer a un bravo guerrero con doncellas pusilánimes y los demás habrían desahogado sus ansias en ella después. Pero, evidentemente, la muchacha portaba el favor de los dioses, que infundían espíritu y admiraban a aquellos que lo exhibían con orgullo. Nadie quería mirar a Ojo Blanco, que la había tocado, por miedo a perder la suerte en batalla.

"Nuestros centinelas en las copas de los árboles no ven venir a nadie en busca tuya", le dijo Guthlac a la joven. "Eres la menor de las hijas de tu padre y te ha abandonado. Acepta tu pérdida porque tiene otras hijas y nietos de ellas. No negociará una alianza con nuestro poderoso rey Cruithni. No ofrecerá oro para que retornes sana y salva, pues Aidan es un jefe demasiado orgulloso para cambiar oro por la vida de una mujer. Así que esperaremos a que acabe este día y entonces te daré a elegir, brava muchacha." El cuchillo del picto suspiró al dejar la vaina. "El cuero cabelludo de una doncella con tu espíritu es un útil talismán y los gritos dolorosos de tu muerte lenta, una canción digna para nuestros dioses." Mostró sus dientes puntiagudos con una sonrisa que casi era un rictus despreciativo. "O puedes escoger la vida y venir con nosotros como nuestra novia confortadora... y tu belleza nos servirá a todos por igual."

Librodot

La Tarea del Alma

Merlín se llenó de diamantes, rubíes y zafiros los bolsillos de sus ropas. El mono con el alma de Dagonet lo observaba desde donde permanecía acuclillado, en un afloramiento mocho de roca del color de la carne cruda. Al resplandor espectral de la Charca del Dragón, el mago se recogió las largas vestimentas y se las ató de forma que se ajustasen a su cuerpo enano. "Vamoz, Dagonet", dijo atiesándose el gorro sobre la cabeza. "Zubamoz de nuevo hacia Ávauon. Con ua magia de ezte sombdedo y eu Tezodo deu Otdomundo conceguidemoz nueztda audiencia con uaz Nueve Deinaz."

Tal como Merlín prometiera, la Isla de las Manzanas desveló sus secretos cuando Dagonet y él emergieron del agujero bajo el olmo. Con el sombrero puesto, el mago podía volver a interpretar las runas de los menhires. Leyó unos pocos de los poemas a Dagonet, rimas cantadas llenas de un código sobre los tiempos pasados y los tiempos aún por venir, profecías gastadas y desplegadas. Avanzaron entre los manzanos y por musgosas placas de roca abajo, hacia un extraño edificio redondo, marrón como pan de jengibre, mocho y abovedado como el sombrero de un hongo.

Tras golpear tres veces en la puerta de madera alabeada, Merlín entró y Dagonet lo siguió al austero interior de tierra batida y paredes decoradas con espirales y líneas onduladas de un cálido color. Rayos sesgados de luz azur, que llegaban de una lucerna en lo alto de la bóveda, iluminaban a las nueve mujeres veladas, sentadas en línea sobre tronos masivos de roca. Un aroma suave a otoño colmaba el aire.

"Dna, deina de uoz Cuchiyuoz de Cíuex", llamó Merlín a la que estaba más a la izquierda. Rna se alzó el velo y mostró un rostro joven, tan humano como parecido al del halcón, con un azul de ocaso en sus sienes, un lustre de escamas ictíneas en su carne y volutas de cabello del color del pecho de un tordo. "Hemoz peddido eu camino. Ayúdanoz."

"Oh, Merlín." La tristeza nubló su rostro casi hasta las lágrimas. "¿Qué ha sido del trabajo que tu madre te encomendó? ¿Qué de Arthor? ;Cómo ocupará mi lugar, si no cumple las profecías?"

"Dna...yo...yo...", balbuceó Merlín aturdido y calló. No había esperado esta reprimenda y le ardían las orejas de vergüenza.

"Has robado un alma, Merlín." La mujer de solemne hermosura movió la cabeza compungida. "¿Cómo has podido hacer eso? Tú, el hijo de Óptima, ¿cómo te has atrevido a interferir en lo que viene de Dios? Ya no eres un demonio. ¿O sí lo eres? *¿Eres* Lailokén? ¿O eres Merlín?

"Dna... yo... yo... no ce que decid..." Merlín tembló de la cabeza a los pies, prieto el corazón como un puño. La humillación lo aturrullaba ante los reproches de la Reina. "Yo... yo... hice uo que cdeí mejod. Eu niñuo ez una cdiatuda de incezto... eu bdutau Goduoiz..."

"¡Merlín!" Rna lo contuvo con una fiera mirada. "Un niño es siempre un niño y pertenece a Dios. Ve y devuelve el alma al lugar al que corresponde... si no es ya demasiado tarde."

"Pedo... no ce como vouved." El mago abrió los brazos desvalido y sus largas ropas se arrastraron por el suelo. "Eztoy peddido."

"Por supuesto que lo estás. El Señor del Fuego que escolta a Dagonet fue enviado para cuidar de Arthor y de ti. Lo enfurece que te hayas vuelto demonio otra vez. Te ha impuesto una misión que deshará tu orgullo."

"¡Uo ciento!" Merlín arrastró los pies mortificado ante las Nueve Reinas. "Nada

de ezto vouvedá a ocudid."

"Puede que sea ya demasiado tarde." Los garciles párpados grises de Rna se estremecieron soñolientos. "Creíste que sabías más que nadie. Pero ¿qué sabías, Merlín? ¿Qué sabías?" Se bajó el negro velo. "Lo que la mente aprende, el alma lo debe desaprender. Tal es la misión del alma."

Dejando los Montes Huecos Atrás

Gorlois se remontó sobre las zarzas y los árboles escuálidos del submundo. El paisaje resplandecía abajo en la luz vinosa del ocaso como una jungla de ensueños. Pero a él no le importaba aquello. Su mente estaba fija en lo alto, en el cielo del mundo subterráneo, el palio de tenues estrellas y luna esponjosa.

A medida que se acercaba gracias al poder infundido por la magia vertiginosa que recorría su cuerpo de brujo, descubría que los astros y la luna eran sólo sombras luminiscentes en la tierra y la maraña de raíces que pendían del techo de la vasta caverna ctónica. Se lanzó como una flecha contra el muelle interior de la tierra y, con frenética risa, cavó el barro, apartando grandes pedazos de turba. Su magia lo dotaba de fuerza sobrehumana. Masas de tierra cayeron a su alrededor en avalancha y pronto hilos de luz brillaron a través del dédalo de raíces y del suelo poroso sobre él.

Gorlois emergió *a.* la luz deslumbrante, convulso de risa. Ya mientras se escurría por la angosta fisura que cavara, la tierra herida sanaba detrás de él. Rodó por la ladera de un cerro bajo un pulido cielo matinal, en el que flotaban algodonosos harapos de nubes. Pinos gemían con el viento paseante, colmado de sal y sonidos de oleaje, y las piedras debajo de él ardían donde el sol las mordía. Se puso en pie, exultante, exuberante, exiliado de la muerte.

Al mirar alrededor para orientarse, vio que se hallaba en una herbosa escarpada sobre un rebaño de dunas. Chillonas gaviotas se cernían sobre bancos de mejillones donde rompientes gigantes rodaban hacia la orilla como dioses fantásticos de cabelleras de plata. "La Costa Candi", dijo en voz alta, reconociendo la amplia franja en la que las llanuras aluviales del Támesis encontraban el mar. "Los sajones dominan este país."

Como llamados por la magia de sus palabras, cuatro corpulentos pescadores aparecieron sobre la cresta de la escarpadura cargando entre todos una barca sajona de poco calado. La imagen del desnudo anciano les incitó a gritar. "¡Tú, vejestorio! ;Qué haces ahí?"

Gorlois no entendía su lenguaje, pero la risa que abriera las puertas de poder en su cuerpo amplió aberturas en su cabeza que captaron los ecos de lo que aquéllos decían, atribuyéndole significado. Al mismo tiempo, su laringe se llenó de alegría y el mero júbilo de estar allí, ante aquellos enemigos, desnudo en el cuerpo de Merlín, dio voz a sus pensamientos en la lengua de los extraños. "¿No me reconocéis, locos?"

"¿Locos, nos llamas?" Los pescadores dejaron su barca en el suelo y corrieron hacia él. "Tú eres el desquiciado ahí desnudo y llamándonos locos. Dinos quién eres o te daremos un buen baño para refrescarte la memoria."

Gorlois ladró de risa y dio unas palmadas. Las gaviotas dejaron sus giros en el aire para volar hacia los pescadores, gritando contra sus cabezas, de modo que los hombres hubieron de arrojarse al suelo ante el desnudo extraño como postrados devotos. "Soy Merlín, el mago más grande de toda Britania. Cuando os hayáis hartado de arena, levantaos y llevadme a vuestro rey Wesc. Tengo una proposición que hacerle."

María Madre, mi vida está en manos de Dios. Todo lo que me ha sido dado puede tomarlo ahora fácilmente, si así lo quiere El. Y si lo que soy —un hombre concupiscente que ha engendrado incestuosamente un hijo— disgusta a Dios más que lo que puedo llegar a ser —un rey que antepone al poder el amor—, que me destruya aquí en el Castillo Espiral, entre mis enemigos. Moriría, de esta forma, por la espada que ha sido mi vida y la esperanza de redención.

El Bardo Portador de Cerveza

Por el lecho del arroyo llegó, rasgueando una *rota,* una cítara de cinco cuerdas y una bolsa de piel de castor sobre el hombro. A la cintura, portaba un cuerno de beber. Tatuajes púrpura decoraban su rostro y sus brazos con antiguas runas al estilo sajón... y por el ojo rúnico entre sus ojos todo el mundo podía ver al instante que era un bardo portador de cerveza, devoto del Señor de las Runas mismo, el Furor. Llegó cantando con sajón ardor: *"Guíame al conocimiento verdadero, guíame por los caminos futuros. Padre de Todos, Gran Padre, guíame, guíame adelante."*

Guthlac mismo lo recibió en el vado y le dijo en el dialecto del norte: "Portador de cerveza, juglar, ¿cómo has llegado a esta céltica región? ¿Y de dónde, entre nuestros hermanos sajones, vienes?"

"El Gran Padre me ha conducido hasta aquí. No vengo de ningún lugar y a parte alguna estoy ligado. ¿No oíste mi canción?"

"¡Todo el Castillo Espiral oye tu canción, bocazas!", gritó Ojo Blanco desde la orilla del arroyo. "¿Estás llamando a nuestros enemigos?"

"¿Enemigos?" El portador de cerveza parecía confuso. "Donde yo estoy no hay enemigos. Porque adonde voy va nuestro Gran Padre, el Furor."

"No hagas caso de ése, bardo." Guthlac lo invitó a acercarse. "Si lo dejáramos, no tardaría en conseguir que acabásemos todos en la Morada de Niebla con su ira. Pero no nos falta hospitalidad para los que pertenecen al Señor de las Runas."

Guthlac condujo al portador de cerveza orilla arriba, a través de matorrales de agracejo, al campamento, donde había seis de los doce de la horda sentados, cascando nueces y limpiando las armas junto a una mujer desnuda amarrada entre dos árboles. Mientras el bardo pasó su cuerno de licor alrededor y caminó rasgueando su *rota,* el jefe contó la historia de su captura en una temeraria noche de razia. A medio camino del relato, un destello de lluvia cayó del cielo claro, obvia bendición del Furor por la hospitalidad de la banda al bardo errante.

Un grito rabioso brotó de Ojo Blanco al ver los tatuajes del portador de cerveza deshacerse en azul bajo la lluvia. "¡Impostor!"

Con ciega velocidad, Arthor destrozó la *rota* en la cabeza del picto más próximo y de la bolsa de piel de tejón sacó a Excálibur. Ésta cantó y dos cabezas rodaron, mientras la sangre saltaba de los cuerpos que se derrumbaban. Con un diestro golpe circular, cortó las ligaduras de Eufrasia. La muchacha cayó y aferró la espada del picto decapitado, alzándola con fuerza desesperada y empalando en ella a un guerrero que se le venía encima, Ojo Blanco.

Los pictos volaron hacia Arthor, saltando como gatos salvajes y con destellos de sol en los filos implacables de sus hojas. El joven rey giró rápidamente ante ellos, usando su espada como una guadaña y tajando con golpe bajo los tendones de sus enemigos, que cayeron gritando.

Grande y enérgico, Guthlac llegó aullando, con el hacha bien alta; Excálibur derramó sus entrañas y, en negra cabalgada, lo envió a la Casa Hacia el Cielo. Antes de que el resto de los pictos pudiera llegar de sus puestos de vigilancia, Arthor cubrió la desnudez de Eufrasia con la bolsa de piel de tejón, cargó el debilitado cuerpo de la muchacha sobre sus hombros y huyó al bosque primordial.

El Homenaje de Aidan

Falon, que había observado la matanza oculto entre una profusión de helechos, rápidamente guió a Arthor y su frágil carga por las sendas secretas de las hoces que él conocía, y pronto se hallaron bien lejos del campamento picto. "Esa lluvia no fue natural", dijo abriendo camino por un sendero de cabras hacia el herbazal de la cima donde aguardaba el caballo de Arthor. "Alguien obra magia contra ti, sire. Sólo tu arte letal te ha salvado."

"Mi arte habría sido inútil sin el tuyo, Falon." Arthor le ofreció su mano al viejo celta cuando alcanzaron la cumbre. "Tu conocimiento de las runas, tu destreza con la pluma de junco y la Leche del Diablo por tinta, tu cuerno de cerveza, tu *rota...* ¿de qué otra forma habría podido acercarme lo suficiente para servirme de mi arte? Ven conmigo. Únete a mi compañía y siéntate en la Tabla Redonda como consejero mío."

Falon movió la cabeza. "Soy demasiado viejo, sire. Deja una nueva *rota* para mí antes de partir. Esa música es la única compañía que necesito."

Durante el camino de vuelta a la empalizada, Eufrasia se mantuvo fuertemente sujeta a su campeón. "Hablas su lengua muy bien; creí que eras de su ralea."

"Crecí convencido de que mi padre había sido un sajón, mi señora, y me esforcé desde muy pronto en aprender lo que creía su lengua."

Cuando las puertas de la empalizada se abrieron de par en par, Aidan se quedó estupefacto al ver a su hija. Su abrazo jubiloso rompió el rigor del impacto y el jefe cayó de rodillas ante el joven de rostro y brazos azules. "Rey Arthor, acepta mi homenaje. Tú eres mi señor y todo lo que tengo es tuyo. El Castillo Espiral defenderá el norte contra nuestros enemigos. No habrá alianza con los pictos. Sólo tu bandera ondeará en estas murallas."

Eufrasia, haciendo a un lado a su madre y a las doncellas llorosas que se habían arracimado a su alrededor para cubrirla de seda, se arrodilló a la sombra del rey. "Soy tuya, mi señor."

Aidan asintió con una sonrisa. "Tiene mi bendición para seguirte... si estás dispuesto a tomarla, mi señor."

Arthor se precipitó a levantar a Eufrasia y movió la cabeza una vez, tenso de pronto el corazón al pensar en entregarse a otra mujer después de la tragedia con Morgeu. "Mi señora..."

Su mente galopó en busca de palabras que lo rescatasen. "Tengo muchas batallas aún por delante. Mereces cosas mejores después de lo que has sufrido a causa de mi negligente protección. Vida más feliz tendrás sin mí."

Aidan y su mujer asintieron sorprendidos, tomando el miedo al amor del joven rey por compasión hacia su hija. No podían imaginar que un hombre pudiese no amar a Eufrasia por su belleza y su coraje, y aceptaron el rechazo de Arthor como un verdadero acto de altruismo. En aquel mismo lugar, el jefe declaró: "Por este gesto, me has convencido del mérito de tu dios crucificado, señor. Un amor te ha enseñado más grande que el que he visto en cualquier hombre. Envíanos a tus sacerdotes y los

Librodot

escucharemos con corazones abiertos, para aprender a amar como tú lo haces."

Kyner se dio una palmada en el pecho al oírlo y Cei alzó las manos de sorpresa ante el logro de su hermano. Sólo Bedevere sonrió fríamente ante el tacto de Arthor. Sólo él oyó la fatuidad en las palabras del rey, porque conocía la historia de Morgeu y la invisible y recalcitrante herida del hombre.

María Madre, ¿me equivoco al dejar a Eufrasia atrás? ¿Yerro al sacrificar mis deseos carnales y la esperanza de mi corazón de reparar el mal que he causado con Morgeu? En este día, mi sangre podría haber corrido con la tinta por mi cuerpo. Dios me ha salvado. Sin duda no me ha librado de la espada para que busque consuelo en los brazos de una mujer... ni siquiera en los brazos de una mujer tan hermosa como Eufrasia. Con demasiada facilidad me ha desencaminado el deseo. Mi recompensa es la lealtad que he ganado este día de los clanes del norte... y la promesa de Aidan de recibirla buena nueva de nuestro Salvador. Éstos son placeres perdurables, mientras que los de la carne llegan con el ardor, la intensidad y la brevedad del relámpago... y sólo para que los sigan atronadoras consecuencias. Perdóname, María. Perdóname, si ahora traiciono el amor por miedo al deseo.

OTOÑO:

Casa Secreta
del viento

Librodot

Decidor de la Ley

El rey sajón Wesc ocupaba una villa romana de trescientos años de antigüedad rodeada de álamos majestuosos. Las viejas viñas de la finca habían sido arrasadas para hacer sitio a cobertizos de adobe y cañas: alojamiento para los colonos de Sajonia y Jutlandia. En medio de ello, se alzaban todavía la bodega y el mas del viñador, que servían ahora de edificios administrativos para los *foederatus,* la alianza de las tribus del norte que ocupaba las tierras bajas orientales de Britania.

Gorlois irrumpió desnudo en la bodega, riendo sofocadamente como un lunático. Recios guerreros cubiertos de cascos de cuero, con arreos de batalla casi romanos, lo escoltaron a través de un mosaico del dios del vino, Baco, que dos siglos de viento y lluvia habían convertido en espectro de su antigua belleza. Las cámaras que contuvieran un día cubas de fermentación exhibían ahora "alimento de cuervos"... o trofeos de guerra: tapices de entretejidos cueros cabelludos, arpas de hueso humano, tambores hechos con la piel de enemigos desollados y estantes cubiertos de cráneos convertidos en copas. Aquí residían los *skalds* y *vitikis,* los bardos y videntes.

No había ninguno presente cuando los guerreros trajeron al riente mago, pues su extraño semblante y sus crispadas carcajadas los atemorizaban. Sólo el Decidor de la Ley, el *vitiki* personal del rey, aceptó el riesgo de esta peligrosa confrontación. Anciano y sabio en los senderos de la magia, presidía la reunión desde un banco de autoridad que había sido tallado a partir de la piedra de la prensa central. Los bloques manchados de púrpura habían sido apilados formando dos columnas, una a cada lado de donde el dignatario se sentaba sobre una piel de lobo, cuya cabeza yacía apoyada encima del hombre con los colmillos desnudos. De cada columna pendían racimos de cráneos humanos.

El Decidor de la Ley. a pesar del calor del verano, vestía pantalones y una camisa de lana de mangas largas, un manto rojo y largas trenzas de pelo ceniciento. Parecía tan viejo como Gorlois, pero no reía. Con un tenue movimiento de sus ojos legañosos, ordenó a los guardias partir y observó a Gorlois con atención estremecedora. "Soy el Decidor de la Ley del rey Wesc. No tengo miedo de tu magia, Merlín."

"Deberías tenerlo, vejestorio." Gorlois sonrío con perfidia. "Deberías tenerlo." Proyectó su fuerza mágica y, con una risotada, hundió la máscara del lobo en la cabeza del dignatario.

El Decidor de la Ley no pareció turbarse en absoluto. Se ciño más fuerte la piel de lobo alrededor y continuó mirando a Gorlois con fría apreciación. "La magia no puede nada contra la virtud."

"¿Vosotros habláis de virtud?" Gorlois rió más fuerte y los cráneos colgantes repicaron con vehemencia, arrojando dientes y esquirlas de hueso. "¿Vosotros, ladrones de tierras, asesinos, osáis hablar de virtud?"

"La tierra es la piel del Dragón del Mundo", declaró el mustio Decidor de la Ley con voz potente. "No puede ser poseída y así no puede ser robada. En cuanto a asesinar, ésa es la fe del fuerte."

"¡Te mostraré la fuerza!" La magia de Gorlois tumbó la pila de bloques de piedra a su derecha "¡Yo soy fuerte! ¡Y tú me obedecerás!"

"La virtud es más fuerte", replicó el Decidor de la Ley y se inclinó para recoger un puñado de polvo de cráneo y de piedra de la columna caída. "Incluso alguien tan viejo como yo puede derrotarte con una mano vacía."

Gorlois no ante la presunción del anciano y se preparó para tumbar el banco de piedra y tirar al Decidor de la Ley de espaldas. Pero, antes de que pudiera actuar, los

carrillos del añoso sajón bufaron y una nube de polvo envolvió la cabeza de Gorlois. La risa se detuvo en el ataque de tos y las puertas de poder en él se cerraron.

El Decidor de la Ley se levantó, agarró a Gorlois por su larga nariz y se lo llevó, asfixiándose y chirriando, de la sala de los bardos.

María Madre, en este día he sobrevivido a mi decimosexto año. Para conmemorarlo, Kyner y Cei cabalgaron hasta la ciudad junto al acantilado sobre el río de Greta Bridge y organizaron una fiesta, una jubilosa celebración. Me quedé genuinamente sorprendido —y avergonzado— de que toda la población se volviese a saludarme con fuertes hurras, como si hubiese ganado ya batallas en lugar de no haber hecho otra cosa que rescatar de una pequeña banda a la hija del jefe de un clan. Pero me alegra decirte que no olvidé mi promesa en el frenesí de las festividades: bebí néctar de frutas y evité el vino. Cei y muchos otros bebieron libremente y se desmayaron durante la danza de las guirnaldas. Lot y el señor de Greta Bridge resistieron mucho mejor el vino y me honraron con un desfile de gaitas. Oh sí, y Bedevere insistió en que conmemorase el acontecimiento estableciendo mis colores reales. Escogí el rojo y el blanco... por la sangre de Cristo y por la paloma de la paz, el Espíritu Santo. Sólo más tarde, después de que los sastres de Greta Bridge hubieran tejido mi bandera con un águila roja sobre un campo blanco, observó Kyner que había seleccionado los colores opuestos a los de mi padre, el verde y el negro. Tal cosa me parece justa ahora que me arrodillo ante ti, pues yo no soy el Señor del Dragón que él era, nacido para la púrpura, educado para liderar hombres. María Madre, recuerdo bien que hasta este verano no era sino el pupilo de Kyner, entrenado para servir como un perro leal, para defender y obedecer a mi amo. Así es como Dios me preparó para esta tarea. Tal como es su propósito, defenderé y obedeceré. Sólo que ahora, en lugar de a un único amo, sirvo a una nación de amos.

El Viaje al Sur

En la larga cabalgada al sur a través de la región de los lagos y por los montes de Cymru, Kyner señaló las cestas de cuerda tejida con conchas y cascaras de semilla que aparecían en los campos y los vergeles cargados de fruta. "Cestas rituales, señor", se quejó colocando su caballo junto al del rey Arthor. "Mabon... las ceremonias del equinoccio otoñal. La gente proporciona alimentos para el viaje del Rey Sol, que se ha convertido en Señor de las Sombras y navega hacia el oeste y el sur, al invierno."

"Quememos los campos marcados por las cestas paganas", aconsejó Cei. "Un invierno de hambre curará a estos campesinos de su culto demoniaco."

"La antigua fe conforta cuando llega la oscuridad", razonó el rey Arthor. Desde su temible viaje a los montes huecos, sabía que los dioses que esta gente adoraba eran reales y merecedores de respeto. Sabía también, por sus estudios de los clásicos romanos, que ninguna religión fue vencida con ensaña. "Vivamos nuestra fe con devoción y celebración y, con el tiempo, la gente verá el mérito de nuestro Salvador."

Kyner y Cei no dijeron nada, pero compartieron una mirada de duda y preocupación.

En Viroconium, una floreciente ciudad-mercado de puertas en arco y murallas de piedra rojiza, la población recibió al rey Arthor con música de arpa y tambor, altas hogueras para dar calor al sol vaneciente y danzas del árbol en las empedradas plazas

del mercado. El rey participó jubiloso en el festival celta, pero insistió en que se dijera una misa al aire libre y pidió a toda la multitud que la atendiera. Cada comida, la abrió con una plegaria de gracias al Señor. Y en su recorrido por la campiña, tuvo buen cuidado de visitar las granjas del perímetro que exhibían cestas de Mabon, predicando personalmente a los labriegos la fe de los apóstoles.

"Estoy satisfecho de ti, hijo", le confesó Kyner a Arthor el día en que la vía romana que seguían entró en Cymru. "Tú honras a nuestro Salvador con palabra y obra. Y fuiste sabio al deshacerte de Merlín."

Arthor lo miró sorprendido y se tornó en la silla. "No me deshice de él. Creo que decidió quedarse atrás en Camelot."

"Las palomas que nos han traído noticias del retorno de los elefantes a Camelot no dicen nada del mago", observó Bedevere.

"Es un demonio." Cei cabalgaba detrás de su padre. "Cuando se te reconoció como rey, su amo infernal debió de llamarlo al averno. Mejor estamos sin su magia y sus impíos embrollos."

Arthor sintió una inquietud repentina, pues había preferido creer que su mago lo esperaba en la capital. "Mandad pájaros a todos nuestros puestos", ordenó de inmediato. "Descubrid qué ha sido de Merlín." Situó su caballo al lado del de Cei. "Merlín fue una vez un demonio, hermano. Pero ahora es un hombre y un devoto de Dios. Mi primer día como rey, me dijo que quien quiera servir a los cielos debe primero conquistar el infierno. ¿No revela esto su verdadero corazón? Yo creo que es el siervo fiel de nuestro Señor."

Cei permaneció callado por un momento, reluctante a contradecir abiertamente a su rey. Al final, achicó su mirada y habló. "Así pues, si quieres encontrarlo", rezongó, "sugiero que empieces tu búsqueda en el infierno."

Los Perros del Infierno

Merlín —aún en el cuerpo de Dagonet— se llevó a Dagonet —éste en el cuerpo de Lord Mono— por el sinuoso sendero que salía de la morada de las Nueve Reinas. Emergieron no en Ávalon, sino a un fuerte romano. Restos de desmoronados pilares bosquejaban la columnata de las dependencias del comandante, pero nada quedaba de los barracones y edificaciones exteriores, aparte de unas pocas y superficiales depresiones en la tierra donde se alzaran los postes de sostenimiento. Una brisa de otoño portaba hojas muertas y un soplo de frío sobre la tierra ahogada de maleza. En lo alto, en un cielo ceniciento, el sol era oscuro y pequeño como un albaricoque.

Con grito simiesco, Dagonet saltó detrás de Merlín. Una jauría de perros salvajes avanzaba por el patio cubierto de hierba. Sus flancos costillosos y sus ojos destellantes confesaban un hambre perpetua.

Merlín miró alrededor en busca de refugio, pero las ruinas ofrecían poca cobertura. Sólo el agujero de una bodega, cercado de yedra y a algunos pasos de distancia, prometía esperanza de salvación. El enano agarró al mono y corrió hacia el lugar mientras la jauría cargaba contra ellos.

Con un grito de terror, Merlín infundió toda su fuerza a sus pequeñas piernas, pero los pies se le enredaron en las largas vestimentas y cayó de bruces al suelo de borroso mosaico. Un arañar de garras el piso lo rodeó al instante y esperó el mordisco de colmillos ardientes en cualquier momento. Agitando su enorme sombrero en tímida defensa, el mago rodó sobre sí. Vio entonces que la famélica jauría se había detenido a

Librodot

escasas pulgadas de él; sus alientos carnales lo lavaban con mórbida humedad y sus faces caninas lo miraban con una sonrisa fiera de rabia contenida.

"¡Lailokén!", gruñó una voz cáustica que surgía del negro can más cercano a él. *"¡Sabía que nos encontraríamos otra vez!"*

Dagonet chirrió de terror ante la bestia parlante.

"¡Edez un demonio!", comprendió Merlín.

"¿No me reconoces?"

"Eztoy muy dizminuido." Merlín gesticuló señalando su cuerpo enano. "No te deconozco."

"También yo estoy muy disminuido, Lailokén", gruñó el perro negro. *"Tras el daño que sufrí en la batalla de los llanos de Londinium hace tantos años ya, tuve que tomar refugio en serpientes, murciélagos y perros hambrientos. Ha sido un periodo miserable."*

La voz despertó en Merlín hondos, viejos recuerdos de su existencia eónica como demonio Lailokén, cuando rabiaba contra toda forma, contra todas las criaturas pergeñadas a partir de materia, como parodias, como abominaciones del puro ser que conociera en el origen antes de que el mundo explotase en el frío y la oscuridad del vacío. "¿Azaeu?"

"Sí, *Lailokén."* Los núcleos de los ojos del perro negro brillaron con luz febril. "Soy *tu viejo camarada, Azael. Y ahora que me reconoces... puedo desgarrarte la garganta y librarte del saco de tripas que te encierra. Vagaremos libres por el mundo bestial los dos, acumulando fuerzas para unimos al resto en la oscuridad del espacio..."*

Antes de que el demonio pudiera decir más o hacer gesto de querer cumplir su amenaza, Merlín sacó del bolsillo un diamante del tesoro del Dragón y lo arrojó a las fauces de la bestia. Un relámpago de rojas púas de energía cegó al enano y al mono por un instante y, cuando pudieron ver otra vez, hallaron al perro negro convertido en cenizas sobre el mosaico del suelo. El resto de la jauría aullaba y se alejaba trotando, con los rabos entre las piernas.

White Thorn

El rey Arthor sintió lágrimas abrasarle los ojos al ver el enclave empalizado de White Thorn, donde un humo de cocinas se rizaba sobre los tejados. Las puertas estaban abiertas, decoradas con las últimas flores de la estación, y la gente del clan, entre la que había crecido, se precipitó hacia el joven, vitoreándolo al verlo bajo el estandarte cristiano del Chi-Ro y portando el laurel de oro de alto rey.

El rey permitió que lo alzasen de su caballo y lo portasen en hombros al asentamiento de su anónima infancia. La última vez que partió de estos toscos edificios de madera en el corazón de Cymru, era un sirviente taciturno y reluctante que se odiaba a sí mismo. La vida como bastardo de bajo nacimiento por el que el jefe sintiera piedad era humillante. Tal fue la razón de que se arrojara una y otra vez de un modo tan temerario al combate por el jefe Kyner, esperando morir en el campo de batalla y hurtar para sí aunque fuera sólo este pequeño honor. Nunca habría podido imaginar que retornaría a White Thorn como monarca de toda Britania.

Las celebraciones fueron entrañables y duraron días. Fue festejado por cada casa del clan y se disculpó ante todos y cada uno, siervos incluidos, por su truculenta conducta pasada. A todos asombraba la transformación del muchacho. Ya no era el oso al que todos temían y que sólo Kyner podía controlar. Se había deshecho aparentemente

de todo su rencor y rezumaba calidez y afecto por todos los que lo recordaban.

Una fresca mañana de otoño, Cei halló al rey paseando solo por las sombras doradas del bosque fuera del enclave. Bedevere, siempre a la vista del rey, vigilaba desde debajo de un gran abedul y se apartó silenciosamente cuando vio a llegar a Cei.

"Pareces perturbado, señor."

Arthor emergió de sus ensoñaciones y su ceño se hizo más hondo al ver a su hermanastro. "Estamos solos, Cei. Llámame Arthor."

"Bien, pues, Arthor... ¿son los jinetes de la tormenta en la costa los que te doblegan los hombros?"

"Son una oscura preocupación para mí, Cei. Pero no. Esta mañana, me entristece la memoria." Hizo un gesto hacia una alcoba del bosque aún verde, pero salpicada ya de destellos oro y amaranto. "¿Recuerdas lo que ocurrió en esta arboleda?"

"Fue sólo tres inviernos atrás", dijo Cei con un indicio de impaciencia, poco alegre con el recuerdo. "Estábamos cazando. Un lobo inmenso nos sorprendió. Yo huí... tú resististe y acabaste con él. En casa, aseguraste que era yo quien había matado a la bestia. Te odié por ello."

Arthor asintió y se volvió para mirar directamente a los ojos hondos de su hermano bajo la frente prominente y masiva. "Si hubiese dicho la verdad, aquella piel magnífica habría ido a parar a los barracones de los sirvientes. Yo quería que se exhibiera donde los jefes y nobles pudieran verla. Por ello mentí."

"Ah, ahora lo entiendo." Los ojos grises se dilataron de comprensión. "Creí que habías sido noble y mentido para honrarme ante mi padre... ¡tú, el hijo espurio, dándome honor a mí, el hijo del jefe! ¡Ja! Era incapaz de soportarlo. Pero ahora, lo que dices me muestra qué parecidos éramos."

"Y siempre lo habíamos sido...y siempre lo seremos, Cei." Se puso su mano de nudillos cuadrados en el pecho. "No soy más que un corazón hambriento, como cualquier otro... hambriento de honor y de respeto. No soy noble. No en el corazón. Sólo de nombre."

"Bien, hermano menor", dijo Cei con una sonrisa cómplice, "algún triste día, tu corazón y sus hambres morirán contigo y se enfriarán para siempre. Pero tu nombre", rodeó los hombros de su hermanastro con el brazo y caminó con él hacia la arboleda donde su malentendido comenzara tres inviernos y toda una vida atrás, "tu nombre reconfortará al mundo."

María Madre, he tratado de confesarle a mi hermano mis miedos hoy. Le he revelado por qué mentí acerca del lobo aquel. Quería decirle más... hablarle de mis dudas sobre si soy digno de ser rey... de Morgue y la vergüenza de mi lascivia... de mi miedo, mi miedo terrible a fracasar. Pero Cei no quiere escuchar mis debilidades. Está orgulloso de que yo sea rey. Su orgullo y la devoción que me muestra son las razones de que lo haya nombrado oficialmente mi senescal. Servirá a Britania como un delegado fiel, porque su fe en nuestro Salvador es poderosa. Pero yo... yo dudo de que pueda confiarle mis más verdaderos sentimientos. Para él y para todas las gentes de Britania a las que he de servir de acuerdo con la decisión de nuestro Padre, debo ser rey. Y así, María Madre, te ruego que me ayudes a guardar mis dudas y mis miedos para mí mismo. Primero es el amor, tal como me has enseñado. El amor de un rey es su fuerza. He de ser fuerte para aquellos que confían en que puedo protegerlos. Pero contigo puedo ser sólo quien realmente soy: un muchacho que quiere ser hombre, un hombre que se esfuerza por ser rey y un rey que sabe que es un crío.

El Árbol de la Tormenta

El Decidor de la Ley arrastró a Gorlois de la nariz a la cámara de un *vitiki,* un vidente sajón. Allí, entre colgaduras de cueros cabelludos humanos y un despliegue de cráneos para beber, escogió un cuerno de cabra y lo destapó. Un hedor a carne muerta manó de él.

"¿Qué estás haciendo?", logró exhalar Gorlois cuando el anciano le soltó la nariz.

"Enviándote al Árbol de la Tormenta, Merlín", cacareó el añoso consejero. "Allí discutirás sobre la virtud con los mismos dioses, si quieres. No tengo paciencia para semejante parloteo. ¡Vete ahora!"

Antes de que Gorlois pudiera retener el aliento y provocarse una risa lo bastante fuerte para abrir las puertas de poder en el cuerpo del mago, el Decidor de la Ley le hincó el extremo del cuerno en la boca y vació en ella su fétido contenido. Aquél trató de escupirlo, pero el anciano le apretó la nariz y le tapó la boca, de forma que Gorlois, con un grito ahogado, se halló tragándose el maligno elixir.

Al instante, dejó su cuerpo. El puente arcoiris se extendió ante él y voló a través de sus vibrantes colores, elevándose desde el rojizo resplandor de la luz sangre tras sus párpados al amarillo radiante de la luz del día y desde los verdes bosques hasta el cielo azul. Aterrorizado, se halló entre las girándulas estelares y las hebras nebulosas de los vapores cometarios. Una vista arrobadoramente hermosa se extendió ante él bajo las flagrantes estrellas y una inmensa luna cacarañada: montes púrpura y azules arboledas que descendían hacia prados esmeralda tachonados de lagos de dorada calma.

Un gigante caminaba hacia él a través de los valles, con su capa azul fluyendo translúcida y ondulada como el humo de estrellas en lo alto del cielo. Gorlois reconoció a la primera mirada la barba salvaje, listada de hollín y el rostro aquilino del dios ciclópeo —rasgos que hicieran famosos fábula y cantar—."¡El Furor!"

Una densa fragancia a viento de tormenta y relámpago surgían del dios gigante a medida que avanzaba, con sus botas de jabalí portándolo de legua en legua a cada paso. Extrañamente, al acercarse, pareció encogerse. En pocos momentos, estuvo al alcance de la mano, sólo una cabeza más alto que Gorlois, y dijo con una voz honda y envolvente: "Tenemos que hablar."

Un Viaje por Mar

Para demostrar a Marcus Dumnoni que lord Lot y sus guerreros celtas habían sido ganados para la Orden del Rey, Arthor navegó con Lot desde Cymru hasta Hartland, en los dominios de Marcus. Lot dejó sola con reluctancia a su grávida esposa en el norte, preocupado por su salud. Mientras navegaban, aferraba el rizo pelirrojo que portaba en una correa de cuero sobre su bíceps izquierdo.

"Veo que amas a mi hermana", dijo Arthor al añoso jefe junto a la barandilla del barco, contemplando los farallones de Cymru envueltos en brumas de otoño quedarse atrás. "Te ha dado dos estupendos muchachos." El rey miró a Gareth, sentado en el armario de bitácora junto al timonel, que le mostraba a Gawain cómo gobernar la nave. La escena despertaba el anhelo en él de una verdadera familia y dijo una media verdad: la verdadera mitad de su deseo de genuina realeza... y la oscura mitad de su horror de que su propia hermana hubiera engendrado de él por venganza. "Comparto tu tristeza de que

Librodot

Morgeu no se decidiera a acompañarnos. Me hubiera gustado que estuviera a mi lado al encontrarme con mi madre."

"Morgeu tiene poco amor por Ygrane desde que la reina se hizo idólatra de la cruz." Lot habló de forma ausente; luego, cayó en la cuenta y afrontó al rey con expresión solemne. "Perdóname, señor. Quería decir cristiana. Ahora que mis guerreros y yo te hemos jurado lealtad, hemos prometido no hablar mal de tu fe."

"Estás más que perdonado." El rey posó una mano en la maciza muñeca del jefe. "Te ofrezco mi gratitud por tu disposición a soportar mi fe."

"Nuestras preocupaciones por el otro mundo no deben confundir nuestros pensamientos sobre este mundo, o seremos presa fácil para nuestros enemigos comunes." El rostro correoso de Lot, ancho y enjuto al mismo tiempo, tenía los rasgos de un auténtico norteño y había en sus ojos un perverso sesgo, aunque un destello de respeto los iluminaba. "No me importaría que adorases a los mismos faunos, que desterraron a los dioses de mi pueblo al inframundo, pues has demostrado ser un rey digno en el Castillo Espiral. Te lo digo con sinceridad y sin vergüenza, Arthor: si hubieses abandonado a Eufrasia, te habría llamado fraude a la cara y te habría arrancado esa linda corona de la cabeza. Pero lo que hiciste y cómo lo hiciste, asumiendo tú solo todo el peligro, es la acción de un verdadero rey. Te sirvo con honor."

Un gruñido rompió la fusión de miradas del hombre añoso y del joven. Bedevere aterraba la barandilla con su única mano y se inclinaba todo lo que podía al exterior del barco, lívido de mareo.

"Atiende a tu asistente", dijo Lot, volviendo su atención a los cabos de tierra de los que se alejaban, "y déjame a mis plegarias por mi mujer."

Arthor cruzó la cubierta hasta el lugar donde Bedevere, con los ojos en blanco, jadeaba. "¿No tienes más de aquella sabrosa Hierba de San Martín para sentarte el estómago, viajero?"

"No os burléis de mí, sire", gruñó Bedevere. "Mis miserias están más allá de cualquier remedio herbáceo."

"¡Y tú, que has recorrido el mundo entero!"

"Por tierra, sire... por tierra..."

"¿Se sabe algo de Merlín?" Arthor aferró el cinturón de Bedevere para impedirle caer por la borda. "¿Han retornado las aves?"

"Desde todos los puntos, sire. Pero no hay noticia del mago." Bedevere vació la garganta en el mar batiente, boqueó, escupió, gimió y murmuró: "Merlín se ha caído de la faz de la tierra... y yo no tardaré en unirme a él."

Rex Mundi

El enano Merlín recogió unos puñados de las cenizas que quedaron del perro negro que ocupara el demonio Azael. "Ah, ahoda veo pod qué uaz Nueve Deinaz noz mandadon de Ávauon a ezte wugad. Quedían que noz encontdácemoz con Azaeu."

El mono Dagonet asomó de la cripta a la que se había arrojado de cabeza para huir de los perros babeantes. Trepó al exterior y paseó nerviosamente alrededor de los restos cinéreos del demoníaco can.

"¿Quiedez zabed pod qué uaz Deinaz noz enviadon a Azaeu?" Merlín extrajo un zafiro y un rubí del tesoro del Dragón en sus bolsillos. "Pada haced magia, Dagonet. ¡Magia!"

Dagonet chirrió ansioso.

"No tengaz miedo." Merlín inclinó su sombrero de forma que los rayos del sol calentaran las gemas y cenizas. "Mida. Nada ocude todavía. Voy a expuicadte uo que quiedo haced y, como ez peuigdozo y ponddá en diezgo nueztdaz vidaz, no hadé nada cin tu pedmizo. ¿De acueddo?"

Dagonet el mono asintió nervioso con la cabeza.

"Eu demonio Azaeu no eztá muedto", explicó Merlín. "Eztá cimpuemente atuddido... y en ezte pouvo, pod eu momento. Combinando en mi sombdedo mágico ezte pouvo con eu dubí y zafido deu Ddagón, puedo ensambuad a Dex Mundi —Dey deu Mundo—, Pdíncipe de uaz Tiniebuaz. Un demonio con fodma fícica. Pedo no un demonio mauigno. No. Un demonio que noz obedecedá. En deauidad, un demonio que ceda nozotdoz. Con ezte poded, poddemoz pedceguid a Goduoiz, decupedad mi cuedpo y devouvedoz a ti y a Uodd Mono a uoz vueztdoz. ¿Te padece bien?"

Dagonet meneó la cabeza con incertidumbre.

"¿Quiedez ceguid como mono?" Merlín agitó el sombrero y las gemas tintinearon con sonido musical. "Todo uo que nececito ez un mechuón de pieu de mono y un bucue de ezte peuo. Una vez combinadoz... ¡poof! Noz convedtidemoz en Dex Mundi." El mago se pellizcó contemplativamente el mentón con el índice y el pulgar, y añadió: "Pod zupuezto, ez muy peuigdozo. Ez tu cuedpo y eu de Uod Mono combinadoz eu que ocupademoz. Ci un enemigo noz mata, *tú* y eu mono modidéiz, Dagonet. ¿Quiedez codded eu diezgo?"

El mono Dagonet se enderezó, se llevó el puño al pecho como un antiguo romano y asintió.

"¡Bien! Entoncez hagamoz magia." Con la arista afilada de una roca, Merlín cortó unos pelos de la piel del mono y un rizo del cabello pelirrojo que le cubría la cabeza, los entretejió y los alzó al sol. Vio los ojos ansiosos del mono, parpadeó y dejó caer la hebra al interior del gorro.

Un destello de fuego azul anegó el sol durante un intervalo cegador y, en aquella explosión de luz, las siluetas del enano y del mono se fundieron y elongaron, tremolando y estirándose como sombras proyectadas por el fuego. Cuando la irradiación mágica disminuyó, una sola figura se alzaba donde antes hubiera dos: un hombre alto en ropajes azul medianoche con una cabeza de rizos color gena, una barba erizada y negra, y un rostro bestial, plano como el de un simio y acentuado por los trazos plateados de las cejas sobre una mirada penetrante, honda y oscura como la noche.

La Marca del Furor

En una rama del Árbol de la Tormenta, muy por encima de los desiertos azafrán, de los ríos arteriales y de las arrugadas cordilleras de la Tierra, Gorlois se arredró ante el Furor. "¡Soy un hombre cristiano!", gimió. "¡No te acerques a mí, dios salvaje!"

El ojo único del Furor, gris y tempestuoso, se contrajo y el dios habló en mesurados tonos fríos. "Tú no tienes amor por tu dios crucificado, Gorlois... sólo por ti mismo. No puedes esconder tu corazón de mi ojo que todo lo ve."

Gorlois se estremeció. "¿Qué quieres de mí, dios terrible?"

"Has robado el cuerpo del demonio Lailokén." Una tenue sonrisa apareció bajo la barba masiva del Furor. "Esta es una oportunidad que los enemigos del demonio no debemos derrochar. Lo queremos muerto, desde luego, devuelta su alma a la Morada de Niebla de la que llegó."

"Entonces... yo moriré." Gorlois se atrevió a levantar la cabeza para encontrar la

mirada gélida del dios del norte. "¡Yo no quiero morir, Padre Universal!"

"¿Así que ahora soy para ti el Padre Universal, Gorlois?" El Furor sacudió la cabeza con desaprobación. "Hace un momento era el dios salvaje y terrible. Pero la idea de la muerte me ha ganado tus afectos, ¿no es así?"

"Yo he estado muerto." Gorlois se retorció las manos al pensarlo. "No recuerdo nada. No era nada. Pero estoy vivo otra vez. No me hagas nada."

"No temas, Gorlois. Tienes un lugar para tu alma en la matriz de tu hija. Cuando el cuerpo de Lailokén muera, serás libre de vivir otra vez, vástago de tu propio vástago y descendiente del enemigo que tomó tu mujer para sí. Oh, la poesía de todo ello..." El ojo del Furor centelleó de risa. "Pero no mataremos a Lailokén de inmediato. Su cuerpo es útil para nosotros. Y así, te devuelvo a él."

"Oh, gracias, gran dios del norte. Gracias."

"Te devuelvo al cuerpo de Lailokén con mi marca... para que puedas oírme y verme cuando yo desee." El Furor se inclinó sobre él y el aroma púrpura a trueno mareó al hombre mortal. "Me obedecerás en todas las cosas."

"Sí, lo haré. Te obedeceré."

"Porque, si no lo haces, Gorlois, te arrancaré del cuerpo del demonio y te arrojaré al Reino de los Muertos para que la diosa Hel haga contigo lo que quiera." El Furor retrocedió un paso. "Ahora yérguete y recibe mi marca."

Gorlois se enderezó vacilante ante el dios inmenso y de barba inmensa.

El Furor sacó su cuchillo y lentamente lo posó contra la frente de Gorlois. "Quieto, mortal. Si fallo, te volverás loco para siempre. ¡Quieto!"

Gorlois se mantuvo rígido y la hoja fría del Furor le penetró la frente.

Arthor e Ygrane

Noticias del rey Arthor llegaban diariamente a Tintagel portadas por palomas mensajeras y por los viajeros que alcanzaban la ciudadela de majestuosas torres de piedra blanca y escalonadas torretas. Muchos de los caminantes eran peregrinos que venían a adorar en el santuario atendido por las Santas Hermanas del Grial. Aquellos que habían asistido al festival quinquenal de Camelot y habían visto al joven rey por sí mismos lo describían con detalles exagerados. Así que, cuando Marcus Dumnoni escoltó a lord Lot, al jefe Kyner y a Arthor a la cámara de audiencias en el ala oeste del castillo, Ygrane, la abadesa vestida de blanco, no sabía qué esperar.

Arthor era más alto de lo que había imaginado. Con sólo dieciséis años y el rostro imberbe aún, tenía la misma talla que Cei, el enorme hijo de Kyner, y, aunque no tan musculado, resultaba de una imponente presencia física con sus largos hombros, su cuello fibroso y sus miembros robustos. Su pelo castaño de tejón, cortado tiempo atrás como el de un centurión romano, había empezado a crecer y lo llevaba recogido hacia atrás, revelando una frente ancha y un rostro con los rasgos de Ygrane: una nariz recta y larga, y una quijada ancha. Con mejillas arreboladas, los ojos amarillos de su padre contemplaron a la abadesa, brillantes de gozosas lágrimas.

Al abrazarlo, Ygrane percibió, más allá del amizcle del caballo, un aroma más oscuro y rico, como si el zafiro tuviera una fragancia... y su mente se atorbellinó con recuerdos felices y casi olvidados de Uther Pendragón. Se apartó de él con el corazón

Librodot

exaltado. "Éste es mi día más feliz desde que me casé con tu padre."

Lot, Kyner y Marcus saludaron a la madre del rey y abandonaron luego la sala de audiencias; Bedevere los siguió y cerró la puerta al salir. Solos, madre e hijo se miraron en silencio uno a otro durante un lapso largo, e Ygrane tocó el rostro de Arthor y memorizó sus líneas con las yemas de sus dedos y sus vividos ojos verdes. "Cada doncella del reino te querrá para sí", dijo por fin y sonrió. "¿Hay alguna ya que se haya ganado tu favor?"

"No, madre." El sonido de la palabra *madre* reverberó en él, pues así llamaba a menudo a su patraña, la Virgen María... y aquí estaba ahora su verdadera madre con atavíos sagrados. Espantosos recuerdos de Morgeu lo asaltaron y sus labios temblaron queriendo confesar su pecado mortal, pero no pudo hallar voz que dar a su horror.

"La idea del amor te turba", observó Ygrane y le tomó a su hijo las manos. "Ven. Siéntate conmigo en la mesa desde la que resolverás los conflictos de tu pueblo y háblame de tu dolor."

La mente de Arthor giró confundida al sentarse en una silla de marfil labrada con un dragón y un unicornio. "No sé cómo empezar..."

"Dime su nombre." Ygrane se sentó junto a él y posó una mano comprensiva sobre los puños prietos del muchacho. "¿Tiene un nombre esta mujer que ha infligido un daño tan hondo a un corazón tan joven?"

"Tú conoces su nombre, madre." Arthor examinó sus ojos desconcertados para ver si entendía.

"¿Soy yo?", concluyó ella y una aguja de angustia le punzó el corazón. La idea de que la causa del dolor de su hijo fuera su decisión de desprenderse de él cuando niño la hería, no de culpa, pues ella sabía que había renunciado a él por la seguridad de la criatura, sino, más bien, porque le hacía sentir la pena de no haber podido amarlo desde crío. "¿Sufres porque te envié lejos de mí tan pequeño y te obligué a vivir sin madre?"

"No..." Su voz se redujo a un agonizante susurro y exhaló el nombre que lo había maldecido. "Morgeu... la mujer que me ha causado sufrimiento es Morgeu, tu hija, mi hermana."

El Espectro en la Niebla

La noche en las Islas Septentrionales del dominio de Lot portaba las acrobacias de una niebla marina que ascendía de las calas a las cimas de abedules. Morgeu, envuelta en pieles de visón, vagaba por el frío humo melodioso buscando al espectro de su padre, el alma de su hijo. Una luna hambrienta como pábilo sofocado decrecía en el oeste y se desvanecía en fosforescentes honduras.

"Morgeu... estoy aquí", llamó una voz áspera desde la brumosa oscuridad entre los árboles. "Estoy marcado. Protégete los ojos."

"¿Padre?", inquirió Morgeu y marchó a tientas por la noche vaporosa hasta tropezar con un tronco. "¿Dónde estás?"

"Aquí." De la gastada luz de estrellas y ajironada bruma surgió el espectro de Gorlois, labrado su rostro de un modo terrífico: un ojo sesgado en el centro de su frente y, en la órbita vacía donde el ojo debiera haber estado, su boca gemía; el mentón se hallaba severamente torcido por el desalojo. "Protégete, hija. Estoy marcado por el Furor."

El hálito de Morgeu la abandonó en un ardiente soplo de humo que portó un grito escuálido. "¡Por los dioses! ¿Qué te ha ocurrido?"

"El Furor..." Su pálida voz desmayó con el recuerdo del dolor infligido. Pero el daño había cesado ya y, en su lugar, el futuro se extendía revelado; por la fuerza del ojo místico del Furor, veía el tiempo extenderse hasta un futuro que no reconocía: urbanas atalayas de hialinos chapiteles y carros sin caballos de compacto metal por caminos tersos como noche fundida. Y el tufo, el cáustico hedor del futuro le abrasaba los pulmones...

"Padre, padre... ¿qué ha sido de ti?" Las manos de Morgeu pasaron desvalidas a través de la desnuda aparición.

Gorlois veía que el tiempo era una inevitable senda recta. Más allá de los siglos, presenciaba resplandores como domos carbonizar las ciudades de cristal dejando sólo negras siluetas, como si añicos del sol hubieran caído a la tierra. Bajó la mirada del dolor cegador del apocalipsis y la enfocó al presente, a él mismo y su hija Morgeu. El tiempo no parecía esa misma senda recta aquí en la bruma, bajo la luz esencial de los astros. Volviendo la cabeza hacia un lado, vislumbraba a su hija lustrosa de sudor y con el resto sanguinolento de un niño muerto en las manos; mirándola desde otro ángulo, el niño medraba en su pecho.

"He venido por orden del Furor", anunció Gorlois. "He venido para servir al que todo lo ve."

Al fin, Morgeu comprendió. "El Furor te ha marcado para que veas lo que está por venir." Se arrimó al descompuesto visaje de su padre. "Dime, ¿qué es lo que ves para mí?"

"Veo nacimiento y veo muerte también."

"Nuestro futuro está aún por decidir", repuso ella, exhalando un aliento humoso con la excitación. "Cómo culminemos lo no consumado decidirá nuestro futuro. Has de volver al Furor; déjale guiarte. Vuelve, padre."

Obediente, Gorlois se sumergió en la niebla y se fundió con la oscuridad.

Berserkers

Las salinas de Droitwich y los criaderos de algas de Rameslie proporcionaban las exportaciones más lucrativas de Dumnoni después de las minas de plata y estaño, y el duque Marcus, y antes que él el duque Gorlois, habían tenido buen cuidado de rodear estos pueblos costeros de las mejores defensas posibles. Barcos de guerra patrullaban los puertos y soldados a caballo montaban guardia en los acantilados, siempre vigilantes de las ágiles barcas de saqueo sajonas. Nadie esperaba un ataque por tierra.

Acuclillados entre los setos y algarrobos que congestionaban las colinas en el linde del bosque entre los dos pueblos, varias docenas de guerreros de la tormenta aguardaban el mediodía. Eran guerreros-lobo devotos del Furor y consagrados a morir en batalla. Cuatro noches atrás, amortajados por la luna nueva, habían desembarcado en playas remotas y enterrado sus naves en las dunas. Viajando sólo en la oscuridad, alcanzaron los dos puertos bulliciosos sin ser detectados.

En el momento en que sol alcanzó el zenit, cuando los horrores de su asalto y la bravura de su sacrificio se vería mejor iluminada, los guerreros-lobo descendieron sobre su presa. No cargaron al principio; se limitaron a caminar por las sendas de los montes abajo, bien altas las cabezas, con las melenas oro y rojo flotando en las brisas del mar y las hachas de guerra portadas de modo casual al hombro. Desnudos salvo por sus correajes y sandalias, parecían mortalmente vulnerables.

Ni siquiera cuando los fabricantes de barcas y rederos que había en el terreno

arenoso tras los pueblos avistaron a los sajones y gritaron alarma, apresuraron los guerreros-lobo su asalto. Su aproximación relajada a la batalla les ganaba el respeto de los dioses. La destrucción de Rameslie y Droitwich estaba preordinada por la misma presencia de los Lobos y no había necesidad de malgastar fuerzas hasta que lo que habían venido a destruir estuviese al alcance de sus manos.

Gritando, la población corrió a las playas, pues los Lobos se habían desplegado cortando toda huida hacia el interior. El Furor había decretado que nadie se libraría del frenesí asesino de sus guerreros, salvo aquellos que el mar tomara para sí. Una vez en los pueblos, los sajones destruyeron hogares y hornos de arcilla e incendiaron los habitáculos y los depósitos del mercado y los diques secos. Los soldados a caballo que cargaron monte abajo para defender los puertos se metieron de cabeza en nubes de humo cegador y hachas vertiginosas.

La matanza fue rápida. Tras hachar las patas de los confusos caballos y destazar a los jinetes, los Lobos volcaron las calderas de sal, descalabraron todo lo que había a su alcance y corrieron aullando, cubiertos de hollín, hacia la multitud de pescadores, traficantes de sal y otras gentes del pueblo que se apiñaban en la arena contra la creciente marea. Para los cristianos, aquellas hordas bárbaras, alarizantes, que surgían de los turbulentos vapores de las llamas fustigadas por el viento, eran la mano sulfurosa que venía a llevarse sus almas al infierno y muchos murieron de rodillas rezando por su salvación, incluso cuando sus cabezas habían volado de sus hombros.

Cuando por fin los barcos de guerra alcanzaron la orilla para enfrentarse a los bárbaros, tuvieron que abrirse camino por un banco de destrozados cadáveres, los cuerpos flotantes de sus familias. El horror los derrotó. Los Lobos hendieron fácilmente los cascos de las naves con sus hachas poderosas y a los marineros que luchaban por mantenerse a flote los arrastraron por el pelo hasta la playa a fin de desollarlos mejor para sus tambores de guerra.

EL Grial

Ygrane escuchó aterrada el relato que Arthor le hizo de la mendaz seducción de Morgeu y de la concepción de un hijo incestuoso. Cuando concluyó y, con un sollozo, ocultó el rostro entre sus manos sobre la Tabla Redonda, Ygrane se levantó y se fue. Buscó un armario elaboradamente labrado y abrió sus puertas de caoba y madreperla incrustada para recuperar, de su aterciopelado interior, el Santo Grial. Las buenas Hermanas de Arimatea —que no eran sino las Nueve Reinas de Ávalon— les habían confiado el vaso sagrado a ella y a Uther una Navidad dieciséis años atrás.

El esbelto cáliz de cromo ataujiado de oro contenía, recubierta del precioso metal, la verdadera copa de arcilla de la que Yeshua ben Miriam bebió vino durante la celebración de la Pascua y de su inminente sacrificio cinco siglos atrás. Los *Annwn,* los Señores del Fuego de origen supracelestial, habían preservado la copa bajo una elegante cubierta de cromo incorruptible y filigranas de oro que, de algún modo, retenían una carga mágica de sagrado poder. Ygrane rezó para que esta magia bendita sanase el agudo sufrimiento de su hijo.

Colocó el Grial delante de él e, incluso antes de levantar la cabeza, el rey Arthor sintió su gracia. Como uva exprimida que en vino se condensa y oscurece en los barriles, la opresión de su corazón —sus recuerdos de lascivia y de vergüenza— empezó a destilar más hondo en el alma, como un lento ocaso.

Mientras observaba su desconcertado reflejo en la superficie espejeante del Grial,

Librodot

su madre le habló suavemente de las Nueve Reinas. "Ahora viven como espíritus en Ávalon, el antiguo lugar ceremonial desde donde los dioses celtas reinaran antes de que los faunos los desterraran a la guarida subterránea del Dragón. Los *Annwn* —los Angeles de Dios— las emplazaron allí para que, contemplando el presente, pudieran ayudar a cambiar el alma del futuro." Enjugó una lágrima de la mejilla del muchacho. "Algún día, cuando mueras, irás allí y la más anciana de las reinas quedará libre para retornar a la rítmica duración del renacimiento y la muerte. Te juro estas cosas por todo lo que es sagrado. Tú representarás los últimos diez mil años del gobierno de los reyes, emperadores, cesares, faraones y jefes."

Arthor contempló a su madre y vio en la mirada triste de Ygrane la verdad de lo que decía.

"Tú servirás a los ángeles", dijo ella, "y a la humanidad por todo el futuro que nos queda..."

"Hasta el Segundo Advenimiento", comprendió Arthor. "El Apocalipsis de la Revelación."

"Que es lo que el dios de nuestros enemigos, el Furor, llama *Ragnarok,* el Crepúsculo de los Dioses. "Ygrane tomó consoladora la mano de su hijo. "Así que ya ves, tu sufrimiento personal, los errores de tu corazón, su pasado y sus consecuencias, por más terribles que sean, son la sombra arrojada por la luz de tu ser radiante. Has de aceptarlos, Arthor. Has de aceptar su vergüenza. y su dolor sin permitir que estos sentimientos terribles traicionen a quien realmente eres, gobernando tus acciones." Le soltó la mano y le puso las suyas en el pecho. "Deja que ese mal que es peculiarmente tuyo permanezca aquí, confinado en los límites de tu corazón."

Por un Camino Oscuro

Rex Mundi caminaba por la tierra. Dagonet, Lord Mono, Merlín, Azael y un anónimo Señor del Fuego marchaban alertas en el espacio interior del truculento ser amalgamado. El Señor del Fuego y Azael se afrontaban uno a otro en tablas perpetuas. La compensada tensión entre ellos podía hacerlos girar uno en torno a otro durante un millar de milenios y la fuerza mágica que surgía de este orbitar sostenía la improbable figura del Príncipe Oscuro.

Mientras tanto, Merlín meditaba en cómo recuperar su cuerpo de Gorlois. Dagonet observaba el mundo asombrado de hallarse tan alto y poderoso. Y Lord Mono se preguntaba qué comería a continuación.

Hacia las distancias de la tarde Rex Mundi avanzaba, buscando orientarse. Años antes, en su demanda para hallar a Uther Pendragón, Merlín había cruzado de punta a punta toda Britania y conocía cada panorama del país. *No estamos lejos de Rameslie,* puntualizó al percibir el ondulado terreno y dirigió su atención hacia un campo de luz entre dos montes de bosque aborigen. *Tras esa hendidura aguarda el mar. Hacen allí excelentes pasteles de pescado.*

Con las noticias de alimento, Lord Mono elongó los pasos.

¿Que hadán con nozotdoz ua gente deu puebuo?, inquirió Dagonet. *¿No dezuutamoz un poco teddibuez de ved?* Se miró las manos, cubiertas de una piel correosa y gruesa y de ralos pelos como alambres.

Son cristianos buenos y trabajadores, respondió Merlín a las preocupaciones de Dagonet. *Si alabamos a nuestro Salvador y no causamos problemas, nos aceptarán a pesar de nuestro poco convencional aspecto.*

Librodot

Con la ansiedad de Lord Mono de devorar su primera comida desde que mordisqueara una manzana en Ávalon, Rex Mundi hizo rápido progreso por los caminos de los pastores a través de los pastizales. Mediada la tarde, ascendió a un altozano que dominaba Rameslie y desde allí confrontó los espeluznantes restos de la masacre de los Lobos. Ceniza negra y consumida perfilaba la zona donde se alzara la población. Esparcidos sobre el terreno oscuro brillaban docenas de melones rosados: las cabezas de las víctimas sin sus cueros cabelludos.

Lord Mono y Dagonet se estremecieron de horror y trataron de salir huyendo, pero la voluntad más fuerte de Merlín los contuvo. "Esto es obra del Furor." Habló en voz alta, densa de dolor la voz. "Desafía descaradamente a nuestro nuevo rey."

¡Vámonoz de aquí, Meduín!, himpló Dagonet de espanto. *¡Uoz incudzodez pueden eztad todavía pod aquí!*

"Oh, ojalá estuvieran, Dagonet", gruñó Merlín con pesar. "Entonces verías cómo actúa de verdad un demonio."

Vampiro

Morgeu atravesaba la noche. Conducía un carro hacia el sur, determinada a encontrar el alma que había servido a su padre y que había elegido para el crío en sus entrañas. Por la desencajada aparición de Gorlois sabía que el Furor lo había marcado... y eso significaba que estaba en las garras de las tribus nórdicas. Sólo el país de los pictos al norte y el dominio de Cantii en el sudeste estaban ocupados por las gentes del Furor y su trance le había revelado a la hechicera que los pictos no tenían al viejo duque.

Aunque las carreteras estaban llenas de baches y las heladas de setenta inviernos las hacían inmensamente resbaladizas, Morgeu viajaba sin miedo. Al caballo que tiraba del carro lo había dotado de visión nocturna y ella misma escudriñaba el paisaje con ojos en los que brillaban pupilas carmesíes. Las mismas piedras de la vía resplandecían ante su mágico mirar.

Durante el día, ocultaba el carro tras compactos setos o en densas arboledas y dormía. Soñaba con la vida secreta de su nonato, que flotaba sin alma dentro de ella. Bajo el oscuro arco de sangre, aquél nadaba contra corriente hacia el muro onírico del útero, ávido de succionar la sangre raíz de las madres, que acallaría sus recuerdos del mar y de las contorsiones del pez, ávido de beber de la leche de sal que le impartiría el conocimiento exigido para ser humano...

A la tercera noche de viaje, un hombre pálido como la luz de la luna y de rostro cortés apareció en el camino. El caballo se asustó de él. Morgeu reconoció su mórbida naturaleza al instante. "¡Por fin!" Dejó caer las riendas y se recostó en el banco con una mirada de alivio. "He estado buscándote."

"Y yo a ti. dama de rojo." El hombre pálido tosió gentilmente. "¿Bajarás para venir a mí o he de ir a ti yo?"

Morgeu le hizo un gesto con sus dedos vestidos de anillos. "Ven. Haz el favor."

En un parpadeo, el hombre estuvo sentado a su lado; el caballo se crispó de miedo e hizo mecerse la entoldada carreta. Morgeu lo tranquilizó con un silbido suave. "No careces de ascendiente sobre los animales", la cumplimentó el extraño.

Morgeu se permitió una tenue sonrisa. "Tengo ascendiente sobre todas las cosas." Notó que el hombre sin sombra vestía la hermosa túnica de un tiempo perdido, un ropaje blanco bordado con serpientes entrelazadas, delfines saltadores y la gran

mariposa del alma en el centro del pecho: vestiduras fúnebres. "Eres uno de los antiguos."

"Más de lo que puedes imaginar, señora." Posó una mano fría en el muslo de Morgeu y todo el cuerpo de la mujer se estremeció.

"Oh, nada es tan antiguo." Una risa divertida rebosó de ella. "Yo diría que llegaste a esta frontera hace cuatro siglos, con la segunda legión, la *Legio Adiutrix,* bajo Agrícola... pero no como oficial, ni siquiera como soldado." Le dirigió una mirada intensa a su faz angosta, sorprendida. "Posees el gentil semblante de un aristócrata mercantil. ¿Son mis conjeturas correctas. Terpilius?"

El hombre espectral se apartó y sus colmillos cintilaron en las comisuras de su boca abierta. "¿Qué criatura eres tú, que lee las almas?"

"¿Yo?" Morgeu alargó el brazo y agarró firmemente con su mano ardorosa la muñeca gélida del extraño. "Yo soy tu señora."

María Madre, he necesitado tiempo para pensar en qué decirte después de todo lo que he aprendido con mi madre mortal, Ygrane. Es una buena mujer, más hermosa de rostro y alma que lo que me atreví a esperar desde que supe de ella en Camelot. Ama a tu Hijo como yo lo amo. Vive tal como Él nos enseñó. Pasa los días atendiendo a los enfermos y pobres de los alrededores de la fortaleza que ella ha convertido en abadía. El Santo Grial le ha sido confiado, elaboradamente recubierto de cromo y oro por los mismos ángeles. Es sin duda una mujer de santidad. Y sin embargo... sin embargo, María Madre, me habla de Ávalon, de la Isla de las Manzanas, de las Nueve Reinas y la reencarnación, la transmigración de las almas... materias que parecen más paganas que cristianas. Aunque los mismos ángeles han encargado a las Nueve Reinas la misión de velar por nosotros, ésta es una realeza pagana. Ah, pero entonces tu Hijo ha estado con nosotros sólo estos cinco siglos pasados, mientras que la más joven de las Reinas tiene más de diez mil años. Quizás ésa sea la razón de que nuestro Padre me haya elegido para morar entre ellas cuando muera, para que les transmita la buena nueva. Pero ¿qué de mi alma, entonces? ¿Qué de la promesa de mi salvación? Sin duda, ésta está garantizada aunque tenga que morar como un espectro entre espectros durante miles de años. Los cristianos no nos reencarnamos, ¿no es así? Los sacerdotes dicen que no. No renacemos una y otra vez entre las formas innumerables, tal como los celtas creen. Discúlpame, Madre, por venirte con estas preocupaciones. No sé qué hacer de ellas, si no. Si sólo Merlín estuviera aquí conmigo. Temo que esté muerto. ¿De qué otra forma explicar su ausencia? No dispuso todo lo necesario para que fuera rey con el mero propósito de abandonarme luego. Debo aceptar que está contigo ahora. Debo sondar mis propios misterios, los que Madre Ygrane comparte conmigo... si sólo hubiese tiempo para sondar estos milagros. Los invasores infectan la costa. Saben que estoy aquí, en Dumnoni, y atacan para desafiarme. Ruega por mí, Madre. Ruega que Dios me otorgue la claridad y fuerza necesarias para defender nuestra isla y reino.

Marcus Ensangrentado

Las masacres de Droitwich y Rameslie enfurecieron a Marcus Dumnoni, que ignoró las peticiones del rey Arthor de reunirse con él y los dos jefes, Lot y Kyner. Impaciente por hallar el rastro de los sajones que habían destruido sus dos pueblos más productivos del litoral, guió una fuerza montada a lo largo de la costa. Arthor lo llamó

todavía desde las murallas de Tintagel, pero el duque no le había rendido homenaje y no estaba obligado a honrar las órdenes de aquel jovencito.

"¡Tenemos que seguirlo!", insistió Cei cuando Arthor, frunciendo el ceño oscuro, descendió las escaleras de piedra del bastión. "¡Ponte al frente de nuestras tropas!"

Arthor sacudió la cabeza. "Las tropas deben descansar. La marcha desde el norte las ha agotado."

Los jefes veteranos, Kyner y Lot, asintieron, ambos de acuerdo con la sabia apreciación que el rey hacía de sus fuerzas.

Cei alzó las manos con un grito contrariado. "Entonces, ¿qué esperanza tienes de ganarte al duque, si dejas que libre solo sus propias batallas? Piensa como un guerrero, no como estos hombres viejos y cansados." Hizo un somero gesto con la cabeza en dirección a Kyner. "Perdóname. Padre."

"¡No perdono semejante insolencia!", le chilló Kyner a su zafio hijo. "El rey tiene razón. Marcus no va a la caza de tropas de *foederatus.* Estos son berserkers. Guerreros-lobo. No han venido a Britania a robar tierras, sino a morir."

"Cuando caiga la noche, Marcus alimentará a los cuervos", predijo Lot, y se tornó para cruzar el patio hacia los barracones, donde los hombres de su clan esperaban ansiosos las órdenes del nuevo rey.

Tal como Lot había previsto, Marcus halló poco rastro de los incursores hasta tarde aquel día. Escondidos hasta entonces tras las dunas de la playa, los Lobos emergieron de la larga luz del atardecer. Sabían de antemano que la destrucción de los dos puertos provocaría la salida vengativa de un ejército y habían interpretado el territorio con precisión suficiente para situarse directamente en su camino a la hora de los dos mundos.

Marcus ordenó a su caballería cargar a lo largo del elevado borde costero por encima de los llanos de arena junto al mar para caer letalmente sobre los sajones. Pero los Lobos se habían anticipado a esta maniobra y, durante todo aquel largo día, mientras esperaban a sus escoltas a la Casa Hacia el Cielo, habían cortado pacientemente los centenares de macizas raíces que fijaban aquel borde de tierra al bosque más allá. Bajo el peso de la carga de caballería toda la escarpadura se colapso, despeñando a los jinetes y lanzándolos a los llanos, donde los Lobos los esperaban con sus hachas afiladas.

Con un grito atónito que le vació los pulmones, el duque Marcus contempló desde el linde del bosque a hombres y caballos caer, entre olas de arena y deshechos, adonde los berserkers danzaban, centelleantes sus hachas a la luz escarlata del fin del día. Partió a toda velocidad hacia allí, pero pronto comprendió la futilidad del sacrificio y tensó las riendas. Había enviado el grueso de sus fuerzas a aquella carga de caballería y todo lo que quedaba era él mismo, los tamborileros montados y dos cirujanos.

Recorriendo airado el terreno por encima de la colapsada escarpadura, vio a través de ardientes lágrimas a los Lobos danzar en la luz amaranto y dejar atrás las formas rotas de sus soldados antes de desaparecer en la repentina avalancha de oscuridad.

El Hombre del Furor

Gorlois despertó aún instalado en el cuerpo de Merlín, alerta y enérgico, pero se halló sentado desnudo en un pozo, sobre un fango de heces y hojas muertas. Un grito desde arriba atrajo su atención a lo alto del pozo, donde un rostro de barba rojiza lo miraba. De pronto, éste se alejó gritando en lengua sajona: "¡El hombre del Furor está despierto!"

Una sola mirada le bastó a Gorlois para espiar el sueño privado de aquel hombre: Vagar del clan de Gelmir, orgulloso del brazo con el que manejaba la lanza, temeroso de que lo traicionase su dañada rodilla izquierda...

El Decidor de la Ley apareció en lo alto de aquella prisión, con su cabeza calva temblequeante y una mirada de astuta satisfacción. Imágenes de su corazón inundaron a Gorlois y vio las brutas cuerdas de peligro que este hombre tocaba en el instrumento de su cuerpo: ayunos aniquiladores y pociones hipnóticas.

"Retírate, Hjuki el Decidor de la Ley", clamó Gorlois y alzó las manos por encima de la cabeza. "¡Retírate y vuelca las cisternas!"

El Decidor de la Ley desapareció de la vista y, un momento después, tal como Gorlois había previsto, varios hombres corpulentos se acercaron al borde del pozo y vaciaron sobre él grandes barriles de agua. La cascada lo limpió del fetor de la mugre que lo cubría y, poco después, una cuerda anudada cayó sobre sus manos expectantes y lo sacó del lugar.

Las lentas pulsaciones del sol latían en todo lo que veía, iluminando los más profundos recesos. El Furor había marcado su alma con el ojo fuerte y le había otorgado el poder de ver la verdad de todo lo que mirara. Sus manos alzadas revelaban la verdad de sí mismo: el espectro de un audaz usurpador en la carne tejida por los Señores del Fuego, a los que los celtas llaman *Annwn,* significando *El Otromundo,* como si aquellas entidades radiantes no fueran seres individuales sino manifestaciones de un reino supracelestial. Y lo eran. Ahora podía verlo. En la urdimbre de la piel de Merlín, percibía su solitario, decidido amor por el Origen, la fuente de energía infinita de la que este cosmos emergiera miles de millones de años atrás en una explosión de pura luz tan intensa que ninguna forma pudo existir hasta que el vacío, frío y oscuro, hubo helado en materia la luz...

El Decidor de la Ley apartó las manos de Gorlois de sus ojos fascinados y los guardias le frotaron el cuerpo con piedra pómez y esponjas espumosas, antes de enjuagarlo con agua aromatizada. Mientras lo vestían con los colores del Furor —holgados pantalones negros, camisa naranja bordada de signos azabache, un jubón rojo con botones de ónice y botas de piel de lobo— él contemplaba el rostro del dios entre las nubes en lo alto. Un ojo ártico le devolvía la mirada. En sus grises honduras, vislumbraba el futuro: las horas apresuradas de los días por delante, el viaje al norte a la abarrotada población fluvial de Londinium, los hoscos ojos persas de Severus Syrax...

"No mires muy hondo, hombre del Cuervo", le advirtió el Decidor de la Ley. "Lo que veas ahí te quebrantará."

Gorlois aceptó el consejo y pasó su mirada penetrante, a través del ancho rostro del Furor, al otro ojo, a la órbita vacía en cuya negrura flotaban todos los seres mortales como rocío titilante en la gran telaraña de la vida, reflejando cada criatura su propia y pequeña chispa de luz original contra la oscuridad de la muerte.

Salvado por el Diablo

A través de las confusas nieblas matutinas, Marcus Dumnoni guiaba de vuelta a Tintagel aquellos pocos desgraciados que quedaban de su partida de guerra: dos cirujanos y varios tamborileros. Los tambores habían sido abandonados atrás en el bosque, donde los supervivientes yacieran a cubierto toda la noche. Habían temido que los berserkers que destrozaran su compañía los acecharan a la luz de las estrellas y todos ellos, incluido el duque, habían puesto maniotas a sus caballos y se habían escondido

entre la hojarasca algo más lejos. Con las primeras luces, desataron a los brutos y partieron.

El duque Marcus siguió una ruta más larga hacia la ciudadela, por el bosque, creyendo que pasarían más desapercibidos a sus enemigos ocultos por los árboles que a plena vista en la franja costera. Pero el duque estaba equivocado. Los guerreros-lobo habían pasado la noche entre las dunas y, con la falsa aurora, se habían desplazado hacia el interior para asesinar a quien se cruzara en su camino. Se encontraron con Marcus en una arboleda bajo un orvallo de luz matutina.

Los gritos de batalla de los Lobos derrotaron los inútiles alaridos del pequeño grupo del duque y sólo los caballos llegaron a chillar más fuerte, cuando sus patas cedieron bajo los drásticos golpes de las hachas imponentes. El duque se desmoronó con su corcel, manteniendo la espada en alto. Con estridente fervor, bramó pidiendo la misericordia de Dios, cuando su montura le rompió la pierna izquierda al caer y lo dejó atrapado bajo su peso muerto. Un berserker con la cabeza cortada de un tamborilero en una mano le arrancó la espada con un golpe de su hacha y dirigió la hoja contra él en arco fulgurante.

Antes de que el implacable filo pudiera tajar, una mano de piel correosa y pelo áspero agarró el mango del arma y le arrebató el hacha al sajón. El duque, que se retorcía de dolor, vio un hombre alto, espantoso, con guedejas de pelo rojo, una erizada barba negra y un rostro feral. El monstruo arrancó al berserker el brazo con un sonido húmedo, desgarrador. Marcus vio la sangre salpicar los símbolos bordados en las ropas de Merlín. Después, el dolor de su pierna rota lo hizo desvanecerse.

Rex Mundi atacó a los guerreros-lobo con salvaje velocidad y furia asesina. Merlín había librado a Azael de su vínculo circular con el Señor del Fuego y el demonio usó a Rex para acabar rápido a los sajones. En instantes, catorce guerreros quedaron destrozados en el suelo del bosque. Luego, el mago exigió a Azael que retornase al cuerpo mágicamente ensamblado que creara a partir de Dagonet y Lord Mono... pero el demonio no quería obedecer. Con un gélido aullido, Azael se precipitó al bosque, dispuesto a obrar maldades contra el rey en Tintagel.

"¡Oh, douod!", se lamentó Dagonet percibiendo las intenciones de Azael.

"Cálmate", lo tranquilizó Merlín. "*Si nos movemos rápido en dirección opuesta, Azael tendrá que seguirnos... porque, si interponemos mucha distancia entre nosotros, el cuerpo ensamblado se caerá a trozos y el demonio se convertirá otra vez en cenizas de perro. ¡ Vamos!"*

Dagonet y Merlín dieron la espalda a los cuerpos rotos de los muertos y a los gimientes cirujanos y tamborileros todavía vivos. Con torpe paso, movieron a Rex Mundi hacia el este, confiando en que el Señor del Fuego los mantuviera unidos. Los gritos de los supervivientes cristianos los siguieron un largo trecho entre los árboles.

Cuchillos contra el Rey

Azael tuvo poco tiempo para obrar el mal antes de que el Rex Mundi en retirada lo forzara a volver a la irresoluble tensión de sus círculos con el Señor del Fuego. Alargó sus dedos gélidos de miedo hasta Tintagel y tocó los corazones de los celtas de Lot. Los movimientos de estos pequeños retazos de conciencia eran fáciles de manipular y, en pocos momentos, inflamó en cuatro guerreros un odio rabioso por el joven rey, el loco que despreciaba su fe venerable y adoraba a un dios foráneo y crucificado. Oscuras miradas se cruzaron y Azael se relamió al pensar en las

consecuencias que pudo leer en ellas antes de partir.

Ninguna oportunidad asesina se les presentó a los férvidos celtas hasta el mediodía. Mientras los jefes y sus hombres se reunían en el salón principal para comer, con Kyner presidiendo a los cristianos y Lot a los de fe Daoine, el joven monarca se hallaba en la capilla con su madre y las monjas. Un mustio deje de incienso en el aire aceró la cruel intención de los cuatro asesinos, acabar con la influencia de este dios extranjero, y se escurrieron silenciosamente entre las sombras vinosas que caían de las vidrieras en las ventanas. Con los pasos amortiguados por las plegarias susurrantes de las monjas, dos asesinos se aproximaron por cada lado del lóbrego santuario, bajos y desnudos los puñales, preparados para golpear hacia arriba y eviscerar a su enemigo.

El rey había dejado su famosa espada en el altar, en cada uno de cuyos extremos parpadeaba una pequeña lengua de fuego en una lámpara carmesí. Desarmado, se arrodillaba en un reclinatorio con Ygrane, que también había de morir por traicionar a los Daoine Síd y abdicar como reina de un pueblo mucho más antiguo que los romanos. Las monjas, absortas en sus plegarias, no prestaron atención a los cuatro intrusos semidesnudos. Los asesinos cruzaron el cancel del presbiterio y cayeron sobre la arrodillada pareja. Pero antes de que pudieran golpear, una sombra despertó de su quietud como si una de las estatuas hubiese cobrado vida de pronto.

Bedevere fluyó veloz a través del mármol, interponiéndose entre los cuchillos y sus víctimas. Su única mano aferraba una espada corta, que destelló en el aire oscuro como una llamarada. Repicando con nota aguda, dos cuchillos volaron para estrellarse en el suelo. Un floreo ágil y rápido de la espada corta labró espirales de luz refleja con un silbido de áspid y detuvo en seco a los otros dos celtas armados. Antes de que pudieran huir, se situó de un salto lo bastante cerca para cortarles la garganta. "¡Cuchillos!", gritó y las dos armas restantes resonaron contra la piedra del suelo.

Los chillidos alarmados de las monjas atrajeron a los soldados de la guardia, prontas las espadas. "¡No derraméis sangre en este lugar sagrado!", ordenó el rey y se acercó al lugar donde Bedevere había agrupado a los cuatro celtas. "¿Por qué?"

La ira en sus ojos fríos le dijo todo lo que sus voces se negaban a decir. Cuando llegó Lot y ordenó furioso que los sacaran al patio, marcharon derechos en su desafío.

"¡Hermano!", llamó Arthor a Lot y, al volverse el viejo guerrero, le dijo el rey con firmeza: "No les quites la vida. Despídelos de Tintagel y de nuestro servicio... ilesos."

La Sangre-Raíz

Durante el día, Morgeu atendía al caballo que tiraba de su carreta cubierta, se bañaba en gélidos arroyos bajo el sol del zenit, comía lo que los huertos y pequeñas granjas del camino tenían que ofrecer y dormitaba bajo los árboles. Guardaba a Terpilius el vampiro cubierto con tierra arcillosa en el carro. Por la noche, él viajaba sentado junto a Morgeu y le narraba entretenidos cuentos de la Vieja Britania.

Ocasionalmente, le permitía vagar en busca de sangre, pero siempre bajo la severa condición de que se saciase sólo de cristianos. Terpilius no se atrevía a desafiarla porque ella, en el alma del vampiro, podía leer cualquier cosa. Las sombras le hablaban a Morgeu. Y cuando ella lo tocaba, su cuerpo frío o cantaba o lloraba.

Más a menudo, Morgeu lo mantenía a su lado y lo nutría con la sangre-raíz del niño sin alma en sus entrañas. Mientras ella gobernaba el vehículo, él yacía con la cabeza en su regazo, los ojos cerrados, succionando cálida fuerza directamente de su interior, de la fuente de la sangre misma. En las noches claras, Terpilius abría sus ojos a

la Osa Mayor y su propia oscuridad emulaba la nada y el vacío entre los astros.

"Tal es el miedo de todos los vampiros", replicaba ella a los pensamientos de la criatura. "No hay lugar para ti en la Foresta Dichosa, ningún camino te lleva a la Casa Hacia el Cielo, no te acepta el dios crucificado, que predicó amor y condena con fuego de infierno. Sólo la vacuidad te espera al final de tu hambre."

"Yo sueño... sueño... el vacío sería dulce..."

"Mas no tan dulce como la sangre, el calor prendido en los candelabros de las estrellas y olvidado tanto, tanto tiempo en los mares." Le acarició a Terpilius el pelo sedoso con una mano mientras conducía. "Olvidado hasta que las primeras junglas lo recordaron y del polvo de estrellas, de las semillas de hierro sembradas en los estertores de agonía de los astros, creció el vino rojo, la sangre-raíz que tú sorbes. Yo lo sé. Yo lo he visto."

Él tembló con inmemoriales pasiones al oírla hablar así. E incluso aunque hubiera podido escapar de su lazo sortílego, no lo habría hecho. Cerrados los ojos, oprimía la faz contra el vientre de la mujer y su irradiante calidez lo envolvía, tal como ella envolvía a su hijo sin alma, colmando su cuerpo de un gozo inmundo. Muchas noches de viaje pasaron antes de que él pensase siquiera preguntar: "¿Por qué eres tan cariciosa conmigo, señora? ¿Por qué me has tomado de mi lugar en los bosques del norte?"

"Tenemos un trabajo que hacer, Terpilius." Sus pequeños ojos negros se endurecieron como pedazos de carbón. "Un trabajo de sangre. Obra húmeda, cálida."

"¿Y cuando el trabajo esté hecho, señora?" No se atrevió a abrir los ojos por miedo a la maligna, indiferente sonrisa que vería. "¿Qué será de nosotros?"

"¿Será?" Su voz portaba una gélida risa. "Esa palabra habla del futuro. Y para los vampiros no existe tal cosa."

Cuatrocientas horas de otoño con la hechicera tras cuatrocientos años sin ella bastaban para aliviar sus miedos. Terpilius mantuvo los ojos cerrados y la faz prieta contra la sangre-raíz, el diminuto mundo en las entrañas de Morgeu, el mundo para siempre antes del tiempo, cuando toda vida era vampiro.

Casa Secreta

"Madre, ¿por qué querían matarme los hombres de Lot?", preguntó Arthor a Ygrane sombríamente mientras estaban a solas en la terraza del oeste, junto a la Tabla Redonda y el Grial. "Tú debes de conocer sus pensamientos. Tú fuiste su reina una vez."

Ygrane se levantó de la silla que ocupara junto a su hijo mientras hablaban de su padre, Uther Pendragón. Caminó hasta la balaustrada y contempló el sol, que hallaba su camino al interior del mar. "Merlín y yo creímos mejor que fueras educado como cristiano. Pero, si has de gobernar tanto a los celtas como a los britones, has de encontrar en ti mismo lo que es más antiguo que tu fe."

"¿Tú... una abadesa... me dices que busque lo pagano?", inquirió Arthor con franca incredulidad. "Madre, he estado en el interior de los huecos montes. He visto a los faerïe, he conversado con el enano Brokk, que templó Excálibur, e incluso he confrontado al Furor mismo. Pero, te lo aseguro, todos éstos son seres creados por nuestro increado e inefable Dios, el Dios de Moisés... Dios el Padre de nuestro Salvador. Ésta es nuestra fe, la fe expuesta en los evangelios de los apóstoles. Es esta fe la que me guía... y no un saber pagano."

Ygrane lo miró desde más allá de la Tabla Redonda, con ojos como un fuego verde a la luz muriente... y sus blancas vestiduras bien podrían haber sido las ropas

Librodot

ceremoniales de una sacerdotisa. "Tú eres mi hijo y el rey del pueblo al que yo serví como reina una vez, y te hablo así desde un plano más alto que la fe."

"¿Más alto que la fe?" Arthor se irguió, mareado de incredulidad. "¿Qué podría ser más alto que la fe?"

"Dios... Dios mismo."

Arthor parpadeó. "Madre, esto es herejía."

"Escúchame, hijo. La fe se aprende. Las almas vienen dadas. Tú llevas dentro de ti el alma de Cuchuláin, el mayor guerrero de los celtas. Dios quiere que reines como un monarca cristiano. Y sin embargo, en tu alma, portas vidas enteras de una fe más antigua."

"¿Vidas enteras?" Arthor exhaló un soplo de sorpresa. "Madre, escúchate a ti misma. Suenas como un gnóstico blasfemo. Cada uno de nosotros somos una vida, un alma otorgada para la gloria de Dios."

"Y es verdad, Arthor. Pero hay una verdad mayor."

"Verdad... sí." El joven suspiró, recordando las largas horas de leer y discutir filosofía que Kyner les exigía tanto a él como a Cei. "La verdad tiene muchas caras. Pero ¿qué verdad es mayor que la vida única que dedicamos a Dios?"

"El destino que Él nos da a cada uno de nosotros es único y porta su propia verdad. Ésta es la casa secreta de tu espíritu, mayor que la morada de tu alma. Pero el espíritu se mueve como. el viento y pertenece sólo a Dios." Caminó alrededor de la Tabla Redonda y se sentó junto a Arthor otra vez. "Tu destino es servir a los cristianos tanto como a los celtas de la vieja tradición. Como madre tuya, es mi destino mostrarte ambas vías. Con la ayuda de Merlín y de Kyner, has vivido como cristiano. Ahora ha llegado el momento de que te muestre los antiguos caminos. Dios es Dios de todos. Para servirle, has de abrir tu corazón a todos."

"¿Qué esperas de mí, madre?" Arthor frunció el ceño. "Yo no desafiaré las enseñanzas de nuestro Salvador."

"Nunca te pediría que lo hicieses." Le tomó el mentón con la mano. "Pero sí exijo de ti que cumplas su mayor enseñanza. Mientras estés aquí, antes de partir, quiero que conozcas el amor."

María Madre, me siento turbado por las cosas que oigo de tu sierva, mi madre Ygrane. No soy un teólogo. ¿Qué se yo *de la voluntad de nuestro Padre, más que lo que Él me revela a través del Espíritu Santo? Y sin embargo, si he de ser rey de toda Britania, he de servir tanto a los celtas paganos como a los cristianos. Llegué a pensar que podría servirles llevándoles la buena nueva de nuestro Salvador. Pero mi madre dice que su fe es más antigua, como si Jesús nunca hubiera caminado entre nosotros y refutado las antiguas tradiciones de sacrificios cruentos con su propio sacrificio de sangre. Hay muchas cosas que debo meditar y muy poco tiempo para hacerlo. Mis días se consumen de la mañana a la noche con consejos de guerra. Pronto deberé conducir las fuerzas que tenga contra los invasores, que entregan fiera y liberalmente sus vidas por lo que creen. Ruega por mi protección, María... no por mí, sino para que pueda seguir protegiendo a aquellos que sirvo de la ferocidad de nuestros enemigos.*

Dios Encuentra a Su Campeón

Durnovaria, población de cierta importancia de casas techadas con tejas de color

verde y azul, se alzaba en la intersección de varias vías romanas en el dominio celta de Dutotriges. Aunque el vecino Dumnoni, el reino del duque Marcus hacia el oeste, había sido cristiano durante generaciones enteras, Durnovaria y la campiña circundante albergaban antiguos enclaves en los que la gente adoraba aún a los Daoine Síd y a los faunos. Principal entre estos lugares era Maiden Castle, cuyos fosos y murallas gigantes afortalaban un templo en la cima de una montaña dedicado a la diosa Aradia.

Rex Mundi se hallaba entre los álamos temblones que rodeaban el templo de Aradia, escuchando profecía en las hojas susurrantes. Merlín había dirigido su forma conglomerada a esta cumbre esperando descubrir algún indicio del lugar donde Gorlois pudiera estar con el cuerpo del mago. Las energías telúricas de este espacio sagrado eran poderosas; tal era sin duda la razón de que las viejas tribus hubiesen levantado aquí, sobre este terreno ceremonial, sus asentamientos miles de años atrás. Mientras Merlín escuchaba y Dagonet miraba más allá de las murallas de tierra a los campos de las granjas y Lord Mono rebullía en su anhelo de fruta, el Señor del Fuego rompió su cíclico equilibrio con el demonio Azael.

Azael no tenía fuerzas para la voz —todo su poder se consumía en mantener unido el agregado— pero su grito hendió como garras el interior de Merlín, Dagonet y Lord Mono. Rex Mundi cayó de rodillas con un alarido. *¿Qué eztá pazando?,* berreó Dagonet. *¡Modimoz!*

No morimos, todavía no, le aseguró Merlín a su compañero. *El Señor del Fuego nos ha dejado y ahora sólo Azael nos mantiene juntos. Pero no temas. El demonio conservará a Rex Mundi entero. Si no lo hace, volverá a convertirse en un perro muerto y sólo podrá reconstruirse muy lentamente a partir de las cenizas.*

¡Pedo dueue!, gritó Dagonet. Y así era en realidad, pues sin el Señor del Fuego para compensar al demonio, el dolor de Azael era inmitigable: los mortales experimentaban el frío desgarrador del vacío en el que las órbitas celestiales se desmadejan, el acuchillante helor que torturaba a demonios y Señores del Fuego por igual desde que cayeran del cielo.

El Señor del Fuego sufría también. Como todos los que habían sido arrojados a la oscuridad de la creación cuando siguieron a Dios fuera del empíreo, conocía el dolor. Pero esta incesante agonía no lo agriaba, como les ocurría a los demonios, que se habían despojado de su luz para sufrir menos. Los Señores del Fuego abrazaban su ardiente dolor con todas sus fuerzas, y ello les hacía padecer más que los demonios, porque creían que los pedazos radiantes de cielo que aún portaban acabarían por llevarlos finalmente de vuelta al origen.

De momento, la luz del Señor del Fuego le guió a Ella, a Dios, que necesitaba un campeón por un instante. Ella había abierto una tumba para una de sus mayores devotas, una mujer que La adoraba en el templo. Pero el marido de la mujer estaba airado y no quería dejar partir a la mujer en paz. Dios llamó al Señor del Fuego para serenar los gritos del esposo con su calidez. La momentánea sonrisa del hombre cuando sintió la caricia del ángel era todo lo que la mujer moribunda necesitaba para dejar en calma el cuerpo y reincorporarse al ciclo sempiterno del ir y venir.

Isca en Llamas

Tempestuosos vientos púrpura empujaron las pequeñas naves de los invasores por el río Exe arriba dejando atrás a los frustrados defensores de la costa, que se veían desvalidos contra las inmensas olas y la lluvia torrencial. Protegidos por el Furor y su

Librodot

propia e incomparable destreza marítima, los sajones superaron diez millas de río sin que una sola flecha les llegase de la orilla oriental y el frente de tormenta acabó por arrojarlos contra la ciudad portuaria de Isca Dumnoniorum, el mayor puerto del duque Marcus.

Los trabajadores de los astilleros luchaban por proteger sus diques y sus casas, pero no eran rivales para las hordas del Furor. Con la tempestad a sus espaldas, los sajones treparon a los barcos amarrados, se abrieron camino hasta el muelle con sus grandes hachas de batalla y sus mortíferas destrales arrojadizas y prendieron fuego al puerto. Incluso cuando los atacantes escalaron las murallas romanas que separaban el pueblo del fondeadero, las llamas fustigadas por el viento los precedieron.

El duque Marcus vio el resplandor escarlata del puerto en llamas desde la aldea de Neptune's Toes, adonde fuera llevado por los cirujanos tras la emboscada en el bosque. Cei llegó al día siguiente, poco después de que los heraldos arribasen con los espeluznantes informes del saqueo de Isca y la masacre de centenares: sus cadáveres descabezados habían sido colgados por los pies de los arcos de los acueductos que conducían el agua de riego a las granjas del contorno, fincas que ahora gemían de terror en espera de los brutales conquistadores.

"¿Dónde está tu hermano?", gritó Marcus al ver a Cei y sólo el dolor de su pierna rota le impidió arremeter contra el corpudo celta. "¡He perdido tres pueblos! ¡La gente se morirá de hambre este invierno por lo que he perdido! Arthor festeja con su madre mientras la gente muere. ¡Muere! ¿Me oyes, pedazo de zafio?"

"Mi señor duque..." Cei se esforzó por encontrar palabras ante aquel estallido de justo furor. Al recibir las noticias de la derrota de Marcus, Arthor lo había despachado para que escoltase al duque sano y salvo de vuelta a Tintagel, pero a Cei le resultaba evidente que este oficial quería planes de batalla, no de retirada. "Al menos tú estás vivo y volverás a ponerte al mando de tus hombres..."

"¿Sabes por qué estoy vivo?" Marcus se incorporó de golpe en el camastro que ocupaba en la terraza sembrada de olivos que dominaba la bahía de pequeños islotes, los dedos de Neptuno. "Estoy vivo porque Merlín me salvó. Retorna a Tintagel y dile a tu hermano que enviar a un mago demasiado tarde para salvar a mis tropas no basta. ¡Un mago que parece poseído por Satán! Si Arthor quiere mi homenaje, tiene que apoyar mi causa con algo más que magia. ¡Tiene que combatir a nuestros enemigos con estrategia y acero!" Marcus se desmoronó hacia atrás y el cabello blondo le cayó sobre el rostro como un velo. "Trae soldados, no demonios."

Cei abandonó la terraza y, en su camino a través del patio amosaicado de la villa, un cirujano se le acercó. "Señor senescal... comunicadle al rey que el duque Marcus dice la verdad. El mago Merlín pertenece a Satán ahora."

Una Conversación con el Rey

"¿Cómo pueden decir que el mago pertenece a Satán, si les salvó la vida?", repuso Arthor cuando Cei le transmitió las noticias de Neptune's Toes. "¿Es asunto del diablo, pues, salvar cristianos de las hachas sajonas?"

Cei se encogió de hombros. "Marcus está rabioso. Perdió muchas vidas..."

"Yo también estoy rabioso, hermano." Arthor se sentó en una roca negra bajo los acantilados, donde el retumbar del oleaje aseguraba una conversación privada. "Los cuatro hombres de Lot que trataron de asesinarme fueron hallados muertos en el bosque al norte de aquí."

Cei ladeó la cabeza, como ponderando la noticia. "Alguna banda de forajidos caería sobre ellos."

"No, Cei." Arthor sostuvo la rápida mirada de su hermanastro con una mirada áspera. "Tú los mataste. Vi los cuerpos. Eran hombres corpulentos, pero recibieron golpes de arriba abajo de un hombre más alto."

"Un guerrero a caballo..."

"¡Silencio, Cei!" Arthor se puso en pie, con los puños prietos a los costados. "¿Me crees un simple? No había huellas de caballo. Esperaste a aquellos hombres entre los árboles... y los mataste."

"Los maté noblemente." La ancha faz de Cei se oscureció ante la acusación de un acto a traición. "Lot les dejó sus espadas. Era uno contra cuatro."

"Y acabaste con ellos... contra mis órdenes."

Cei miró a uno y otro lado, como si las rocas mismas hubieran de hablar en su defensa. "Merecían morir. ¡Trataron de asesinarte! ¡Y nada menos que en la capilla!"

"Y tu juicio es mayor que mi orden, ¿no es así, Cei?" Arthor se acercó al hombre corpudo. "Soy tu rey."

"Bien, sí, claro..." Cei estaba perplejo, luego airado. "¿Por qué crees que me enfrenté a ellos? ¡Levantaron sus cuchillos contra el rey! ¿No soy tu senescal? ¿He de soportar la traición?"

"¡Cei! ¡Hermano Cei!" La mirada fiera de Arthor se suavizó y sacudió tristemente la cabeza. "No hemos de gobernar sólo por el poder, ni tú ni yo, ni nadie en nuestra corte. ¿No te das cuenta? Antes de nosotros, Roma. Antes de Roma, los jefes. Todos ellos hombres que gobernaron por el poder de las armas y el terror. Pero ahora tenemos la oportunidad de realizar algo más grande."

"Aquellos hombres habrían reunido a otros para oponerse a ti."

"Aquellos hombres hubieran hablado de misericordia, cuando les hubiesen preguntado cómo sobrevivieron a un atentado fallido contra mi persona." Arthor le puso las manos a Cei en los hombros. "Tu corazón actuó por mí y te amo por ello. Pero tu corazón ha de dar más al mundo a partir de ahora. No somos ni romanos ni jefes. Somos cristianos. No gobernaremos por la espada, sino con amor. ¿Aceptas esto de mí, hermano?"

Una expresión de hondo pensar frunció el rostro de Cei. "Eres mi rey. Debo aceptar lo que tú digas."

"Pero no crees que sea lo apropiado, ¿no es cierto? Dime." Cei movió la cabeza. "No, Arthor. El amor es bueno para los sacerdotes y las madres. Para un guerrero es letal. Una vez fue entregado a los centuriones, ¿de qué le sirvió el amor a Jesús? Y, hermano, si crees que no estamos ya en las manos de nuestros enemigos, eres en efecto un simple."

Nynyve

El rey Arthor permaneció en la playa cuando Cei partió. Quedó inmerso en reflexión sobre cómo un cristiano, obligado a amar incluso a sus enemigos, podía gobernar como rey, especialmente acosado por bárbaros decididos a aniquilar a cualquiera bajo su protección. Cuando vio a Bedevere levantarse de entre las rocas donde se hallaba acuclillado, creyó que quizás Cei había vuelto para disculparse por haberse marchado indignado, de allí. Pero la figura que apareció con Bedevere fue la de una mujer de talla y tez celtas, de cutis pálido y cabello canela. Vestía un *gwn* tradicional,

una diáfana falda verde que le caía hasta los tobillos pero le dejaba los pechos al desnudo.

Con un gesto, Arthor la llamó. Aquella semidesnudez no lo perturbaba en lo más mínimo, pues era una costumbre que persistía entre las celtas rústicas de todo el país y no se consideraba provocativa. Sin embargo, sus orejas y mejillas sí se arrebolaron al ver su altura y belleza sin ningún pariente cerca para guardarla. Tal descaro era, en efecto, asombroso y el corazón adolescente de Arthor latió fuerte con escabrosa sorpresa.

"Mi señora... ¿dónde está vuestro escolta?", inquirió el rey al verla caminar directamente hacia él, con los brazos abiertos para abrazarlo.

"El rey es mi escolta", repuso ella en un gaélico gutural, colocando sus brazos en los de Arthor y doblando una rodilla. "Ningún daño puede sobrevenirme bajo su cuidado."

Arthor la levantó con gentileza y contempló con indisimulado ardor sus ojos avellana, el lunor de su piel, el crepúsculo que se aprofundaba en su larga y suavemente ondulada melena. "Eres una muchacha demasiado bella para haber venido sin nadie que te acompañe."

"No he venido de ninguna parte", replicó ella, estudiando ávida los rasgos aniñados de Arthor y su viril estatura. "Yo siempre he estado aquí. Tu madre me ha enviado. He de instruirte en las tradiciones celtas. ¿No te lo dijo? Soy Nynyve del Lago."

El dulce sonido de su voz penetró a través de las brumas de su interior como punzante luz de estrellas; su hermosura, tan perfecta que ni un solo lunar distorsionaba, parecía casi sobrenatural. "¿Eres una hechicera?"

Nynyve rió, una risa de terciopelo que lo envolvió en molicie.

"No. Lo digo en serio." Retiró sus brazos de los de la mujer y la ansiedad maculó su mirada. "¿Es éste un truco mágico de Morgeu? ¿Lo es? No me engañarás dos veces, hermana. ¡No dos!" Airado, le pasó los brazos por debajo de las piernas y los hombros y la alzó del suelo.

"¿Qué haces?", preguntó ella asustada.

"¡Sal!", masculló Arthor caminando a través de la húmeda arena. "La sal romperá la ilusión." Al mar la llevó, vuelto de espaldas al oleaje espumoso. Agarrándola con firmeza, dobló las rodillas para sumergirse los dos en las olas. Cuando la alzó escupiendo mar y vio que su cuerpo no había cambiado y que su rostro seguía igual de bello bajo una telaraña de cabello húmedo, la soltó. Contrito, se arrodilló en las aguas y permitió que las olas lo batieran.

María Madre, noticia me ha llegado de que Merlín vive, pero poseído por Satán. ¿Es posible semejante cosa? Si lo es, he de confiar en ti y en tu Hijo para que lo liberéis del gran adversario... así como he de confiar en vosotros para que libréis el corazón de mi hermano de sus asesinas inclinaciones. Temo por Cei. Es tan fuerte en el cuerpo y en la fe, pero tan débil de temperamento. Merlín poseído por el mal, Cei presa de la ferocidad, Marcus herido y rabioso conmigo por no arrojar todos mis hombres al combate y los invasores abarrotando las costas en número cada día mayor, María Madre, pensaba hoy que me volvería loco, oprimido por todos estos problemas. Y entonces, en la playa, me encontré a una mujer de tal belleza y encanto que olvidé mis inquietudes. Sin embargo, incluso a su lado, una preocupación más honda me asaltó. Estaba seguro de que era una ilusión. La sumergí en el agua para ahuyentar mis sospechas y ella huyó de mi... riéndose. Me sentí tan absurdo. Morgeu me ha abrasado

el alma, Madre. No confío en ninguna mujer. Dudo incluso de las palabras gentiles de mi madre, una abadesa. Mi espada, ésta sí. Nuestros preparativos para la guerra están casi completos y pronto podré entregarme a aquello en lo que más confío. Y si logro sobrevivir, si salvo los dominios del duque de los invasores, deberé arrodillarme ante mi madre como me arrodillo ante ti. Debo rezar con ella por el perdón de mi pecado. Debo rezar para que tu Hijo, que vivió y murió por amor, levante este fardo de mí corazón y pueda aprender por lo menos a amar como otros hombres son capaces de hacerlo.

El Vampiro en la Capilla

Al crepúsculo, la carreta cubierta de Morgeu ascendió hacia una ermita en un cerro que dominaba Watling Street, no muy lejos de Verulamium. Una docena de devotos ocupaba los bancos y cantaba vísperas, cuando los pesados portales de roble se abrieron de par en par y Morgeu irrumpió con una ráfaga de frío otoñal y hojas muertas. "¡Fuera!", gritó. "¡Salid todos de aquí, ya!"

La congregación miró espantada a la intrusa, que cruzó el pasillo hacia el altar con sus rojas vestimentas hinchadas por un recio viento nocturno. Las llamas de las velas de los candelabros brincaron, suspiraron y murieron al acercarse ella.

"¡Fuera!", chilló otra vez, empujando al sacerdote a un lado del púlpito de madera y haciéndose con el crucifijo de palo de rosa que había en la sacristía tras el altar. "¡Fuera o sed malditos!"

La mayoría de los comulgantes huyó rápidamente, pero unos pocos granjeros se quedaron, poco dispuestos a abandonar su culto por una demente. Cuando destrozó el crucifijo contra el altar, aquéllos se levantaron de golpe. "¡Es una wi*cca...* y está loca!"

"¡ *Wicca* lo soy!", les gritó ella. "Pero ¿loca?" Les mostró sus pequeños dientes con una torcida sonrisa. "En este momento, el rey Wesc envía a sus guerreros de la tempestad a saquear vuestros campos preparados para la cosecha... y vosotros aguardáis aquí sentados rezando a un dios que asesinó al hijo que predicaba amor. ¡Ja!"

Alarmados por su maldición, los labriegos saltaron por encima de los bancos y corrieron hacia la puerta. Sólo el sacerdote permaneció, un hombre pequeño, calvo, de grandes orejas y ojos amables, que tenía las manos metidas en su sotana marrón. "Hija, tú traes ira a un lugar de paz."

"Éste no es un lugar de paz, idiota." Morgeu derribó de una patada el altar de madera. "Éste es el santuario de Hel, reina de los muertos. Cantos de guerra son los que corresponden aquí. Habéis profanado su provincia sagrada."

"Serénate, hija." El sacerdote le mostró sus manos vacías. "Un templo pagano ocupó este cerro en tiempos. Pero el lugar fue purificado de su historia infernal hace muchas generaciones."

"Purificado, ¿eh?" Pateó el suelo y la oscuridad llenó la capilla, mientras el sol se hundía bajo el horizonte. "La vida no puede lavar la muerte. Es la muerte la que purifica la vida."

"Tú no estás bien." El sacerdote la tomó del brazo y sintió la fría, tensa fuerza de la mujer. "Ven conmigo a mi choza. Tengo pan y vino. Comeremos juntos y me hablarás de Hel."

"No." En las sombras, tenía el porte rotundo de un varón. "Vete de aquí o te juro por todo lo que crees impío que nada te salvará."

"Yo pertenezco a este lugar", respondió el sacerdote blandamente. "No puedo irme, a menos que vengas conmigo..." Dejó de hablar. Un hombre había en la puerta

con ojos lucentes como un gato... y una sombra blanca que tremolaba en el suelo ante él como ingente luz de estrellas. "Entra, hermano."

"Aquí estoy", dijo el vampiro, tan cerca de él de pronto que el clérigo se sobresaltó y gritó muy fuerte sus últimas palabras mortales: "¡Dios mío!"

El Furor en Londinium

La lluvia caía, por supuesto, torrencialmente cuando él arribó y el relámpago latigaba el cielo. Llegó a través de la puerta sur de la ciudad, con los arrieros que traían sus animales escogidos al mercado. No portaba arma ninguna y parecía tan viejo que ninguno de los guardias se molestó en interrogarlo. Marchó directamente, por la Avenida de los Centuriones y con la lluvia rebotándole en las alas blandas de su gorro de cuero, hacia las majestuosas escaleras del palacio del gobernador.

Severus Syrax, *magister militum* de Londinium, se hallaba sentado en la sala del trono entre columnas de mármol rosa y estatuas de emperadores, cuando un heraldo anunció: "El mago Merlín os pide audiencia, mi señor."

Syrax se enderezó, sorprendido por la repentina llegada del demonio hechicero. Despidió a los contables y clérigos que habían estado revisando con él los depósitos de otoño urbanos y los animales, y llamó a dos sacerdotes y a todo el contingente de su guardia personal armada antes de hacer gesto de permitir la entrada al mago.

Aun sin sus famosas ropas azul medianoche y su cónico sombrero, el cráneo largo y cetrino y sus órbitas de dragón se lo hacían reconocible al señor de la guerra. "Manténte a distancia de mí, demonio, y di lo que has venido a decir."

Gorlois sonrió con salvaje regocijo al encontrarse con su antiguo compañero de armas. El arrogante petimetre no había cambiado en lo más mínimo. Resultaba obvio que aún pasaba más tiempo recortándose su barba persa y peinándose los bucles que instruyendo a sus tropas o revisando las defensas. "He venido a hablar como delegado del rey Wesc."

"¿El chupasangre sajón?" Syrax se inclinó hacia adelante, apoyado en los brazos de satín del trono de mármol, para asegurarse de que éste era ciertamente el mago. Ya había sido engañado en otras ocasiones por este tornaformas. "Creía que habías encontrado un campeón en ese bruto imberbe de Arthor."

Gorlois nunca había visto a Arthor, pero la visión del Furor provocó en él reconocimiento. *Ese hijo de perra concebido en mi mujer por otro hombre. Su padre fue el hermano pelele del señor de la guerra que yo morí defendiendo.* Su rabia personal se desvaneció ante el poder del Furor y habló con la voz que el Decidor de la Ley instilara en él: "Arthor está muy lejos en el oeste, sitiado por los guerreros-lobo. Su futuro es incierto. Tengo que hacer lo que pueda para traer la paz a esta isla. Y hablo así por el rey Wesc y los *foederatus."*

"¡He pagado ya mi tributo anual a los malditos *foederatus!"* Syrax golpeó sonoramente con el puño el brazo del trono. "No daré una moneda más. ¡Ni una más!"

"Tu tributo te asegura la paz aquí, en Londinium", continuó transmitiendo Gorlois el mensaje del Furor. "Los *foederatus* han dejado tranquilos tus campos y pesquerías. Ahora el rey Wesc quiere extender su *Pax Foederata* hacia el oeste, a otras colonias romanas...y por tu función como legado suyo te pagará oro a ti."

Lucha por la Costa

Luz de océano cintilaba en los arreos de bronce de los guerreros montados que el rey Arthor conducía por la serpenteante carretera de la costa. Kyner y Lot se habían desplegado por el interior con sus tropas para limpiar la campiña de guerreros-lobo, forajidos y merodeadores. El destino de todos ellos era Neptune's Toes, donde Marcus se uniría a sus fuerzas como consejero, ya que su lesión le impedía cabalgar a la batalla.

Las tropas que Arthor lideraba eran las del duque y exhibían toda la parafernalia de los soldados romanos. Su impresionante apariencia, con sus yelmos pulidos y flexibles corazas de placas articuladas de metal, llenaba al muchacho que los comandaba de un indecible orgullo. Como guerrero del clan de Kyner, Arthor no había tenido sino un yelmo de segunda mano comprado a un armero itinerante, su coraza había sido de cuero ajado y sólo en sus visitas diplomáticas con su padrastro a las cortes romanas, a través de la Galia, había visto las escarcelas de correa y metal que ahora portaban sus infantes.

Bedevere había mostrado al joven rey cómo vestirse los arreos de batalla romanos y cómo dirigir un ejército imperial. Como guerrero de clan, Arthor había cabalgado siempre al combate en pequeños escuadrones, acampado en el bosque y dormido bajo la hojarasca. La caravana al norte era la expedición más importante que había emprendido jamás. Y nunca había marchado a la cabeza de un ala de caballería y de infantes entrenados en las tácticas legionarias.

Al anochecer, la regularidad de los campamentos de aquel ejército dejaba a Arthor mudo de asombro. Cada soldado portaba dos estacas para formar la empalizada que protegería el lugar de acampada y una zanja se cavaba a este efecto cada noche. Como en un espejismo surgido de las luces del crepúsculo, las tiendas se alzaban dentro de un perímetro fortificado. Los exploradores transmitían informes del territorio que debería cubrirse durante la siguiente jornada y Arthor aprendía de los comandantes del duque cómo desplegar las tropas para enfrentar los retos de cada nuevo día.

Batallas frecuentes y tediosas estallaban entre las numerosas calas y estuarios a lo largo del litoral rocoso. Y por más que Arthor se empeñaba en dirigir aquellas tropas eficaces en sus flexibles armaduras y compactas, disciplinadas filas, Bedevere insistía en que permaneciera en la cima de las colinas, entre el resto de los comandantes, a fin de aprender mejor las tácticas necesarias para manejar un ejército.

Los comandantes de Marcus hubieran preferido que el rústico y joven rey se precipitase a la batalla, antes que tener que explicarle cada mínimo detalle de sus planes de guerra; pero el duque, por cortesía hacia Ygrane, una santa mujer muy reverenciada en la provincia y viuda de su antiguo señor, Uther Pendragón, había dado órdenes de que a Arthor se le permitiera una posición de mando en las huestes, aunque genuina autoridad ninguna.

"Me tratan como a un niño", se quejó Arthor a Bedevere por la noche, solos los dos en la única tienda del campo que ostentaba el púrpura regio. "He combatido a los sajones, los jutos y los anglos, y conozco sus fuerzas y debilidades. No soy un zafio con la espada."

"Cierto que no, sire." Bedevere apagó la lámpara de aceite y pausó antes de salir. "Pero debéis recordar que Marcus no os ha rendido homenaje. A sus ojos —y en verdad, señor—, vos *sois* todavía un muchacho. Si podéis aceptar esto, sobreviviréis hasta edad adulta y hallaréis que os habéis convertido en un rey no sólo de título."

Errancias

Las almas de Merlín, Dagonet y Lord Mono sufrían en el interior de la forma ensamblada de Rex Mundi, cuando el demonio Azael y el Señor del Fuego, alternadamente, los abandonaban por una u otra razón. Cuando el Señor del Fuego partió para cumplir la misión que Dios le había impuesto, las iras del demonio torturaron a las almas atrapadas. Y durante los intervalos en que el demonio dejaba que el ángel mantuviera unido el cuerpo mágico, todo el mundo ardía con insaciable anhelo del empíreo.

¡Acaba con ezte teddibue zufdimiento!, imploró Dagonet. Y los gritos animales de Lord Mono se hicieron más agudos.

Pero Merlín no estaba dispuesto a usar las gemas del Otromundo, que portaba en los bolsillos de sus ropas, para quebrar la magia que había obrado. Exiliado otra vez al cuerpo del enano, nunca hallaría el camino de vuelta a su propia carne. En Rex Mundi, entre ataques de demoniaca desesperación y angélica nostalgia, había cuando menos claridad. Mientras Azael y el Señor del Fuego se acechaban en mudos círculos, el mago ordenó a Dagonet silencio, mesmerizó a Lord Mono y, en trance, buscó su propia carne.

Merlín percibió su cuerpo lejos al este y siguió dirigiendo a Rex Mundi hacia aquel punto cardinal, pero las continuas disgresiones entre Azael y el Señor del Fuego hacían rodar al ente conglomerado en inesperadas direcciones. Evitando todos los asentamientos, la alta criatura de aspecto hórrido seguía sólo los cursos de los arroyos secos, zanjas a la orilla de los caminos encortinadas por arbustos y lóbregos senderos por los bosques. Bayas y tubérculos bastaban para nutrirla, donde los campos y los huertos estaban vacíos. Los grandes animales evitaban instintivamente al ser sobrenatural y sólo los bandidos más insensatos y desesperados osaban acercársele.

Una flecha silbó entre los árboles apuntada al pecho cubierto de Rex Mundi y su mano velluda y correosa la cazó en el aire. El arquero emergió de la maleza. Un granjero enloquecido por el saqueo de los sajones a sus tierras y el asesinato de su familia golpeó al espantoso vagabundo con la rama de un árbol. Ésta se rompió como madera podrida en las anchas espaldas y la mirada fiera en el rostro terrible hincó más honda la insania en el cerebro del asaltante.

Merlín no permitía ni al mono ni al demonio destruir vidas humanas más que cuando los atacantes mismos constituían una amenaza cierta para otras personas. Gritando con furia simiesca, Rex Mundi saltaba entonces entre las bandas de mercenarios y bandidos acampadas. Sus golpes se difuminaban en el aire para caer con letal velocidad y él giraba atorbellinado entre los enemigos de la vida como un huracán de muerte.

Tales episodios asesinos eran raros. Rex Mundi viajaba la mayor parte de las veces solo por los campos de otoño, sin más compañía que la lluvia ventosa y las hojas desprendidas.

Acosando Verulamium

Morgeu restauró la capilla en las afueras de Verulamium como santuario para el culto de Hel, diosa de los muertos. Otras capillas ocupaban colinas y cerros alrededor de la ciudad y la hechicera pensó que los cristianos olvidarían razonablemente su

reivindicación del templo... en cuanto el suficiente número de los que retornaban a él hubiera sido sacrificado a la diosa.

Dignatarios de la iglesia llegaron durante el día con picas y lanzas para sacar a la bruja de la ermita, y un oso feral descendió del bosque y los interceptó en el camino que subía al cerro. Las garras fustigadoras destrozaron a cuatro hombres y lisiaron a otros dos antes de que el gigantesco animal desapareciese otra vez en la oscura foresta. Aquella noche, los supervivientes volvieron portando antorchas, acompañados por una banda de mercenarios armados de espadas, dos arcos y un carcaj a compartir entre los arqueros. En un cielo claro restalló el rayo y golpeó con fuerza explosiva en medio de ellos, justo en el lugar donde se produjera el ataque del oso. La turba se dispersó y Terpilius los acechó en la oscuridad del altozano, apareciendo de pronto a la luz de las antorchas con su rostro exangüe antes de que sus colmillos golpeasen.

Samhain, el año nuevo del antiguo calendario, vio la llegada de un exorcista de Lindum. Escoltado por cuatro hombres armados de Londinium, arribó al mediodía a la capilla poseída portando un texto venerable, reliquias sagradas y una redoma de agua del Jordán bendecida por el mismo papa. Halló a Morgeu sentada en el suelo de tierra, los bancos empujados hasta los muros y labrados con símbolos paganos: espirales, glifos de danzarines cornados, pentagramas...

"Por el poder mundano del santo padre en Rávena y la gloria celestial del Altísimo y Su único Hijo..."

"Habéis violado el recinto consagrado a Hel", advirtió Morgeu al recio sacerdote de larga cabellera, ataviado con el escarlata de la autoridad papal. "Y lo habéis hecho el día del año en que Hel abre las puertas de su cubil, asilo de malditos difuntos. ¡Huid sin tardar! ¡Huid y salvaos de la ira de la Diosa de la Muerte!"

Tres de los hombres armados escaparon, alarmados por el timbre antinatural de la voz de la bruja y el misterioso palor en la gélida capilla. En el camino del cerro, la tierra cedió bajo ellos y desaparecieron de la vista, convertidos sus gritos en ecos que llegaban extrañamente del cielo.

"Ah, demasiado tarde." Morgeu trazó un símbolo en la mugre, una undosa línea serpentina, y llamas azules saltaron del suelo, casi invisibles a la luz del día. "Vosotros dos podéis morir gritando con vuestros compañeros... o podéis quedaros y servirme."

La redoma resbaló de la mano temblorosa del exorcista y el agua del Jordán derramada en el suelo estalló en vapores que se alzaron para conformar un rostro cadavérico. Chillando, el preste huyó de la capilla mientras sus ropajes escarlata, con sordo rugido, se convertían en una erupción de llamas. La conflagración lo consumió, pero no dejó de correr. Aunque su carne se fundió en humo negro, sus huesos explotaron por el calor y su médula burbujeó como pez en el suelo, él corrió todo el camino hasta Verulamium, donde se oyó gemir a su espectro durante días, por veredas y callejas, junto a las fuentes y sumideros.

Una Cita en el Bosque

Nynyve halló al rey Arthor en la última hora dorada del día practicando la espada con un sargento al que cubría una loriga. Al verla sola en el linde del bosque, más allá del campo donde el ejército cavaba las zanjas para la empalizada nocturna, Arthor ejecutó una doble finta y le arrancó de la mano con un golpe diestro el arma a su contrincante.

"Es un luchador notable", reconoció reluctante el veterano sargento a Bedevere,

mientras observaba al muchacho irse de allí. "¿A dónde va ahora? Quisiera que me enseñara esa finta doble, nunca he visto nada igual."

"¡Sire!", lo llamó Bedevere, pero Arthor no le prestó atención. Ygrane había advertido al manco soldado antes de partir de Tintagel: "No le quites el ojo de encima a mi hijo, mayordomo. Cada uno de sus pies recorre un camino diferente, uno por este mundo y por el otro mundo el otro."

"Señora... ¿qué estás haciendo tan lejos de Tintagel?" A la luz rusiente del bosque otoñal, la mujer parecía envuelta en un aura dorada. "El monte esta infestado de criminales."

"Partiste de Tintagel antes de que pudiera decirte adiós", repuso ella con una voz lánguida como vapor de mar.

Arthor le puso las manos sobre los hombros para sentir que no era una aparición. "Fuiste tú la que huiste sin cortesía aquel primer día en la playa..."

"¡Cortesía!" Su rostro mostraba afrenta, pero con los ojos avellana sonreía. "¡Si me hundiste en el agua! Huí para no fueras aun más descortés."

"Señora, yo nunca podría ser descortés contigo." Le apretó los hombros y dio un paso atrás. "Tenía que saber que no eras un encantamiento. Incluso ahora, encontrándote sola aquí... me cuesta creer que no seas sino una hechicera. ¿Cómo podrías, si no...?"

"¿Viajar tan lejos sana y salva?" Se volvió y, a través de las largas y oblicuas lanzas de luz que atravesaban el bosque, señaló a cuatro jinetes de cabello hasta la cintura y pantalones de cuero sobre monturas que pacían de la hierba. Eran corpulentos, fieros guerreros celtas con torces de oro y largas espadas sujetas a sus desnudas espaldas. "Mis *fiana"*

"Los *fiana* sirven a la reina celta..."Arthor abrió la boca cuando la comprensión se iluminó finalmente en él. "Eres la sucesora de mi madre... la reina de los celtas paganos."

"Reina soy", reconoció con una tenue sonrisa.

"Pero no eres mucho mayor que yo... ¿y reina, no obstante?"

"Soy mayor de lo que parezco." Agitó hacia atrás sus rizos canela. "Y por otra parte, a las reinas no se nos elige por la edad, sino por nuestra familiaridad con los faerïe. Tú ya sabes eso."

"Así he oído."

"Tu madre fue tomada de los montes cuando era una niña para servir a los druidas. Yo soy algo mayor. Pero los faerïe me obedecen." Empezó a alejarse. "Y la próxima vez que nos encontremos, veremos qué importancia tiene esto entre nosotros."

Arthor no trató de impedirle que se marchara, no con aquellos cuatro adustos guerreros observándolo entre los fieros rayos del sol.

La Invasión

El sol no se había levantado todavía y el campo británico se afanaba ya en preparar la marcha del día, cuando los exploradores llegaron al galope a través de las volutas de niebla que flotaban sobre el suelo del bosque. "¡Barcazas de arqueros desplegándose desde Oyster Shoals y ocupando Fenland y White Hart!"

"Los sajones aborrecen el arco", masculló uno de los comandantes. "Matar los enemigos a distancia lo consideran por debajo de su dignidad salvaje. Estos arqueros tienen que ser de las tropas de los *foederatus,* la alianza pagana que imita la estrategia de combate romana. Si la cosa es cierta, tenemos días sangrientos por delante."

Hacia el mediodía, el ejército del duque sabía que los informes de los exploradores eran totalmente precisos. Los arqueros enemigos ocupaban las lomas y montículos de Fenland y los montes de White Hart, cortando eficazmente el avance de Arthor. Los mensajeros se apresuraron al norte a llamar a Kyner y Lot de los altos bosques, y las aves volaron al este para anunciar la invasión de *foederatus* a los señores de la guerra de las tierras medias y pedirles refuerzos.

"Esa ayuda queda a días de distancia, incluso si esos señores de la guerra se dignan a prestármela", informó Arthor a los comandantes en la tienda de mando. "Mientras, el duque Marcus está imposibilitado en Neptune's Toes, incapaz de cabalgar y ahora separado de nosotros por los *foederatus.* Iré a él con una patrulla y me aseguraré de ponerlo a salvo. Está bajo mi protección y no puedo dejarlo a merced de nuestros enemigos."

Los comandantes masculllaron su asentimiento, indiferentes al destino de este inexperto rey-muchacho y frustrados en sus intentos de acordar cualquier otra forma de recuperar a su duque. Sólo Bedevere protestó: "El duque se ha puesto en peligro a sí mismo al ignorar nuestro consejo estratégico en Tintagel. Para vos, arriesgar vuestra vida en una cabalgada a través de las líneas del enemigo es una locura en el mejor de los casos, y posiblemente fatal."

"Soy alto rey de Britania", aseveró Arthor paseando su firme mirada entre los oficiales. "Mi hermano en armas se ha comportado de modo insensato al ignorar mi orden y ahora peligra su vida. Pero ha de recordarse que yo soy un rey de misericordia, un rey cristiano, y lo perdono por no fiarse de mí, un hombre con la mitad de sus años. Él está aún bajo mi protección. Os lo devolveré sano y salvo."

Bedevere aguardó hasta que Arthor salió de la tienda de mando para abordarlo bruscamente. "Sire, los *foederatus* saben que estáis aquí. Tal es la razón de esta invasión a gran escala. Si cruzamos sus filas, sin duda caeréis."

Arthor se desabrochó el coselete de pulidas lamas de metal. "Dejaremos nuestra armadura de fantasía atrás para esta correría, Bedevere. Quiero ocho de los mejores jinetes del duque, todos ellos arqueros montados... y voluntarios. ¡Ve! ¡Rápido! Tenemos que cruzar Fenland y entrar en el bosque antes de que anochezca."

El grupo cabalgó al norte mientras el ejército avanzaba hacia el oeste para enfrentarse a los atrincherados invasores. Arthor dirigía a los jinetes ataviado como un arquero común, con pantalones marrones, túnica negra acolchada, un curveo arco persa colgado a la espalda y Excálibur al costado. Ninguno de los hombres del Furor lo vio cruzar Fenland tras la pantalla de la falange en avance y, al anochecer, la partida de Arthor penetró como sombras al vuelo en el lóbrego bosque otoñal.

Demonios y Angeles

Mientras Rex Mundi dormía en una zanja bajo las estrellas tiznadas de jirones nubosos, Azael desafió al Señor del Fuego. "Dime otra vez por qué os obstináis en oponeros a nosotros."

El Señor del Fuego no respondió, alto y radiante contra la oscuridad de la noche.

"Venimos del mismo lugar, tú y yo", prosiguió Azael, casi invisible en las zarzas de la zanja en sombras. "Provenimos del cielo. Conocimos juntos a Dios. Yo La amé tanto como La amaste tú. Por eso La seguimos cuando vino aquí fuera, al frío y la tiniebla. Creímos que La conoceríamos mejor, que La amaríamos más íntimamente. ¡Nos lo creímos! ¡Y mira lo que ha sido de nosotros! Ahora nos helamos y caminamos a

tientas de un lado a otro, dolientes. Cometimos un error terrible al venir aquí. Deberíamos habernos quedado donde estábamos."

El ángel ardió calladamente en la oscuridad.

"¿Cómo puedes seguir apegado a tu luz de ese modo?" La voz de Azael rebosaba incredulidad. "¡Estás loco! ¿No comprendes que aferrándote así a tu diminuto pedazo de cielo sufres mucho más que si te librases de ese fuego para siempre? ¡Déjalo ir! Verás como es mejor. Sí, el frío te hiela los sesos aquí fuera... pero es peor arder. Yo lo sé. Créeme, lo sé. Yo también me aferré a mi jirón de cielo. Lo conservé mucho más tiempo que los demás. Conozco el dolor que padeces, ese abrasarse, ese permanente desgarramiento mientras tu fuego te consume, mientras devora tu sufrimiento. Y ni tú, ni el fuego, ni la agonía, menguáis un ápice. Ardéis. Déjalo ir, como hice yo. El frío es mejor que abrasarse. Por lo menos, el frío es real. Obstinándote en tu fuego, te aferras al pasado, al cielo que nunca hemos de volver a ver."

El Señor del Fuego no dijo nada, quieto y sereno bajo los astros.

"Crees que vamos a volver, ¿no es así?" Los muchos ojos de Azael titilaron malévolos en la zanja donde se acuclillaba. "Eres un demente, si piensas así, ya lo sabes. No hay vuelta atrás. Ella —Dios— cometió un error al salir aquí y ahora todos hemos de sufrir por ello. Edificar los reinos minerales, ensamblar las formas de vida, instilar consciencia en estos productores de heces... todo esto es locura. Rompe con todo, te digo. Si estamos varados aquí, afrontemos al menos nuestro destino con valentía, con realismo. Estas aborrecibles ilusiones que creáis los ángeles sólo hacen nuestro sufrimiento mayor. Nutren de falsa esperanza. Son una burla del sufrimiento que no podemos evitar. Por eso os odiamos. Porque os burláis con estas truculentas y repulsivas cosas que hacéis. Quieren ser como nosotros, pero no pueden. No son más que conglomerados. Se caen a trozos. Nosotros, por el contrario, no. Nosotros somos reales. Nuestro dolor es real. Despréndete de tu fuego, de la chispa de cielo a la que te aferras tan fanática, tan miserablemente. ¡Déjala ir! Sumérgete en la oscuridad con nosotros. Acepta lo que ha sido de nosotros. No lo combatas. No lo hagas peor."

El Señor del Fuego ofrecía sólo silencio a su oscuro hermano; el ardor era tan doloroso que sabía que, si intentaba hablar siquiera, acabaría por gritar.

Cortejar a Atrebates

Gorlois miraba a las estrellas desde la terraza del palacio del gobernador en Londinium. El poder visionario instilado en él por el Furor le permitía percibir que el cielo tan colmado de fuego no era sino una ilusión. Tantas estrellas se habían consumido ya siglos atrás, huérfana su luz por los espacios oscuros... La apariencia de que sus orígenes estelares existían aún era una ilusión de los mortales, que creían al empíreo lleno de fuego cuando estaba lleno de delusión.

Toda la creación estaba colmada de falacias, comprendía Gorlois. Los animales se camuflaban para saltar sobre sus presas, la gente fingía y el tiempo mismo era un espejismo. El futuro y el pasado no existían. La realidad era instantánea. Sólo los pequeños cerebros que alojaban la mente humana aceptaban la realidad del tiempo. El futuro apocalipsis que el Furor temía era tan probable como la bella esperanza de los Señores del Fuego.

"Merlín, asegura a nuestro huésped la promesa del rey Wesc." La voz untuosa de Severus Syrax turbó las divagaciones de Gorlois. "He mostrado al conde Platorius Atrebates los lingotes de oro que el buen rey sajón me ha hecho llegar por mis servicios

como legado suyo. Pero parece que el conde quiere de ti otras garantías."

Gorlois dio la espalda a la balaustrada de la terraza en la que permaneciera apoyado y confrontó a Syrax y su huésped, el adusto Platorius, conde de Atrebates, de cabello gris y ojos sombríos que parecían amoratados bajo los pliegues de carne oscura como pulpa de ciruela. "En efecto, el rey Wesc quiere la paz con los señores de la guerra britones." El mensaje del Furor brotó de boca de Gorlois. "A cambio de garantizar al rey sajón un trato comercial favorable con las fértiles granjas y viñedos de Atrebates, serás recibido como dignatario entre los *foederatus* y tus dominios tendrán protección contra los guerreros de la tormenta y los Lobos. Además, recibirás una parte del botín tomado a todas las provincias que se opongan a los *foederatus"*

"Merlín", dijo el conde Platorius con fría incredulidad. "Yo te oí hablar en Camelot hace apenas tres meses, proponiéndonos a aquel jovencito, Aquila Regalis Thor, como rey nuestro. ¿Y hablas ahora por los sajones?"

"Hablo en nombre de la paz", repuso Gorlois obedeciendo a la magia del Furor. "¿Puede Arthor ofrecer la paz? Quizás. Mi esperanza es que lo logre. Pero yo tengo que mirar por toda la isla. Lo que el rey Wesc ofrece sirve a toda Britania y yo he aceptado hablar por él."

"Justo hoy he recibido una petición de ayuda de tu joven Arthor, que está en Dumnoni", añadió Platorius suspicaz. "Los *foederatus* han lanzado una invasión a gran escala en el dominio de Marcus y tu chico quiere que le envíe tropas para defender nuestra isla."

"Ignóralo", repuso Gorlois secamente. "¿Por qué habrías de perder esta oportunidad de paz y prosperidad en Atrebates a causa de una disputa con el arrogante duque Marcus? Ni ha rendido homenaje a Arthor ni ha aceptado los términos de paz del rey Wesc."

"¿Y qué de Bors Bona de los Parisi?", inquirió el conde. "Es él quien manda el mayor ejército de Britania. ¿Acaso lo acepta el rey Wesc?"

"El rey Wesc acepta a todo el que comercie en paz con él", replicó Gorlois. "Bona será el próximo que visite. Pero, primero, dame la seguridad, querido conde, de que honrarás al rey Wesc."

Los párpados del conde Platorius cayeron soñolientos. "Quiero la paz."

En Neptune's Toes

"Mi señor duque, esta villa es indefendible", le dijo un cirujano a Marcus, mientras examinaba la pierna lesionada del guerrero bajo los olivos de la terraza que dominaba la resplandeciente bahía. "No puedes cabalgar en tu estado y así no hay modo de escabullirse de noche. Pronto los enemigos nos arrasarán."

"¿Genio militar, además de cirujano?", gruñó Marcus. "Háblame de mi pierna, no de mis enemigos."

"Dios te ha bendecido con una fractura limpia, mi señor duque", le informó el cirujano y ajustó los almohadones bajo los hombros reclinados del noble. "Si el hueso se hubiese astillado, te estarías muriendo ahora de fiebre. Pero, dadas las circunstancias, el hueso ha encajado bien y volverás a caminar, incluso me atrevería a decir que sin cojera... esto es, si tus enemigos te dejan vivir."

Marcus escupió la corteza de sauce que había estado mascando para mitigar el palpitante dolor. "Suficiente consejo de guerra por hoy, cirujano. Te ordeno que dejes este lugar por la noche. Llévate al otro cirujano contigo, si quiere partir. Y mándame a

los tamborileros."

El cirujano se inclinó agradecido y salió rápidamente. Instantes después, cuatro nerviosos jóvenes llegaron acompañados por un corpulento varón de cabello rizado y túnica de lana hasta la rodilla. "Soy Cupetanius", anunció el fornido personaje con voz trémula, "dueño de esta villa y portavoz de los pescadores de Neptune's Toes. Mi señor duque... estamos orgullosos de recibirte en nuestra humilde aldea... nos sentimos honrados, cierto, honrados, sí. Los pescadores... gente cautelosa, sí, ah... me piden que te pregunte, esto es, cuándo esperas que tus tropas se reúnan aquí contigo."

"Nunca", respondió el duque llanamente. "¿Visteis el mensajero que llegó hoy y partió enseguida después? Me informó de que, mientras hablamos, mi ejército está trabado en combate mortal con una inmensa fuerza de *foederatus* en Fenland y White Hart. No pueden llegar hasta nosotros. Estamos librados a nosotros mismos."

"¿A... nosotros mismos?" Los pequeños ojos de Cupetanius se dilataron en su rechoncha faz.

"Los *foederatus* saben que estoy separado de mi ejército sin posibilidad de contacto", prosiguió Marcus calmadamente. "Pero no saben con exactitud dónde estoy. Si impides a los pescadores anunciar mi presencia, dispondremos de más tiempo antes de que los sajones vengan a por mí."

"¡Oh, mi señor duque!" Cupetanius se arrodilló junto al guerrero herido. "Varios barcos de pescadores y sus familias han huido ya. Los sajones pueden haberlos atrapado en el mar o más abajo de la costa. Si es así, estarán aquí por la mañana."

Marcus maldijo en silencio. "¿Sabes que, aunque me entregue a mí mismo, los paganos arrasarán este pueblo hasta los cimientos? No han venido como los romanos a dominar el país y sus gentes. Han venido sólo a destruir. Tenemos que reunir a la gente y todas las armas que podamos y organizar nuestra defensa aquí, en Neptune's Toes."

Faerïe

El rey Arthor condujo su patrulla a través del bosque nocturno, dificultado por la oscuridad y la densa maleza. Los hombres murmuraban a sus espaldas cuando las ramas los fustigaban y las zarzas espinosas rasguñaban a sus corceles, provocándoles fuertes y gemicosos relinchos. "Sire, debemos acampar hasta el alba."

Arthor lanzó una negra mirada a Bedevere. "Seguimos. Tenemos que haber cruzado las líneas de los *foederatus* antes de que amanezca."

"En esta oscuridad, eso es imposible." Bedevere hablaba en un tono audible sólo para el rey. "No podemos dejar el bosque; el campo abierto nos expondrá a los arqueros enemigos. Debemos quedarnos."

"¡No!" Arthor habló lo bastante fuerte para que todos lo oyeran. "Seguiremos a través de la oscuridad, de las zarzas, del infierno si es necesario."

"¿Y perder el camino?", susurró Bedevere con ardor. "¿O darnos de bruces con una banda sajona? No, sire. Tenemos que dejar que pase la noche."

Arthor no quería escuchar a su experimentado asistente, tan decidido estaba a alcanzar Neptune's Toes antes de que los sajones encontraran al duque Marcus. Espoleó su caballo para destacarse de Bedevere, ansiando zafarse de las fastidiosas preocupaciones del hombre. Pronto cabalgó muy por delante del resto y vio una luz vaporosa resplandecer más allá, como un fuego fatuo... o la antorcha de un enemigo. Desenvainó a Excálibur.

"Guarda tu espada", dijo en gaélico una voz profunda de mujer. "No es sabio alzar

el arma contra los faerïe."

"¡Nynyve!"

"A tu lado, mi rey." La reina emergió de la oscuridad entre los árboles montando un corcel negro, otro fragmento de noche. "Espera a tus hombres aquí. Luego sigue el fuego fatuo. Son los faerïes mismos y te guiarán por el camino más directo posible a través del bosque a donde te diriges. Pero no trates de alcanzarlos... o te perderás en el Otromundo."

Antes de que Arthor pudiera decir una palabra, Nynyve desapareció en la negrura de los árboles. El rey aguardó tal como ella le indicara y, cuando su pequeña hueste llegó hasta él, la guió en persecución de las luces vaporosas al interior profundo del bosque. Las hirientes zarzas menguaron hasta desaparecer y pronto se hallaron galopando veloces por veredas y avenidas entre el claustro de los árboles, mudos los cascos de sus monturas por la densa alcatifa de hojas caídas.

"¿Dónde nos estáis llevando, sire?", inquirió Bedevere.

"No soy yo quien guía." Arthor señaló las parpadeantes luces espectrales por delante. "Los faerïe nos dirigen."

"¿faerïe?", gritó Bedevere con pavor. "¡Nosotros somos cristianos! ¡Por las mismísimas heridas de Cristo, sire, nos estarán llevando al infierno!"

"Calla, Bedevere", le advirtió Arthor. "Vas a asustar a los hombres."

"¡No me callaré, sire! ¡Nuestras almas están en peligro!" El mayordomo del rey señaló a uno de la patrulla. "Tú, adelanta a aquella luz y córtale el camino. Explora el entorno y mira a dónde nos ha guiado."

"¡No!", ordenó el rey. Pero no era el rey de aquellos hombres y el jinete elegido voló hacia las luces. En instantes, desapareció de la vista. Toda la noche oyeron su voz clamar desde debajo de ellos, de la urdimbre radicosa que tejía el suelo del bosque. Y tan horribles eran sus gritos y tan rápidamente cambiaban que nadie se atrevió a detenerse para cavar en su busca hasta que rompió el alba. A la luz citrina del amanecer, desenterraron sólo raíces y rocas y, cuanto más hondo cavaban, más se desvanecían los gritos... hasta que hubieron horadado la profundidad de una tumba y no oyeron nada más del jinete perdido.

Desafiando al Furor

Segura de que ningún habitante de Verulamium se atrevería a acercarse al Santuario de los Muertos hasta que ella retornara a usarlo para sus propósitos ceremoniales, Morgeu viajó hacia el sur en su carreta cubierta. El único guardia vivo de los cuatro que acompañaran al exorcista conducía los caballos. Ella yacía en la parte trasera, sobre el limo que cubría a Terpilius, y escuchaba sus sueños de corrientes azules de sangre, suaves oleajes de gloria sexual de todas las vidas que había drenado, la gran tristura de sus voces desencarnadas, su dolor mortal, y, luego, la lenta y serena ruptura de recuerdos y deseos en una oscuridad a la vez vasta y honda.

Por la noche, mientras el guardia dormitaba al ámbar resplandor del fuego de acampada, el vampiro se cernía sobre él.

"Déjalo estar", ordenó Morgeu, que volvía de refrescarse a la orilla de un gélido y borbollante arroyo. "Tengo necesidad de él."

"Es una criatura tan poco hermosa." Terpilius observó con obvio desdén la barba desaliñada, la nariz bulbosa y cacarañada, y las ropas gastadas y mugrientas del hombre. "¿Para qué necesitas a semejante bruto, señora?"

"El preguntó lo mismo de ti."

Terpilius cruzó el fuego caminando, arrancándole un verde destello. "¿Le hablaste al zafio de mí?"

"Se extrañó de que llevase el carro cargado de tierra." Morgeu se sentó junto al fuego, colocó varios tubérculos en las brasas para que se asaran y se arrebujó en su manto gris contra el viento nocturno. "Ahora que lo sabe, se alegra de dejarte en paz. Su nombre..."

"Martius", dijo el vampiro, molesto. "Sé su nombre. Puedo leer un alma como tú misma. Es un Protector... un Cristiano."

"De nacimiento, pero sin ninguna pasión." Morgeu se calentó las manos en las ascuas chisporroteantes. "No lo temas. Quiérelo, más bien. Es un Protector... un soldado. Su espada puede probarse útil para nosotros."

Terpilius se sentó junto a la hechicera y su sombra blanca se alargó hacia la oscuridad como el riel de la luna sobre el agua. "Aún no me has dicho por qué vamos al sur."

"He estado escuchando tus sueños, Terpilius." Morgeu tomó una astilla prendida de la hoguera y la sostuvo bajo el mentón del vampiro, de forma que su rostro brillara verde. "Las vidas de las que te has alimentado todos estos años prosiguen dentro de ti, flotando en la misma oscuridad, la misma vacuidad de tu miedo. ¿Es así como sobrellevas el vacío que tú eres... abarrotándote a ti mismo con las vidas de otros?"

El vampiro la ignoró. "Dime por qué vamos al sur, señora."

"Para desafiar al Furor, Terpilius." Morgeu sonrió al ver su sobresalto, su atemerada expresión. "Retiene el alma de mi padre en el cuerpo de un mago. Quiero que recuperes esa alma, Terpilius, y la pongas aquí, donde pertenece." Le cogió la mano y se la posó en el vientre para que él sintiera de nuevo la sangre-raíz, la fuente de la vida, el comienzo del morir.

Desayuno con Nynyve

Mientras los arqueros del duque cavaban el suelo del bosque tratando de liberar a su camarada perdido, el rey Arthor amarró su caballo y vagó entre los árboles como mamuts, entre sus altas raíces. Buscaba él algún signo de Nynyve y sus *fiana.*

"Los faerïe se han hecho con el jinete que los desafió." La voz resonante de Nynyve habló desde una avellaneda transverberada de luz. "Se ha perdido."

Arthor irrumpió a través del denso ramaje y halló a la reina sentada sobre una estera roja con toscos boles de gachas humeantes, un cesto de castañas, huevos duros, queso azul, hogazas de pan de manzana y un cuerno de sidra. "Mi señora... el arquero perdido está bajo mi protección. No puedo abandonarlo."

"Siéntate, Arthor. Desayuna conmigo." Nynyve vestía pantalones de montar de cuero, botas blandas atadas hasta las rodillas y un chaleco rojo bordado con runas doradas que Arthor no comprendía. "Eres un buen rey... pero no eres un dios y no puedes dar órdenes a los faerïe."

"Tú eres la reina celta", reconoció él sentándose junto a la mujer. "Los faerïe te obedecen."

Risa destelló en ella. "La reina sirve al Otromundo, el *Annwn.* Yo no impongo obediencia a lo que es más grande que yo. Tanto tú como yo estamos obligados a vivir dentro de nuestros límites. Ten, prueba este pan."

Arthor recibió tímidamente el pedazo de pan de manzana arrancado por los dedos

de Nynyve, temiendo comer de manos de una reina pagana.

Nynyve ahogó una risilla al ver su azoramiento. "No voy a envenenarte. He venido en tu ayuda."

"¿Robando uno de mis hombres?", preguntó él, y aceptó el bocado.

"Conduciéndote lo más directo posible a Neptune's Toes."

"Nos has ahorrado horas de viaje, cosa que te agradezco, pero nuestra meta está todavía a una jornada a caballo."

"Oh, ¿quieres decir?" Tomó la mano de Arthor que sostenía el pan, lo mordisqueó y, mientras lo mascaba, dijo: "Los faerïe conocen el camino a través del bosque mejor que los hombres. Cuando partas de aquí, te darás cuenta de que ya has llegado a tu destino."

Arthor hizo gesto de ponerse en pie, pero la reina lo retuvo cogiéndolo del brazo. "He de irme enseguida", dijo él, "el duque está en peligro."

"Sí, lo está." Sus ojos moteados mostraban turbación. "La muerte cerca al duque. Los invasores cabalgan hacia él desde las terrazas del mar e infestan la costa también. Te he traído aquí para que lo salves... pero has de comer primero. Necesitas fuerza para luchar."

"Necesito luchadores para luchar. Tú me has arrebatado uno." Arthor se puso en pie para partir. "¿Cabalgarán tus *fiana* conmigo?"

Nynyve sacudió la cabeza. "Los *fiana* defienden sólo a la reina, no a duques cristianos." Señaló con un gesto los alimentos sobre la estera. "Mi magia te ha traído aquí, Arthor. ¿No vas a confiar en mí? Te lo aseguro, quienquiera que tome de esta comida no probará su propia sangre en el día de hoy."

En el Árbol de la Tormenta

A Merlín lo frustraban cada vez más las disensiones del demonio y el Señor del Fuego, y también el que cada uno abandonase de cuando en cuando a Rex Mundi partiendo en secretas misiones de merced o de maldad. Lo cansaban las ceceantes lamentaciones de Dagonet: *Eztoy azuztado. No quiedo ceguid ciendo Dex Mundi.* Incluso los constantes chirridos de Lord Mono pidiendo comida se habían vuelto agotadores.

En un prado al atardecer, bajo un carnaje de nubes de ocaso, Merlín buscó en el cielo un zarcillo que pendiese de una rama del Árbol de la Tormenta, Yggdrasil, el elevado campo magnético del planeta cuyas raíces penetran por los polos enmarañadas hasta el núcleo fundido de la tierra. El viento solar empujaba a veces las ramas lo bastante abajo de la Tierra Media para que los mortales las agarrasen y pudiesen trepar a lo alto. Y esto es lo que Rex Mundi hizo.

Al cielo atemporal sobre el crepúsculo escaló Rex Mundi. Una luna cornada fulguró sobre el creciente amatista de la Tierra, mucho más grande que vista desde abajo. Un país de cráteres malva se hizo visible a las sombras de la luna y agrestes promontorios desafiaron la mirada. En el Árbol de la Tormenta mismo, brumas ambrosiales adoselaban riscos distantes de cascadas y el azul tapiz de bosques y campos vesperales.

¿ Qué ez ezte wugad?

"Hemos trepado a la Rama del Anochecer, la más baja del Árbol de la Tormenta", susurró Merlín. "Quizás desde aquí, si callas de una vez, pueda atisbar mi cuerpo allí abajo."

¡Gdan Dioz! Ezto ez eu Yggddacin... ¡ua modada de uoz diocez deu nodte!

"Todos los dioses han morado aquí en una época u otra", respondió Merlín calmoso, con la esperanza de tranquilizar al enano mientras marchaban a través de la luz rosada del fin del día y la suave efulgencia de los rayos de la luna. "Todo lo que ves alrededor es una ilusión, un espejismo tejido por tu cerebro en su intento frenético de dar sentido a las energías del sol y de la tierra que confluyen aquí. En realidad, ahora estamos inmersos en un océano de luz que flota alto en el cielo. Lo que llamamos dioses son otro orden de seres que nadan en este mar... mortales también, pero a una escala temporal más vasta. No hay por qué temerlos."

Una giganta cruzaba las brumas entre los troncos sesgados de los bosques distantes y Merlín gritó al verla. "¡Viene un dios! ¡Rápido, escondámonos!"

Cdei que decíaz que no había que temeduoz...

"No es miedo... sino respeto." Merlín sumergió a Rex Mundi en una ribera de grandes lirios blancos y alta hierba que cintilaba cubierta de rocío nocturno. Desde su escondite vio a la giganta disminuir de tamaño a medida que se aproximaba, condensándose hasta la altura de una mujer mortal al pasar junto a él, grácil y blonda, vestida de muselinas y cadenas de oro, y con su melena listada de ocaso trenzada sofisticadamente sobre el hombro izquierdo. "Es Guarda de las Manzanas del Ocaso... ¡la amante del Furor!"

La diosa patinada de sol se detuvo ante la orilla herbosa donde Rex Mundi se escondía. "Sal, Lailokén. Te vi infiltrarte en nuestro Árbol. Sal antes de que llame al Furor."

Las Dudas de Bedevere

"¡Sire!", llamó Bedevere entre los vapores matutinos del bosque. "¡Venid! ¿Dónde estáis?"

Arthor asomó a través de una cortina de ramas de avellano portando en los brazos una estera plegada de junco. "Estoy aquí mismo, Bedevere. No necesitas gritar. Estaba con Nynyve en esta arboleda."

Bedevere vio a su rey entero y usó su brazo único para apartar la enmarañada fronda de avellanos. "No hay nadie aquí, sire."

Arthor miró atónito por encima del hombro de su mayordomo. "Hace un instante que estaba sentado aquí con ella... justo ahí... hace sólo un momento."

"Ni siquiera la hierba está aplastada." Bedevere se retiró unos pasos. "Este lugar esta embrujado, sire. El jinete que envié adelante está perdido. Totalmente perdido. No hay huellas del caballo. Y su voz... se ha desvanecido en las profundidades de la tierra. ¿Qué cosa diabólica es ésta?"

"Te doy mi palabra... la reina celta envió a los faerïe a guiarnos. Más allá de esos árboles encontraremos Neptune's Toes."

"Eso es imposible. Estamos a muchas leguas de allí." Las facciones refinadas de Bedevere habían lividecido. "¿Qué es lo que portáis?"

Arthor no respondió y se limitó a conducir al mayordomo a través del bosque de vuelta al lugar donde la patrulla de arqueros aguardaba, aterrados en torno al hoyo como una tumba en el que dejaran de oír los gritos de su camarada. "Soldados... os he traído alimentos para fortaleceros antes del combate que nos espera." Abrió la estera en el suelo y reveló los dos boles de gachas, humeantes todavía, las castañas, queso, pan y el cuerno de sidra. "Todos debemos comer."

"¿Dónde conseguiste esta comida, muchacho?", inquirió suspicaz uno de los

arqueros.

"Te dirigirás a él llamándolo señor, si no sire", le dijo ásperamente Bedevere al arquero. "De otro modo, monta y vuelve al ejército."

Arthor contuvo a Bedevere poniéndole la mano en el brazo y contó lo que le había ocurrido en el bosque del alba. De los siete arqueros restantes, sólo dos no retrocedieron ante la comida que se les brindaba.

Bedevere habló por los demás: "Sire, somos guerreros cristianos. Confiamos en el viático que recibimos antes de emprender esta marcha. La sangre y la carne de nuestro Salvador nos protegerán."

"El viático garantiza la entrada en el cielo", asintió Arthor. "Pero estos alimentos faerïe mantendrán nuestras almas en nuestros cuerpos."

"Yo no comeré", aseguró Bedevere y retrocedió.

"Te ordeno que comas de ellos." Frustrado, Arthor cogió una hogaza de pan de manzana y la mordió. "No es veneno. Es una ayuda de los faerïe."

"Comida impía", afirmó Bedevere y los arqueros estuvieron tenazmente de acuerdo.

"Te lo ordeno como tu rey." Recobrando la compostura, Arthor ofreció de nuevo la hogaza a su mayordomo, esta vez con un semblante severo. "Enseña nuestro Salvador que no podemos servir a dos amos. Si temes por tu alma, ve a tomar los votos del sacerdocio. Pero, si te quedas a mi lado, yo soy tu dueño. ¡Come!"

Bedevere, reluctante, aceptó la hogaza y la mordisqueó.

"¡Come!", gritó Arthor, y Bedevere comió con más ánimo. "Todos vosotros. Comed de esto y montad. Vuestro duque necesita nuestra fuerza."

"¡Nuestro duque no es tu vasallo... chico!" Cinco obstinados arqueros volvieron a sus caballos y observaron cómo dos de sus camaradas se resignaban a obedecer al rey-muchacho.

Leyendas de Sangre

Cupetanius, agachado sobre el tejado de la villa, gritó: "¡Vienen! ¡Los sajones vienen ya!"

El duque Marcus estaba de pie, apoyado en una muleta de roble, bajo los olivos de la terraza, y vio a una banda de guerreros-lobo subir desde la playa, en número de cuarenta. Y en el mar, tres barcas se deslizaban sobre la olas de la mañana portando cada una a diez berserkers. "¿Están preparadas las máquinas de guerra?", preguntó a los cuatro tamborileros que lo asistían. Ellos respondieron con un murmurio afirmativo. "¡Entonces id a traerme el caballo!"

Cuando las barcas sisearon al raspar la playa y los guerreros tormentosos treparon el borde arenoso arrasando a su paso lo que los pescadores dejaran allí, carros cargados de rocas de mar en las terrazas que dominaban las arenas se inclinaron para dejar caer peñascos sobre los invasores. Inmediatamente detrás de la avalancha, atacaron los tamborileros y una veintena de pescadores armados de tridentes, ganchos y chuzos de pescar. El duque Marcus, montado y torcido el gesto de dolor, cargó desde los cobertizos de los barcos, con la espada bien alta y el centelleo de su yelmo emplumado.

Los guerreros-lobo esquivaron las rocas riendo y se levantaron las túnicas de batalla, hechas de piel humana, para exponer sus traseros al duque y los desesperados defensores. Desde las dunas, entonces, silbó un viento desgarrador y las flechas arrasaron a los sajones convirtiendo su risa en gritos de angustia.

Marcus Dumnoni dio vuelta a su caballo y lo que vio distendió el puño frío que le estrujaba el corazón... una visión de las leyendas de la sangre: arqueros montados en estampida por la húmeda arena, disparando al galope. Con letal precisión las descargas derribaron a los sajones del frente de ataque permitiendo a los pescadores retirarse a la columnata de la villa frente al mar y contemplar, protegidos por los pilares, la carga de la caballería contra los Lobos.

Aunque superados en número, los jinetes hicieron retroceder a los berserkers hasta la arena llana y, disparándoles desde el perímetro, acabaron con varias filas de sajones antes de que los Lobos, indiferentes a la muerte, saltaran por encima de los cadáveres para atacar a los arqueros montados. Varios caballos cayeron chillando bajo los golpes avendavalados de las hachas de guerra y Marcus se precipitó adelante para unirse a la batalla. Tras él llegaron gritando los pescadores.

Un hacha partió el cráneo del bridón de Marcus arrojando al jinete a la húmeda arena. Un berserker se alzó sobre él aullando y la barbada cabeza sajona le voló de los hombros cortada por el golpe de Excálibur. Con la suya al descubierto, el rey-muchacho dio vuelta a su corcel abriéndose camino entre los bárbaros y manteniéndolos a distancia del caído duque. Insensible a su dolor por el asombro, Marcus observó a Arthor corvetear directamente a los nudos más densos del combate, vio a su animal golpear con los cascos delanteros y traseros, y a la hoja implacable del rey hendir carne y hueso, mientras su escudo desviaba los ataques enemigos con la imagen improbable de la serena Virgen Madre. Luego, caracoleaba alrededor de los invasores derribados y penetraba más hondo en la batalla empujando al enemigo por delante. En cuestión de minutos, los guerreros-lobo eran cadáveres.

BORS Bona

Bors Bona introdujo a sus tropas en Londinium con toda la panoplia del imperio —estandartes con el emblema del águila, caballería empenachada, destellantes falanges de infantes con armaduras de bronce— en un desfile bullicioso de trompetas y tambores. Los hombres, rigurosamente disciplinados, vigilantes por sus muchas batallas fieras en el norte, mostraban temible aspecto. Sus rostros afeitados y sus ojos duros habían presenciado todas y cada una de las atrocidades de la guerra, y muchos de ellos exhibían cicatrices de sus triunfos en brutales combates cuerpo a cuerpo. Los oficiales portaban antiguas corazas, reliquias familiares de siglos de edad, hechas de lamas de plata y oro con cabezas de emperadores grabadas.

Quijarudo y de ojos pequeños, Bors Bona tenía una expresión implacable y determinada, endurecida por toda una vida de hostilidad, una vida famosa por no perdonar a nadie, ni siquiera a los niños, en las aldeas paganas que destruía. Con rigor militar, hizo formar a sus hombres en el patio amosaicado ante el palacio del gobernador y saludó al *magister militum* Severus Syrax. El gobernador les dio la bienvenida con gesto imperial desde el balcón de revista, vistiendo la dalmática azul, de anchas mangas, del *magister.*

Más tarde, entre las columnas de mármol rosado y lustrosa estatuaria del oreado y soleado salón del trono, Bors Bona observaba la forma de Merlín en sus ropajes rojos y negros y botas de piel de lobo con suspicaces ojos entrecerrados. "¡Vistes como un condenado bárbaro!"

Gorlois se encogió de hombros. "Cuando entre los sajones..."

"¡Basta, Merlín!" Bors Bona, con su férreo cabello gris rapado a la altura del

cráneo, dirigió una tensa mirada al *magister militum,* que estaba sentado en el trono de mármol y cruzaba sus dedos destellantes de anillos delante de su cuidada barba. "Nos ha traicionado, Syrax. ¡Está fornicando con el enemigo!"

Severus Syrax puso los ojos en blanco ante la mera idea del viejo mago, con aquellos ojos en órbitas como de dragón y su deslabiada sonrisa de áspid, en sexual frotación con cualquiera. "Por favor, Bors, cálmate. El mago intenta la paz con nuestros enemigos. Tenemos un precedente en Vortigern..."

"¡Ni siquiera susurres ese nombre repugnante en mi presencia!", le espetó Bors Bona. "Vortigern trajo a los sajones aquí como mercenarios para combatir a señores de la guerra cristianos... y los paganos se volvieron contra él. Y desde entonces los hemos tenido en nuestra isla, exigiendo tributo, robando más tierra, asesinando a nuestra gente."

"Esto es distinto, Bors." Severus Syrax señaló, con la palma hacia arriba, al mago. "Merlín ha encontrado la forma de convertir la guerra en comercio... y llenar nuestros cofres con el oro de los que no quieran la paz."

"¡Oro!" Bors Bona pareció a punto de vomitar. "Ninguna cantidad de oro puede pagar la sangre y la tierra que nuestro pueblo ha perdido a manos de estos salvajes. He traído mi ejército a Londinium para hacerte entrar en razón, Syrax... o, si es necesario, para imponerte la razón."

"¡Oh, Señor!" Los ojos alcoholados de Syrax se dilataron. "Merlín, Bors Bona acaba de amenazarme."

"Quizás debiera dormir un rato...", dijo Gorlois sintiendo el poder del Furor adujándose en él y desovillándose como niebla. Extendió el brazo y dio una palmada en la hombrera del guerrero. Bors aterró la espada, pero antes de que pudiera desenvainarla, sus ojos parpadearon y se desmoronó en el suelo.

Guarda de Los Manzanas del Ocaso

Rex Mundi emergió de la profusión de hierba aljofarada y lirios y quedó boquiabierto ante la mujer de ojos ribeteados de luz y fogoso cabello con mechas blondas.

¡Una dioza!

"¡Lailokén!", lo amonestó con rigor. "¿Qué trajinas? Creías que podías subir furtivamente al Yggdrasil, pero yo recorro las tierras crepusculares del Ocaso buscando estas oscuras e infrecuentes manzanas vinosas. ¡Y te he encontrado! ¿Qué mal pretendes obrar?"

"Mal ninguno, mi diosa." Merlín se inclinó con cortesía. "Sólo voy en busca de mi propio cuerpo. Subí al Árbol para una mejor perspectiva."

"¡Tu propio cuerpo!" La diosa lo miró de soslayo. "¿Qué es este... conglomerado que ocupas, demonio?"

"Justo lo que ves, señora." Rex Mundi se quitó el cónico gorro de mago exponiendo sus guedejas color gena, su barba de cabellos como alambres y sus ojos ferales en una máscara de cuero. "Estoy ensamblado con el bueno de Dagonet, su gentil familiar Lord Mono, así como con un viejo comilitón mío, Azael..."

La diosa retrocedió con un gesto protector. "¿Qué maldad incubas? ¿Portas a otro habitante de la Morada de Niebla? ¿Cómo puede ser?"

"Bien, verás, señora, Azael está combinado en cierto equilibrio con un Señor del Fuego..."

Las muselinas que vestía parecieron saltar de su cuerpo grande cuando trastabilló hacia atrás. "¡Abominación! Los Señores del Fuego son los enemigos de los dioses. ¿Osas traer semejante entidad al Árbol de la Tormenta? ¡Te atreves...!"

¡Codde, Meduín! ¡Codde antez de que noz goupee!

"¡Señora, te lo ruego!" Merlín inclinó profundamente la cabeza y le habló a sus jervillas de plisado terciopelo azul. "El Señor del Fuego no está aquí para traer la guerra a los dioses. Está enredado con Azael. Observa, en equilibrio. Si uno se separase demasiado tiempo del otro, este triste ensamblaje se caería a pedazos. Allá abajo, en la Tierra Media, pueden separarse uno de otro brevemente... pero aquí, a esta altura, incluso una separación momentánea nos haría caer al abismo."

"Tú eres también un habitante de la Morada de Niebla", susurró ella con rabia temerosa. "Estás mintiendo."

¡Codde! ¡Codde ya, Meduín!

"No, no, mi diosa." Merlín se enderezó. "Fui mucho tiempo atrás eso que tú dices. Pero ahora vivo como un mago y te digo la verdad. ¡Mira! Mira aquí lo que te he traído." Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de zafiros y rubíes. "¡Gemas del tesoro del Dragón!"

El rostro de Guarda de las Manzanas del Ocaso resplandeció con súbito interés. "¡Lailokén! ¡Estas gemas son extraordinarias! ¡Un auténtico tributo a los dioses!" Se acercó a él y tomó los zafiros y rubíes con las manos, y en los ojos un centelleo ávido. "Nuestros superbos herreros, Brokk y Eitri, fabricarán joyas magníficas con estas piedras." Sonrió a Rex Mundi. "No eres tan maligno, al fin y al cabo. ¡Ven! Camina conmigo a través del país crepuscular. Con este tributo te has ganado el acceso al Árbol de la Tormenta."

El Homenaje del Duque Marcus

Los tamborileros, jubilosos y asombrados de hallarse aún con vida, ayudaron al duque Marcus a levantarse. Sostenido por ellos inspeccionó con la mirada el sur, pero el mar se hallaba, en toda su rutilante claridad, vacío de naves belicosas. Dejó que lo alzaran en las planchas que servían para secar el pescado en la playa y que lo llevasen, triunfal, a través del grupo vitoreante de los pescadores, hasta el rey Arthor.

El rey-muchacho había desmontado y se encontraba arrodillado junto a unos arqueros caídos, cubiertos de sangre, muertos o moribundos en la arena... los cinco que se habían negado a probar los alimentos faerïe. Se puso en pie al ver acercarse al duque y al grupo jubilante de mujeres y niños de la villa y del poblado.

"Arthor, te debo la vida, como te la debe este pueblo." Los tamborileros lo apoyaron contra un banco de arena. "Pero he recibido noticias de que mi ejército está enzarzado en batalla a dos días de aquí hacia el oeste. ¿Cómo has conseguido llegar tan rápido?"

"Señor duque, faerïes nos guiaron y nos protegieron", intervino excitado uno de los arqueros sobrevivientes. Al asentir el duque, los dos arqueros relataron la extraña historia de la marcha nocturna, el jinete perdido y el desayuno *Annwn.* "¿Es así, Arthor?"

El rey suspiró. "Sí, Marcus. No me debes la vida a mí, sino a Nynyve del Lago, reina de los celtas."

"Los celtas no tienen reina", informó Marcus al joven. "Tu madre fue la última. Así me lo han asegurado los druidas mismos."

"Pero yo la he visto, me he encontrado con ella..."

"Te has encontrado con una hija de la pálida gente." Marcus sacudió tristemente la cabeza ante la credulidad del joven. "Te ha hechizado."

"¡No!" Arthor hincó Excálibur en la arena. "La primera vez, la encontré a la luz del día. La pálida gente no resiste la luz. Y la sometí a prueba: la sumergí en el agua del mar. Si me hubiera encantado, eso habría roto el hechizo. Nynyve del Lago es una mujer de verdad."

La pierna herida arrancó a Marcus una mueca de dolor. "Escucha, muchacho, estoy contento de estar vivo. No importa esta pierna arruinada, ni si Lucifer mismo me ha salvado. Te debo la vida y, si un futuro lo bastante largo me aguarda, te pagaré la deuda."

"Págame con tu homenaje, Marcus", respondió Arthor de inmediato. "Soy tu rey. Y te quiero en mi Tabla Redonda."

"Te debo la vida, no todo Dumnoni." Habló entre dientes que le rechinaban de sufrimiento. "Los cirujanos han huido. Halladme a Cupetanius y que nos traiga vino. El vino es tan bueno como los cirujanos para este dolor."

"Cupetanius está muerto, señor duque", repuso uno de los pescadores. "Saltó del tejado de la villa al acercarse los sajones."

"¡Ja!" Marcus rió oscuramente." ¿Lo ves, muchacho? El miedo mata a los hombres tanto como la espada. No te ofreceré mi homenaje por miedo ni por su humilde hermana, la gratitud. No. ¿Quieres que sea tu vasallo? Echa a los sajones de Dumnoni. Sólo entonces hincaré la rodilla ante ti."

Amor en La Casa Secreta

El rey Arthor limpió su hoja y su escudo en el mar, ofreció plegarias por los muertos en la capilla de la aldea y cabalgó animoso por los prados de vuelta al bosque de árboles gigantescos. Bedevere galopó para no perderlo de vista, sabiendo muy bien a dónde se dirigía. "¡Sire! ¡Recordad al jinete perdido! ¡Esperad, esperad!"

Arthor arremetió a través de la maleza, gritando: "¡Nynyve!" ...hasta que la voz profunda de la mujer le devolvió el clamor.

"Arthor, mi señor... ven por aquí." Un destello de su melena canela se dejó ver entre setos de moreras y una profusión de agrio y salvaje ruibarbo. "Esta estanza de otoño nos permitirá un rato de soledad."

El joven rey desmontó, ató su caballo y se abrió camino a través del seto hasta un claro alfombrado de hojas amarillas, una basílica bajo una bóveda de ramas enguirnaldadas del oro y escarlata de la yedra y muérdago colgantes. Nynyve lo esperaba ante un tronco caído, festoneado de hongos y líquenes. Una luz curiosa colmaba el calvero, una incandescencia solar que se filtraba por el dosel del bosque como a través de una vidriera. Vestida con su *gwn* blanco y su pretina y zapatos de ocelote, parecía una sacerdotisa peligrosa.

"¿Quién eres?", le preguntó Arthor secamente. "¿Eres siquiera humana?"

Nynyve se mostró afligida, al borde casi de las lágrimas. "Oh, soy muy humana, mi rey. Tan humana como tú. Soy tu reina."

"Dijiste que eras la sucesora de mi madre, la reina celta."

"No, Arthor", lo corrigió ella suave y dio un paso hacia él. "Tú lo dijiste. Yo dije sólo que soy reina. Y reina soy."

"¿Reina de qué?", inquirió con brusquedad él. "¿De la brujería?"

Librodot

"No seas desagradable conmigo." Lágrimas titilaron en sus ojos avellana. "Yo te amo...y tus palabras me duelen."

"¿Me amas?" Las palabras de la mujer lo tomaron con la guardia baja y lo asustaron. "¿Más de tu hechicería? Morgeu me engañó ya una vez. No voy a..."

"Yo no soy Morgeu", dijo ella, airada y herida. "No soy ninguna bruja. No soy una hechicera. Soy tu reina, como tú eres mi rey. La única magia entre tú y yo es el amor. ¿No soy lo bastante hermosa? ¿No te he servido bien? ¿He hecho algo aparte de amarte?"

El ceño de Arthor se distendió. "Te debo la vida... y probablemente el reino." No se apartó cuando ella le puso las manos en el pecho. "Pero, Nynyve... no sé ni quién eres. ¿Cómo puedo amarte?"

"¿Por qué habrías de conocer para amar?" Le presionó con la barbilla el pecho. "Ambos pertenecemos a la Casa Secreta del Viento, la morada del espíritu. No soy yo una amante enternecedora cuyas honduras debas sondear. Soy tu reina vehemente cuyas alturas alcanzan el cielo, más allá de todo lo conocido. Conocer es lo más insignificante de todo lo que somos, Arthor. Con el tiempo, lo conoceremos todo juntos. Pero ahora, sólo ámame... como yo te amo."

A pesar de su miedo, Arthor rodeó a la reina con sus brazos y la estrechó contra él, anhelando percibir su vida en aquel abrazo. Y la cálida, vulnerable blandura de Nynyve lo hizo sentirse fuerte y cómplice de la fortuna.

Vampiros en Londinium

El ocaso bajó su cuchillo sangriento en el oeste, y Morgeu y el cacarañado Martius condujeron la carreta cubierta hacia la puerta norte de Londinium. Los guardianes los detuvieron y la hechicera les susurró un encantamiento que los hizo estallar en carcajadas. Con grandes risas y brincos alegres, los centinelas abrieron los portales y admitieron el carro.

Siguiendo una visión interior del alma de su padre, que tironeaba de la sangre-raíz donde crecía la carne sin alma en sus entrañas, Morgeu dirigió a Martius por la calle del Mercado, junto a tenderetes cerrados, y a través de la plaza Augustalis, abarrotada y bulliciosa, en la que un tardío festival de otoño ofrecía música ruidosa y luchas de perros y osos. Continuaron lentamente dejando atrás baños públicos a la luz de las antorchas y pétreas fachadas de teatros en el antiguo barrio renano, donde la calle enguijarrada se convertía en callejas surcadas de rodadas entre edificios de estuco. Dejaron la carreta y los caballos en un establo y prosiguieron a pie por callejones viboreantes que hedían a basuras y desechos. Una sombra blanca los siguió a través de marañas de apretujados depósitos de grano, cobertizos para sirvientes y pequeños jardines cerrados cuya violación era recibida por los ladridos de los perros y el graznar de los gansos domésticos.

Alcanzaron por fin el muro posterior del palacio del gobernador, manchado y garabateado de tiza. "El alma de mi padre está aquí", anunció Morgeu corriendo hacia una pequeña hornacina de teja y ladrillo en la pared. Pertenecía a una deidad anónima de siglos pretéritos cuyo nombre se había hecho desaparecer. Con la ayuda de Martius, las piedras de sustento que Morgeu identificó con su magia se deslizaron cayendo con sonido quebradizo y la hornacina se desmoronó hacia adentro. Penetraron en un negro conducto y reptaron a través de una oscuridad sin contornos. Terpilius dirigía el camino; su voz suave los guió por los cariados bajos del palacio, hasta que una luz granular como niebla empezó a filtrarse delante de ellos.

Librodot

Una caverna de techo goteante se abrió ante sus miradas, iluminada sólo por un misterioso resplandor neblinoso que rezumaba como babas a través de la costra de limo de las bocas de unos trogloditas labrados en las altas y viscosas paredes de la gruta. De aquellos vapores penumbrosos, figuras humanas se alzaron derramando pegajosas y negras aguas fecales. "Bienvenida, señora, al pozo de los nomuertos." Terpilius flotó por delante en aquella caliginosa garganta de piedra. "Date prisa con tu ofrenda, o tu vida no valdrá nada."

"¿Ofrenda?", gruñó Martius, comprendiendo de pronto a qué fin último servía él en los propósitos de Morgeu. Maullando de terror, sacó la espada. La hechicera le agarró los dedos y arrojó el arma a los ensortijados vapores. Hubo un repentino ruido rasposo y del humo fosforescente rostros encolmillados saltaron. Martius gimió y cesó, arrastrado al vaho insondable; después, un sonido crujiente y una húmeda secuencia de chasquidos.

"Ahora, señora, te has ganado la atención de los vampiros de Londinium", anunció Terpilius. "¿Cuáles son tus órdenes?"

"¡Conducidme por los pasadizos del palacio hasta el alma de mi padre!", exigió Morgeu. "Oscuros devoradores, conducidme a Gorlois."

Un tentáculo de niebla rielante se desovilló ante ella y se extendió hacia una cripta de espeluncal oscuridad, serpenteando por un lóbrego túnel donde el goteo del agua era como el eco de campanillas lejanas.

En Los Campos de Batalla

Bedevere vio el cambio en Arthor cuando el joven monarca emergió al fin del receso del bosque donde estuviera con Nynyve. La mayor parte del día había pasado y el mayordomo había llegado a desesperar de volver a encontrar al rey, temiendo incluso que, seducido, se hubiese perdido en el Otromundo. Pero cuando el joven surgió caminando entre los árboles, Bedevere reconoció la confianza que rezumaba su porte y el orgulloso resplandor de su faz. "La faerïe os ha tomado como amante."

"No es una faerïe." Arthor se arreboló, después miró con el ceño fruncido a su mayordomo. "Tan mortal es como yo... y sí, nos hemos prometido mutuamente amor."

Se sentía ya impaciente por volver a ella. Aunque acababan de separarse y sólo instantes lo distanciaban de su pasión, veía que el intervalo por delante, todos los días que habrían de pasar antes de volver a verla, era un horizonte vasto como la tristeza. *¿Por qué me siento de esta forma... yo, que temo el amor a cansa de la maldición de mi hermana? ¿Cómo me ha curado Nynyve tan rápidamente de ese cruel anatema? ¿Cómo, sino por amor... amor verdadero, un amor de las profundidades del alma, amor del que el deseo no es más que una sombra?*

Desconcertado, miró hacia atrás, al lugar del que venía, con la esperanza de una última vislumbre de ella. Inspiró el rancio, suave olor de la bardana que le trajo un golpe de viento y no le importó si el amor que sentía por Nynyve era natural anhelo o magia. Su calidez, su ternura, su fragancia en sus propios brazos era tan fundamental, tan real que sabía que ningún mal podía surgir de ello. Sentía el corazón dilatarse al pensar en ella, expandir sus cámaras secretas invitando a crecidas esperanzas y mayores sueños.

Bedevere sacudió hojas amarillas de los pantalones del rey y le compuso el desaliñado coselete. "Os conduciríais con la nobleza correspondiente, desde luego... y no se habrá repetido la indiscreción que tanto os ha angustiado desde lo de vuestra media hermana."

Librodot

Arthor suspiró. "Nos hemos ofrecido amor como hombre y mujer."

"Entonces, sire, ¿podemos esperar otro heredero a vuestro trono llegado el estío?"

"¿Te ríes de mí Bedevere? Nynyve se sentará a mi lado como nuestra reina."

"Si seguís siendo rey, sire." Bedevere señaló los caballos que los aguardaban. "Queda la cuestión de la invasión de los *foederatus."*

"La reina nos ha prometido la victoria en Dumnoni." Arthor desató a su caballo y lo montó boyante." Los faerïe nos guiarán al campo de batalla. Son sus aliados... y ahora los nuestros también."

Tal como Nynyve había prometido, los faerïe condujeron veloces al rey Arthor y su mayordomo, a través del bosque nocturno, adonde el choque de los ejércitos se había producido.

Desde altas cimas forestadas, el rey y su hombre miraron el territorio a sus pies iluminado por las escasas antorchas en los dos campamentos enemigos. De pronto, el panorama cambió ante sus ojos para yacer frío y azul, como visto a la luz de un día de invierno, aunque una noche sin luna cubría campos y maleza. "¡Mirad, sire! Los faerïe nos revelan la disposición de las fuerzas enemigas. ¡Es milagroso!"

Arthor dio en silencio las gracias a la reina misteriosa y guió al deslumbrado Bedevere, por sendas luminosas, hasta el campamento británico. Hallaron a los oficiales del duque en la tienda de mando discutiendo el despliegue de las tropas para la batalla al amanecer. Al principio, los estrategas no estaban dispuestos a creer que Arthor hubiese ido y venido de Neptune's Toes en tan poco tiempo, ni aceptaban su informe de la línea de los *foederatus.* Pero el joven rey y su mayordomo predijeron con exactitud por dónde podrían penetrar los exploradores las defensas del enemigo y, cuando éstos retornaron para confirmar el análisis de Arthor, se bosquejó de inmediato un nuevo plan de batalla.

Durante la noche, el ejército del duque tomó nuevas posiciones, de acuerdo con lo que a los dos viajeros de la noche les mostrara su faerïe visión. Antes del alba comenzó el asalto, ordenado y mudo, y, con las primeras luces, los britones se encontraron situados encima y por detrás de los invasores. Cogidas por sorpresa, las tropas de *foederatus* se mezclaron confusamente intentando reorganizarse... pero demasiado tarde.

Desde su puesto de mando en el linde del bosque, el rey Arthor, acompañado por los estupefactos oficiales, contempló a los flancos de su ejército atenazar al enemigo, aplastando sus caóticas filas y dejando atrás los destrozados restos de una fuerza invasora que, horas antes, pareciera invulnerable.

María Madre, he triunfado en el amor y en la guerra. Mis plegarias han sido respondidas. Los invasores han sido aplastados. Y yo, brevemente al fin, he superado mi vergüenza y conocido el amor, el verdadero, por primera vez. Nynyve me comprende. Me perdona el engaño de Morgeu y me asegura que puedo gobernar eficazmente sean cuales sean las crueldades de Morgeu. ¿Es magia lo que emplea para hacerme sentir tan seguro y feliz cuando estoy con ella? Debería ser más precavido, en especial después de la atrocidad que he engendrado con Morgeu. Debería serlo. Y sin embargo, no lo soy. María Madre, siento mi alma compartida por Nynyve. Nynyve participa de mi misma substancia y unifica todo lo que es dual en mí. Con ella como reina, estoy convencido de poder servir fielmente tanto a los cristianos como a los celtas paganos. Sí tan sólo aliara orases a nuestro Padre para que salve a Merlín...

Asiento del Exterminio

Desde la Rama del Anochecer en el Yggdrasil, la Tierra parecía un vasto mosaico de perlados picos de nieve, titilantes umbrías de forestas otoñales, desiertos beige y el nácar azur del mar. Sobre la vasta curva del planeta, las estrellas rutilaban como las luces de un hogar distante. Rex Mundi contempló con inextinguible sobrecogimiento aquella vista global y a la diosa caminando a la luz ámbar, envuelta su lánguida belleza en muselinas y cadenas de oro como cintilantes telarañas vesperales.

Guarda de las Manzanas del Ocaso, llena de admiración, alzó a la luz del crepúsculo los rubíes y zafiros que Merlín le diera. "Los usaré para hacer una vaina que regalar a mi amado, el Furor."

Rex Mundi asintió mientras Merlín miraba abajo, a través de velos de cirros y cúmulos algodonosos buscando su cuerpo perdido. Pero su vista era demasiado débil para tanta distancia.

Pídeue que te ayude.

"Diosa, sé que el Furor se verá complacido con tu regalo", comenzó Merlín. "Aunque, me atrevería a decir, será mejor no mencionar de quién recibiste estas joyas hurtadas al Dragón."

"Lailokén, razonas aún como un mentiroso, como un verdadero habitante de la Morada de Niebla." Se detuvo en el camino pavimentado de lirios. "Nadie puede mentir al Padre que todo lo ve. Y seguramente despreciaría un regalo obtenido de alguien que le resulta tan odioso como tú. Hay, sin embargo, un modo de ocultar para siempre tu ascenso al Yggdrasil."

"Diosa, percibo que no va a gustarme mucho lo que tienes que decir."

"Sin duda no, Lailokén, sin duda no." Le sonrió con afabilidad. "Pero es ésta una manera de encontrar la forma de carne que tan estúpidamente has perdido."

Merlín exhaló un suspiro oscuro. "¿Qué modo es ése, señora?"

"Has de trepar a la rama más alta del Árbol y ocupar allí el Asiento del Exterminio." Ignoró la turbada expresión que dibujó círculos blancos alrededor de los simiescos ojos de Rex Mundi. "Desde ese lugar se ven los nueve mundos. Nada se oculta a la vista desde allí. Encontrarás tu forma perdida y además, y esto es lo más importante, una vez en el Asiento del Exterminio, podrás hablar con las Nornas, las hermanas del Wyrd. Ignora a Urd, que tratará de confundirte con recuerdos y remordimientos. Ignora a Verthandi también, que intentará engatusarte con sus penetrantes percepciones de lo que transpira en la Tierra Media. A cada una puedes callarla con un diamante del tesoro que llevas en tus abultados bolsillos. Sí, los veo."

"Diosa, conservo estas gemas no para mí mismo", se apresuró a explicar Merlín. "Las necesitaré para la magia que he de obrar por mi rey..."

"Halla otro modo de hacer magia, Lailokén." Guarda de las Manzanas del Ocaso señaló, más allá de un campo de trébol rosa, a un bosque de pinos tan antiguo como el mundo donde riscos desnudos y pedregosos desaparecían en una niebla solar. "Trepa al Asiento del Exterminio y dale todo tu tesoro a Skuld, la Wyrd que toca el futuro. Sólo ella puede concebir un camino que te saque del Árbol de la Tormenta sin que te vea el Furor. Así, yo podré darle mi regalo con una historia hermosa... y vosotros podréis huir vivos."

La Súplica de Lot

Tras la derrota de los invasores *foederatus* en Fenland, los oficiales y tropas del

duque mostraron deferencia al rey Arthor, aunque con no pocas murmuraciones acerca del joven advenedizo cuya suerte en batalla le había ganado la gratitud de Marcus Dumnoni. Los viejos generales permitieron reluctantes al muchacho guiar el ejército. Él los dirigió hacia el este, por la costa, y después, a la hora precisa en que los faerïes se lo indicaron, tornó las huestes al norte para inundar los montes de White Hart. Los comandantes protestaron sonoramente contra esta maniobra, porque los exponía a los arqueros *foederatus.* De hecho, los jefes enemigos estaban seguros de que los británicos no se volverían hacia el interior en White Hart por esa misma razón y, cuando Arthor lo hizo, los cogió desprevenidos.

Al huir al norte, los invasores corrieron directamente hacia las fuerzas de Kyner y Lot, que descendían de las montañas boscosas. De nuevo, los soldados del duque participaron en la masacre del enemigo y los oficiales compartieron su asombro ante la presciencia del joven guerrero. Tras esta segunda victoria, nadie en Dumnoni volvió a cuestionar la autoridad del rey Arthor. La invasión había sido desmantelada y los supervivientes rezagados de la campaña otoñal del rey Wesc fueron rápidamente cercados por las patrullas montadas británicas.

Deshilachadas borlas de relámpagos aparecieron en el sur sobre el Cabo Belga anunciando la llegada de tormentas invernales y el fin de los grandes refuerzos enemigos por mar. Pero las nubes grises portaban también el poder del Furor y Arthor no volvió a ver a los faerïes bajo los cielos cargados. La magia de Nynyve se había agotado.

Junto a un improvisado santuario de mohosas rocas, en la cima de un monte boscoso de White Hart, Arthor se arrodilló para agradecer a los faerïes su ayuda. Lot lo encontró murmurando su gratitud a las peñas. "Los faerïes prefieren que te dirijas a ellos entre los árboles, sire. No tienen mucho amor por las piedras."

Arthor se puso en pie de un salto y se volvió hacia el celta añoso con un sonrojo que le abrasaba las mejillas y las orejas. "¡Hermano Lot! Yo... yo... quería reconocer a los faerïes su ayuda en mis victorias..."

"A mí no tienes que darme explicaciones, señor." Lot se sentó entre las rocas musgosas, después miró al rey bajo sus cejas pobladas. "¿Puedo sentarme en tu presencia, sire? Mis huesos están tan exhaustos que parecen ir a romperse. Cazar invasores por los bosques se ha vuelto demasiado duro para mí."

Arthor asintió. "Desde luego." Vio las líneas hondas de agotamiento en su rostro demacrado, la carne amoratada bajo los ojos hundidos... y algo más: surcos de preocupación en el bloque de su frente. "Leo turbación en tu rostro, hermano. Compártela conmigo."

"Mi esposa... tu hermana... no se la encuentra." Lot se cerró el manto de piel de oso sobre los hombros desnudos. "Los mensajes del norte inquietan a mis muchachos, Gawain y Gareth. Temen por su madre. A menudo ha desaparecido en los páramos a fin de obrar su magia para el bien de nuestro reino. Pero nunca por un tiempo tan largo." Lot extendió una mano de nudillos enormes y, cuando Arthor la tomó, su apretón de hierro le provocó un rictus de dolor. "Sire, te lo suplico... no puedo vivir sin mi esposa. Temo que se halle en circunstancias terribles. Usa todo tu poder e influencia como alto rey de Britania para encontrarla y devolvérmela."

La Decisión del Rey

Cuando Arthor retornó a Tintagel para aceptar el homenaje de Marcus Dumnoni,

Librodot

se encontró con mensajes descorazonadores de gente que decía haber visto a Morgeu la Fey en Verulamium. "Ha profanado una capilla", informó Arthor a Lot. "Ha obrado una magia temible en ese lugar y la gente cree que está en connivencia con Satanás."

Lot sonrió al caminar con el rey por el patio enlosado de Tintagel. "No sabe lo que es el miedo, mi Morgeu."

"La he hecho llamar ya." Arthor señaló con la quijada unas rocas en el chapitel más alto del castillo de donde unas aves mensajeras iban y venían. "Pero, como sabes, Verulamium está en los dominios de Platorius Atrebates y él, Severus Syrax y Bors Bona se han negado rotundamente a rendirme homenaje. No puedo obligarles a buscar a mi hermana. Pero no desistiré. Marchamos al este tan pronto como las tropas estén descansadas. He enviado ya exploradores por delante. La encontraremos, no te preocupes."

En su corazón, Arthor pedía que Morgeu hubiera caído de la faz de la Tierra. Esperaba que Merlín, que había desaparecido meses antes y había sido vislumbrado sólo bajo un aspecto demónico, se la hubiera llevado consigo al olvido. Incluso en la capilla con su madre, cuando el duque Marcus se arrodilló ante él y lo declaró legítimo rey de Britania, Arthor paladeó oscuros pensamientos sobre la desaparición de Morgeu.

Y sin embargo, cierta compasión eclosionó en él inspirada por el amor que hallara en Nynyve. *¿No es el cariño que siento por Nynyve lo que Lot y su mujer comparten? ¿Voy a negarle su amor a Morgeu por el miedo que le tengo? Un hombre como yo es él, y con los mismos sentimientos. Debo desprenderme de mis crueles pensamientos contra Morgeu y substituirlos por un nuevo propósito: la clemencia de un rey, la compasión de un hombre.*

Más tarde, cuando se sentó frente al Grial en la Tabla Redonda, experimentó una vergüenza honda por haber deseado ver muerta a Morgeu. Kyner, Cei, Lot y Marcus estaban a su derecha, discutiendo el orden de marcha para el arduo camino hasta Londinium. Kyner y Cei opinaban que había que esperar hasta la primavera, antes de exponerse a los señores de la guerra enemigos del rey. Lot y Marcus creían que, cuanto más esperaran, más probable sería que los reinos del este sucumbieran a una alianza con los *foederatus.*

Cuando los guerreros miraron al rey en espera de una decisión, Arthor tomó el Grial en sus manos. El amor de un hombre por Dios, por toda la humanidad, que este cáliz representaba, lo abrumó haciéndole recordar el deshonor de su deseo de la muerte de Morgeu. Llevó el Grial hasta la balaustrada del balcón que miraba al mar. A los pies del país, el océano sollozaba y sacudía su melena blanca como compartiendo su tristura. Y allí en la playa, diminuta en la distancia, paseaba Nynyve. Las olas disolvían sus huellas en la arena tras sus pasos.

La demencia de un rey... la compasión de un hombre.

"Partimos... tal como se lo he prometido a Lot", decidió el rey con el valor que le transmitía la visión de su amada. "El recorrido por mi reino continuará tan pronto como las tropas estén preparadas para el viaje. Anunciad a Urien Dutotriges, Gorthyn Belgae y Platorius Arrebates que su rey llega a pedirles homenaje."

Arthor recuperó a Excálibur del espaldar de la silla donde la colgara del cinturón y, aferrando firmemente el Grial con la otra mano, partió de la sala del consejo.

EL Corazón Roto del Rey Arthor

Arthor halló a Nynyve en la playa, donde por primera vez la viera. Ella corrió

hacia el joven y se detuvo cuando vio el Grial en su mano, una nova de luz pulverizada. "¿Por qué traes contigo eso?"

"Es la copa de la que el Salvador bebió durante la Ultima Cena", le dijo él orgulloso. "Los *Annwn* la recubrieron de cromo y filigranas de oro. Purifica mis sentimientos. Me ha aclarado mi deber hacia Morgeu, una mujer que creí odiar a muerte. La he traído para que bendiga nuestro amor, para que purifique el sentir que compartimos."

"¿Crees que nuestro amor está maculado?" Una mirada herida le turbaba el semblante.

"Tú eres una reina de las antiguas tradiciones y yo un rey cristiano." Hizo gesto de entregarle con ambas manos el Grial. "Tu magia me ha dado el coraje de volver a amar. Ahora te ofrezco este emblema de mi fe. Tómalo, como yo acepté tu magia, y acompáñame en mi viaje. Nos casaremos en Camelot por los ritos cristianos y antiguos."

Sus ojos buscaron las olas rompientes. "Tú no confías en mí."

Él sacudió la cabeza. "La confianza nace de la experiencia." Esperó a que su mirada ansiosa lo tocase otra vez antes de proseguir. "Hemos decidido amarnos uno a otro en la Casa Secreta... pero hemos de vivir aquí, en este mundo ardoroso de lucha y pérdida. He confiado en ti lo bastante para vencer el miedo que Morgeu me inspiró. Me entregué a ti a pesar de ese miedo. Toma el Grial ahora y ven conmigo. Nos descubriremos uno a otro como marido y mujer."

"Si tomo el Grial, me verás como soy en verdad."

"He jurado amarte, Nynyve. "Arthor se aproximó tanto a ella que percibió su dulce aroma a manzana mezclado con la fragancia salobre del mar. "Confía en mí. Toma el Grial."

Nynyve extendió ambas manos y, al tocarlo, un titileo de luz vibrante pasó entre ellos. Sus bucles canela volaron con la brisa del mar y sus ojos avellana lo miraron arrogantes.

"¡Eres la misma!", dijo él con un resoplido de alivio. "No has cambiado."

"Mira en el cáliz."

En el dorado interior de la copa, Arthor vio un bosque de manzanos y antiguos menhires con runas labradas. En un lago como un espejo, ocho cisnes se deslizaban y, mientras él miraba, alcanzaron la orilla, donde se estremecieron sus plumas, se mudaron y las figuras se transformaron en mujeres de blancas vestiduras con velos negros. "¿Quiénes son?"

"Las Nueve Reinas de Ávalon... de las que te habló tu madre."

"Pero son sólo ocho..."Dejó caer casi el cáliz. "Tú... tú eres..."

"La novena y la más joven", concluyó ella por él. "Cuando acabe tu vida en este mundo, vendré a buscarte con las demás para llevarte a Ávalon. Allí moraremos juntos hasta el Crepúsculo de los Dioses."

"Pero... ¿por qué?" Arthor avanzó hacia ella al verla retroceder. "¿Por qué has venido a mí ahora?"

"Tenías que conocer el amor, Arthor." Empezó a desvanecerse, un miraje de espuma. Tristeza la seguía al alejarse del hombre que había conquistado su corazón con su bravura, su virtud y su belleza física. Alargó el brazo para tocarlo aún otra vez, a este hombre que no esperara amar. Su deber hacia los Señores del Fuego y el resto de las Reinas quedaba cumplido tras protegerlo en estos primeros y cruciales tiempos de Arthor como rey. Lo que siguiera, la esperanza de que volvieran a encontrarse, dependía ahora enteramente de cómo culminase él la profecía de su vida. Y mientras se deshacía en el aire, respondió al dolor suplicante en los ojos del hombre: "Morgeu te había

endurecido el corazón. Tú dudabas de que pudieses volver a amar. Ahora sabes que puedes... y tu destino está entero una vez más. Ve y reclama tu reino."

Librodot

INVIERNO:

La vida de la muerte

Librodot

Acechadores de Sangre

El trueno despertó la noche. Las estrellas de otoño frotaban sus agujas en la oscuridad sobre Londinium y, aunque no había nubes de tormenta que atenebrasen el panorama celestial, el trueno sacudía la ciudad amurallada junto al Támesis. En el palacio del gobernador, Gorlois emergió de un sueño sin ensueños y vio los gritos a punto de eclosionar en las cámaras y corredores del edificio.

Los muros de piedra respiraban como humo, translúcidos a la mirada visionaria que el Furor había instilado en él. Sentado en el camastro de paja, en la cripta sin ventanas donde Severus Syrax, temeroso de la magia de Merlín, lo ponía bajo guardia al anochecer, vio a los centinelas tras las puertas despertar con un sobresalto. La cabalgata de truenos era una advertencia del Furor.

Gorlois se desprendió de la manta de lana que le daba calor en aquella celda gélida y se calzó las botas de piel de lobo. Se las ató bajo sus holgados pantalones negros y se abotonó rápidamente el chaleco rojo sobre la blusa color cuervo. El mal se acercaba. Necesitaba la protección de sus ropas talismánicas.

A través de los brumosos muros de piedra y tiempo, vio blancas apariciones tremolar en la oscuridad de los corredores como sombras de luna en el agua. Cuando pasaban junto a linternas o antorchas fijas en las paredes, las llamas aleteaban, verdes. Por los laberínticos pasadizos, se movían con veloz certeza hacia su cripta.

"¡Vampiros!", gritó avisando a los guardias. "¡Abrid la puerta!"

"¡Silencio, Merlín!", le espetó uno de los soldados. "Estamos aquí para protegerte. No anuncies tu presencia a los espías y asesinos de Bors Bona. El trato con los *foederatus* es para ellos traición. Te arrancarán la magia de las entrañas en cuanto te tengan al alcance de sus aceros."

Gorlois retrocedió de la puerta al oír los gritos repentinos que se filtraron por las tablas de la escalera. Los guardias en el exterior se movieron inquietos. Sacaron las espadas y, cuando las hojas rascaron las vainas, más gritos de muerte ecoaron en el largo corredor desde el extremo opuesto. Estaban rodeados.

La sabiduría del Furor era un dolor en él. Los acechadores de la sangre constituían un desafío formidable para el hombre marcado. Aunque Gorlois poseía la visión profunda del Furor y la magia de Merlín, carecía de la experiencia para dominar a estas rápidas y poderosas criaturas. Sobrecogido, miró a través de los muros grises las sombras luminosas, borrosas, acercarse, condensarse en formas humanas de tersa belleza, figuras ebúrneas vestidas con los tenues vapores de antiguas togas y túnicas. Los ojos en las faces rielantes veían más allá de la noche, abiertos en vacuas calaveras que eran morada de oscuridades.

Entonces, la vio. Morgeu la Fey marchaba con la banda maleficiada, una llama viva de rutilante melena rizada y ropas de rojo-satén. Sus ojos negros, pequeños y muy próximos, penetraban una dimensión de glamour. Una mirada a los guardias temblorosos y se desmoronaron en el suelo, dormidos. Sus manos tocaron el cerrojo y éste saltó con chasquido y efusión de chispas azules. La puerta se abrió hacia el interior y ella irrumpió en la cripta con los brazos abiertos: "¡Padre!"

María Madre, tengo el corazón dolido. La mujer a la que se lo había dado es un espectro. Tal como temiera desde el principio, Nynyve no es una mujer mortal. Me ha dejado con una oscuridad dentro de mi a la que soy incapaz de combatir. ¿Qué falla en mí, que el amor siempre vuelve a traicionarme? Lloro por esta mujer que juró amarme

Librodot

para siempre. Nuestro amor no lo cambiará la muerte... pero lloro por ella, lloro porque sólo el viento del ultramundo puede saber a dónde ha ido. Sin ella, soy menos. Y aun así, nada se ha perdido porque ella no estaba viva, era sólo un espectro. Y su amor, la plenitud de felicidad que conocí en su abrazo, era desde el principio vacuidad... una vacuidad que se me dio para que pudiera comprender que, al final, todo es siega. ¿Cómo podré amar otra vez? ¿Qué mujer mortal podría compararse con mi amor, mi Nynyve, mi reina del crepúsculo, mi mujer del lado desacertado del espejo? Cuando le hablé de todo esto a madre Ygrane, admitió que había llamado de Ávalon a Nynyve. La Dama del Lago es mi reina más allá de esta vida. La próxima vez que nos encontremos también yo seré un espíritu. Ese destino me aterra. Así se lo he dicho a Ygrane. Ella cree que el amor que he vivido con Nynyve bien vale el miedo que debo soportar. Sin embargo, todo esto resulta tan... antinatural. Cuando no era más que un protegido de Kyner, el siervo de un jefe en su casa de White Horn, mí fe era simple y clara. Lo que los sacerdotes me enseñaron era suficiente para vivir mi vida y afrontar mi muerte. Pero ahora... ahora que soy rey, tantas cosas han cambiado. Quisiera ser otra vez un hombre simple, con una espada. Lo que Ygrane y Merlín me han enseñado supera todo lo que los sacerdotes conocen... y muy diferente es también de lo que las escrituras enseñan. Habiendo amado a una mujer del ultramundo, contemplo dentro de mi corazón a este joven absurdo, solo todo él entre la tierra y los cielos.

Orgullosa Partida

Ygrane, abadesa de las Santas Hermanas de Arimatea, bendijo al ejército de su hijo antes de partir de Tintagel en su largo y peligroso viaje al este, hacia Londinium. Subió a la plataforma sobre las puertas de la fortaleza y alzó el Grial mientras los hombres del rey formaban su guardia personal tras él: los celtas cristianos del jefe Kyner con sus corazas de cuero, los guerreros de Lot vestidos de pieles y los oficiales del duque Marcus con armaduras de metal y yelmos de bronce pulido.

"En primavera, cuando la Tabla Redonda y esto, nuestro Grial, estén instalados y aseguradas vuestras alianzas, iré a Camelot y os bendeciré con estas mismas palabras: Sois la esperanza de Britania. Vuestra sangre será las lágrimas de generaciones. Dones de Dios habéis venido a que se os den. Y lo que deis nos llevará a nosotros, vuestros seguidores, a los días de gratitud. Aferraos, guerreros bravos, a la fe en Dios y de uno en otro. Coraje, guerreros, contra el antiguo orden de brutalidad y de poder. Vosotros sois los protectores del manso; vuestra fuerza, campeona de la merced y el amor; y vuestra bravura defiende nuestra orden peligrosa. Amad bien, y no habrá límite para el modo en que seréis amados."

El rey Arthor guió a sus comandantes y a su guardia, a través de las puertas, al lugar desde el que las tropas combinadas habían escuchado la bendición de Ygrane. Los hombres la vitorearon cuando la abadesa se tornó y alzó el sagrado cáliz hacia ellos. Luego, formaron tras el rey y marcharon siguiéndolo entre los traqueteantes carros de la impedimenta.

"Orgullosa partida es ésta para una aventura tan incierta", le dijo lord Lot a Arthor cabalgando junto a él. "¿Qué hay de tu hermana y madre de mis hijos? ¿Has olvidado mi ruego?"

"Hermano Lot", respondió Kyner desde el otro lado del rey, "tu mujer está en Verulamium. Tres reinos nos separan de ella que no han prestado homenaje. Ten paciencia."

"Iré a ella yo mismo", decidió Lot. "Mandaré una expedición a los dominios de Atrebates."

"No", determinó Arthor sin ambages. "Te necesito a mi lado. Nos estamos adentrando en la estación oscura y tú eres mi mejor guerrero de invierno."

"Yo te traeré a tu hermana, sire", se ofreció Cei, inclinándose en su montura para ver más allá de su membrudo padre, lord Kyner.

"¡Tú!" La faz añosa de Lot se contrajo de desdén. "No me fío de ti como protector de lo que es mío. Tú mataste a cuatro hombres de mi clan en contra de las órdenes del rey, que les había prometido partir indemnes a su exilio en el norte."

"¡Aquéllos eran traidores... asesinos!", le respondió Cei a gritos. "Soy el senescal y debo defender al rey."

"¿Y con qué cruel argumento condenarás a la madre de mis hijos, eh, *cristiano* Cei?" Lot galopó hacia delante y dio vuelta a su caballo para confrontar al resto. "Iré y protegeré lo que es mío."

Cei espoleó a su caballo, pero Kyner aferró sus riendas y contuvo a su hijo.

"¡Basta los dos!" Marcus bailó con su corcel blanco entre Lot y Cei. "No somos hombres sin líder ya. Debemos obedecerle o nuestra orden peligrosa está condenada."

"¿Qué es lo que ordenas entonces, rey Arthor?", preguntó Lot con frialdad.

Arthor contuvo la mirada furiosa del celta. "Ordeno que te quedes a mi lado y dirijas nuestra campaña de invierno." A Cei lo miró con ojos torvos. "Senescal, ésta es tu oportunidad de compensar a Lot por lo que hiciste. Ve. Ve y no me falles."

Maravillas en el Árbol de La Tormenta

Rex Mundi trepó por una cuesta peñascosa hacia el orillo auroral del Yggdrasil. Arcos iris nocturnos titilaban entre las prósperas estrellas. Tapices verdiazules de fuego frío ondeaban en un viento invisible.

¡Ezto ez como un zueñuo! Dagonet inhalaba arrobado el aire aromoso del Árbol de la Tormenta. *¿De veddad zabez a dónde vaz?*

"Arriba", replicó Merlín. "El Asiento del Exterminio está en la Rama del Cuervo, la más alta del Árbol. Tenemos un largo camino por delante."

Uo mejod ez que huyamoz, sugirió Dagonet. *Encontdademoz tu cuedpo ahí abajo en auguna padte, uejoz de ezte extdaño deino de uoz diocez.*

"Ya oíste a Guarda de las Manzanas del Ocaso." Merlín detuvo el cuerpo de Rex Mundi en un saliente de noche. "El Furor tiene un ojo omnividente... y ahora que su querida nos ha visto, seguro que nos verá él también en cuanto se encuentre con ella. Y, cuando así sea, nos reducirá a polvo. Y seremos espectros todos. A menos que..."

Noz centemoz en eu Aciento deu Extedminio y zoboduemoz a ua Hedmana Wydd deu futudo pada que uoz ayude a ezcapad. ¿No ez ací?

Antes de que Merlín pudiera contestar, un graznido ensordecedor arrojó a Rex Mundi al suelo musgoso. Tornando su hirsuta cabeza, el ser compuesto atisbo alas inmensas y oscuras borrar las ígneas estrellas. "¡Quietos y en silencio!", susurró Merlín. "Es un ruc."

¿Un duc? Dagonet notó a Rex Mundi tremolar con las hondas vibraciones de las alas gigantescas. *Padece un pájado.*

Con un golpe de viento, enormes garras surgieron de la oscuridad y agarraron del suelo a Rex Mundi. Dagonet chilló, pero Merlín forzó el cuerpo a no dar voz a aquel pavor. Fijó su atención en los acantilados topacio que habían escalado y las bandas

Librodot

ámbar de bosques crepusculares que se empequeñecían abajo, en el viento torrencial. Otras ramas se hicieron visibles, nemorosas oscuridades de pinos gigantes vermiculados de luces misteriosas. Serpientes de fuego se deslizaban sobre el agua quieta de lagos tejidos por luz de estrellas. Centauros dormitaban allí, arrullados por el órfico rasgueo de la luz en las aguas negras.

El ruc soltó a Rex Mundi sobre un nido de polluelos piantes y Merlín se abrió las ropas para deslizarse por el aire evitando aquellos picos hambrientos. Un grito airado del ruc persiguió el cuerpo cayente hasta las sombras nocturnas del bosque. El pánico de Dagonet halló al fin un conducto y tremolando un grito como bandera brillante, Rex Mundi se estrelló entre ramas quebradizas, yendo a reposar a las brumas incandescentes que rodeaban una espejeante laguna. En ella se sumergieron las serpientes de fuego, asustadas por el barullo del golpe.

Dagonet miró a través de la maraña vegetal en la que habían aterrizado y gruñó al ver la tierra reducida a una tira aguamarina bajo el cuerno nácar de la luna. *¡Dioz noz pdoteja! ¿Todavía eztamoz vivoz?*

María Madre, he enviado a mi hermano al camino del mal. Cei es un alma bondadosa con una mente brutesca. Pretendía el bien, cuando mató a los cuatro asesinos enviados contra mí del campo de Lot. Aun así, sus buenas intenciones contravinieron mis órdenes directas y provocaron las más oscuras sospechas de Lot hacia mí. El viejo celta todavía me cree indigno de confianza, simplemente a causa de mi fe en nuestro Salvador, al que llama el dios crucificado, o el dios extranjero de las tribus del desierto. No cabe duda de que cree que ordené en secreto la ejecución de sus hombres. Me cree capaz de semejante duplicidad. Temo su ira, si llegase a descubrir que he engendrado la criatura que su esposa porta en su seno. ¿Fue este temor el que me inspiró la idea de enviar al hosco Cei a recuperar a Morgeu de Verulamium? Tenía miedo de enviar a Lot... miedo de que Morgeu le revelase la verdad de la paternidad del niño. Si pierdo a Lot y a sus fieros guerreros, no queda esperanza de completar mi campaña invernal. Necesito a sus bravos y su experiencia de las tierras septentrionales. Y así, he puesto a mi hermano en grave peligro. María Madre, perdóname e intercede ante tu Hijo y nuestro Padre por su perdón. Protege a Cei, pues marcha contra una gran perfidia, y siento por su alma terror.

Peregrinos de la Noche

Arrebujado en un manto de cuero con capucha de piel de leopardo que regalara un príncipe libio a su padre, el rey Arthor observaba las boiras nocturnas mientras esperaba el sueño. El reposo no le llegaba fácilmente, aunque el joven estaba exhausto de la larga y atenta cabalgada y de los varios días de sueño irregular. Le preocupaba haber actuado precipitadamente al enviar a Cei en busca de la mujer de Lot. Cei era fuerte y bravo, pero estaba lejos de poder enfrentar la magia de Morgeu la Fey.

En las nieblas reptantes, figuras se recortaron. Sombras peregrinas desfilaron entre los árboles. *¿Cómo han eludido estos intrusos a los centinelas?* El rey luchó por levantarse y avisar a los demás, pero estaba paralizado como por un encantamiento. Mudo y fascinado, presenció el paso de una lenta multitud, miles de seres, britones y celtas, marchando trabajosamente por la bruma. Heridas terribles exhibían, rostros hendidos, cráneos desollados, brazos ausentes, y algunos se arrastraban sin piernas.

Muchos eran niños y mujeres, desnudos, con las entrañas en las manos.

Eran los sacrificados, los asesinados por los fieros invasores de la isla. A su rey marchaban, pidiendo retribución. Arthor buscó entre ellos a Cei. Entre anónimos cadáveres se abrió camino, que se volvían a mirarlo doloridos.

"¡Despertad, sire!" Bedevere sacudió a Arthor. "Es un sueño."

Arthor se sentó contra el frío vigorizante. Contempló brevemente la espesura de espinos que lo protegían de la noche, vio las hogueras del campamento parpadear en la distancia, oyó un arpa vibrar soñolienta y al centinela murmurar la hora de la noche. En voz baja, gimió: "Bedevere, en verdad estoy asustado."

"Desde luego, sire." El mayordomo arrostró las nocturnas profundidades del bosque, donde sombras espumaban la calina. "Aún estamos vivos... y el miedo es así justo y legítimo. Locos estaríamos si no lo tuviéramos, dada la gran misión que se nos ha encomendado."

"Encomendada... por los muertos." Arthor se sumergió en su manto.

Del hondo bolsillo de sus ropas de dormir, el mayordomo sacó una larga pipa copta y una bolsa de hierbas. "Los muertos son el coro silencioso de la misión que Dios nos ha impuesto, sí."

"¿Dios, Bedevere?" Arthor le arrojó una mirada exhausta. "¿Qué dios?"

Bedevere le respondió calmosamente mientras llenaba la pipa. "No hay más que un Dios, milord. Vuestro sueño os ha angustiado."

"He visto al Furor, Bedevere. Y no en un sueño." Arthor se mordió el labio al recordar su vida como hijo salvaje de Kyner, cuando se aventuró a los huecos montes. "Miré en su ojo enloquecido. Está completamente loco." Asintió con certidumbre. "Completamente."

"Pero el Furor no es Dios." Bedevere abrió una bolsita de yesca y arrancó una chispa al eslabón con el pedernal. "No es más que un dios entre muchos otros... un demiurgo..."

Arthor miró a su asistente. "Lo sé. No soy un pagano."

"Perdonad mi equivocación, sire." Exhaló un suave anillo de dulce humo aromático. "Tomad de esto. Os ayudará a descansar."

Arthor rechazó la pipa con un gesto de su mano. "No necesito medicinas. No estoy enfermo. Sólo asustado. No eludiré mi destino con pociones y vapores."

Bedevere sofocó la hierba fragante con la yema del pulgar y un brillo de asombro iluminó sus ojos soñolientos. "Sí, sire, tenéis razón. No hay medicina para lo que los muertos nos conmutan."

María Madre, temo a los dioses. Aún tengo pesadillas de mi tránsito por los huecos montes... del ojo único, demente del Furor mirándome y maldiciéndome. Si no hubiese sido por la intervención de Merlín, habría muerto aquel día atroz. ¿Dónde está mi mago? ¿Puedo siquiera llamarlo mi mago? Me convirtió en rey y partió hacia lo desconocido. ¿Al infierno quizás, tal como cree Marcus? Se ha ido y yo soy rey. Acaso ésa fuera su intención desde el principio. Sin embargo, necesito su magia para afrontar el poder de los dioses. Están dispuestos a acabarme... el Furor y su ralea. Y nuestro Padre no los castigará por mí. ¿No dijo Su propio Hijo: "Hace que Su sol se levante sobre el mal y sobre el bien"? Esto es Mateos 5:45, y yo creo en estas palabras. Creo que Dios ama a todos, al bueno y al malvado, y así Su Hijo único nos enseñó a amar a nuestros enemigos y *a bendecir a aquellos que nos maldicen, para que seamos tan justos como nuestro Padre de los cielos. Pero yo no soy justo. Soy rey y estoy contra los enemigos de mi pueblo. Perdóname mi debilidad, María Madre, y reza a tu Hijo*

bondadoso y a nuestro Padre justo para que perdonen mi intolerancia hacia mis enemigos. Y, si ello es posible, devuélveme a Merlín.

Guerreros-Lobo

La devastadora derrota de los invasores *foederatus* en Dumnoni había inflamado en las tribus del norte una vehemente ansia de sangre. Muchos guerreros se apartidaron para cruzar el Estrecho Belga y atacar a los devotos del dios crucificado, a los exterminadores de los bosques, a los magos foráneos que destrozaban el país convirtiéndolo en campos de labranza y redes de caminos, vallados y ciudades de piedra labrada. Las bandas ostentaban el título orgulloso de guerreros-lobo, porque se atrevían a navegar con los vientos boreales, rapaces como las manadas lupinas del Furor.

El rey Arthor, sabiamente aconsejado por sus señores de la guerra, había establecido veloces líneas de comunicación por medio de aves y carreteras que conectaban todos sus territorios hacia el oeste, desde las Islas Septentrionales de lord Lot, a través de las montañas de Kyner, hasta el reino peninsular de Marcus. Los ataques de los guerreros-lobo eran rápidamente comunicados y seguían respuestas inmediatas y feroces. Los jefes Kyner y Lot. que habían quedado al mando de las fuerzas del rey en el oeste, aplastaban con facilidad a las pequeñas bandas que arribaban. Pero en el dominio celta de Dutotriges, gobernado por lord Urien, los fanáticos guerreros hallaron refugio tras los gigantescos fosos y muros de Maiden Castle.

El sitio duró quince días, hasta la larga oscuridad del solsticio invernal, momento en que los guerreros-lobo se precipitaron desde su ciudadela bajo una noche sin luna y cayeron sobre el campamento de Urien. Arthor llegó el primero, portando antorchas a un campo de batalla en el que todo fuego había sido sofocado por el enemigo. En la oscuridad, sombras neutras lidiaban. El caballo del rey avanzó recalcitrante hacia aquella ciega anonimia de combatientes, sin saber dónde golpear o adonde huir.

El rey desmontó e hizo galopar a su corcel fuera de la confusión. "Tenemos que esperar a Kyner y a Lot, y más fuego", aconsejó Bedevere.

Arthor gritó sobreponiéndose a los gritos de los heridos: "¡Espera tú! ¡Urien está bajo mi protección!" Ágil Excálibur en una mano, la antorcha en la otra y su escudo de la Madona sujeto a la espalda, cargó seguido por su guardia personal, que se distinguía por sus armaduras de cuero negro.

Bedevere se apresuró a su lado, espada corta en mano y centelleante a la luz de la antorcha del rey. Aquella umbría democracia de guerreros impedía una rápida identificación, pero las teas alzadas atraían a los guerreros-lobo y a sus hachas arrojadizas. Muchas rebotaban contra la espalda escudada de Arthor, lo hacían girar y lo arrastraban a mayores profundidades del combate. Bedevere se esforzaba por no separarse de él. Un golpe lo alcanzó por detrás en el cráneo con un sonido horrendo. Sangre manó y él cayó presa de unas manos que lo arrastraron a la oscuridad.

La Rama del Cuervo

Toda aquella larga noche, Rex Mundi yació acurrucado junto a la tersa superficie del lago que iluminaban las serpientes de fuego. Dos hipogrifos trotaron en la terrosa oscuridad antes de la aurora, con las grandes alas plegadas sobre sus satinados cuerpos

equinos. A la orden de Merlín, Rex Mundi se levantó de un salto con un chasquido de sus ropas. Los hipogrifos se asustaron y retrocedieron. Rápidamente, Merlín se quitó el gorro, aferró la melena leonina de uno de los animales y saltó sobre su lomo musculoso. Mientras la otra criatura galopaba a la penumbra, Merlín tapó con el largo chapelo los ojos de su alada montura hasta que el fabuloso animal se amansó.

¿Te padece una buena idea?

"Providencia, Dagonet." Merlín esperó a que la magia residual de su sombrero penetrase en la mente del hipogrifo. "No nos queda más remedio que aprovechar cada oportunidad tal como se nos presenta. La Rama del Cuervo está muy lejos de aquí y los dioses viven en estas forestas astrales. Mejor ir rápido a nuestro destino que ser presas de la Caza Salvaje. ¿No estás de acuerdo?"

Oh, ciedtamene. ¿Qué ezpedamoz?

Merlín quitó el gorro de los ojos de la bestia, pero lo mantuvo tenso contra su ancha cabeza empenachada, de forma que la exigua magia contenida en aquél le permitiese el control de la cabalgadura. Remontaron el vuelo. El graznar del hipogrifo y el chascar de sus alas al batir el viento fulgurante del alba sacudieron los huesos de Rex Mundi, pero su mano siguió fuertemente asida. Hacia el ojo del sol volaron y todo el esplendor del Árbol de la Tormenta se abrió ante ellos. Bajo las nubes anaranjadas que medían los portales del día, bosques de oscuro púrpura revelaban templos de piedra, anillos de dólmenes y estancias de roble techadas por bronce batido: santuarios y refugios de caza de los dioses.

El hipogrifo los llevó en ascenso por paisajes de terrazas escalonadas donde se extendían inmensos cespedales recorridos por dédalos de setos. Más allá de éstos, galoparon el viento sobre agrestes gargantas estranguladas por peñas musgosas. Distantes promontorios aparecían a mayores alturas, firmemente hincadas sus bases entre rocas partidas y los argénteos vapores de cataratas y cascadas filamentosas. Más alto aun voló el hipogrifo obedeciendo a Merlín, hacia el zenit índigo, donde acantilados diamantinos se alzaban abruptos de mesetas que arrasaban grises lluvias torrenciales.

Mucho más allá de estas climáticas dimensiones los portó el hipogrifo, a la rama más alta del Árbol del Mundo, una expansión yerma y sombría. La alada criatura —águila, león y corcel— descendió sobre una duna del desierto, entre alabeados horizontes trémulos. Rex Mundi desmontó y el hipogrifo, con un chillido de júbilo, partió hacia las alturas.

¡Mida que mundo teddibue noz dodea! ¿Dónde eztamoz, Meduín?

Rex Mundi miró alrededor la tierra baldía de arenas sulfurosas y añicos de roca bajo estrellas que llameaban como flores de cactus. "Ésta es la Rama del Cuervo. Y allí... ¡allí está el Asiento del Exterminio!" Señaló una mesa férrica sobre la que un trono sombrío de hierro oxidado y cacarañado se elevaba bajo el fértil anzuelo de la luna.

Ciego de Batalla

El oscuro tumulto se hizo mas violento alrededor de lord Urien y su guardia personal. Ensangrentado hasta la cabeza, el adusto Urien se alzaba en medio de una pila de cuerpos caídos, sin más luz que el infrecuente parpadeo de una antorcha y la luz destilada de los astros. Arthor se abrió camino a través de los arremolinados sajones, golpeando con espada y tea. Cuando se volvió para mirar a Bedevere, descubrió que ni éste ni sus guardias habían podido seguirlo. Estaba solo en medio de la violencia. Tal

Librodot

cosa le satisfacía. Había sido criado como violento guerrero, como protector, entrenado para dar la vida por su jefe en cualquier momento. No había poseído ningún rango en el clan de Kyner y, desde el primer día en que blandió un acero, había esperado morir en batalla. Si esta noche era la hora destinada, no la temía.

La lucha arreciaba en torno a él con gritos y clangor metálico. Arrojó la antorcha a la pila de cadáveres donde Urien combatía y se sirvió de la llamarada para ver la dirección de su avance. Con el escudo protegiéndole las espaldas y sus dos manos aferrando Excálibur, giró salvajemente para forzar el camino hacia la luz. Pronto estuvo junto a Urien; ambos embrazaron los escudos y, espalda contra espalda, se abrieron paso a través de la confusa batalla.

Cuando Kyner y Lot llegaron con sus fuerzas, hallaron a Arthor y Urien trastabillando de agotamiento. Pero, para entonces, la mayoría de los guerreros-lobo había caído y el ritmo del combate se había reducido a un brutal hacharse y machacarse de guerreros exhaustos. Los refuerzos despacharon velozmente al resto de los sajones y Urien, que se tambaleaba mareado, se agarró al ensangrentado joven junto a él. "¿Quién eres?", croó alzando una mano fatigada y temblorosa al rostro del muchacho. "Serás recompensado por tu valor."

"Soy Arthor", ronqueó el otro, apenas audiblemente. "Tu rey."

Sacerdotes y druidas se mezclaron entre los muertos, buscando a los heridos y ofreciendo solaz espiritual a los moribundos. Hasta el rey y el jefe celta llegaron, que estaban de rodillas con Excálibur erecta entre los dos. "La espada Relámpago", dijo Urien con voz fracturada. "Templada por Brokk, herrero del Furor. Robada por los Señores del Fuego para Merlín, que se la dio a este muchacho... nuestro rey."

"Estás ciego de batalla, bravo Urien", le advirtió un druida vestido con los verdes ropajes de cuero de su rango. "Este es cristiano."

"Muerto y no ciego estaría, si no fuera por él." Urien agarró el brazo derecho a Arthor. "Nos hemos bañado juntos en la sangre de nuestros enemigos. Éste es un rey que puedo respetar."

En el momento en que el corazón de Arthor se dilataba, vio a Kyner acercarse cansinamente a él. "Tu guardia personal está deshecha, sire. Todos han muerto menos Bedevere. Hallamos sus cuerpos enterrados bajo el resto de los cadáveres." El sólido celta dirigió una mirada oscura a su hijastro. "¿No aprendiste nada como pupilo mío? No es lo mismo mandar hombres que sacrificarlos."

"Kyner, esos hombres han muerto para que yo pueda vivir", dijo Urien esforzándose por ponerse en pie con ayuda de sus druidas. "Honraré sus muertes sometiendo mis clanes a este rey."

Kyner tomó a Arthor bajo el brazo y lo ayudó a levantarse, mientras le susurraba: "¿Es así como afianzarás tu trono, comprando nuevos vasallos con la sangre de los que ya te han jurado lealtad?"

Fuera de Londinium

Morgeu escoltó al cuerpo de Merlín por los pasadizos subterráneos del palacio del gobernador. El alma de Gorlois había sido marcada por el Furor y la hechicera, que lo sabía desde que viera al mutilado espectro de su padre en los bosques del norte, le envolvió la cabeza con un turbante de runas destinadas a quebrar la influencia del dios.

Atónito al hallarse consciente de sí mismo y libre de visiones, Gorlois alabó a su hija: "¡Más fuerza mágica tienes de la que nunca poseyó tu madre!"

"Calla, padre." Morgeu le apretó la mano mientras lo guiaba por corredores que sólo iluminaba el resplandor espectral de los vampiros. "Todavía no estamos libres."

Él miró ansioso las borrosas apariciones que los escoltaban por los húmedos túneles. "¿A dónde me llevas, hija?"

"Fuera de Londinium."

"Pero nuestra tarea está aquí." Gorlois señaló con gesto expansivo la oscura y goteante caverna. "Syrax ha establecido alianza con el rey Wesc. Bors Bona y el conde Platorius están a su servicio. Con este bloque, podemos aplastar a ese advenedizo engendrado en tu madre por el títere de Merlín, Uther."

"Padre, estás en el cuerpo de Merlín. Tenemos que sacarte de ahí antes de que el mago nos encuentre o tu alma se perderá otra vez."

"Eres una bruja poderosa. Cuando el mago venga a por su cuerpo, acaba con él."

"Tan poderosa no soy, padre." Emergieron a una región de viejos sumideros de arcilla y pozos sépticos, cuyo tufo feculento les abrasó narices y ojos. "No soy sino una hechicera. Pero tengo el arte para extraerte de esa forma demónica."

"¿Extraerme... para hacer de mí qué?", preguntó Gorlois, la mano en la boca. "Soy un espectro."

"Estoy preparando un nuevo cuerpo para ti... como hijo mío."

"¡Hijo tuyo!" El eco de su sorpresa retornó de las oscuras profundidades. "Yo soy tu padre."

Morgeu lo miró con ira. "¿Preferirías ser un espectro?"

"Querría conservar este cuerpo. Hay magia en él."

Marcharon con cautela bordeando una charca de lodo. "Padre, el Furor te ha marcado. En estos instantes, ese dios colérico está intentando ya deshacer mi hechizo. Cuando lo logre, volverás a pertenecerle."

"Tampoco era tan malo." Saltó a través de la corriente de grises aguas residuales que se filtraba por las losas del suelo del túnel. "Veía el alma de las gentes. Hablaba con una autoridad que se imponía a todos los que me escuchaban. Y veía otras cosas, hija. Veía cosas terribles del futuro, mucho más allá de nuestro tiempo."

"Confía en mí, padre. Tú no querrías seguir en ese cuerpo maligno." Le tiró del brazo, guiándolo hacia la llama parpadeante de una antorcha. "El Furor y el demonio Lailokén lucharían por ti... y tú sufrirías. Acepta el cuerpo que estoy tejiendo para ti."

Gorlois pausó. "¿Quién es el padre de ese cuerpo?"

Morgeu lo miró con angustia y susurró: "Arthor."

"¡Tu hermano!" Su grito retumbó en los muros de piedra.

"Padre, lo siento, yo..."

"¿Sentirlo?" Su perplejidad se desvaneció mientras una sonrisa maliciosa se le dilataba en el rostro; le pasó el brazo por los hombros a su hija y caminó con ella hacia la luz funesta. "Eres una maravilla más allá de mis mayores esperanzas, Morgeu. ¡Sí! ¡Una maravilla! Mi padre es rey... y yo le sucederé. ¡Sí! Admiro tu astucia. Oh, sí, la admiro mucho... y me enorgullece que seas mi madre."

María Madre, hoy se conmemora el día que alumbraste a nuestro Salvador en un pesebre. Por la gracia de Dios, esta mañana recibiré pleitesía del jefe celta Urien. Agradezco a nuestro Padre esta victoria... y me entristecen las muertes de los miembros de mi guardia personal. ¿Erré, tal como cree Kyner, al sacrificarlos para ganarme a Urien? Una docena de buenos y leales cristianos a cambio de la alianza de dos veintenas de clanes de fieros celtas paganos. No soy un rey despiadado... ¿no es así? Mis guardias eran guerreros. Luchaban a mi lado y yo compartía su riesgo. Sin embargo, yo estoy

vivo y todos ellos muertos, menos Bedevere. El bueno de Bedevere. Me ha consolado por todo ello, diciendo que actué con el corazón y no con la cabeza y que por eso me he ganado la fidelidad del corazón de Urien. Se preocupa de mi bienestar mental tanto como del físico. Nunca podré agradecerte bastante que me lo enviaras. Es un hombre que lo percibe todo, cada detalle, y lo comprende todo con medular introspectiva. Ha destilado sus observaciones de cada uno de mis guerreros en una palabra única que los evalúa con diametral precisión. Kyner criticó la pérdida de mi guardia porque, como Bedevere dice, mi padrastro es el Optimista. A pesar de todo su hosco carácter, Kyner da por supuesto que la virtud será recompensada y que el bien triunfará sobre el mal. Sacrificar mi guardia al luchar por la victoria agrede demasiado su optimismo natural. A Urien, Bedevere lo llama el Idealista, el campeón de un noble propósito. Mi sacrificio es un acto noble, digno de la recompensa de su devoción. Lot es el Cínico, convencido de que toda acción brota de motivos egoístas. Y para Marcus el Fatalista todos los acontecimientos son inevitables... de aquí su voluntad de cabalgar contra los invasores de sus dominios y aceptar las predeterminadas consecuencias. Bedevere se llama a sí mismo el Realista, porque aborrece la especulación y trata de contemplar el mundo despojado de sueños. ¿Y yo? Cuando se lo pregunté, simplemente sonrió y aspiró de su pipa. "Vos", dijo, "vos sois el Rey."

Navidad Céltica

La mañana de Navidad, lord Urien Dutotriges, jefe de los clanes celtas de la costa, se arrodilló ante el rey Arthor en el templo de la diosa Aradia y rindió homenaje por sí mismo y por su clan al joven monarca. Un orvallo frío se colaba por los álamos temblones que rodeaban el lugar y la bruma gateaba por la cresta de la mota de Maiden Castle, donde tres noches antes los guerreros-lobo festejaran.

Los sacerdotes que acompañaban a lord Marcus y al jefe Kyner se negaron a pisar el templo pagano. Habían aconsejado al joven rey que intentara la conversión tanto de Urien como de Lot, pero Arthor se negó. Se consideraba rey de toda Britania y aceptaba por súbditos a cristianos y devotos de los viejos caminos. Con esta idea en mente, estuvo de acuerdo en que lord Urien le rindiese homenaje en el templo antiguo.

Bedevere, reluctante, lo acompañó. No recordaba nada de la oscura batalla en la que Arthor intervino para salvar la vida al jefe celta. Todo el día que la siguió yació inconsciente. Incluso ahora, pasados tres días, aún le dolía la cabeza del golpe que lo arrojó a las tinieblas y su bolsa de hierbas medicinales de Oriente no le ofrecía ningún remedio.

Al ver a su mayordomo caminar entre incensarios con paso inseguro y la calva vendada, Arthor sintió remordimientos. Cuando acabaron las elaboradas ceremonias de cánticos, cantares de bardos, danzas del garrote y ofrendas de incienso a los Daoine Síd y cuando lord Urien y todos sus jefes de clan se hubieron arrodillado ante él y recibido la bendición del espaldarazo de Excálibur, Arthor se sentó con Bedevere en los escalones del templo. Fuegos rituales ardían en los terrenos del santuario y druidas vestidos de blanco y con zuecos pentagonales supervisaban ceremonias celebradas con malabarismos de antorchas y danzas en corro.

"Kyner me ha reprendido por sacrificar a mis hombres para salvar a Urien", dijo Arthor, notando la palidez de las demacradas mejillas de su asistente. "Me alegra que estés lo bastante bien para asistir a estos ritos. Lo tomo como un don de Dios en el aniversario de su Hijo, nuestro buen pastor."

"El pastoreo es una tarea despreciada en Tierra Santa", respondió Bedevere calmoso, observando a los celtas danzar en espirales alrededor de los fuegos. "Los pastores son como ladrones. Llevan sus rebaños a pastar en tierras ajenas y hurtan. No se les permite declarar en un juicio. Nadie les compra nada, pues se supone que todo lo que tienen es propiedad robada. Y sin embargo, nuestro Salvador se identificó con ellos."

"Un mesías nacido en un pesebre, amigo de publícanos, leprosos y prostitutas... ejecutado ignominiosamente..."Arthor sacudió la cabeza. "Transmitió el amor de Dios donde ese amor es más necesitado."

"Y así, aquí os hallamos a vos, un rey cristiano entre estos paganos." Bedevere sonrió lánguidamente. "Sois un rey inusual, sire."

"Porque no siempre he sido noble." Apretó la mano a Bedevere con gratitud. "Hasta este verano pasado, me creí plebeyo. Pero no hay ninguna diferencia establecida por Dios entre lo alto y lo bajo... tal como lo veo ahora. Esa distinción es un artificio. El Salvador lo sabía."

Bedevere asintió cansino. "Y murió para hacérnoslo saber a nosotros."

Despertar

Bors Bona despertó en una cámara de paneles de jaspe verde entre esbeltas columnas de lapislázuli. Se deshizo de la manta de visón y se detuvo en camisa de dormir ante una ventana que tenía tres veces su altura. Más allá del césped recién cortado y de los setos geométricamente podados, más allá de los muros de piedra rojiza del palacio del gobernador, las calles matutinas de Londinium estaban casi vacías. Unas pocas estrellas pendían como espuelas sobre los tejados de las casas.

Por la avenida principal, vio traquetear una calesa, conducida por una mujer cuya roja melena se le derramaba por debajo de la capucha. Un sentir peculiar le retorció las entrañas cuando el carro disminuyó en la distancia.

Las puertas principales, acolchadas con cuero azul y claveteadas con estrellas de bronce, se abrieron de par en par y Severus Syrax se precipitó al interior acompañado por un aterrorizado conde Platorius, una docena de guardias y la mitad de sacerdotes. "¡Estás bien! ¡Gracias a Dios!" ¡Oh, gracias a Dios!" El *magister militum* señaló a los guardias las undosas masas de cortinas junto a las ventanas y los sacerdotes los siguieron hasta allí, agitando humeantes incensarios y cantando las Escrituras.

Bors Bona se pasó ambas manos por el cráneo rapado. Lo último que recordaba era estar con sus pares en el salón del trono, inflamado al oírles hablar de alianza con los *foederatus*. "¿Qué ha ocurrido, Syrax? ¿Dónde está mi espada, mi armadura? ¡Llama a mi capitán!"

"¡Bors! ¡Bors! ¡Al menos tú estás bien!" Severus Syrax y el conde de ojos hundidos esperaron a que los sacerdotes les indicasen que todo estaba en su sitio antes de acercarse al señor de la guerra. "Hay soldados muertos por todas partes."

"¡Vampiros!", jadeó el conde Platorius con la carne bajo sus ojos amoratada por la falta de sueño. "¡Una horrible horda de vampiros!"

Bors Bona centró sus puños en sus caderas. "¿Qué me has hecho, Syrax? ¿Qué hago desarmado en esta cámara?"

"¿Yo?" Severus Syrax se mostró herido. "Querido Bors, yo no he hecho nada más que protegerte. Pregúntaselo a Platorius. Merlín te encantó."

"Te hizo dormir hace días."

"¿Dónde está ese demonio?", gritó Bors. "¡Dadme mi espada, que yo mismo tomaré su cabeza!"

"Se ha ido, Bors. ¡Se ha ido!" Severus Syrax se retorció sus enjoyados dedos. "Los vampiros se lo han llevado." Marchó hasta un armario que ocupaba una esquina de la cámara y abrió sus puertas. "Tus ropas y tu espada están aquí. En cuanto te vistas te llevaré al lugar en el que tengo acuarteladas tus tropas. Han estado preocupadas por ti."

"Ayúdanos, Bors", suplicó el conde siguiéndolo hasta el guardarropa. "Fuerzas malignas conspiran contra nosotros. Severus y yo buscamos la paz... y una lucrativa relación comercial con el rey Wesc. Pero hay poderosas fuerzas hostiles en contra nuestra... fuerzas perversas que se han llevado a Merlín. Puede que sea un demonio, pero es un demonio al servicio de nuestro Salvador y de la paz. Y ahora el mal nos lo ha quitado y amenaza nuestra paz. ¡El mal se opone a nosotros, Bors!"

"También yo me opongo... o me oponía." Bors tomó su cinturón del armario y desenvainó la espada. *Pero ahora estoy en vuestras manos y a vuestra merced,* se dijo a sí mismo, contento de tener aferrada un arma. *Quién sabe a qué compromisos han llegado mis tropas con vosotros, comadrejas, mientras yo estaba hechizado.* "He de repensar mi alianza, camaradas. Decís que los vampiros han capturado a Merlín. Bien, entonces, no serviré a lo diabólico.

Sin duda ni Merlín ni su rey serán servidores de este poder maligno. Si la paz debe ganarse mediante el comercio con nuestros enemigos, así sea, aunque la historia nos muestra que tales alianzas son insensatas. Pero mejor eso que un reino arrasado por vampiros." Deslizó de nuevo la hoja en la vaina, satisfecho al verla intacta. "Mis tropas harán invierno en Londinium y yo sabré más del rey Wesc y de su voluntad de paz... y, con el tiempo, libraremos del mal a esta ciudad."

El Rey Arthor y loé Druidas

Antes de partir de Maiden Castle, el rey Arthor honró la petición de los druidas de encontrarse con el supremo hieros al mediodía en el templo oreado y elegante de la diosa Aradia. Sobre un altar de obsidiana negra en un templete de mármol azul erigido por los romanos tres siglos atrás, los druidas habían colocado yedra roja y una fresca y dorada masa de muérdago.

"¿Conoces el significado de estas cosas, sire?", pregunto el encapuchado hieros, recogiéndose las mangas de sus vestiduras blancas y verdes para pasar las manos sobre el altar de piedra toscamente labrada sin perturbar las plantas dispuestas allí. Su rostro quijarudo lo observó impávido bajo el capuz, con sus lechosos ojos atentos.

"Espirales de yedra por el sol, buscando a Dios." Arthor vio la sorpresa en la mirada del viejo druida y prosiguió: "La duodécima letra ogámica, el undécimo mes del año, llamado Remolino. El muérdago no pertenece al alfabeto del árbol. Es el misterio de la Panacea Universal. Estas cosas las he aprendido del ovate, el doctor de sabiduría que mi padrastro, lord Kyner, mantenía en White Horn por aquellos de su pueblo no ganados todavía para el Salvador."

Una serena sonrisa se abrió en la faz añosa del hieros. "Está bien que sepas cosas de las viejas tradiciones, porque te he llamado aquí para revelarte el secreto último de nuestras fes hermanas."

"Yo soy cristiano, señor druida." Arthor habló despacio para asegurarse de que el anciano lo entendiera. "Nuestras fes no están emparentadas."

"Oh, sí lo están, sire." Los ojos nubosos del hieros cintilaron alegres. *"Éste* es el

secreto último. Y ahora que eres rey de los clanes celtas de lord Lot y lord Urien, soy libre de declarar ante ti la verdad de ese parentesco: que lo que tú llamas cristianismo, la Fe del Ungido, es la Antigua Fe que preservan los druidas."

"Mi fe es la salvación ofrecida por Jesucristo."

"Un judío." El hieros retiró la capucha de su larga melena de cabello gris raleante. "Nosotros los druidas somos una casta sacerdotal que desciende del Templo de Salomón en Jerusalén... el mismo templo arrasado por los babilonios quinientos ochenta y seis años antes del nacimiento del Ungido, en un tiempo en que el imperio celta llegaba hasta Tierra Santa. Compartimos la fe con los hebreos. El Ungido, *Yesu,* es un salvador celta profetizado por nuestros videntes desde la era del templo de Salomón. Es la Panacea Universal que simboliza el muérdago. En los infrecuentes robles donde crece esta planta, nuestro pueblo traza una cruz y graba la rama con el nombre de la Panacea, que en nuestro lenguaje es *Yesu.* Y mira nuestros templos... no este edificio extranjero, sino los santuarios erigidos con nuestras propias manos. Como este altar de obsidiana, se hallan construidos de piedra sin labrar. Hu Gadarn Hyscion —Hu el Poderoso, que guió a nuestro pueblo a Britania— era un descendiente de Abraham y continuó con la antigua práctica de erigir nuestros altares a partir de piedra cruda, tal como se ordena hacer en el libro del Éxodo. ¿Recuerdas el capítulo veinte, versículo veinticinco?: 'Y si Me haces un altar de piedra, no lo construirás de piedra labrada, porque si usas herramienta en él lo has profanado.' La Biblia expone muchas de nuestras verdades druídicas. Los profetas del desierto. Isaías, Jeremías y Zacarías llaman al mesías por venir 'la Rama'. Nosotros enseñamos también que nuestro salvador es la Rama, la Panacea Universal..."

Arthor lo detuvo inclinándose sobre el altar. "Como rey, acepto vuestra fe descendida de Abraham y de tiempos más antiguos. No pondré impedimentos a vuestra religión como hicieron los romanos. Pero sabe esto, hieros. El mesías ha venido. Los viejos caminos han sido substituidos por los nuevos. Mi Salvador declara con sus propias palabras: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino a través de mí.' Él es el camino que yo he de seguir."

El druida asintió cuerdamente. "Así es como debe ser, sire. *Yesu* es en verdad el camino... la Panacea Universal de la resurrección. Pero recuerda esto, sabio rey: el camino es el camino... y no la destinación."

María Madre, mi función como rey sigue produciéndome conflicto con todo lo que aprendí en la infancia de nuestros sacerdotes. El hieros insiste en que los druidas son hebreos. Pedí a Bedevere que me trajera a un judío, un rabí de la sinagoga de Sorbiodunum, para conversar con él y contrastar las ideas del hieros. Tú eres hebrea, María Madre. Tu Hijo es hebreo. El mismo centro de mi vida espiritual se nutre del judaísmo, así que ¿por qué desconfío de la posición del hieros? El rabí que Bedevere hizo venir es asimismo escéptico con respecto a la idea, pero no rotundamente hostil. En efecto, los celtas estaban en Jerusalén en tiempos del Templo de Salomón. En efecto, los altares del bosque de los druidas están hechos de piedra sin labrar, tal como decretan los viejos libros de la Biblia. En efecto, el mesías que los profetas predijeron es llamado por los druidas la Rama... igual que el Yesu céltico, la Panacea Universal, el muérdago. Aparte de confirmarme lo que ya me dijo el hieros, no he aprendido nada nuevo de él. ¿Debo seguir con estas indagaciones? Bedevere afirma que soy demasiado joven. Primero, debo preocuparme de unificar mi reino. Después, dice, puedo dedicarme a los misterios de los ángeles y los demonios... y de Dios. Pero por ahora, hay trabajo práctico que hacer. Yo no soy un sacerdote, ni un filósofo de la iglesia. Sin embargo, he

Librodot

visto lo suficiente en mi corta vida para saber que hay más en este mundo de lo que la iglesia revela. Guíame, Madre de Dios, al conocimiento que necesito para gobernar con sabiduría.

LOS Viajes de Cei

Cei se afeitó la cabeza, se vistió una sotana basta y cabalgó hacia el este disfrazado de monje itinerante. Para aplacar sus miedos de la hechicera que se había ofrecido a encontrar y devolver a su marido, lord Lot le dio un talismán hecho con mechones de los hijos de Morgeu, Gawain y Gareth. Viajó solo. Aunque el rey Arthor le había pedido que se llevase una escolta de guardias armados, Cei pensó que marcharía más rápido sin compañía.

Siguió las vías romanas al norte y alcanzó Aquae Sulis a tiempo para celebrar la Navidad en los humeantes baños públicos con varias cortesanas y una botella de buen vino. No estaba ansioso por encontrar a Morgeu e, indulgente consigo mismo, dio curso a sus deseos carnales en aquel su primer viaje largo a solas. Con testa palpitante y una bolsa de monedas muy aligerada, siguió hacia el norte a través de un territorio pacífico y bien romanizado: viñedos podados y cubiertos de haces de heno para el invierno, huertos diestramente cuidados en los montes ondulantes y numerosas villas en las que era bien recibido como santo varón, al que se le pedía participar en bautismos, bodas y funerales.

Con las ofrendas que le daban a cambio de estos servicios, Cei no se negó nuevos placeres en la ciudad magisterial de Corinium. Tenía más miedo de Morgeu del que había creído cuando estaba con el ejército, miedo de sus hechizos, y estaba decidido a aceptar cuantos gozos la vida le proporcionara antes de enfrentarse a la brujesca hermana de su rey. Extramuros de Corinium, se desprendió de la sotana de monje y entró en la ciudad como guerrero que busca su recreo. Disfrutó de los juegos de Año Nuevo en el anfiteatro de la urbe, doblando sus ganancias en las peleas de gallos y derrochándolo todo en tabernas y baños públicos con los mejores vinos y viandas de la región, y las ardorosas atenciones de las alcahuetas locales. En su ebrio intento de ganar más plata para más placeres, perdió espada y corcel.

Perdidos todos sus recursos y los días cada vez más gélidos, Cei dejó Corinium a pie con otra jaqueca pulsante y sólo una hogaza de pan de centeno por toda provisión. Vagó hacia el este durante muchos días, viendo sólo carboneros y vendedores de sal en las frías y húmedas carreteras que le pedían su bendición, cosa que daba sin entusiasmo a cambio de yesca y una pizca de sal.

Con las primeras nevascas halló rastros que le pusieron la carne de gallina. Una banda de forajidos había asaltado a un leñador dejándolo mutilado con su propia hacha entre unas rocas. El hombre no estaba muerto todavía y el rastro de sangre de la banda aún era fresco. Cei se arrodilló junto al leñador mortalmente herido y rezó con él hasta que feneció ahogado en su sangre. El desarmado guerrero enterró el cadáver bajo las rocas, lanzando constantes miradas sobre el hombro en precaución contra los asesinos.

Anno Domini 491

El año nuevo se inauguró amargamente frío y gris. Los forajidos, desesperados en

Librodot

su necesidad de calor y alimentos, aumentaron sus ataques contra villas y fincas aisladas, y el ejército del rey procedía lentamente a través de Belgae, desplegándose para imponer la influencia de Arthor en todos los muchos pueblos y villorrios del territorio circundante. Interminables escaramuzas ocupaban a las fuerzas reales en los densos bosques y ninguna ayuda llegaba del este, aunque Arthor había despachado numerosos mensajeros al *magister militum* Severus Syrax tanto como a las fuerzas de élite de Bors Bona.

El mismo Gorthyn, el autoproclamado rey de Belgae, había salido de las filas de bribones que merodeaban por el país saqueando las granjas y permanecía calladamente en su ciudadela de piedra en Cunetio, sin declararse ni a favor ni en contra de Arthor. Todos los legados que el joven monarca enviara en petición de ayuda a Gorthyn se habían desvanecido. Por fin, el rey mismo decidió ir.

"¿No has aprendido nada de la muerte de tus guardias en Maiden Castle?", protestó Kyner confrontando a Arthor cuando éste se despojaba de su corona de oro y su coselete de lamas de bronce pulido. "Tú eres nuestro rey. Nos pones en peligro a todos cuando arriesgas tu vida. Escúchame como a consejero militar, si no como a un padre."

"¿Dónde está tu hijo Cei?", preguntó Arthor con amargura. "Lo envié a buscar a Morgeu la Fey en mi lugar... y ha desaparecido."

Kyner sacudió su rubicunda cabeza. "Amo a mi hijo con todo mi corazón, pero él es un guerrero y vive y muere por la espada. Tú lo fuiste también, pero ese momento ha pasado. Como rey, debes vivir para tu pueblo."

"Cunetio está a dos días a caballo por la vía romana", dijo Arthor poniéndose una túnica harapienta encima de la coraza de cuero. "Volveré antes de que hayas acabado de limpiar de bandidos estos bosques."

Vestidos con ropas tomadas a los forajidos, Arthor y treinta voluntarios galoparon al norte. Sólo Bedevere marchaba ataviado como de costumbre, con su yelmo de bronce resplandeciente y cola de caballo roja y su coraza de hebillas brillantes; para esta misión, portaba una larga cimitarra al costado. Cada pocas leguas, el rey despachaba cinco de sus hombres a los bosques con instrucciones de unirse a las filas de bandoleros que encontrasen. Cuando Arthor se acercó a la fortaleza de piedra marrón, penetró solo en el bosque de la ladera del cerro, manteniendo los largos rayos del sol poniente a sus espaldas. Marchó directamente hacia una sucia línea de humo que se elevaba entre los árboles y halló a una híbrida banda de harapientos y desastrados guerreros asando un cordero. Con la cara mugrienta y grasientos y tiesos los cabellos como un puerco espín, no parecía muy diferente de ellos: un joven brutesco de mirada biliosa y enloquecido aspecto.

La reputación de Excálibur no había alcanzado todavía estos montes y cuando el muchacho sacó la espada para contener a la agresiva banda, la espejeante hoja azul inspiró miedo sin identificar a la mano que la blandía. "Este acero lucha con los vuestros, si me dais comida."

Dos fieros intentos de arrancar aquella espada hermosa del mugriento adolescente significaron una mejilla cruzada y una oreja cortada para los asaltantes, de modo que éstos se resignaron a darle la bienvenida junto al fuego y a mostrarle las armas que habían robado a los viajeros. Entre ellas estaba la larga espada que Cei apostara y perdiera en Corinium.

Arthor no mostró emoción ante aquella evidencia del asesinato de Cei; sombrío, comió del cordero asado con el corazón en un puño.

En el Aliento del Exterminio

En el Árbol de la Tormenta, las horas, incluso los minutos, significaban días de la Tierra Media; cuanto más alto ascendía uno, más rápido volaba el tiempo en las honduras. Y aunque Rex Mundi había estado en las ramas espectrales sólo un corto lapso de tiempo, no se le ocultaba a Merlín que en Britania habían pasado semanas. Urgencia tenía ya de volver a su rey y ayudarle a cumplir su misión antes de que las estaciones alcanzasen otra vez el verano y Arthor, si no contaba con todos los señores de la guerra y jefes celtas como vasallos, se viese obligado a renunciar a la corona.

Ansioso, Rex Mundi cruzó la planicie baldía, abrasada, de la Rama del Cuervo hacia la mesa que sostenía el gigantesco trono herrumbrado. Ascendió cuestas agrietadas por caminos entre árboles negros, combados, por cuervos visitados. Escabrosas manadas de lobos, de ojos rojos enloquecidos, merodeaban en las quebradas de la mesa, guardando esqueletos yesosos de anónimos otros que habían violado este lugar. La magia protectora de las ropas y el chapelo del mago los hacían aullar a distancia.

En la cima de la mesa, un pálido polvo se disponía en nervaduras formadas por el viento alrededor del trono corroído, como ondas en el agua, curando cada huella después de cada paso. El aire olía a ceniza, agrio y asurado. Arriba, malignas estrellas ardían en un cielo púrpura.

¡Ezto da miedo!

Sirviéndose de las escamas de herrumbre y de los agujeros del coloso corroído para afianzar los pies, Rex Mundi escaló al Asiento del Exterminio. Una vez sentado allí, el cosmos tomó la forma ante sus ojos de una estancia divina: cruzaban la bóveda estrellada del cielo galácticas oriflamas y, por muros circundantes, tenía horizontes índigo guarnecidos de lóstregos como cuerdas de lira y majestuosas pilastras de nubes termales. La Tierra misma servía de suelo a la gran estanza, con sus mosaicos policromos de desiertos, montañas y riberas, el verde esmeralda de las junglas y el resplandor amartillado del mar.

"Lo que contemplas no es más que espuma en la vastedad del tiempo", graznó una voz que surgía del aire. "Toda la historia yace oculta."

¡Gdan Dioz!

Una anciana vestida de harapos telarañosos se acurrucaba junto a Rex Mundi. Su faz calavérica lo miraba recelosa a través de una ajada máscara de carne macilenta y gris y ojos desorbitados. "Mirad vuestros hogares perdidos, todos vosotros."

A su orden, Lord Mono divisó de nuevo el dosel sepia oscuro del bosque que recorriera colgado del pelaje de su madre, húmedo de leche. Dagonet columbró la villa en Armórica poblada de álamos donde jugara de niño, con otros de su altura. Azael, Lailokén y el Señor del Fuego arrostraron otra vez el fuego blanco de todos los orígenes...

"¡Ah, Urd de las Nornas!", saludó Merlín a la Wyrd rápidamente, antes de que su vislumbre del cielo le hurtase toda voluntad de vivir o de hablar. Alzó un diamante frente a la faz momia de la vieja y el chisporroteo azul de la gema centelleó en los ojos abotagados de la Norna. "Éste es el tributo que te rindo para poder sentarme aquí sin tener que mirar el pasado."

Con un grito cacareante, arrebató ella la joya a los dedos hirsutos de Rex Mundi y desapareció sin dejar más que una voluta cinérea en el aire, volando con los aullidos de los lobos en las cuestas pedregosas.

Cdecí en eu ezpuendod y amod... y quiedo detodnad.

"Nadie puede retornar, Dagonet." Una voz gentil hizo volver a Rex Mundi la

cabeza. A su lado en el trono de hierro gigante, había una mujer de asombrosa belleza con larga melena pálida como madera recién cortada, una piel clara como la luz del ártico, escarcha sus ojos y mejillas soberanas como las del antílope.

Su vestido, pura luz de luna, revelaba encantos en sombras que abrieron la laringe de Rex Mundi a la voz de Dagonet. "¡Edez ua mujed maz hedmoza que miz ojoz han vizto jamáz! ¿Quién edez?"

"Soy una Norna...Verthandi, la Wyrd del presente." Rozó la frente simiesca de Rex Mundi con sus dedos fríos y su caricia despertó vibraciones en él como cuerdas de arpa. "Puedo revelarte el lugar en que cada demonio se oculta en la Morada de Niebla y en el que cada Señor del Fuego arde en el abismo oscuro. Puedo mostrarte a tu joven rey, Arthor, refugiado como un criminal en los bosques densos de Belgae, con ansia asesina en el corazón..."

En la Oscura Foresta

El yelmo encrestado de Bedevere, su coraza y hebillas reflejaban tan intensamente el fuego de acampada que la banda que lo acometió cayendo sobre él desde la noche del bosque golpeó antes de que el mayordomo del rey pudiera siquiera moverse. Pero la armadura cayó con un clangor vacío. El legado no aparecía por ninguna parte, no estaba entre los árboles oscuros ni en sus ramas. Arthor iba con la banda cuando informaron de esto en la ciudadela de Cunetio.

"Haz sonar el cuerno", gritó el líder de la banda al centinela en la muralla iluminada por antorchas. "Hay uno de los hombres del rey en nuestro bosque. Haz sonar el cuerno y que empiece la persecución."

Momentos después retumbó el sonido y su eco rebotó por los montes bajo la noche nublada. Arthor cabalgó con la banda. Otras de la región atravesaron las vías romanas y se desplegaron por los bosques. Al alba, no sólo no habían encontrado a Bedevere, sino que muchos de ellos habían caído misteriosamente, asesinados, en apariencia, por sus propios comilitones.

Los supervivientes se congregaron ante las puertas de Cunetio para intentar descubrir a los traidores. Allí, entre las sombras cornelina del temprano amanecer, Arthor se arrancó los harapos que lo vestían y descubrió la coraza de cuero con el regio dragón repujado. Su primer golpe derribó al criminal que blandía la espada de Cei. Y al grito de guerra de Arthor, la treintena de sus hombres dispersa entre los forajidos dio comienzo al cobro de su salvaje tributo.

Bedevere surgió del escondite entre raíces que lo amadrigara, con la cimitarra destellando en su brazo único. Los pavoridos bandoleros trataron de huir, pero toda dirección les quedaba cerrada por las espadas letales del rey. Antes de que la ciudadela pudiera llamar arqueros a sus murallas, la matanza terminó y los hombres del rey se dispersaron por el bosque.

Al mediodía, Gorthyn había aceptado los términos de Arthor para su rendición. Con la mayoría de sus hombres muertos, se había desvanecido la esperanza de defender Cunetio contra el grueso de las fuerzas del rey. Contento de aceptar el exilio de Britania con toda su casa, abrió las puertas de la ciudadela. Arthor y sus hombres escoltaron la caravana enemiga hacia el sur y todo el camino ambos reyes cabalgaron juntos.

"Eres un adversario astuto", dijo Gorthyn, un hombre de macizas espaldas, cara marcada por una cicatriz y el cabello negro recogido hacia atrás en una cola ratesca. "Rápido me quitaste los colmillos. Si hubieras tenido un poco más de paciencia para

Librodot

esperar a tu ejército, podrías haberme aplastado."

"La gente de Cunetio está bajo mi protección", replicó blandamente Arthor. "Mi propósito queda servido quitando de en medio al malhechor."

"No me malentiendas, hermano rey." La sonrisa de Gorthyn se tensó recta hacia atrás como la de un tiburón revelando dientes amarillos y otros ausentes. "Tu caridad no se derrocha en mí. El que es malhechor para un hombre es para otro un rey."

"Respóndeme a esto entonces... de rey a rey." Arthor afrontó la estrecha, molesta mirada de Gorthyn. "Has medrado gracias a las muertes de inocentes viajeros. ¿No temes a Dios?"

La carcajada de Gorthyn asustó a su corcel y tuvo que esforzarse un instante en serenar al animal. "No soy un hereje, hermano rey. Soy tan fiel a Dios como tú mismo y tengo la certidumbre de que recibiré de Su propia mano mi recompensa cuando muera, pues Le sirvo bien." Señaló con un gesto de su cabeza los árboles desnudos y la tierra helada. "Dios ha puesto al hombre en este mundo sin otro propósito que verle arrostrar la maldad. ¿No nos lo dice la misma Biblia? Somos criaturas caídas de la Gracia, hermano rey. Caídas a los pies del dios de la venganza. Y yo... yo soy la ira del dios."

Fata Morgana

"¿Dónde me llevas, hija?", preguntó Gorlois, sentado en el banco del carro junto a Morgeu, que manejaba las riendas. Miró alrededor los campos yermos, escaldados por el viento, y se estremeció bajo el manto de lana que la hechicera arrebatara a un guardia muerto a las puertas de la ciudad, desangrado como un verraco colgado. "Y no me digas otra vez 'fuera de Londinium'. No sé ya cuántos días hace que dejamos la ciudad, porque cada noche me sumerges en un sueño sin ensueños y que me trae sólo olvido. He perdido el sentido del tiempo."

"Estoy protegiéndote, padre." Morgeu sostuvo las riendas con una mano y con la otra le dio unas palmadas en la huesuda rodilla. Incluso a través de la negra urdimbre de sus pantalones podía sentir la carne fría del anciano. El ensalmo que le arrojaba cada noche para ocultarlo del Furor lo estaba matando. Su alma, reclamada al mismo tiempo por el dios del norte y su propia magia, no podría permanecer mucho tiempo ya en el cuerpo robado. "El Furor te ha marcado el alma y sin duda Lailokén también busca recuperar su carne. Estamos desafiando a dioses y demonios."

"No has respondido a mi pregunta, hija."

"Cuanto menos te diga, menos sabrá el Furor." Sus pequeños ojos negros escudriñaron las zarzosas zanjas de la estropeada carretera en precaución contra guerreros-lobo o bandas de forajidos. "Pero entiende esto: tengo la magia necesaria para recuperarte del Furor. Vamos a un lugar ceremonial que dispuse antes de ir a buscarte."

"¿Por qué hemos de viajar con esa... *criatura?"* Gorlois miró por encima del hombro el lecho de limo que llenaba la carreta.

"Terpilius me ayudará con mi magia." La sonrisa le alzó una comisura de sus pequeños labios. "Será el instrumento para librarte de la carne del demonio y llevarte a donde perteneces, al cuerpo que estoy creando para ti. Será una hermosa operación. Un vampiro que se nutre de la sangre de vidas destruidas ayudando a injertar tu vida en mi sangre-raíz."

"¿Me libraré también de la marca del Furor?"

"Dudo de que siquiera el Furor pueda cambiar eso." Sorbió aire frío a través de sus dientes al recordar el espectro desfigurado de su padre, que viera en los bosques

septentrionales. "Arrastró tu alma al Árbol de la Tormenta para rehacerte, de forma que pudieras servir a sus propósitos en el cuerpo de Lailokén. Pero de esta carne ajena te libraremos y también de su servidumbre al dios colérico."

Gorlois rebulló inquieto en su asiento. "¿Perderé mi magia?"

"Tu magia es el poder que reside en el cuerpo del demonio." Se puso una mano en el vientre. "Te estoy haciendo un nuevo cuerpo. No tendrás las fuerzas del demonio, pero contarás con tu propio poder mortal."

"Y seré rey."

"Serás el mayor rey de Britania. Tras expulsar a los invasores de nuestra isla, llevarás la lucha a sus territorios y gobernarás desde Caledonia hasta Aquitania." Morgeu chasqueó con las riendas e hizo marchar el carro directo por un trecho de carretera sana. No hacía mucho, había estado dispuesta a servir al Furor para canalizar su ira contra Arthor y Merlín. Pero ahora, el Furor amenazaba a su criatura. Ni siquiera ese fiero dios se libraría de su rabia, cuando sus hijos estuvieran en peligro. "El Furor cree que conquistará este país con sus brutales sajones, con sus anglos arteros y sus feroces jutos y pictos. Pero él no es el único dotado de profecía. Yo veo un futuro en el que la magia celta une los paganos al dios crucificado y desafía al Furor. ¡Contempla!"

De la orilla de las nubes invernales sobre los montes boscosos surgió un espejismo de elaborados castillos: torres hialinas y edificios amontonados, inmensos como riscos, y carreteras alzadas sobre enormes pilares, viaductos que serpenteaban suaves como cintas de terciopelo entre las torretas de cristal del futuro.

Hermana Wyrd

Verthandi, en su vestido puro como luz de luna, se arrimó a Rex Mundi en el Asiento del Exterminio, que ocupaban juntos, y lo tocó con un perfume alpino de cumbres ventosas. "Si me das el tesoro del Dragón en tus bolsillos, te mostraré todas las maravillas del mundo tal como son en este instante. ¿Quieres volver a ver el lugar en el que viviste libre una vez, Lord Mono?"

La bestia en Rex Mundi chirrió de deleite cuando la Norna deliciosa le acarició sus mechones gena en la frente simiesca y se asomó, ávido, a los ojos oscuros, penetrantes del cuerpo ensamblado, frente a los cuales se desplegaba una visión.

La luz del sol atravesó altas galerías de lianas espirales y plantas colgantes, sesgándose entre cambiantes vapores y los pálidos troncos de inmensos árboles. Aves trinaban y revoloteaban en el aire que la luz transverberaba, y monos chillaban peleándose por una fruta espachurrada. En las cámaras oscuras de la jungla, mariposas cintilaban como pavesas al viento.

Animado por la dicha de Lord Mono al ver su morada, Dagonet se atrevió a pedir desde los psíquicos adentros de Rex Mundi: "Déjame ved otda vez eu citio en que cdecí a mi atdofiada hombdía."

Los ojos escarchados de Verthandi se oscurecieron de tristeza. "Verías otra vez el lugar en que conociste un día la felicidad, Dagonet, pero cuando te marchaste, avergonzado de tu enana estatura, y dejaste la finca familiar al cuidado de tus hermanos menores y de tu hermana, llegaron los guerreros-lobo. Lo que ahora hay no es ya lo que hubo una vez."

Todos los muros de la villa estaban tapados por yedra negra, destrozadas las acanaladas columnas, alfombrados los mosaicos de reptante cuscuta. Dejando atrás urnas quebradas, la visión entró en un penumbroso interior de baldosas levantadas,

ladrillos caídos sobre mustia maleza y techos de yeso vencidos que colgaban como ropa ajironada.

"¡No puedo ved maz! ¡Apadta ezta vición de mí!"

Antes de que Merlín pudiese hablar, Azael se hizo con la lengua de Rex Mundi. "Muéstrame a Dios. La seguimos aquí, al frío y la oscuridad... y no la hemos visto desde entonces. Los Señores del Fuego dicen que Ella está aún aquí. Si es así, ¿dónde se La puede hallar?"

La Hermana Wyrd suspiró, después posó sus labios deliciosos cerca de la oreja hirsuta de Rex Mundi y suavemente murmuró una triste canción alpina.

En un rayo de luz, se congregó una muchedumbre de protozoos, cuerpos transparentes que pululaban en las vastas estancias de un palacio de agua demasiado diminuto para que el ojo mortal pudiera verlo. Al unísono batían sus cilios, excitados por las energías del movimiento browniano y los invisibles campos magnéticos que los circundaban.

No entiendo uo que eztoy viendo. ¿Qué zon ezaz cozaz?

"¡Minúsculos, hambrientos bichos, idiota!", le espetó Azael.

"Estás viendo el sitio en que Ella está ahora... la danza", replicó la Norna, molesta por la rabia del demonio. "A Ella le gusta bailar."

Antes de que Azael pudiera decir más, Merlín capturó la lengua de Rex Mundi. "Muéstrame a Arthor. Muéstrame al alto rey de Britania."

Verthandi sonrió y se arrimó aun más a Rex Mundi, dejando que su cabello pálido cubriese el rostro bestial del mágico ente con un aroma como el del almiar.

Madre María, mi hermano Cei está muerto. Mi miedo de Morgeu lo envió a esta misión desesperada que lo ha asesinado. Debería haber dejado partir a Lot, tal como él mismo pidió. Solo por la noche en mi tienda, prieto el rostro contra el lecho, recuerdo nuestros años de infancia juntos, cuando yo superaba a aquel bruto en cualquier actividad —equitación, arco, espada, natación, matemáticas, lenguaje, filosofía—, en todo. Se ponía bilioso. Creo que ésa era la razón de que Kyner insistiera en que yo, un expósito, participase en cada aspecto de la educación de su hijo, para aguijonearlo a competir más y más esforzadamente. Superarlo satisfacía mi rabioso corazón y aliviaba mi amargura por la baja estofa de la que creía haber nacido. Pero ahora, al pensar con qué suficiencia sonreía al ver sus frustrados accesos de ira cada vez que lo vencía con mi destreza, lloro por él. No le he confesado esto a nadie, ni a Kyner siquiera, al que he visto derramar lágrimas en la capilla por su hijo perdido. Pero no me avergüenza decírtelo. Tú conoces mi corazón y sus ansias. Tú conoces las sombras de miedo y de duda que turban mi corazón. Y tu sabes que Cei, a pesar de todas sus faltas, era digno de un amor mejor que el mío.

Jinetea del Viento Norte

El rey Arthor se sentó en consejo con sus comandantes en un pabellón cuyas paredes de lona se combaban con el viento bramante. Una pestaña abierta revelaba campos helados bajo un cielo de escarcha. Hogueras ardían separadas por amplias distancias entre las numerosas tiendas del ejército y el humo se ajironaba y volaba en forma de furiosas, negras arpías que la zarpa del viento esculpía.

"Hemos de ir al norte", declaró Urien. Como el resto, ocupaba una silla de

campaña cubierta de piel de marta ante una mesa plegable que exhibía mapas desenrollados y claveteados por las esquinas. "Aunque el invierno se nos viene encima, lo mismo nos pasará con las tribus septentrionales. Han rodeado a los defensores de nuestro Muro cruzando las aguas de Bodotria e Ituna. ¿Qué clase de guerreros dementes son ésos?"

"Jinetes del Viento Norte", dijo Loe, encorvados los hombros y el puño en la boca bigotuda. Desde que oyera la noticia de la muerte de Cei, desesperaba por su esposa. "Creen que el dios de las tormentas los guía con el viento y los protege con granizo y nevisca. El invierno no es obstáculo para ellos."

"Pero lo es para nosotros", intervino Marcus. "Con Bors en Londinium, no hay ningún ejército importante en el norte para reforzar el nuestro. Estamos solos."

"Por eso atacan los sajones." Urien abrió varios mensajes traídos por las aves y los arrojó en medio de la mesa. "Hemos recibido noticias terribles de ciudades del litoral que han sido quemadas: Segedunum, Pons Aelius, Glanoventa, Alauna. Y peor aun, peticiones de ayuda de ciudades del interior sitiadas por esos Jinetes del Viento Norte. Brocavum, Vindomora, Lavatrae y Braboniacum están todas en peligro. Tenemos que asistirlas."

"¿Por qué se ha llevado Bors Bona su ejército al sur?", gruñó Lot. "Ha abierto el norte a los invasores y nos fuerza a combatirlos en invierno. ¿Espera que esta campaña nos debilite o... nos destruya? Quizá por eso no ha rendido homenaje. Está aliado con ese mamarracho oriental de Syrax, que se entiende con los *foederatus"*

"No, no Bors", dijo Marcus con un sombrío gesto de cabeza. "Conozco al hombre. Odia a los invasores con vehemencia y nunca entraría en una alianza con ellos. La gente que tengo en su corte asegura que se llevó el ejército a Londinium para disuadir a Syrax de capitular ante los *foederatus.* Pero cuál es la razón de que permanezca allí, eso no lo sé. Hemos de marchar de inmediato al sur, a Londinium."

"¡No!" La musculatura de los hombros de Urien se hinchó y el cabello blondo como sal le cubrió el rostro, cuando se inclinó sobre la mesa y apuñaló con un dedo el mapa de las tierras altas. "Si perdemos esto, los pictos dominaran las elevaciones. Los sajones cuentan ya con bases en las tierras bajas y nosotros quedaremos en medio de una tenaza mortal. Hay que ir al norte."

Arthor miró a Kyner, que, contra toda costumbre, permanecía callado en su silla. La evidencia de la muerte de Cei lo había dejado vacío por dentro y había hablado muy poco desde entonces. "¿Qué aconsejas tú, padre?"

Kyner no se inmutó y su voz pesada sonó como desde muy lejos: "El rey protege a su pueblo."

Arthor asintió con la cabeza y se levantó. "Vamos al norte, al invierno... y aplastaremos a esos Jinetes del Viento."

Nieve en Londinium

Como en un sueño polar, olas de nieve caían sobre Londinium. Severus Syrax, el conde Platorius y Bors Bona se hallaban en la alta terraza del palacio del gobernador divisando el río Támesis, sus aguas grises que humeaban en el aire frígido. Raras maderas ardían en los braseros sobre trípodes colocados hacia el viento, de modo que volutas de fragante calor bañasen a los nobles.

"Varios de mis centinelas en el palacio y en la carretera que sale de la ciudad identificaron a la mujer que dirigió el ataque de los vampiros como Morgeu la Fey",

anunció Bors Bona.

"Absurdo." Las bolsas color ciruela bajo los ojos cínicos del conde parecieron más oscuras aun por el contraste con sus mejillas, que el viento enrojecía. "A Morgeu la Fey se la acusa de cada maldición que cae sobre el país. Cuando la lluvia es excesiva, cuando hay sequía en Atrebates, los labriegos señalan a Morgeu."

"Mis centinelas no son campesinos supersticiosos." Bors Bona tenía un aspecto feroz bajo su casco tachonado y su coraza de bronce. "A Morgeu la conocían ya. Fueron muchos, y por separado, los que la vieron. Mis hombres no se equivocan. Es Morgeu la Fey quien ha secuestrado a Merlín."

Platorius alzó una tupida ceja. "¿No te inquieta, *magister militum,* que este señor de la guerra haya apostado sus centinelas por todo Londinium?"

"Fui invitado a venir aquí... al igual que tú." Bors dio un paso hacia Platorius y, aunque era más bajo, parecía más grande.

"Yo no vine con un ejército", contraatacó el conde.

"Tú no tienes un ejército." El aliento vaporoso de Bors Bona se deshizo en el viento. "Tus miserables fuerzas son voluntarios de reserva... vasallos que prefieren dedicarse al campo que combatir."

"Basta." Severus Syrax se interpuso entre los dos hombres. Los rizos negros que le asomaban bajo el gorro de piel de zorro blanco no se movían con el aire vigoroso, tan untados estaban de aceites aromáticos. "No podemos permitirnos peleas entre nosotros. Tenemos enemigos terribles en contra. Hasta hace una estación, Merlín servía al advenedizo Arthor. Pero ese brutal muchacho no quiere la paz. El Martillo de Hierro de Kyner se mofa de la oferta del rey Wesc. El comercio con sus tribus, un comercio que no sólo traería tranquilidad a estas islas sino también prosperidad, no basta para él. Ésa es la razón de que Merlín lo haya abandonado y hable por los *foederatus* ahora."

"Pero ¿a qué precio compraremos esa paz con los *foederatus*?", preguntó Bors. "¿La esclavitud? Nosotros somos cristianos. ¿Habremos de tener a paganos por amos?"

"Eso es lo que Arthor querría que creyésemos", replicó Syrax. "Teme que aceptemos la oferta del rey Wesc y nos demos cuenta de que el comercio pacífico... y lucrativo... es posible. Por eso envió a Morgeu la Fey en busca de Merlín."

"Pero todo el mundo sabe que Morgeu odia a Arthor." El conde se alzó el cuello del manto contra la nevisca. "¿Por qué iba a servirle ahora?"

"Su marido, el jefe pagano Lot, ha rendido homenaje a Arthor", respondió Syrax. "Morgeu, como cualquier madre ambiciosa, piensa en sus hijos. Cree que los sentará en el trono de Britania, a su debido tiempo. Para ellos conspira, y para nuestro mal. Hemos de mantenernos unidos contra ella... y contra el mal que proviene de su hermano, Arthor el cruel."

Las Estancias de la Muerte

La carreta cubierta se aproximó a Verulamium bajo una nieve borrascosa. Morgeu apartó a los caballos de Watling Street y los condujo por el rodado sendero hacia la cima del promontorio y la capilla que reconvirtiera en santuario pagano. "Percibo a alguien esperándonos en la ermita", dijo Gorlois, los ojos argénteos entrecerrados. "Es un hombre peligroso."

"Calla, padre." Morgeu chasqueó con las riendas y los animales tiraron con más fuerza por la cuesta. En todo el gris paisaje, el único sonido era el crujir de los ejes, el resuello de las bestias y el lento batir de sus cascos la nieve. "Quédate en el carro. Yo

me ocuparé de esto."

Cuando el vehículo se paró con un balanceo ante la ermita, cuyas piedras negras bordaba de nieve el viento, Morgeu saltó para subir los tres escalones helados hasta la puerta rota. En la penumbra interior, rayos de polvo níveo abrían fieros caminos desde los agujeros en la techumbre y las grietas en los muros, cruzándose entre los bancos destrozados. Un hombre grande y de anchas espaldas, acurrucado hasta ese momento junto a un fuego escuálido, se puso en pie.

"Morgeu... por fin has vuelto." El gigante se acercó a ella, aplastando al caminar los huesos de las liebres que atrapara y consumiera. "He venido para llevarte de vuelta a tu marido, lord Lot."

Con dedos danzantes, la hechicera agarró del aire el nombre del intruso. "Cei, hijo de Kyner. Aproxímate más a mí. Sí, ven más... más cerca..."

Cei avanzó. A su tercer paso, halló el vacío y se hundió en el abismo. Mientras caía, atisbo el borrón casi líquido del rostro redondo de Morgeu y su voz fiera se le grabó en el cerebro:

"¿Osas recogerme como equipaje que llevar a su dueño? Por esta insolencia, cae, Cei, hijo de Kyner. ¡Cae a las Estancias de la Muerte, el asilo de los muertos malditos!"

Morgeu arrojó una risa furiosa tras él, colérica ante la sola idea de ser poseída por alguien, ni siquiera por Lot, el padre de sus hijos. Y la risa se ensortijó en un grito de exaltación al pensar que había condenado al hermano de Arthor: otra pequeña retribución por el crimen que Merlín cometiera contra su hijo nonato.

Cei cayó en picado a la oscuridad, enormes los ojos contra las ciegas profundidades, el cuerpo desbrazado y el grito atónito perdiéndose en la precipitación del aire tórrido. Y parásita en su cerebro, la voz de Morgeu continuaba, sonora e inescapable como un pensamiento: "Las puertas de las Estancias de la Muerte se abren para los vivos sólo un día al año...y no este día. Así que deberás esperar para entrar en el asilo de Hel, ¡esperar hasta que mueras!"

Chocó contra un suelo esponjoso y el golpe se le llevó el aliento. Luchando por respirar, se puso en pie y un hedor pútrido le abrasó boca y pulmones. Miró alrededor, espantado, consciente del tufo feculento y el reverberante silencio en el que podía oír su sangre correrle salvaje en el cuerpo y decirle que había llegado al destino más negro del alma.

Hórridas formas emergieron de la oscuridad, silueteadas por una vaga fosforescencia: encorvadas figuras humanas de mandíbulas dislocadas y ojos vacíos o habitados por verdes sombras lo buscaron a tientas. Puertas de barrotes azabache los detuvieron y se apretujaron contra ellas, apenas visibles, en completo silencio, mudos fantasmas tan íntimamente fundidos con la oscuridad que parecían las mismas prefiguraciones de la última nada.

Campos de Nieve

Una ventisca se había tragado al ejército del rey Arthor. La nieve volaba densa, dolorosa como un enjambre de abejas, pegando al cielo la tierra, y en ella se desvanecía toda dirección. En los bosques se zambulleron, con la esperanza de evitar los vientos aniquiladores y pronto se hallaron en un mundo faerïe de formas borrosas y mudas, y ramas ponderosas que abruptamente cedían bajo su carga helada. Continuas ráfagas tejían halos alrededor de todas las cosas.

"Es la ira del Furor", gruñó Lot cuando Arthor lo llamó pidiéndole dirección en la

blancura del bosque. "Pide ayuda a tu Dios. No hay alma mortal que pueda hallar el camino por estos campos de nieve."

Arthor siguió el consejo del jefe celta y ordenó a los sacerdotes del ejército rotar en la celebración de una misa continua. Pero las plegarias parecían desprovistas de su efecto, como si la nieve remolinosa cancelase las súplicas tan implacablemente como borraba toda dirección. Entre las agitadas copas de los árboles, un viento oceánico se llevaba los cánticos sagrados y los ruegos desesperados de los sacerdotes y el rey por igual.

Bendecido por vastas provisiones, el ejército acampó entre los árboles amortajados y los carros cubiertos de nieve y luchó por mantener sus fuegos nutridos de leña diaria. Centinelas alertas, pateando el suelo alrededor de los fuegos de guardia en un intento vano de sobreponerse al frío y al aguanieve, engañados continuamente por el deslizarse del viento blanco entre los árboles, daban la alarma día y noche. Nadie hacía caso de los ásperos gritos hasta que el metal repicaba y seguían clamores heridos.

Los guerreros-lobo, acosaban al ejército. Surgían de pronto de la salvaje ventisca, carambanado el cabello, y mataban a soldados incautos para desaparecer de nuevo en las profundidades espectrales del bosque. El suelo era demasiado duro para las tumbas; los cadáveres de los que recibían honras fúnebres yacían helados en criptas de nieve, mientras que los de los enemigos ardían en piras en los campos desnudos y su humo grasiento ascendía como en danza de guerra a través del mundo blanco.

"Al sur, sire", suplicó Bedevere al rey. "Abandonad el norte a esta helada. La nieve se tragará al enemigo como ha hecho con nosotros. Volved el ejército al sur. Avanzaremos con lentitud, desde luego, pero eso será mejor que seguir aquí acurrucados mientras el viento nos entierra."

"¿Y dónde está el sur, Bedevere?" El rey alzó la cortina de su casi hundida tienda con una explosión de fuego níveo y contempló la vaporosa ventisca. "¿Dónde hay alguna dirección en este mundo abandonado?"

Bedevere sostenía una aguja de sastre. "Esto ha estado en contacto con un imán... ahora mirad." Arrancó una astilla de la mesa plegable, fijó a ella la aguja y la dejó flotar en un plato de esteatita lleno de nieve fundida. Cada vez que el mayordomo giraba la aguja sujeta al trocito de madera, ésta apuntaba cíe nuevo en la misma dirección. "Los moros del Gujarat la llaman *bait al-ibrah,* 'casa de la aguja', y la usan para navegar. Siempre señala el norte."

"¡Increíble!", gritó el rey y dirigió a Bedevere una mirada rutilante. "¡Eres tan sorprendente como Merlín! Por la mañana levantamos el campo. Ahora que conocemos nuestra dirección, vamos en ayuda de las ciudades del norte."

Mensajeros de los Muertos

Los habitantes de Verulamium vieron las llamas verdes que parpadeaban en la colina cuya capilla Morgeu reclamara para el culto de Hel, diosa de los Muertos. Los sacerdotes agitaron incensarios y oraron, pero no se atrevieron a entrometerse y las llamaradas de fuego verde aparecieron cada noche. En los depósitos de vegetales, a las cebollas les brotaron zarcillos verdes, la cebada se volvió velluda de raicillas y las castañas explotaron en vástagos descascarados como si la primavera se hubiera filtrado en los lugares oscuros. Las yeguas parían al viento helado, las ovejas soltaban sus

corderos en la nieve. Y, más extraño aun, a la leña almacenada —los maderos cortados de roble, avellano, sauce, álamo y espino— le salían renuevos y florecía con melosos capullos.

La magia de fertilidad que empleaba Morgeu vencía al invierno pero no podía desalojar el alma de Gorlois del cuerpo de Merlín. Cada noche, Terpilius se levantaba de su lecho de tierra y se unía a Morgeu entre sus humeantes turíbulos y las verdes llamas declinantes que ardían en sus páteras porta-deseos. Luego se ensortijaba sobre ella, cuando la bruja yacía en el altar velado de negro junto al largo y desgarbado cuerpo que ocupaba Gorlois. Con su hambre, se afijaba a la sangre-raíz en las entrañas de la mujer, prieto el rostro contra su vientre y las manos extendidas en el pecho de la forma del mago.

Pero el alma de Gorlois no podía ser librada de la carne que la hurtara del vientre de su hija y madre. Terpilius gemía con cada ráfaga de fuego verde que proyectaba fuerza vital, a través de él, de Morgeu a Gorlois. Aunque el alma inmutable de Gorlois lo frustraba, el calor de la sangre lo excitaba. El cuerpo de Merlín esperaba para ser pasto del vampiro, pero sólo después de que el alma foránea lo hubiera abandonado. Y no parecía estar dispuesta a moverse.

Morgeu se quitó a Terpilius de encima y se sentó con un graznido de derrota. "¿Qué falla?"

El vampiro se escabulló del templo, como hacía cada noche después de fallar a la hechicera. Los malogrados esfuerzos sólo servían para azuzarle el hambre y se deslizaba a la oscuridad para saciar su necesidad, en los llanos de la medianoche, con otros perdidos viajeros.

Gorlois se enfriaba más y más cada día. Dejó de hablar totalmente y menguó como una chispa parpadeante en la carne frígida del mago. Por fin, una mañana de febrero en que la nieve era un vendaval de plumas, los mensajeros de la muerte llegaron a buscarlo. La belleza del mal brilló en sus ojos grandes, que centraba no la oscuridad sino una luz atrapada como rocío en rostros más finos, más duros que los de los vivos, y en sus cabellos rojizos como franjas de ocaso o como trazos de sangre fresca.

"¡Marchaos!", exigió Morgeu. "No se irá con vosotros."

Venir él debe. Con silueta de hombres y sus manos de tiempo extendidas, permanecieron inmóviles en el fúlgido umbral. *Venir él debe... o tomaremos en su lugar las almas de tus dos hijos, que han sido ofrecidas a las puertas de los muertos.* Sus largas manos se abrieron y, en las palmas oscuras, brillaron los mechones de Gawain y Gareth que Lot le diera a Cei como talismán.

Todo Lo Que Es Verdad

"Ya hemos visto bastante", dijo Merlín por Rex Mundi en el ferruginoso y corroído Asiento del Exterminio. "Tengo un regalo para ti, hermosa Verthandi."

"No me enseñes regalo ninguno, Rex Mundi", repuso la deliciosa mujer, un soplo su aliento de amanecer primaveral. "Quiero todo lo que tengas del tesoro del Dragón... y a cambio te mostraré todo lo que es verdad. Verás todo lo que es tal como es ahora mismo."

"Eres muy amable." Merlín habló rápidamente, antes de que los demás que compartían el cuerpo pudieran dar voz a sus deseos. "Pero nos hemos demorado demasiado ya en el Árbol de la Tormenta. Si el Furor nos encuentra aquí, estamos perdidos."

"El Furor está muy lejos, en estos momentos." Verthandi sonrió y se apretujó, a través de sus ropajes de sombras de luna, contra el cuerpo largo y flaco de Rex Mundi. "Míralo tú mismo..."

El dios ciclópeo vagaba por la luz fluorescente del Hogar, mucho más abajo en el Árbol del Mundo que la Rama del Cuervo. El Hogar, Asgard, iluminado por el brillo de vapores lunares y humo de estrellas, resplandecía cálidamente con sus vigas de cedro adornadas de trofeos de caza: enormes cornamentas de ciervo, pieles de lobo y de serpientes de fuego. Guarda de las Manzanas del Ocaso paseaba con su amante, y sus cadenas de oro y muselinas fluían contra su cuerpo grácil. En la mano, tenía una vaina incrustada de los rubíes y zafiros que Rex Mundi le diera.

La vasta barba del Furor escondía una sonrisa de satisfacción, pero su ojo gris destellaba al contemplar el joyoso regalo. "¿Y qué le diré de esto a mi mujer?"

"Dile lo que quieras", respondió Guarda de las Manzanas del Ocaso con voz baja de deseo, guiándolo hacia el inmenso lecho de roble.

¡Ya hemoz vizto baztante! Ece gdan dioz me pone uoz peuoz de punta.

Rex Mundi se zafó del abrazo con aroma de estío de Verthandi.

"No me desdeñes." La Norna se apartó el cabello rubio del rostro ceñudo. "¿Preferirías recuerdos de la Tirana del Pasado... o atisbar lo que *puede* ser de la Esclava del Futuro?"

"Mi rey me necesita", dijo Merlín a través de Rex Mundi. "No puedo perder más tiempo aquí."

"Déjame besarte la frente y lavarte de todo recuerdo de reyes", le susurró ella, íntima. "Olvida el pasado. Ya has vivido tiempo suficiente en dos mundos a la vez."

Merlín sacó un diamante del bolsillo y lo sostuvo entre índice y pulgar. "Tómalo como tributo nuestro a tu belleza."

"Mi belleza no necesita ningún tributo, sino tu devoción." Le apartó gentil el brazo y se acurrucó contra él con el olor genital de los bosques húmedos. "Te revelaré cosas secretas... la guarida del Dragón, las Nueve Reinas, las vidas de otros mundos..."

El diamante en mano de Merlín se hizo de pronto más brillante, inflamado por la energía del Señor del Fuego dentro de Rex Mundi. Al verlo, Verthandi se quedó en silencio. Sus ojos escarchados miraron desvalidos como los de una foca. Tomó la gema y desapareció.

Infierno

Cei vagó por la gravilla chamuscada que discurría entre chabolas de cartón alquitranado apiñadas en los grises arrabales de una ciudad gótica, donde columnas de humo ascendían hacia un cielo escuálido cargadas de hollín y alquitrán. Los guardianes de las puertas de rojizas cabelleras y bellos rostros malévolos habían tomado de él los mechones que le confiara Lot. A cambio de estos talismanes, lo habían conducido aquí, a esta ciudad de perfidia.

Solo, cruzó una explanada de vías de hierro y traviesas de madera sobre la negra grava. Caminó por encima del hierro para no pisar charcos de residuos verdes, hasta que la vía se curvó hacia un túnel manchado de humo. En un mojón, vio escritos los números romanos MCMLVII y se preguntó en voz alta: "¿Mil novecientos cincuenta y siete?" Otras letras encima de la inscripción carecían de sentido para él.

"¡Guardianes!", clamó contra el rancio cielo, fustigado por las llamas que saltaban de las chimeneas. "Guardianes, ya he caminado bastante. ¡Tomadme otra vez!

Librodot

Llevadme de nuevo a las puertas."

Nadie respondió. Amoratado por la caída, desconcertado por todo lo que veía, empezó a llorar. Había cruzado la Britania invernal, en parte a pie, eludiendo forajidos, cazando liebres para alimentarse y ni una sola vez se había desesperado. En batalla, rodeado de enemigos y por los gritos de los moribundos y caballos heridos, no se había desesperado nunca. Pero aquí, en esta pétrea fortaleza entre bloques resquebrajados de cemento y gigantescos soportes de hierro negro con frías linternas de luz roja y verde, desesperó por su cordura.

Atravesó un paisaje de más raíles ocupados por grandes vagones de hierro y ruedas metálicas, algunos de ellos con rótulos que casi distinguía: *Midland Railway.* Hombres mugrientos con ropas abolsadas y un balanceo de cajas de herramientas llegaban haciendo crujir la gravilla y Cei se apresuró hacia ellos, llamándolos con voz robusta. Pero aquéllos no le prestaron ninguna atención; cuando hizo gesto de intentar detenerlos, pasaron a través de él como si fuera humo.

Entre casuchas inclinadas de madera junto a la vía, halló a otros, jóvenes vestidos de téjanos y chalecos cortos de cuero, con un torniquete en los brazos como para sofocar una herida rebelde. Pero heridas no tenían, sólo morados azules en la sangradura del brazo y ampollas de cristal que oscilaban hincadas en la carne por plateadas agujas.

Se acuclilló entre ellos y uno de los chicos de ojos vidriosos lo vio, balanceó ansioso su rubia testa y murmuró algo en una lengua extranjera. Cei trató de tocarlo, pero su mano pasó limpiamente a través del joven murmujeante.

Cuando el guerrero partió de allí, encontró un brote de plantas de tallos rígidos como alambres que surgían como de un pequeño cráter en el duro suelo. Pasó a través de él, un fantasma, una sombra en estas extrañas provincias del infierno. Cruzó un sumidero de arcilla seca y vagó por un pavimento ceniciento que se curvaba tras casas de madera de planchas ennegrecidas y descompuestas fachadas. En las esquinas de los ventanales vislumbró gente, pero nadie lo veía o desafiaba su espectral tránsito.

María Madre, estamos solos en un páramo de hielo y nieve. Bedevere me mira receloso por servirme de su mecanismo de dirección único para seguir hacia el norte, penetrando más y más en este yermo helado. He confiado en que Dios nos protegerá... y sé que es pueril. Dios nos ha desterrado del Edén para que breguemos en el dolor de este mundo caído. He sido arrogante al creer que podría expulsar a los invasores del norte... y ahora, desespero. María, te ruego, intercede ante el Padre. Pídele a tu Hijo que interceda también. Estamos, sufriendo. ¡Me he equivocado lamentablemente y estamos sufriendo!

Escupe La Luna

Los carros del ejército estaban helados y sus ejes giraban en constante agonía. La nieve lastraba los rayos de las ruedas. Los caballos, tapados con mantas y flanqueados por hombres con antorchas, luchaban por mover sus cargas a través de la nieve vaporosa. Laboriosamente, pulgada a pulgada, el ejército se abría camino entre los ventisqueros del bosque.

La 'casa de la aguja' de Bedevere ayudó a los lectores de mapas a situar el ejército en el mundo amortajado y avanzar penosamente hacia la vía más próxima: una carretera que les conduciría al norte, a Olicana, un municipio lo bastante grande como refugio

para los caballos y lugar de aprovisionamiento adicional para los soldados.

Materializándose a partir de la luz sucia, los guerreros-lobo atacaban una y otra vez a las esforzadas tropas. Irrumpían a través de los defensores, volcaban los carros y se llevaban tajadas de los caballos masacrados. Los asaltos hicieron al principio más lento el avance, luego lo detuvieron del todo, cuando los Jinetes del Viento Norte ocuparon definitivamente los bosques que rodeaban la carretera.

"¡Nos hemos arrastrado a una trampa!", se quejó Lot sombrío a Arthor durante el consejo del mando en el pabellón del rey al crepúsculo. "Nuestro lento avance ha permitido a las ágiles bandas del enemigo confluir alrededor de nosotros. Han sacrificado a unas pocas partidas de saqueo para probar nuestras fuerzas. Cuando llegue el alba, el grueso de los invasores golpeará."

Arthor hizo los preparativos que pudo. El terreno era demasiado duro para zanjas y palizadas defensivas, de modo que ordenó volcar los carros. Se anuló el límite de flechas que podían ser disparadas en una confrontación y los sacerdotes permanecieron despiertos toda la noche, moviéndose entre los hombres, aliviando almas y bendiciendo espadas para la gran batalla por venir.

Pelotas de hielo cayeron durante la noche, un granizo fiero que castigó a los defensores no protegidos por el bosque. Al amanecer empezaron los gritos de guerra y oleadas de Lobos los cercaron, ligeros de pies como si al combate los portasen vientos avendavalados. Cubiertos de pieles, los invasores arremetieron con furia animal, como si el bosque hubiese vomitado a sus bestias.

En lo peor de la batalla, cuando los bestimanos irrumpieron a través de las defensas, cuando el tumulto pisoteó los fuegos y arrasó las tiendas de estrategia, pasó por el cielo el ojo de la tempestad. Alrededor, todo el mundo era vacuidad, blancura, indistinción, mientras que en la altura, en un cielo perfectamente azul, una luna incompleta flotaba como calavera de cristal... como si el invierno se hubiese tragado la tierra y escupido aquella luna a continuación.

Una milagrosa tantara de cuernos sonó brillante bajo el cielo claro. Arthor y Kyner, que se hallaban de pie sobre un carro volcado en amarga contemplación de la destrucción de sus fuerzas, fueron los primeros en verlos: una larga línea de caballos musculosos braceando en la nieve, montados por los clanes del norte y portando los estandartes del dragón que recibieran al ofrecer homenaje al rey. Aidan, jefe del Castillo Espiral, dirigía la carga, con el hacha arremolinada en la mano y ansioso por saldar la deuda de su hija al joven rey.

Skuld

¿Qué ha ocuddido? ¿Pod qué eztamoz zouoz ahoda? ¿Dónde eztán uaz Nodnaz? No podemoz quedadnoz aquí muchuo máz. Eu dioz de un ojo uo vimoz con zu amante, pedo ¿vendda aquí cuando tedmine con eyua?

Rex Mundi permanecía silencioso, excepto por el parloteo nervioso de Dagonet. Incluso Lord Mono estaba callado dentro de la ensamblada entidad, mesmerizado aún por el aroma a lluvia estival de Verthandi, que perduraba en el espacio donde ella se sentara junto al ente mágico en el herrumbroso Asiento del Exterminio. Merlín contemplaba las laderas cubiertas de huesos de la mesa y, más allá, una serie de dunas que se ondulaban en la distancia como circundantes líneas de fuerza. En el horizonte, los astros se agitaban como puños contra un cielo burdeos y la luna pendía como cráneo quebradizo.

Por la tierra baldía llegaba una figura caminando, al principio descompuesta por los planos de calor que recortaban la distancia; luego entera y como si marchase por el aire; o chapuzándose, en vestigios de agua; después, por el suelo una vez más... una criatura, una niña pequeña, no mayor de cinco años. Su cabello color fresa le caía lacio con el calor, miembros y rostro los traía manchados de ceniza. Sobre su talle diminuto, oscilaba un vestido harapiento, marrón y moteado como si lo remendaran hojas muertas.

¿Quién ez eza niñua pequeñua?

"La tercera de las Nornas", respondió Merlín, "la Wyrd llamada Skuld."

¿Cómo uo zabez?

"Sencillamente lo sé."

La niña se deslizó por el último montículo de arena y escaló la mesa. No tardó en hallarse ante el trono gigante, con la cabeza inclinada hacia atrás y observando a Rex Mundi con una curiosa expresión en su carita sucia. "Tú no tienes que sentarte aquí. Ésta es la silla del Padre de todas las cosas."

Merlín se inclinó hacia delante y extendió un largo brazo que quedaba, sin embargo, muy lejos del alcance de la niña. "Ven, siéntate aquí conmigo", la invitó Merlín. "Me gustaría hablar contigo."

La criatura sacudió la cabeza. "Me das miedo. Y no tienes que sentarte ahí. Esa es la silla del Padre de todas las cosas."

"No pasa nada. Así lo han dicho tus hermanas, que han estado sentadas aquí conmigo hace justo unos minutos", aseguró Merlín; luego, trató de infundir a Rex Mundi un tono herido: "¿De verdad opinas que doy miedo?"

"Sí." Sacudió la cabeza vigorosamente. "Tienes una oscuridad dentro de ti que lucha con la luz."

Merlín intentó una carcajada, pero ésta brotó como un áspero grito que hizo retroceder dos pasos a la niña. "No tengas miedo de mí. Soy Rex Mundi, el Señor del Mundo. No soy un solo ser, sino muchos. Tengo dentro de mí a un mono, un hombre, un mago, y luz y tinieblas... pero no están luchando. ¿Luchando? ¡Oh, no! Están... bailando. Sí, bailando. Les gusta bailar. Son amigos de Dios."

"¿De verdad?" La niña se acercó un poco. "¿Conoces a Dios?"

"Intimamente." Merlín probó una sonrisa y la dejó desvanecerse cuando vio el horror en los ojos de la criatura. "Justo tu hermana Verthandi ha venido con nosotros a visitar a Dios en sus danzas en el palacio de agua. Azael... díselo a la niña, ¿no sois tú y el Señor del Fuego magníficos bailarines?"

Azael permaneció silencioso hasta que Merlín, mentalmente, dio voz a un pensamiento: *Cenizas de perro... ¡ése es tu destino como no salgamos de aquí!*

"¡Seguro! Me encanta bailar, preciosa niñita. ¡No sabes qué loco me vuelve!"

La cría extendió ambos brazos. "Quiero ver al mono."

Criaturas de Luz

Cuando los mensajeros de la muerte llegaron a por el alma de Gorlois y le mostraron a Morgeu los mechones de sus chicos, el corazón empezó a golpearle el pecho a la hechicera. "No podéis tener a mis hijos."

Entonces, a tu padre tomaremos. Sus alientos se cernían sobre ella con el triste olor de almohadones aplastados por enfebrecidas cabezas.

"¡No!" Morgeu retrocedió de las siluetas en la puerta con el cabello rojo coagulado por la nieve caída. La luz gris de aquel amanecer de febrero se ensortijaba en

torno a ellas como un aspecto más fúlgido de sus presencias, tejido de nieve y de las sombras de tormenta del aire invernal. En aquel resplandor, Morgeu no podía decir si había tres o cuatro mensajeros. "Ya no es mi padre. Ahora es mi hijo. Lo retengo en mi sangre-raíz."

El cuchillo cortará esa raíz. Una hoja de fuego se abrió como la llamarada de un relámpago en las manos del que estaba detrás, iluminando desde debajo por un instante un rostro de vergonzosa hermosura, lascivamente protervo, antes de que el cuchillo se ocultara otra vez. *Gorlois viene con nosotros, o a tus hijos tomaremos.*

Había contado tres; tres, definitivamente. Despacio, continuó retrocediendo, con las manos hacia atrás, hasta que percibió la tela del altar. "¿Quién os dio los mechones de mis hijos? ¿Quién se atreve a poner sus vidas en vuestras manos crueles, vuestras sucias manos?"

De Cei provienen estos mechones, a quien el padre mismo se los dio. Libremente dados y ahora libremente tomados. Entraron en la capilla, con el cabello como herrumbrosas púas en las sombras y sus figuras coaguladas en oscuridad, menos el fulgor de sus ojos hermosísimos.

"Entonces Cei puede recuperar los mechones que os ha dado." Habló apresurada, mientras sus manos hurgaban frenéticamente detrás tocando el caliente metal de una pátera porta-deseos en la que el incienso ardía aún. "Esos mechones no le correspondía a él darlos y puede exigíroslos otra vez. No se da libremente lo que no corresponde a uno dar."

Al asilo de los muertos malditos ha sido arrojado y ahora vaga a través del tiempo por venir, aguardando el mensaje que traemos, que a su errancia sin propósito dará fin. La voz que portaba estas palabras estaba cargada de cansancio, pesadumbre, la lobreguez del fracaso.

"Escuchadme, mensajeros de la muerte..." Con una mano agarró una pátera, con la otra un turíbulo caliente. "Yo mandé a Cei a sus vagabundeos atemporales. Yo lo recuperaré... y él reclamará los mechones que os ha dado. Y éste, el niño en mi sangre-raíz, es mío también. Ahora, no tomaréis nada de mí. ¿Me oís? ¡Nada!"

Morgeu extendió ambos brazos hacia delante, arrojando el turíbulo vaporoso y la humeante pátera a los siniestros visitantes. Sus golpes fueron precisos y cada uno de los implementos mágicos acertó a un mensajero reduciéndolo a humo. El tercero se precipitó hacia ella, apuntada la hoja relámpago a su matriz. Ella cazó el brazo del cuchillo por la muñeca, con sus dos manos, y se descubrió aferrando un miembro fuerte como el eje de un carro, mientras su rostro contraído confrontaba una faz de etérea belleza y desdeñosa maldad. Golpeó con la rodilla, halló una flacidez inesperada y le respondió un grito de hielo. El brazo del cuchillo cedió y ella tornó rápido la hoja para hincarla bien hondo en la criatura de luz.

La Guerra de Eufrasia

Los refuerzos de Aidan quebraron a los Jinetes del Viento Norte desde detrás, mientras éstos caían sobre el ejército del rey Arthor. Bajo el ojo azul de la tormenta invernal, celtas y britones masacraron a los pictos y los patullados campos de nieve, reducidos a fango bajo el ataque, resplandecieron de carmesí. Cuando el temporal de nieve empezó a aullar otra vez, el ejército del rey había terminado con los invasores. Los cadáveres se incorporaron en las piras que los consumían, atentos acaso al ascender de sus almas al cielo gris por la escala de humo grasiento.

"Toda Britania te muestra gratitud por lo que has hecho este día, jefe Aidan", dijo Arthor al guerrero celta cuando éste y sus comandantes entraron en el pabellón del rey. "Estábamos condenados, atrapados en campo abierto, hasta que tú caíste sobre ellos como la ira de Dios."

"La gratitud de Britania no ha de ser para mí, sire", respondió Aidan quitándose la capucha en presencia del rey y exponiendo las huellas de su vida dura, su aplastada nariz y su mutilada oreja. "Ésta es la guerra de Eufrasia. Mi hija insistió en que viniésemos al sur desde el Castillo Espiral para ofrecerte nuestras espadas en tu campaña septentrional. Yo y el resto de los jefes de clan consideramos imprudente el gesto en esta estación de tormentas, pero Eufrasia insistió en que, no estando tú dispuesto a aceptar su mano, la deuda de vida tenía que ser pagada con la sangre del enemigo."

"Le mandaré una carta de gratitud de mi propio puño y letra", prometió Arthor. "En este día, Eufrasia es la salvadora de Britania."

"Reserva tu mano para Excálibur, sire", dijo Aidan con una orgullosa sonrisa. "Eufrasia está aquí entre nosotros. Su arco derribó a una docena de enemigos... y desde lomos de su montura, por si fuera poco. Hija..."

De entre los norteños ataviados con sus faldas y *loricas* de cuero y metal, surgió un guerrero esbelto, un arquero con botas de cuero crudo, pantalones verdes, un jubón gris acolchado y un capuz blanco. Desatada la caperuza, las blondas trenzas de Eufrasia se derramaron hacia delante cuando la muchacha dobló la rodilla ante el rey.

"¿Has arriesgado tu vida por Britania?", preguntó el rey atónito. "Sólo la cabalgada invernal ya habrá sido ardua y peligrosa."

"He venido a servirte, rey Arthor", respondió ella alzando el mentón y exponiendo la curva confiada de su mandíbula, "yo, que no viviría este día, si tú no hubieras puesto tu vida en peligro por mí."

"Tú y tu padre os habéis ganado un lugar en nuestra mesa de estrategia." Arthor le tomó la mano y la urgió a levantarse. "Para el resto de esta campaña, vuestro consejo se unirá al nuestro."

Arthor no le soltó la mano, sino que la guió a la mesa en que yacían los mapas desenrollados. Horas antes no había creído poder volver a examinar estos dibujos. De pie ante ellos, la muchacha a su lado, Arthor la miraba atentamente mientras ella estudiaba el terreno y le parecía más hermosa de lo que había notado jamás.

María Madre, sé que tus plegarias a nuestro Padre nos enviaron a Aidan cuando más necesidad teníamos de él. Sus hombres fieros han destrozado el cerco en el que nos tenían los invasores y han reforzado nuestras filas. Y su hija... ésa inspira poderosos sentimientos en mí. Sin embargo, Madre amada, no puedo apartar de mi mente el terror que Morgeu instiló en mi con el espanto que compartimos. Al menos, Eufrasia no es un ser sobrenatural como Nynyve. Es totalmente mortal y ello la hace mucho más atractiva para mí. Si sólo lograse encontrar la fuerza en mi alma para destruir el maligno sortilegio de mi hermana. Ruega por mí, María. Ruega que pueda vivir para amar como un hombre.

EL Rey Wesc

Compacto, con una cojera de un accidente marítimo en su juventud, el rey Wesc

no tenía la apariencia de un monarca. Vestía con simpleza, camisas de lana rojas de manga larga y pantalones negros con calcetines incorporados. Sus altas botas exhibían serpientes gemelas repujadas en la cabritilla y también su jubón lucía ensortijadas sierpes. Aparte de esto, no había en él otro signo de su rango. Larga llevaba su orgullosa barba anaranjada y corto el cabello negro, como un campesino. No portaba ni daga ni espada y confiaba la defensa de su persona enteramente a sus guerreros.

La fe en sus hombres estaba bien impartida, pues éstos amaban a su rey, no tanto por su ferocidad como por su encanto y saber. Todos sabían que el rey Wesc era el amado de la Dama, la esposa del Furor. Ésta, que lloraba lágrimas de oro que se transformaban en ámbar en el mar, otorgaba sabiduría, presciencia y fortuna a los que amaba. Y amaba a Wesc por la fidelidad que le había mostrado desde la infancia, cuando, siendo el más joven de su familia y careciendo de todo derecho de herencia, se entregó no al rencor y la lucha por el país sino a la poesía sagrada, la pasión misma de la diosa. De escasa estatura, tenía poco que ofrecer como guerrero; tampoco tenía capacidad ninguna como *vitiki,* mago, ni decidor de verdad, que era quien resolvía disputas y cuestiones de honor. El ritual lo aburría y no hallaba lugar entre los templos. Toda su adolescencia, y hasta los primeros años de su madurez, dedicó su mano exclusivamente a la poesía sagrada.

Cuando los sajones necesitaron un legado que enviar a los anglos, jutos y pictos durante la primera época de los *foederatus,* escogieron a Wesc. Su elocuencia, su meliflua y melódica voz y su modesta estatura le aseguraban un feliz recibimiento entre estas tribus en conflicto. Para sorpresa de todos, probó valer más que un simple legado. La sabiduría que la Dama instilara en él surgió de formas inesperadas, proporcionando intuiciones bélicas en los consejos de mando que fueron decisivos para lograr asombrosas victorias una y otra vez. Su renombre como estratega, que ganaba tierras para cualquier asamblea a la que sirviera, acabó por elevarlo al estatus de líder.

Más tarde, Hengist y Horsa, los primeros grandes comandantes de los *foederatus,* murieron en batalla contra los Señores del Dragón de los britones. Wesc arribó a Britania para defender el país que aquéllos ganaran y lo logró por medio de una doble política de acuerdos comerciales con el *magister militum* de Londinium, por una parte, y envío de fanáticas sectas guerreras, por la otra, al oeste y al norte; poniendo en evidencia, de este modo, la prudencia de negociar con él y lo desesperado de luchar en su contra.

En la villa romana de Dubrae, que dominaba los blancos acantilados de piedra caliza y el Estrecho Belga que lo separaba de su tierra natal, siguió componiendo poesía sacra. Y conservó la compañía de un gato, el animal más querido de la Dama. La negra gata que lo seguía a todas partes no recibió nunca un nombre. Para él era la compañía de la Dama en este mundo. Paseando entre las columnatas sobre los blancos acantilados, recitaba versos concebidos para los dioses:

Señora, tú evocas las distancias
en los lagos fríos que tus ojos devinieron
sin rendir sus nubes—
y el ala negra del anacanto
que desgarrada fue tu sombra—
y la violencia, impensable, poseída,
la única que puede ganarnos la paz.

La Maquinaria del Infierno

Cei recorrió los tristes límites del infierno bajo chimeneas que escupían llamas y un palio de humo negro. Gatos vistos de soslayo se ocultaban de él, pero nadie más notaba su tránsito. Hierba gris, rígida y quebradiza, se aglutinaba alrededor de postes hincados en tierra y, ensartados a los postes embreados, cubriendo sus intervalos, se extendían cables tensos donde cuervos hacían oscura centinela. La negra ciudad humeaba por todas partes.

Contra aquel nefasto cielo, una cruz encrestaba una pequeña iglesia, un edificio de piedra cacarañada que languidecía entre un almacén de ladrillo ennegrecido y un terreno cubierto de maleza. Cristales rotos centelleaban entre cenizas en un jardín de miserias. Se abrió paso entre las juncias, cantando en voz alta súplicas a la deidad que prendiera estrellas en la tiniebla e instalara esta ciudad de perdición tan lejos de su tenue luz. Con sal de tristeza en la garganta, entró en el vestíbulo, sabiéndose indigno de bendición, pero agradecido al menos de descubrir este santuario aquí, entre la maquinaria del infierno.

El combado suelo de linóleo no se hundió bajo su peso y no aceptó la sombra que le hubieran podido arrancar los colores vinosos proyectados por las vidrieras, en las que reconoció las figuras de su salvación. Sollozando sus oraciones, se dejó caer de rodillas en el último de los bancos de la nave. "¡Padre, perdóname!", gritó tras concluir la Plegaria del Señor y empezó a recitarla de nuevo con los ojos, borrosos de lágrimas, fijos en el Cristo de yeso sobre el altar.

Un sacerdote de arrugada sotana negra caminó hacia él tambaleándose por el pasillo. Sus ojos, recorridos por sanguíneas telarañas, los dilataba la incredulidad; portaba una botella plateada en una mano y la otra lo guiaba incierta de banco a banco. Murmujeó algo en lengua extranjera; Cei se enjugó las lágrimas y preguntó blandamente: "Padre... ¿me veis?"

El cura entendió su latín y asintió con la cabeza sin dejar de aproximarse, siguiendo con su mascullar en lengua extraña.

Cei se puso en pie. "¿Me oís? ¿Me entendéis?"

"Sí, te entiendo", respondió el sacerdote en latín y bizqueó con sus ojos ruinosos al extender la mano para tocar la aparición. Pero no percibió nada, más que aire. "¿Quién... quién eres?"

"Soy Cei, hijo de Kyner, senescal del rey Arthor de Britania."

El cura se hundió en el banco delante de Cei, se sentó al revés, sobre una pierna doblada, de cara al corpulento personaje que vestía una harapienta sotana.

Cei percibió la incredulidad del párroco y movió la cabeza. "Oh, esto no es sino mi disfraz. Aquí... tengo la coraza debajo." Se quitó el hábito y mostró su peto de cuero negro con el dragón real repujado. "Mi espada... yo... yo... la perdí apostando."

El preste miró consternado la botella en su mano y la depositó gentilmente en el banco.

"Padre, me he perdido", dijo Cei implorante. "¿Me ayudaréis a encontrar el camino de vuelta al mundo de los vivos?"

Corceles Azules

La lenta caravana militar del rey Arthor se movió hacia el norte, contra el borde de aquel mundo bajo un hechizo de nieve. Tras aplastar a los Jinetes del Viento Norte

Librodot

bajo el atento ojo azul de la tempestad, el ejército del rey avanzó con eficacia de una ciudad septentrional a la próxima. Aunque las nieves prosiguieron de forma intermitente, los vendavales no retornaron y las columnas de infantería, las alas de caballería y los carros de la impedimenta viajaron a través de un desierto blanco y mudo como la faz de la luna.

Fiel a su palabra, el rey Arthor mantuvo a Eufrasia a su lado durante las sesiones tácticas y ella demostró ser una estratega eficiente, aunque excéntrica. Lot y Aidan proporcionaban informes precisos de un territorio que les era familiar, aunque desfigurado por gigantescos bancos de alabastro. Marcus y Urien proponían astutas maniobras militares para entrar en liza con el enemigo. Y Kyner, que penaba calladamente la pérdida de su hijo, seguía sin embargo resultando efectivo en la integración de las diversas fuerzas, de modo que la moral de las tropas era alta. Pero nadie se mostraba tan intuitivo como Eufrasia a la hora de ubicar con exactitud a los invasores y predecir sus movimientos.

Siguiendo su consejo, el ejército del rey a menudo expulsaba bandas de los bosques argénteos o de guaridas heladas. Y, aunque la muchacha se equivocaba a veces y enviaba escuadrones a inútiles incursiones en forestas carambanadas, su instinto protegía con frecuencia al rey de hostiles maniobras por los flancos y de inesperados ataques. Al principio, Arthor y el resto sospecharon que empleaba artes mágicas, pero Aidan frunció un fiero ceño antes tales insinuaciones y Eufrasia rió. "No tengo idea de magia", le confió al rey durante una de sus muchas cabalgadas juntos para inspeccionar las tropas y la jornada de marcha por delante. "Simplemente sé cómo buscar a los corceles azules."

"Muéstramelo", pidió el rey.

Desde el ventisquero de un cerro, señaló, más allá del blanco mundo cegador, al cielo cubierto. "¿Ves esos matices, esas transparencias en lo alto? ¡Corceles azules! Los Jinetes del Viento Norte los usan como cabalgaduras. Al principio, sólo lo sospechaba. Ahora estoy segura."

Arthor no veía nada en el cielo gris, aparte de las faces nacarinas de las nubes. Aun así, las percepciones de la mujer le resultaban lo bastante precisas para no desdeñar sus consejos. Cuando sus predicciones fallaban, Eufrasia aseveraba que los invasores habían percibido de algún modo el ataque del rey. El resto de los comandantes se miraban uno a otro recelosos, cada vez que Arthor primaba el consejo de la muchacha sobre los suyos... cosa que ocurría la mayor parte del tiempo. Incluso Aidan consideró insensato al rey por hacer tanto caso de los presentimientos de su hija. "No es más que una cría, sire", le dijo. "Y es famosa por su veleidad en todas sus decisiones... en hombres, especialmente. Ha animado y dado esperanzas a muchos admiradores. Pero no hay que tomarla demasiado en serio. No es más que una cría."

"Es un año mayor que yo", puntualizó el rey. "¿No soy yo entonces más que un crío, Aidan?"

Pronto corrió la voz por el ejército de que el rey había perdido el corazón y la cabeza a causa de la hermosa mujer del norte. Y, cuando Bedevere le comunicó estos rumores, Arthor sonrió atolondrado: "Es verdad... esta mujer es guerrero bastante para merecer mi amor."

Ir al Infierno

El viento invernal susurraba por el santuario de Hel como un coro de voces. "¿Las

oyes, hija?", preguntó Gorlois con los ojos plateados moviéndose nerviosamente en el rostro que robara a Merlín. "¡Esas no son voces cuerdas! ¡Son la cháchara de los condenados!"

Destruir a los mensajeros de la muerte había infundido a Morgeu poder suficiente para recuperar a su agonizante padre. Este se hallaba sentado ahora en el altar cubierto de telas negras, escuchando con la percepción que le otorgara el Furor la muda cacofonía de las voces. Morgeu circundó apresurada el altar, balanceando un turíbulo que humeaba con fragancia de lima y salvia. Trataba desesperadamente de purificar el sacro lugar del horrendo acto cometido. El éter de los mensajeros de los muertos maculaba el aire penumbroso con un grasiento hedor. Nada quedaba de sus cuerpos ni de su ardiente cuchillo, sólo el rancio tufo de la muerte.

Morgeu dejó el nuboso turíbulo en el altar y se detuvo ante el cuerpo vigilante de Merlín, cuyos ojos revelaban al alma aturdida de Gorlois. "Padre, escúchame." Tomó el escuálido rostro con ambas manos. "Vamos a ir al infierno. Tú vendrás conmigo. Necesito la visión sutil que el Furor te ha dado."

"¿Oyes los desvaríos de los condenados?", preguntó Gorlois.

"¡Padre! Si no me escuchas, morirás. Esas voces han venido a llevársete. ¿Me oyes?"

Su mirada de pronto crispada le dijo a Morgeu que sí, que la oía. "Me estoy muriendo."

"Sí. Te estás muriendo." La hechicera lo puso en pie. "Los mensajeros de la muerte han venido a buscarte. Pero no te tendrán."

Gorlois pateó el suelo con su bota de piel de lobo. "¡No quiero morir otra vez!"

"¡Bien!" Morgeu le abrochó los botones de ónice de su chaleco rojo. "Vivirás en mis entrañas y yo te traeré al mundo como hijo mío. Y llegado el tiempo serás rey de Britania. Pero ahora... ahora hemos de encontrar a Cei."

"¿Cei?" Gorlois inclinó su hirsuta cabeza hacia un lado. "¿Quién?"

"El hijo de Kyner." Morgeu lo cogió de la mano y se lo llevó del altar, por ciegos escalones, a las profundidades ofuscadas donde arrojara a Cei. "Has de ver a Cei ahora. Has de verlo con tu ojo fuerte."

Gorlois miró asustado la tenebrura. "¿Qué agujero es éste, hija? ¿Cómo ha llegado aquí?"

"El santuario de Hel, diosa de los muertos, tiene pasajes y descensos al reino oscuro. Mi magia ha abierto uno de ellos." Le pasó un brazo bajo el hombro y le ayudó a descender los escalones escarchados. "Ahora has de escudriñar las tinieblas y hallar al hijo de Kyner."

"¡Ah!" El poder del trance del Furor penetró con facilidad la oscuridad subterránea y reveló las ruedas rotas, las desmembradas muñecas, los camisones deshilachados que yacían esparcidos a lo largo de la colosal escalera espiral hacia la muerte. El hombre vivo que cayera por aquí no mucho tiempo atrás había dejado una titilante estela en el aire, el efluvio cálido de su vida. "¡Veo dónde ha ido! Lo encontraremos."

Hacia abajo rengueó, ayudado por su hija, cuya pálida tez brillaba, bañada en una luz como el polvoriento riel de las alas de la polilla.

EL Otro Lado de las Estrellas

Rex Mundi alargó los brazos desde el corroído y oxidado Asiento del Exterminio

y le ofreció su velluda mano a la pequeña niña en harapiento vestido pardo. Ella trepó laboriosamente la agujereada base del trono, arrancando escamas de herrumbre, hasta poder asirse de la mano tendida. Subida al gigantesco asiento metálico, se alzó ante el hombre bestial y se quitó del rostro hollinoso las mechas de cabello color fresa que se lo cubrían. "Me llamo Skuld." Balanceó de forma ausente una de sus escuálidas piernecitas mientras observaba al extraño y estampó la estropeada suela de corteza de árbol de su sandalia en el hierro descamado. "Muéstrame al mono. Quiero ver al mono."

Uodd Mono, mida, tenemoz una nueva amiga pada ti.

Rex Mundi ofreció sus manos correosas a la cría y puso luego sus pequeños deditos contra el hirsuto rostro. La niña sintió a Lord Mono mirarla y cerró los ojos y lo vio retozar el resto de los días que le estaban destinados.

"¡Es tan divertido!" Dejó escapar una risilla y apretó el rostro contra la máscara salvaje de Rex Mundi. El cuerpo cubierto de blando pelaje olía a almizcle, a tierra índigo. "Lord Mono, vivirás muchos días felices aún."

"Sólo si el Furor no lo desuella", dijo Merlín en voz alta.

La niña se apartó, alarmada. "¡Si lo coge! No deberíais estar aquí. Os aplastará. Pero Lord Mono es pequeño y ágil, y encontrará el camino al otro lado de las estrellas. Lo hará cuando todos los demás estéis bien chafados."

¡Meduín, no me guzta ezto! Noz eztá pdediciendo un deztino fatau.

"Oh, sí, pequeño hombrecito", asintió la cría con un cabeceo. "Pronto no seréis más que huesos en aquellas cuestas. El Padre de todas las cosas os hará pedazos."

¡Oh, pod favod, ayúdanoz!

"No puedo ayudaros, pequeño hombrecito." Skuld encogió sus hombros huesudos. "Estáis donde no os corresponde. Moriréis aquí."

"Sí puedes ayudarnos a bajar al otro lado de las estrellas", replicó Merlín alargando la mano y tomando del brazo a la niña.

"No. Eres demasiado grande. Los Asa y los Vana os verán."

¿Aza y Vana? ¿Quienez zon?

"Los dioses, Dagonet", respondió Merlín. "Los dioses guerreros y de la fertilidad del Árbol de la Tormenta." Dio un apretón gentil a Skuld en el brazo. "Yo sé que puedes ayudarnos."

"No quiero ayudaros." La niña se zafó de Rex Mundi. "El Padre de todas las cosas se pondrá como un loco conmigo."

"No lo hará, Skuld, porque no llegará a enterarse. Estará demasiado contento para enterarse." Merlín vació los bolsillos de su ropa mágica y llenó su gorro cónico de los diamantes, rubíes, esmeraldas y zafiros del tesoro del Dragón. "Toma esto y échalos desde la Rama del Cuervo, por el extremo que descendamos."

¡Diztdaedán a uoz diocez! ¡Ezcapademoz cin que noz vean!

Skuld suspiró. "¡Qué piedras tan hermosas! Los Asa y los Vana se las pondrán en el pelo y las ropas y pensarán siempre con cariño en mí." Su carita sucia brilló con el reflejo de aquellos quilates de luz de colores. "Eres mi amigo, Rex Mundi. Quiero darte las gracias."

"Entonces, muéstranos el camino al otro lado de las estrellas."

Campo de Milagros

Cei observaba la triste faz del cura, sus capilares rotos, sus abotagadas carnosidades y sus ojos inflamados de rojo. "Estáis borracho."

"Sí, he bebido." El sacerdote se pasó la mano temblorosa por las sanguíneas

efélides del rostro e inclinó la cabeza calveciente, de un rojo pálido. "He intentado anegar mi crisis de fe."

"No es de extrañar que estéis en el infierno." Cei se puso en pie.

"¡Espera!" El sacerdote dejó, tambaleándose, el banco y cayó destartalado en el pasillo.

Cei caminó hacia la puerta sin mirar atrás. "No me podéis ayudar a hallar el camino. Vos mismo lo habéis perdido."

"¡Espera, por favor!" El párroco llegó volando al resplandor de la puerta abierta. ¿La había abierto él mismo... o el espectro? Martillos de alcohol le machacaban el cerebro más y más fuerte con la luz cegadora del día. Cuidadoso, descendió los escalones de piedra. Ya sobre el pavimento resquebrajado, espió al espectro, que marchaba como un oso bajo el cielo de carbonilla. "Tengo que hablar contigo..."

"Estáis borracho." Cei pasó a través del humo bullente que surgía de una rejilla junto a la acera y siguió por la calle enguijarrada, oscura.

"¿A dónde vas?" Con un pie en el sumidero, el sacerdote miró bizqueando, entumecido, a la corpulenta figura... una alucinación de la corte del rey Arturo, perfecta hasta en el mínimo detalle: botas de piel atadas hasta las rodillas, pantalones de pana negra, túnica acolchada y un coselete de cuero. ¿Qué *me está diciendo esta visión, aparte de que deje de beber?*

Cei avanzó a través del mundo extraño, ardiente. Una humareda tenue surgía de tubos y tanques en la turbia distancia, contra un cielo ceniciento. Un pueblo de pescadores se condensó gris en la bruma. No... no era un pueblo en absoluto, sino un tremendo espacio de postes de metal y palangres vallados por cables tendidos.

"Es una planta eléctrica", le dijo el sacerdote, cayendo en su lengua nativa mientras jadeaba por su esforzada carrera. Cuando vio que el otro no lo comprendía, dijo en latín: "Es un molino que hace luz."

"¿Que hace luz?" Cei miró alrededor aquel inframundo de residuos industriales. "Entonces, ¿por qué está tan oscuro aquí?"

El cura rió y tendió un brazo para detener al espectro, pero su mano tocó un vacío tenuemente frío. "No puedo explicártelo." Se aguantó las doloridas costillas, mientras recuperaba el aliento." ¿Cómo has llegado aquí?"

Antes de que Cei pudiera responder, el trueno rodó por lo alto y una sombra masiva se deslizó sobre ellos: un pájaro inmenso, rugiente, de alas rígidas, pasó sobre el trémulo paisaje. El cura volvió a reír y le hizo gesto de que lo siguiera. Caminaron entre casetas amarillas de madera; perros guardianes ladraron al sacerdote, pero al percibir al fantasma gañeron y se ocultaron. Trabajadores de reemplazo desfilaron por las callejas cenicientas, hombres macilentos, ojerosos, vestidos con ropas mugrientas. Ninguno vio a Cei. Muchos caminaron directo a través de él.

Desde la cima de un montículo, entre herrumbrosos almacenes, el sacerdote señaló a un largo campo de linternas parpadeantes donde el ave de alas rígidas había descendido, patinando por el suelo hasta reposar junto a otras como ella misma... criaturas de metal. Cei las examinó con más detenimiento y vio las pequeñas ruedas, vio a gente desembarcar. No eran en absoluto criaturas, sino naves metálicas concebidas para volar. "¿Qué es ese campo de milagros?"

Cabalgando Corceles Azules

Las huellas vacías de Eufrasia en la nieve conducían al lugar que ella estaba en un altozano, sola, callada, pero con cierta infelicidad visible en sus facciones jóvenes, barnizadas por el viento. Arthor permaneció detrás de ella, admirando el modo en que llenaba los pantalones de piel de ciervo, su porte imperioso, con los brazos cruzados sobre el jubón gris acolchado y la capucha blanca caída hacia atrás dejando al viento telarañarle el cabello rubísimo. Creyó que su semblante taciturno se debía a aquella difícil jornada de marcha.

Desde Nynyve, hacía ya una estación, no había experimentado Arthor esta ligereza de corazón en presencia de una mujer. Pero Eufrasia era del todo mortal y en ningún aspecto mágica. La fascinación que lo embargaba rozaba el respeto y el amor. Lo que recordaba de Nynyve le parecía un sueño o algo ocurrido en un pasado distante, en otra vida quizás. Con Eufrasia, la esperanza del amor era plenamente plausible y empezó a creer que, en efecto, las Nueve Reinas habían enviado a Nynyve como un don, para curarlo de la herida de Morgeu y que pudiera conocer el amor verdadero con una mujer mortal. Lo creía de verdad. Y momentos antes, había consultado con Bedevere el protocolo adecuado para una proposición de matrimonio. El mayordomo había girado sus altaneras facciones como si oliera algo desagradable. "El amor carece de protocolo, sire."

"Arthor", lo llamó ella con pronta familiaridad. El rey avanzó hasta Eufrasia por la nieve. "He oído a Urien hacer a Marcus insidiosos comentarios acerca de nosotros. Dice que te has convertido en mi perro faldero."

"Ah, eso es cháchara vacía." Arthor se rió ligeramente y tomó nota mental de decirle cuatro ásperas cosas a Urien en privado. "Ya te lo he dicho, Urien es el Idealista, Marcus el Fatalista..."

"Sí, sí. Y Kyner el Optimista, Lot el Cínico." Mantuvo el rostro apartado, desdeñando sus etiquetas. "Lo que dicen es verdad..."

"En absoluto, Eufrasia. Urien hace un comentario de lo que podría ser..."

"El Fatalista no lo contradijo", repuso ella cazándole los ojos con su mirada fría. "Te has convertido en mi perro faldero, Arthor."

Él sintió un golpe seco en el pecho, como si se le hubiese parado el corazón. "¿Qué estás diciendo?"

"¿Por qué sigues siempre mi consejo?" Lo observó con el ceño fruncido. "Yo no tengo razón siempre, pero tú das a mi consejo mucha más importancia que al del resto de tus jefes. Es obvio... estás prendido de mí."

La quijada de Arthor colgó flácida. "¿Obvio?"

"¿Lo niegas?"

"¿Negarlo?" Sus cejas brincaron; luego compusieron un rictus de determinación. "No, no, en absoluto. Estoy prendido de ti. Pero yo... yo... no estoy preparado para ir adonde mi corazón me lleva."

"¿No me deseas?"

De pronto, la imagen de Morgeu se alzó descarnada en su mente, como si Nynyve jamás lo hubiese tocado, como si ningún bálsamo de cariño y amor hubiese curado su alma herida, y sacudió la cabeza firmemente. "No. No de la forma que tú te mereces. No estoy preparado para tomar esposa."

"Bien." Su suspiro se condensó en el frío. "Soy lo bastante buena para los juegos de guerra, pero no para ser tu mujer."

"Eres una mujer más que digna para casarte." Arthor habló apresuradamente. "Pero yo no soy digno aún de ser tu marido. He de afianzar mi trono primero."

"Eres un crío."

Librodot

"No mucho menor que tú."

Le pellizcó el mentón, reprobadora. "Eres mucho más joven ahora que cuando me salvaste de Guthlac."

"¿Más joven?" Arthor arrugó la frente, confundido. "Yo... he aprendido a amar desde entonces. No tienes ni idea de lo difícil que ha sido para mí... amar. He sido traicionado..."

"Tú eres quien te traicionas a ti mismo, Arthor", lo cortó tajante la voz de Eufrasia. "Vine aquí a ofrecerte mi mano. Me dejaste en el Castillo Espiral... e hiciste bien. Tenías una razón viril que respeto. Vine aquí para pagarte mi deuda... y para buscar tu amor. Ahora que mi deuda está pagada quieres cabalgar corceles azules conmigo. Eres tan niño... ¿No lo ves? No hay corceles azules, Arthor. Yo los inventé para justificar mis intuiciones. Estaba tan ansiosa de tu amor que simulé saber más de lo que sabía en realidad. Y tú me creíste. Pero ahora veo que mis juegos no han sido lo bastante lúcidos para ganar tu corazón." Se alejó de él y añadió, sin mirar atrás: "No me volveré a sentar en tu mesa de mando nunca más."

María Madre, he perdido a Eufrasia. Se entregaba a mí... esa mujer hermosa, esa mujer valiente... ¡y yo le he dado la espalda! Creía estar preparado para hacerla mi mujer. Creía que Nynyve había sido el antídoto para la maldición de Morgeu y que ahora estaba preparado para amar. Pero no lo estoy. Por el contrario, estaba asustado, Madre. Cuando Eufrasia me preguntó si la quería, toda mi esperanza de amor se deshizo en un pánico repentino... pues mi misma alma sabe que estoy contaminado por el pecado y no merezco el amor. Mi miedo me posee. El niño impío en las entrañas de mi hermana me posee. Mi corazón está coagulado de pavor por lo que he hecho, por lo que surgirá de ahí. ¿Cómo puedo considerarme digno del amor de ninguna mujer después de lo que he hecho? No obstante, puedo ser perdonado. ¿No es eso lo que enseñó tu Hijo, que podemos ser perdonados incluso de los pecados más horrendos? Entonces, ¿por qué no consigo perdonarme a mí mismo? La iglesia predica el perdón, pero no hay nadie aquí que pueda bendecirme tal como tu Hijo lo haría. He hablado con el obispo de Greta Bridge de la necesidad de confesarme, pero él me urge a la plegaria. Así que aquí estoy, arrodillado ante ti, orándote. Si logro llegar a Londinium, sugeriré al arzobispo que la iglesia confiese las almas en esta vida. ¿He de esperar al Segundo Advenimiento de Cristo para ser perdonado? ¿No conoceré en esta vida jamás el amor de una mujer?

Exorcismo

Con el deshielo llegaron las inundaciones. El ejército del rey Arthor había tenido éxito contra los Jinetes del Viento Norte, pero el viaje al sur se veía obstaculizado por carreteras cubiertas de agua, ríos crecidos, puentes arrasados e intransitables campos de lodo convertidos en tremedales. Las fuerzas victoriosas se dispersaron por las ciudades del norte, sirviendo a las comunidades no ya militarmente, sino como un cuerpo civil de ingenieros dedicado a la reconstrucción de vías públicas, la contención de las riadas y la preparación de los terrenos embarrados para las siembras de primavera.

La impaciencia de Lot por hallar a su esposa se hizo insoportable y el jefe celta decidió marchar con sus hijos a Verulamium. Arthor, igualmente angustiado por la pérdida de su hermanastro, quiso acompañarlo y dejó a Marcus, Urien y Kyner al mando del ejército enfangado en el norte cenagoso.

Ligeros de equipaje y trocando con frecuencia monturas, el pequeño grupo de Arthor voló rápido hacia el sur y alcanzó Verulamium pocos días después. Tan cubiertos de barro llegaban que, al principio, los guardias de la ciudad, que los creyeron entidades ctónicas evocadas por Morgeu la Fey para defender su santuario impío, no estaban dispuestos a abrirles las puertas. En la ermita profanada, hallaron los restos de las artes blasfemas de Morgeu. Lot reconoció, en los símbolos trazados con yeso en las paredes, las cifras del inframundo. "No entréis aquí", advirtió y contuvo a sus hijos. "Este santuario se abre al mundo del subsuelo."

Arthor recordaba demasiado bien su desafortunado tránsito por los montes huecos e hizo caso de la advertencia de Lot. El obispo del rey reunió a sus sacerdotes y dio comienzo a una intrincada expurgación. Fuegos sulfurosos llamearon contra el viento en el templo nefasto y cada uno de ellos fue lentamente sofocado por los santos varones, que cantaban la Escritura para que los densos vapores penetrasen en el maligno lugar y saturasen cada fisura con su astringencia. Luego, astas bendecidas cavaron los cimientos y las piedras negras se desmoronaron hacia el interior, enterrando para siempre aquel lugar de culto pagano.

En medio de esta ceremonia, un mensajero llegó de la cercana Londinium. La noticia de la presencia del rey en Verulamium había alcanzado al *magister militum* y Severus Syrax invitaba a Arthor a visitar el palacio del gobernador y examinar los recientes términos de paz presentados por el rey Wesc. Al buscar a Lot para informarle del mensaje, el rey lo halló en un saucedal cercano con sus hijos. Estaban alrededor de una calesa que alguien había ocultado allí, disimulándola bajo el ramaje de los sauces. El crepúsculo pintaba el carro gris de un rojo trémulo.

"Esto es de Morgeu." Sombrío, Lot reconoció los signos célticos de protección grabados en los aros y los radios de las ruedas. "La hemos enterrado en su templo. Lo sé. Pero hay aquí uno que puede decirnos más de su destino." Abrió la pestaña de la entoldadura y puso al descubierto el lecho de limo. "Mantén tu obispo y tus curas a distancia, sire."

Lo que Arthor vio a continuación lo recordaría todo el resto de las noches de su vida. Lot subió al carro, clavó su espada en el limo, cavó con ella y extrajo de la cuajada tierra una cabeza humana. No se veía sangrar al cuello cortado, los caños de la garganta pulsaban, la boca gruñía escupiendo restos de mugre y los ojos centellearon dilatados. "¡Morgeu la Fey está en el infierno!", gritó la cabeza tronchada antes de que Lot la expusiera a los rayos horizontales del ocaso. "¡En el infierno vive Morgeu!" El vampiro chilló mientras su rostro se deshacía a la luz escarlata, escurriéndose del cráneo como cera derretida, una gelatina viscosa de carne fundida y el sirope de los estallados globos oculares.

Esta Estrella Terrenal

Skuld invitó a Rex Mundi a descender del herrumbroso Asiento del Exterminio y lo condujo luego por la mesa de rocas férricas y huesos esparcidos y por las elevaciones albinas de arena que rodeaban el alto trono. El largo hombre bestial sostenía el gorro del mago lleno de gemas, hasta rebosar casi, mientras la niña, agarrada a la orla de sus vestimentas, tiraba de él.

¿Pod qué ce yuama a ezte wugad eu Atiento deu Extedminio?

"Desde aquí el Padre de todas las cosas puede ver todos los mundos", repuso alegre la cría, que caminaba ligera por la blanca, cinérea arena. "Ve más allá de la vida

Librodot

de la gente y de los dioses, el tiempo en que todo habrá terminado. Le da paz saber que todo es efímero. ¿Qué son la victoria o la derrota cuando todo lo que vive es exterminado?"

"¡Lo veis!", gritó Azael haciéndose con el mando de la laringe de Rex Mundi. "¡Todo es fútil! ¡Os lo he estado diciendo desde el principio! Los Señores del Fuego están locos intentando hacer algo de este absurdo. No vamos a ninguna parte. Rendid vuestra luz. Dejad de arder. Aceptad la oscuridad y el frío. Esto es lo real. Dejad de combatirlo."

"¡Shhh!" Skuld se llevó un dedo a los labios. "Si alguno de los Asa o los Vana os descubre, el plan de escapar no funcionará. ¡Calla!"

"Sólo les estoy diciendo a mis pares: sed realistas", continuó Azael en un tono más suave, pero no menos gruñón. "Toda vida está condenada. Las estrellas se consumirán. Las galaxias se colapsarán. Todo lo que persiste es oscuridad y frío. Acostumbraos a ello. Acabad con este cortejo inútil de la luz y el calor. No puede durar. Para luz y calor, tendríamos que habernos quedado en el cielo, adonde pertenecemos."

Devuélveme nuestra voz, exigió Merlín. *Tengo que hablar con Skuld.*

"¿Es que tienes tú algo más importante que decir, Lailokén?" Azael señaló con el brazo de Rex Mundi la cornisa de roca a la que se aproximaban, su descenso empinado y el negro abismo más allá en que flotaba el creciente azur de la Tierra. "Esta estrella terrenal no durará mucho. Es justo lo que Skuld nos está diciendo. Mira a Dios. Ella es a quien seguimos aquí fuera. ¿Y qué está haciendo? ¡Bailando con bacilos! ¡Está loca! Nunca tendríamos que haberla seguido aquí... ¡eso para empezar!"

¡Cenizas de perro!, pensó Merlín con todo su poder... y el demonio quedó en silencio. El mago forzó a hablar su propia voluntad. "Skuld, dijiste que querías darme las gracias por este regalo del tesoro del Dragón. Puedes hacerlo mostrándome dónde está mi cuerpo. ¿Lo harías por mí?"

La niña tomó el chapelo cargado de gemas y se le encorvaron los hombros con el peso. "Arrojaré las joyas por el otro lado de la Rama del Cuervo, tal como acordamos." Sonrió a Rex Mundi, a sus redondos ojos simiescos. "Cuando acabe, tiraré tu gorro de forma que caiga donde está tu cuerpo. Usa la magia de tus vestiduras para encontrar el sombrero y ahí estará tu propia carne también. Ahora ve."

Pedo ¿cómo? ¡No hay ninguna ezcaueda abajo! ¡Y ningún duc que noz yueve!

"El camino abajo es más fácil que el camino arriba. Sólo... ¡salta!" La niña se volvió y empujó a Rex Mundi con su espalda y con fuerza inusitada. Al abismo sembrado de estrellas aquél cayó, las ropas chasqueando, los brazos extendidos y la boca y los ojos abiertos de pavor.

EL Sombrero del Mago

Cei y el cura estaban sentados en el bordillo de una calle que ascendía a un promontorio y dominaba el campo de milagros, desde el que naves de metal se elevaban al cielo o en el que aterrizaban, y por donde carros sin caballos marchaban precipitados portando cargamentos. Apoyadas las espaldas en la base de hierro, bañados por un parpadeo de artificial resplandor, estiraban el cuello para observar la farola que les arrojaba su luz. El párroco empezó laboriosamente a explicar la electricidad.

"No digáis más, padre." Cei sacudió su cabeza de bruto, confundido. "Yo no entiendo siquiera los secretos del herrero, ni el oficio del albañil, ni el arte del carpintero de mi propio mundo... ¿cómo voy a hacerme una idea de la maquinaria del infierno?"

"No estás en el infierno, hijo." El sacerdote sonrió; sus ojos inyectados en sangre bizquearon con la pulsante migraña y ansió haberse traído la plateada botella. "Ésta es tu Britania, pero en un tiempo futuro. Tú perteneces a mi pasado."

Cei meditó estas palabras.

"¿Cómo has llegado aquí?", inquirió el sacerdote y se pasó la mano por la frente.

"Morgeu la Fey me arrojó al pozo." Se estremeció al recordarlo y sus ojos miraron la alcantarilla, su tapadera resquebrajada. "Los guardianes de las puertas me quitaron los talismanes que Lot me había confiado. Por eso, sólo por eso, merezco la condenación."

"¿Talismanes?" El cura se pellizcó la carne entumecida sobre la nariz. "¿Guardianes de las puertas? No te entiendo, hijo."

"Los centinelas en las puertas del infierno, padre." Cei miró obstinado el rosetón de luz artificial en el macadam. "Les supliqué un camino que me sacase del pozo. Para hacerles hablar, les di los talismanes que Lot me dio..." Se le quebró la voz y, cuando volvió al sacerdote sus ojos azules, éstos rebosaron de lágrimas e inconsolable angor. "Son talismanes hechos de mechones de sus hijos, Gawain y Gareth, muchachos buenos y fuertes, inocentes, que no deberían morir... si no fuerza por mi acto execrable."

"¿Tú crees que han de morir por que les diste sus mechones a esos guardianes de las puertas del infierno?" El párroco frunció el ceño de incomprensión.

"Soy un guerrero cristiano." Cei habló entre dientes. "No sé nada de magia. Pero sí sé que no hay que dar a los moradores del infierno cabello de los vivos. He condenado a esos muchachos. De eso estoy seguro."

Una sombra interrumpió el resplandor ámbar de la farola y una cosa blanda cayó con sonido amortiguado en la calle. Cei lo recogió y expuso el arrugado objeto a la luz, su urdimbre azul oscuro con un fino bordado carmesí de extraños símbolos.

"¿Qué es esto?", preguntó el sacerdote poniéndose derecho.

Cei lo ahuecó descubriendo la forma de un cónico sombrero de ala ancha. "Y pues... ¡éste es el gorro de Merlín!" De los pliegues de la prenda un objeto brillante rodó a la mano del guerrero: un diamante tallado, grande como su pulgar.

EL Rey Arthor en Londinium

A través de la Puerta del Obispo entró Arthor en Londinium cabalgando su bridón, con Bedevere a un lado, un obispo al otro y una pequeña escolta de arqueros montados tras él. Lot le había aconsejado no ir personalmente, sino enviar a un legado que estudiase los términos ofrecidos por el rey Wesc. Pero Arthor estaba dolido aún por lo que Eufrasia le dijera semanas atrás. Necesitaba demostrarse a sí mismo que seguía siendo el líder audaz que la rescatara de Guthlac y su horda de pictos.

Multitudes abarrotaban las calles para ver al rey-muchacho que había repelido a los guerreros-lobo, a los Jinetes del Viento Norte y que había limpiado las tierras del interior de saqueadores y forajidos. Bedevere situó a los arqueros montados delante formando una cuña que rodease al rey y le abriese paso entre la muchedumbre; él, por su parte, vigilaba sin cesar la calle en previsión de atentados. En lugar de recibir al joven monarca a las puertas de la ciudad como correspondía de acuerdo con el estatus regio de Arthor, el *magister militum* reivindicó su autoridad local esperando a su huésped en el palacio del gobernador.

La larga cabalgada hasta el palacio sobre el río asombró a Arthor, que no había sido recibido nunca de un modo tan bullicioso sin ganarse previamente el honor combatiendo a salvajes invasores. En la ardiente multitud de rostros vitoreantes, de per-

Librodot

sonas que le arrojaban los primeros capullos púrpura del azafrán y otras con sus niños a hombros, percibió por primera vez la leyenda de sus gestas.

Al oír la turba bramante, Severus Syrax se arrepintió de no haber recibido al joven fuera de la ciudad y haberlo conducido precipitadamente al palacio. Decidió evitar cualquier atisbo público de su encuentro y se instaló en el salón del trono con Bors Bona y el conde Platorius. El arzobispo y su rebaño de sacerdotes fueron enviados a interceptar al obispo de Arthor, propiciando una recepción más informal. Cuando el rey entró en la sala, lo acompañaba sólo su mayordomo, un hombre manco de aristocrática altivez.

Aunque el conde Platorius había asistido al festival de Camelot, no había prestado la más mínima atención a Arthor. Sabía que el pretendiente al trono era joven, pero se quedó boquiabierto al fijarse por primera vez realmente en el imberbe muchacho que se aproximaba al trono marmóreo del gobernador. Grande y ancho de espaldas como el hijo de un labriego, el joven tenía el paso largo y ligero de alguien habituado a portar armadura y la espada al costado. Pero su tez como la leche, sus mejillas rosáceas y sus ingenuos ojos ámbar, bien abiertos para asimilar el panorama palaciego, le conferían el aspecto de un atónito monaguillo.

"Arthor, bienvenido a Londinium." El *magister militum* le ofreció el anillo de ónice de su pulgar, símbolo de su autoridad ciudadana, y esperó que Arthor la reconociese tocándolo con la frente o con un gesto de la cabeza cuando menos.

El mayordomo impidió responder al joven con una adusta mirada y se adelantó para hablar por su rey. "El alto rey de Britania ha venido a revisar los términos de paz presentados por el rey Wesc de los *foederatus.* Nos mostraréis de inmediato nuestros aposentos, de modo que podamos reposar de nuestro viaje. Por la mañana expondréis los susodichos términos para nuestra consideración. Además", Bedevere dirigió su altiva mirada a Bors Bona y el conde Platorius, "vuestro rey ha venido en persona a recibir vuestro homenaje."

Esa Innombrable Cosa de Belleza

Gorlois vio a través de las tinieblas las abovedadas alturas del asilo de los muertos malditos. Los condenados se apretujaban contra los barrotes negros, alargando los brazos hacia los rayos que brillaban en sus ojos. Más allá de aquéllos, divisó el suelo del infierno, poblado de murmurantes tropeles de sombras.

"Por ese camino no, padre." Morgeu lo giró por los hombros y le apartó la mirada visionaria de las escalonadas cavernas y de las simas humosas. Él halló de nuevo el camino rielante, como la estela de un caracol, a través de las distancias tenebrosas. Pronto pasaron bajo un puente de acero, dejaron atrás los intensos olores de un matadero y una maderería, y marcharon por las sendas metálicas de un terreno cambiante. "¿Lo ves todavía? Hay que encontrarlo cuanto antes. Está en juego la vida de mis hijos."

Un tren de mercancías emergió de un túnel y pasó fustigante a través de sus formas vacuas; su alboroto hizo temblar la estructura de las vías y el lecho de grava pero no aminoró el progreso de la hechicera y de su guía. Al mirar hacia delante el rastro trémulo que los guiaría a Cei, Gorlois volvió la cabeza contra el borrón avendavalado del tren y percibió a su presa en la distancia, más allá en el tiempo, donde una irradiación poderosa como el sol silueteaba una ciudad de torres y agujas. Por un instante rabiosamente blanco, la misma urdimbre de la visión del Furor se desgarró y

Gorlois experimentó una delicia de inmaculada vacuidad que lo colmó de gozo. En el raíl se sentó, mientras los vagones hollinosos del tren cruzaban como flechas su forma espectral. Luego, el indescriptible momento pasó. Angeles trazaron espirales en la expansiva explosión de luz, cuando las faces cristalinas de aquellas torres silueteadas erupcionaron y se fundieron sus vigas esqueletales. Una columna de nubes ígneas y plasma coagulado ascendió arrancando al suelo largos cordeles de rayos, que succionó un cúmulo ardiente como un behemoth de fuego. "¿Qué es lo que ven mis ojos?", gimió Gorlois. "Oh, hija..."

"Serénate." Morgeu puso a su padre en pie. "Has mirado demasiado lejos, al apocalipsis."

"¿Apocalipsis?" Gorlois se tambaleó. "¿Es, pues, verdad eso?"

"¿Y qué es verdad de las cosas por venir?" Con una sacudida de cabeza, Morgeu se apartó los rizos rojos que le cayeran sobre sus pequeños ojos negros.

"¡He visto ángeles danzar en una luz más caliente que el sol!" Gorlois se aferró a su hija. "Y vi... vi algo tan delicioso... por un instante, un instante sólo, pero tan delicioso... en la albura de la luz..."

"La Innombrable Cosa de Belleza." Morgeu le pasó el brazo, reconfortante, por los hombros. "Siento que hayas tenido que verla."

"¿Qué? ¿Qué es lo que vi?" Sus ojos plateados se rezumaron.

"'No lo sé. Los ángeles lo adoran. Viene y va a su capricho." Morgeu caminó con Gorlois hacia el horizonte de chimeneas sobre las que un humo negro se desovillaba. "Lo he visto en trance alguna que otra vez. Pero es elusivo. Ignóralo. Serás más feliz."

Selwa

Tenía la apariencia física de una deidad romana menor, una ninfa que sirviera a los dioses a últimas horas de la noche, pues su morena belleza proyectaba aspectos de la luz por llegar: sus ojos, oblicuos y azabache, brillaban con oscura claridad, una astuta inteligencia más taimada que tímida; su tez impoluta poseía los tonos vesperales de la rara especia, el marrón de la nuez moscada, reluciendo desde dentro como si puro cobre le brillase desde debajo de la piel; sus largos rizos sable titilaban como sombras en un cielo sin luna; y su esbelto cuerpo, vestido con las sedas más exquisitas de Etiopía, se movía y reposaba con inconsciente sensualidad pagana, como si el Hijo de la luz nunca hubiera existido.

Nacida en Alejandría a un primo del *magister militum,* un magnate naviero de la extensa y acaudalada familia Syrax, Selwa había recibido educación en todas las artes y ciencias, racionales y herméticas, de los más escogidos tutores griegos. Políglota, había servido a su venerable familia en muchas casas de su dispersa dinastía, desde Aleppo hasta Zaqaziq. Iba adonde su padre y sus hermanos la enviaban y siempre con el mismo propósito: proteger las empresas familiares con sus mañas, empleando a veces su irresistible hermosura para cosechar información de los rivales y, otras, a fin de aproximarse a ellos lo bastante como para terminar permanentes disensiones.

Severus Syrax la había hecho venir para eliminar el principal obstáculo a su lucrativo acuerdo comercial con los *foederatus:* un rey-muchacho ferozmente idealista que alimentaba el ridículo sueño de unir a los rústicos britones y celtas. El nerviosismo que este chico le había provocado a su tío Severus la había hecho reír, un placer poco frecuente en sus siniestras *y* peligrosas misiones. Ver a su tío retorcerse de indignación y gritando estridente: "¡Qué insolencia! ¡Qué insolencia la de ese crío!", había hecho

que el mísero viaje desde Bordeaux, frío y tempestuoso, hubiese merecido la pena. "¡Qué insolencia! ¡Comportarse como si fuera mi rey!"

Severus Syrax envió a Selwa a los aposentos del joven para asegurarse de que la tan proclamada insolencia acabase de una vez por todas. Para conseguir tan simple cosa, portaba ella un macizo anillo de bezoar del que podía hacerse surgir una fina aguja impregnada de veneno. En la puerta del joven rey, se presentó sin engaños como la sobrina del *magister militum* que acababa de llegar de un viaje por Tierra Santa y quería compartir con el nuevo monarca sus observaciones. Pasados los arqueros en sus negros coseletes, lo vio sentado en la terraza, vestido tan brutalmente como sus soldados pero con una corona de áureas hojas de laurel sobre el cabello castaño, peinado hacia atrás y corto sobre las orejas como el de un campesino. Había apoyado sus botas en la balaustrada y, con mirada soñolienta, contemplaba los tejados de la ciudad fluvial. Grande de envergadura, era, sin embargo, un muchacho, como su tío decía.

Antes de que pudiera acercarse a él, un soldado manco le cerró el camino. Ataviado simple pero inmaculadamente con una túnica de nítido azul y una espada corta al costado, la inspeccionó con una sonrisa cordial en sus labios finos y un deje desdeñoso en sus cejas y narinas arqueadas. "¡Un anillo de bezoar!" Con un movimiento diestro y veloz de sus dedos, quitó la joya a la mujer y lo observó con ojo discernidor. "Esta piedra específica de bezoar ha regurgitado de un camello. Un antídoto legendario pero, ¡ay!, inefectivo, contra el veneno. Ah, señora mía, pero os lo aseguro por mi vida, no hallaréis aquí tósigos que quieran infectaros. Por favor, entrad. El rey está ansioso por oír de vuestros viajes a Tierra Santa."

Confrontación

La luminosidad de las chimeneas llameantes y los rayos de luz argéntea que barrían de lado a lado el campo de los milagros daban a la noche un resplandor febril. Bajo el brillo salmón de las farolas en la calle empedrada, entre edificios ruinosos, Cei inspeccionaba el gorro del mago. Olía a tomillo salvaje, una rima del mundo pastoral que perdiera cuando Morgeu lo libró a estos molinos ardientes. "¿Cómo ha llegado aquí el sombrero de Merlín?"

"Necesito un trago", gimió el cura en su propia lengua.

Cei expuso el enorme diamante a la luz de la farola y vio entre sus facetas el rostro de Merlín, su cabeza descubierta, sus rasgos angulosos, los ojos centelleantes muy hundidos en las órbitas. Y tras él, a Morgeu la Fey, con aquel rostro redondo, lunar, incrustado de ojos negros, del tamaño de perlas, viperinos. Dejó caer el diamante con un grito, saltó de la acera y se volvió hacia la rejilla del sumidero.

El sacerdote se dobló reflexivamente y recogió la gema con ambas manos. A diferencia del espectro, este objeto poseía solidez. En su palma, lo percibía cálido, como un ave. El martilleante dolor de cabeza se le pasó de inmediato y la ansiedad se fue con él... su sed de alcohol, el desmantelamiento de su voluntad, el miedo al amor, la huida de la esperanza... todo partió. Sonrió a Cei. "¡Estoy entero otra vez! ¡La magia de Merlín me ha curado!"

El corpudo guerrero estaba acuclillado ante el cura, con el gorro en la mano, atónito al ver el rostro del párroco transfigurado, los hilos sanguíneos de sus ojos desenredados, el abotargamiento de sus carrillos desinflado. "¿Qué milagro es éste? Estoy confuso por todo lo que ocurre."

"¡Cei!", gritó Morgeu desde la oscuridad de la calleja, junto a un almacén en

ruinas. "¡Cei! ¡No huyas de mí o será peor!"

"¿Peor?" Cei se puso en pie, vibrante de rabia y estupefacción. "¿Peor que el infierno, Morgeu? ¡Ven, bruja! ¡Quiero confrontarte de una vez!"

Morgeu avanzó por el pavimento destrozado y tras ella iba Merlín, con su barba farpada y el cabello de plata resplandeciendo a la trémula luz de la calle nocturna. "¿Qué tienes en la mano?"

Cei agitó el gorro del mago y el puño. "¡Ven, bruja! Ven tú también, mago, y recupera tu sombrero."

Morgeu cruzó la calle corriendo, las ropas escarlata al vuelo, el pelo llameante brincando, y le arrebató de la mano el gorro. "¿De dónde ha venido esto?"

"¿No lo sabes tú?" La faz rabiosa de Cei se contrajo más aun de incredulidad. "¡De él!" Señaló a Merlín, que se apoyaba de costado en la farola, con aspecto desastrado y enloquecido.

"Tú vienes conmigo, Cei." Morgeu le tiró de su fuerte brazo. "Vamos a recuperar los talismanes que les diste a los mensajeros de la muerte. ¿Me entiendes? Mis hijos no morirán a causa de tu miedo."

Cei tembló con el puño en alto. "¡Tengo antojo de machacarte las orejas!"

Morgeu le rugió... y entonces percibió al cura con el fúlgido diamante en las manos. Se apartó de Cei y preguntó al extraño sacerdote que sostenía la gema del Dragón: "¿Quién eres tú?"

Sin esperar respuesta, alargó la mano y alzó el diamante de sus palmas abiertas. Tan pronto como perdió el contacto con él, las apariciones se desvanecieron. El párroco quedó sentado y solo en los alrededores de la factoría, olvidado de sus viejos propósitos y comprendiendo de pronto un nuevo dialecto de su corazón. Por medio de una fabulosa alucinación de la era del rey Arturo, sentía la Gracia de Dios retornada a su vida y se sabía curado de su pasado, de sus pecados. Lo intentó una vez más y esta vez se levantó, firme, ágil, fuerte, de nuevo capaz de soportar el peso del momento, de lo que es, de lo que momentáneamente es.

Hablar de Cuervos

Rex Mundi cayó a la Tierra. Apareció desde abajo, como una estrella fugaz. Cayó en picado a través del espacio y se hundió en el tiempo, desde el Árbol Cósmico, desde el Yggdrasil, con tumultuosas volteretas. El mono en él chilló de pánico. Dagonet gritó al unísono con su compinche. Merlín y Azael se preguntaron si su forma se destrozaría y ellos quedarían libres, uno para errar de nuevo desencarnado y el otro para recomponerse a partir de cenizas de perro antes de vagabundear otra vez. Y el Señor del Fuego, el ángel de Dios, aquél rezó: *Sea Tu voluntad, en la tierra como en el cíelo. Si es Tu voluntad, líbranos a Tus guías para que podamos hallar el camino hasta Ti.*

Dios oyó su plegaria y una estrella fugaz bufó entre las nubes y se hizo más lenta cuando el calor industrial del mundo allá abajo infló los mágicos ropajes. La desgarbada figura descendió gentilmente por el aire caliginoso y aterrizó entre la maleza que brotaba de la ceniza en una parcela de inefable escoria: añicos ámbar de botella, ruedas sin rayos y de goma negra, carcasas herrumbrosas, papeles rotos, bloques resquebrajados de hormigón...

¿Dónde hemoz caído? Dagonet trató de dar sentido a las cosas que veía: una trémula línea celeste de altas chimeneas llameantes y, más cerca, postes embreados hincados en el suelo con una maraña de cables colgados entre uno y otro. En los cables,

había posados unos cuervos, como las negras notas de una fragmentada partitura musical. *¿Qué ez ezte uóbdego wugad?*

"Skuld nos ha lanzado cerca de donde debiera estar mi cuerno", razonó Merlín. "Y es evidente que mi cuerpo ha dejado de estar en Britania."

Tu zombdedo... debemoz encontdad tu zombdedo. Pedo no uo veo.

"¡Encontrad mi sombrero!", ordenó a los cuervos el mago y chasqueó con sus ropas como si fueran alas. "Volad y hallad mi sombrero para Rex Mundi."

Los cuervos saltaron al cielo, dispersándose y reagrupándose y dispersándose otra vez.

No van a ninguna padte, Meduín. ¿Y pod qué habdían de haceduo? ¡Son cuedvoz!

"Pero nosotros somos Rex Mundi, Rey del Mundo, ángel y demonio y hombre y mago y animal, todo uno, y los animales nos sirven." Rex Mundi danzó entre los juncos y la maleza, el rostro alzado, leyendo los trazados de los cuervos. "Mira... escriben ogham."

¿Uoz cuedvoz habuan? ¿Cómo puede ced?

"Es nuestra magia, Dagonet. La magia de Rex Mundi."

País de Pesadillas

"He visto el final del mundo, hija." Gorlois se apresuró para no quedarse rezagado. Morgeu aferraba con una mano el gorro de Merlín, el brazo de Cei con la otra, y prácticamente corría con él junto a los ponderosos vagones de los trenes de mercancías, por los lechos de grava y saltando los raíles, que brillaban rojos y amarillos a la luz polvorienta de las farolas. "¡He visto el Apocalipsis de Juan! ¡Nuestro mundo acabará en fuego!"

"Este mundo quizás, padre. Este mundo, pero no todos los mundos."

"¿Tú *sabes* eso?" Gorlois sonaba escéptico. "¡Vi ángeles!"

"El futuro tiene muchos mundos. En algunos, los guerreros invocan al fuego para que consuma las ciudades. Los ángeles danzan en el calor... la luz más ardiente en toda la historia de la Tierra. Les recuerda el lugar de donde vienen..."

"Esto no es un campo de milagros", gruñó Cei. "Es un país de pesadillas. Ciudades de apocalipsis. Molinos de fuego y humo. Horror por todas partes. ¡Y tú!" Miró a Gorlois. "Tú no eres Merlín. ¿Por qué te llama padre? ¿Quién eres tú?"

"Silencio, Cei." La mano de Morgeu tensó su tenaza. "Tenemos mucho..."

Morgeu se detuvo en seco y Cei se tambaleó al tiempo que retrocedía de pavor y chocaba con Gorlois. Delante de ellos en la vía, bajo los puentes y armazones, bañado en sombras de aguada tinta, un hombre bestial los aguardaba vestido de Merlín, más alto que Cei, con un erizado cabello color gena que irradiaba de un rostro selvático de colmillos desnudos.

"He venido a por mi cuerpo", dijo ásperamente la feral criatura.

"¿Merlín?" Morgeu soltó a Cei y cubrió a Gorlois.

"Tomaré mi sombrero, también... y el diamante del tesoro del Dragón." Rex Mundi avanzó con gracia apanterada.

La mente de Morgeu se movió precipitada. Dejó caer el diamante y puso sobre él el talón. "No puedo detenerte, mago. Pero tengo la fuerza mágica suficiente para aplastar esta gema."

"¡Quieta!" Rex Mundi se agachó, con los brazos extendidos. "Necesito eso para la magia que me recompondrá. Aplástalo y no te quepa duda de que acabaré tanto contigo

como con Gorlois."

"¿Gorlois?" Cei pasó la vista de Rex Mundi al cuerpo de Merlín. "¿Qué perfidia transpira en todo esto?"

"Puedes recuperar tu horripilante cuerpo, si quieres, Merlín." Morgeu no movió su talón, aunque arrojó el gorro a los pies de Rex Mundi. "Pero quiero que la amenaza de los mensajeros de la muerte sea retirada de mis hijos. Y quiero que el alma de mi padre vuelva a la sangre-raíz en mis entrañas."

"¿Gawain y Gareth?" Rex Mundi se enderezó. "Yo no tengo nada contra tus hijos."

"No tú." Morgeu dio un empujón tan fuerte a Cei que casi cayó de bruces. "Este idiota entregó a los mensajeros de la muerte talismanes hechos de mechones de mis hijos, que ahora están condenados a menos que tú ayudes."

Los ojos animales de Rex Mundi centellearon. "Cei, ¿es eso verdad?"

"¡Ella me arrojó al pozo!", gritó colérico Cei.

"Los mensajeros de la muerte.. ."La faz salvaje de Rex Mundi se contrajo. "Habrá que entrar en el asilo de los muertos malditos.

¿Voz muedtoz mauditoz? ¡No cdeo que me guzte ezto, Meduín!

El Rey se ha Perdido

A pesar de sí misma, Selwa descubrió que le gustaba el joven rey. Había conocido numerosos personajes regios en sus remotas misiones a cargo de su rica familia y todos ellos tenían un parecido, cierta imperfección del corazón, ya fuera codicia, crueldad o miedo. Hablando con este muchacho en la terraza del palacio del gobernador mientras compartían un *pastillas* —un dulce de miel— con raíces de veneria y un brebaje de raíz de helenio, supo de su insólita infancia como criado. Había adquirido humildad a una edad temprana. Y había sido entrenado para luchar y sacrificarse por los que eran más grandes que él. A diferencia de los nacidos para la púrpura, que nunca pensarían en sacrificarse por nadie, este joven creía sinceramente que servía a su pueblo... con su vida.

"Vine aquí a matarte", le confesó al fin movida por su candor y su franco encanto. "Y como en mi corazón no he podido llevar a cabo esta acción nefasta, mi tío buscará otros medios. Sin duda, no saldrás vivo de este palacio."

Alarmado, Arthor se puso en pie de repente. "¡El *magister militum* me garantizó salvoconducto!"

Bedevere le hizo una discreta señal para que bajase la voz.

"Tienes que partir de inmediato", le aconsejó Selwa. "Tan pronto como deje estas habitaciones y mi tío se entere de que sigues vivo, escapar se hará imposible."

La quijada de Arthor palpitó de indignación.

"¿Qué sugerís, mi señora?", inquirió quedamente Bedevere.

"El río." Selwa tomó un último sorbo de helenio y se levantó. "Vuestro grupo es pequeño. Podéis abriros camino sin dificultad por las dependencias del servicio y las despensas hasta el muelle."

"Selwa. .."Arthor tomó las manos a la gentil mujer. "¿Cómo puedo darte las gracias... por mí mismo, por Britania?"

Selwa sonrió irónica. "Perdóname, sire, si te digo que mi recompensa será dejar esta isla fría y provinciana para siempre."

Guiados por Selwa, Arthor y sus hombres hallaron sin ser vistos el camino a

través del palacio hasta las húmedas y angostas dependencias de los sirvientes. Allí, ojos suspicaces obligaron a Selwa a separarse del rey y a éste y su escolta a correr entre la ropa colgada y pequeños hogares de ollas humeantes hasta las criptas abovedadas que almacenaban grano y queso. Los ratones se escabulleron entre los pies apresurados, que avanzaron más precipitosos cuando sonó el cuerno de alarma en alguna parte del palacio.

Había varias barcazas de carga amarradas a no mucha distancia en el embarcadero. Flechas volaron cuando el rey y sus hombres se arrojaron a dos de ellas y se alejaron del muelle. Arthor se alzó en la popa con Excálibur en alto, desafiando a los arqueros en las murallas. "¡Syrax es un traidor y un demente!"

Bedevere agarró al rey y, cuando lo hacía a un lado, una flecha hirió a Arthor deslizándose oblicua por su frente. En el agua se hundió. Bedevere se arrojó tras él, pero en el río lodoso buceaba a ciegas. Con ojos desencajados y una mueca acuosa, irrumpió a la superficie y gritó: "¡El rey se ha perdido!"

Piedras de Miedo

Excálibur y la corona de áureas hojas de laurel habían caído en la barcaza cuando Arthor desapareció, como si la muerte hubiese despojado al joven de su responsabilidad regia. Con esta justificación simbólica, en parte, y también porque los arqueros continuaban con sus descargas desde los muros de palacio, Bedevere ordenó a las naves remar río arriba para buscar escondite entre los juncos. Los guardias de Syrax pronto ocuparon las orillas y los hombres del rey no tuvieron más remedio que ponerse a cubierto.

El agua se tragó a Arthor y las corrientes profundas se lo llevaron rápidamente río abajo. El aire atrapado bajo su coselete de cuero lo devolvió a la superficie y lo portó con las basuras flotantes de la ciudad, entre restos de vísceras, grises aguas residuales y cachos insólitos de materia innombrable. Al final, el río lo empujó a la orilla bajo el sol vigilante de la temprana tarde.

Voces lo despertaron bajo sauces que acamaba el viento y el sabor a hierro de la sangre le devolvió la memoria. Las voces hablaban un dialecto sajón que comprendía bien y las mismas rocas que le sustentaban cabeza parecían vibrar con su miedo repentino. Oculto por la hierba del río y las ramas colgantes de los sauces, se despojó de coselete y cinturón, los lastró con las piedras de su miedo y los embutió bajo un tronco agostado. Luego rezó para que las voces se fueran.

"¡Eh, mirad aquí! ¡Un herido!" Hombres vestidos con largas camisas sajonas lo levantaron de la orilla bajo los sauces y lo depositaron en un herbazal al sol. Por el tipo de sus pantalones y el corte de sus cabellos sabía que eran *karls* —campesinos— y conservó la esperanza de huir de ellos. "¿Puedes hablar, muchacho? Estás sangrando. ¿Qué te ha ocurrido?"

Arthor murmujeó unas pocas palabras acerca de una partida de saqueo británica y avisó a los hombres de que se apresuraran a sus granjas a proteger a sus familias. Los *karls* palparon la fina camisa del joven, examinaron la excelente factura de sus botas y concluyeron que era un *jarl,* un aristócrata digno de su protección. A pesar de sus protestas, lo alzaron en sus fuertes brazos y lo portaron orilla arriba hasta su carro cargado de leña.

El golpeteo de cascos que se aproximaban por la carretera del río inspiró a Arthor la idea de librarse de los serviciales *karls* Y saltar a la zanja junto al camino, dispuesto a

Librodot

perderse entre las zarzas. Pero los caballos llegaron muy pronto y las sonoras voces le informaron de que se trataba de una banda de guerreros enviada desde el campamento del rey para investigar la conmoción producida en el palacio del gobernador aquella mañana temprano. Los *karls* señalaron al lugar por el que Arthor había huido entre los matorrales y una orden áspera hizo que hombres armados lo capturasen bajo los setos y lo arrastrasen de vuelta a la carretera.

Protestó diciendo que tenía asuntos que atender en otra parte. Pero su voz se quebró cuando alzó la mirada y vio sobre un recio caballo de guerra a un hombre de rostro marcado, anchas espaldas y pelo negro trenzado en una larga cola de caballo. "¡Ah, rey Arthor!" Una sonrisa amarillenta estiró la boca de incompleta dentadura con el rictus de un tiburón. "Sin duda me recuerdas, tu hermano rey... Gorthyn."

Con burlona satisfacción, Gorthyn desmontó y ató a Arthor las muñecas con correas de cuero. "Hasta tal punto era yo tu pesadilla que me exiliaste. Pero quien para un rey es pesadilla es para otro aliado. Así que el rey Wesc me ha encontrado una ocupación digna... y puedes estar seguro de que le complacerá el botín que voy a llevarle hoy."

En el País de Las Cosas Inexpresadas

Ante la puerta negra que marcaba la entrada al asilo de los muertos malditos se detuvo Rex Mundi. Tras él, Morgeu, Cei y Gorlois en el cuerpo de Merlín contemplaban la escena con aprensión. El ser ensamblado podría haber sometido a Morgeu con facilidad y haberle quitado el diamante que Merlín necesitaba para reclamar su propia carne. Pero la vida de dos inocentes estaba en juego y a todos, menos Azael, los unía un mismo propósito. Para proteger a Gawain y a Gareth de una muerte a destiempo, Rex Mundi aferró aquellos barrotes como el carbón y pujó con la puerta hasta hacerla ceder hacia dentro con su fuerza demónica. Azael, pasivo, observó al Señor del Fuego proyectar un frío fulgor a través de los poros de la correosa piel del cuerpo compartido; las sombras tétricas de los muertos se elongaron y volaron hacia atrás como empujadas por el viento solar.

Aullidos como de ráfagas árticas inflamaron el aire y Lord Mono y Dagonet temblaron. *¡Ezto es hoddibue! ¡No debemoz entdad aquí!*

"¡No os separéis!", advirtió Merlín al resto cuando Rex Mundi irrumpió en el asilo cavernoso. "No os separéis y no miréis ni a izquierda ni a derecha... o lo pagaréis con vuestra cordura."

¡Mirad a la diestra! ¡Mirad a la siniestra!, cantó Azael con risa idiota. *Afrontad el honor de la vida del demonio. ¡Arrostrad la verdad del horror! ¡Mirad! ¡Mirad!*

Morgeu no se dejaba intimidar por aquello. Aunque Gorlois y Cei mantenían fijos los ojos en las anchas espaldas de Rex Mundi, la hechicera se atrevía a escudriñar las galerías del asilo iluminadas por el fulgor del Señor del Fuego. De árboles espinos colgaban humanos pellejos, afligidos los ojos por un tormento vivo. En un jardín tenuemente vaporoso de formas coralinas, discernió aun más faces humanas, cuerpos humanos derretidos hasta el óseo pescuezo.

No pudo divisar nada más y apartó el rostro a tiempo para ver a Rex Mundi detenerse ante una penumbrosa figura homínida. Murciélagos iban y venían alrededor de esta figura calcinada que parecía casi un árbol desnudo y retorcido en actitud sufriente. Rex Mundi extendió su larga e hirsuta mano y no dijo una palabra, pues ninguna palabra hablada podía conculcar el peso del silencio en este país de cosas

inexpresadas. En lugar de palabras, el Señor del Fuego dentro de Rex Mundi ofreció más luz. Su irradiación creció lenta, inexorablemente, evocando color en el negro entorno.

Poco a poco, la encorvada figura reveló ojos rosa desproporcionados que parpadeaban dolientes contra la luz. Dedos retorcidos extendidos sobre un cráneo bulboso, una cabeza inflada, techada por vello blanco y una calva de arrugada y acartonada piel. Rápidamente, una mano como una garra dio un palmetazo en la mano abierta de Rex Mundi y depositó en ella los dos talismanes de cortados mechones. Luego, piernas raquíticas se llevaron la figura a la mucronata oscuridad.

Mientras la luz decrecía, Rex Mundi se volvió veloz y desando el camino recorrido, y su escolta no se separó un ápice de él. Esta vez, Morgeu no miró ni a diestra ni a siniestra.

Extraña Belleza

Rex Mundi no dejó de caminar hasta que la tenebrura cedió ante el familiar cielo azul y los verdes paisajes moteados de Britania en Marzo. Polvo ocre se elevaba en la distancia de un camino de montaña que recorría el carro de un labriego. Grullas volaban bajo nubes que translucían el cielo frío como leche derramada.

¡Eztamoz uibdez! ¡Uibdez deu infiedno! ¡Uibdez deu demonio! ¡Uibdez!

Morgeu se arrodilló en la hierba fresca y apretó los talismanes de sus hijos contra el pecho. Velados los ojos de lágrimas, tendió el diamante a Rex Mundi.

Cei marchó sobre la tierra muelle, con los brazos extendidos, la cabeza inclinada hacia atrás y una inmensa risa callada inflándose en él.

Gorlois miraba a Rex Mundi receloso. "¿Qué vas a hacer...?"

A media frase, Rex Mundi tocó con el diamante la frente de Gorlois; su alma voló del cuerpo de Merlín y encendió la gema desde dentro. El cuerpo desposeído cayó, inconsciente y descabalado.

"¡Merlín!", gritó Azael con un pánico que asustó a las pequeñas aves del campo. "¡No quiero ser cenizas de perro! ¡No te soltaré!"

Un resplandor de luz ardiente como el rayo atravesó a Rex Mundi y al instante la siniestra figura desapareció en el destello. Cei y Morgeu se cubrieron el rostro y, cuando miraron otra vez, un hombre alto de extraña belleza vestía las ropas de Merlín y Lord Mono, encaramado en su hombro, le agarraba el rizado cabello pelirrojo. Atónito, se llevó las manos a la cara. "¿Qué me ha ocurrido? ¿Merlín?"

Merlín se incorporó y atontado tanteó la hierba hasta que sus largos dedos emergieron con el diamante, suavemente iluminado desde dentro. Se puso en cuclillas con un balanceo del cuerpo y una sonrisa soñolienta en los labios.

"¡Gorlois!", gritó Morgeu. "¿Dónde está Gorlois, Merlín?"

Cei se acercó presuroso al mago para ayudarlo a levantarse.

"Gorlois está en la gema del Dragón." Merlín la mostró un instante entre el índice y el pulgar; luego, con un giro de la muñeca, la hizo desaparecer. "Lo retendré para asegurarme de que no actuarás contra nuestro rey. Y si lo haces, despacharé a Gorlois directamente al asilo de los muertos malditos. ¿Lo entiendes?"

Morgeu abrió muda la boca por un momento, después le espetó: "¡Lo prometiste!"

"Te he devuelto los talismanes que Cei perdió." Merlín despidió a Morgeu con un gesto. "Eso es todo lo que prometí. Ahora fuera, bruja."

Lord Mono chirriaba feliz en el hombro del extraño.

"Ah, te gusta la forma original de tu dueño." Merlín sonrió. "Dale las gracias al Señor del Fuego por esto, Dagonet."

Dagonet alargó el brazo y tomó la huesuda mano de Merlín. "¡Yo era un enano! Estaba atrofiado desde pequeño, desde que nací..."

"Un accidente del criptarca que concibe nuestras formas carnales, Dagonet." Merlín le estrechó amistosamente la mano. "Ahora eres el hermoso armoricano que siempre fuiste, antes de que el azar te deformase."

"¿Y el ángel... y el demonio Azael?", inquirió Dagonet maravillado.

"Los Señores del Fuego van adonde Dios lo quiere. Por lo que respecta a Azael..." El mago pisó la hierba y una pequeña nube de cenizas se fue con la brisa.

Canción de Muerte de un Guerrero

El rey Wesc recibió a su regio prisionero en un bosquecillo de abedules en los altos riscos sobre el Támesis. Gorthyn ató el prisionero a un árbol deshojado.

"Suéltalo, Gorthyn", ordenó el rey Wesc. "Y déjanos."

"¡Sire, este hombre es muy peligroso!" Gorthyn lanzó a Arthor una mirada fiera. "Es el Martillo de Hierro de los britones, entrenado como guerrero, no como rey."

El compacto monarca miró, más allá de Gorthyn, a su guardia personal y sus hombres avanzaron entre los árboles. Gorthyn desató rápidamente las muñecas de Arthor, se inclinó y retrocedió hasta los guardias que se lo llevaron enseguida de allí. Una vez solos, Wesc se acercó a Arthor y le miró, penetrante, sus ojos ámbar. "Hablas mi lengua."

"Sí."

"No era una pregunta." Sus ojos se achicaron y cruzó los brazos de rojas mangas sobre su camisa de lana. "De mis enemigos lo sé todo. Fuiste criado por Kyner, entrenado para vivir la vida de la muerte. No esperabas ser rey. Tampoco yo. Tampoco yo."

"Tú eres un poeta." Arthor se frotó las muñecas doloridas y recitó: "'Una hora es antes del invierno... he hallado aquí mi sendero... a los sueños de los lobos... la quietud en que las palabras se hacen silencio... sus voces inacabadas'... Eso es todo lo que recuerdo."

"Estoy de verdad impresionado, Arthor." Wesc se acarició su larga barba castaña. "¿Cómo conoces tú mi poesía?"

"Tú escribes poesía sacra." Arthor dudó, luego suspiró antes de admitir: "He oído estos versos muchas veces. Tus berserkers los cantan al morir."

"Sí, por supuesto. Ésa es la canción de muerte de un guerrero." Wesc hizo un gesto triste con la cabeza. "Yo no amo la guerra. A diferencia de mis regios correligionarios entre los *foederatus* —Cruithni de los pictos, Esc de los jutos y Ulfin de los anglos— nunca he matado a nadie. No hay ningún consagrado lugar que me aguarde en la Sala de los Caídos en Batalla. Y a *ti,* que has matado hombres, te desprecia por ello tu Dios. 'No matarás', ¿eh, Arthor? Y 'quien vive por la espada morirá por ella'. Tu Salvador es el Príncipe de la Paz. ¿No es extraño que los dos seamos reyes que decepcionemos a nuestros dioses? En esto, somos hermanos."

Arthor no pudo pensar en una respuesta más apropiada que acertar lo obvio. "He batallado y matado hombres para defender mi país."

"Y yo te quitaré ese país, como ordenan mis dioses, para el bien de mi pueblo. Así como tu fe enseña que el manso heredará la tierra, la mía establece que el fuerte debe

luchar y el débil, ser vencido. Servimos a creencias opuestas de opuestos modos." Wesc rió de corazón y dio una palmada a Arthor en la espalda. "Ven. Tu futuro está perdido de antemano. Pronto, toda Britania será el reino de los sajones y los anglos. Mis dioses me lo han mostrado y sé que lo que ellos revelan es la verdad. Así que, desesperanzado amigo, voy a llevarte al barco que te devolverá a los tuyos."

"¿Devolverme?" Arthor se tensó de incomprensión. "¿Por qué?"

Wesc ladeó la cabeza como si la respuesta fuese obvia. "No hay mejor enemigo para mí que tú, Arthor." Rió profundamente otra vez. "Tu posición no es tan estable como para que pueda pedir un rescate realista. Ni siquiera te has ganado el homenaje de la ciudad mayor de tu isla. Mi único recurso sería matarte. Pero no podría soportar perderte tan pronto en esta competición nuestra. Ven, anda. Por el camino te recitaré el más reciente de mis poemas."

Canciones sin Cantores

Tan abrupta fue la aparición del rey Arthor al emerger de las brumas vesperales ante los centinelas del campamento británico, al norte de Londinium, que lo mismo podría haber surgido del suelo. Su retorno fue anunciado con vítores poderosos por los guardias que lo hallaron caminando a través del bosque del atardecer, donde silenciosos berserkers del rey Wesc lo habían abandonado. Bedevere, Cei y Merlín llegaron corriendo entre las hogueras de cocina, con los rostros tensos de preocupación.

El joven rey calmó sus miedos con una ancha sonrisa y un fuerte abrazo a cada uno de ellos, tan sorprendido de hallarlos con vida como asombrados estaban ellos de recuperarlo entero a él. Con una alegría que disipó toda la tristeza y recriminaciones que previamente pesaran sobre el campamento, el rey fue escoltado entre las tiendas hasta el fuego central y el pabellón de mando. Un extraño de rizada cabellera roja había junto a la mesa de mapas, en la que Lord Mono se acuclillaba entre los rollos topográficos. A su lado estaba Eufrasia, que le sonreía con adoración.

Al llegar el rey, Aidan y Marcus se levantaron de sus asientos y se arrodillaron. Se habían apresurado al sur para coordinar el avance del ejército hacia Londinium, dejando a Kyner al mando del norte. Lot había vuelto allí con Morgeu y sus hijos para asistirle.

Arthor aceptó el cálido recibimiento y fidelidad de los presentes y miró incrédulo a Dagonet. "No puedes ser el mismo hombre que perdí en Camelot."

"Lo soy, sire... y tengo un milagroso relato para probarlo." Los relatos del rey y su partida se alargaron hasta bien entrada la noche. Y cuando todo se hubo dicho, todo comentado, cuando todos de todo se hubieron maravillado y cada uno se fue a su tienda, sólo Merlín quedó sentado a la luz umbría del fuego moribundo. Hondamente miraba los jirones y desgarros de la luz. En una mano, giraba ausente el diamante del Dragón, la gema que daba ahora cobijo al alma de Gorlois.

Por unos instantes, ponderó la posibilidad de arrojar a la llama la joya y acabar de una vez con el hijo incestuoso de Morgeu y esta alma vengadora. Pero, más poderoso aun que la advertencia de las Nueve Reinas, el recuerdo de su madre se lo impedía. Santa Óptima a menudo citaba su pasaje favorito de la Biblia, el versículo 5:45 de Mateos: 'Él hace levantarse a Su sol sobre el bien y sobre el mal, y envía la lluvia tanto al justo como al injusto.'

Por ahora, la maldad de Morgeu había sido contenida. Hasta que la autoridad del rey fuese claramente reconocida por todos, no quería provocar a la bruja. La esperanza de que la impía criatura viviera le daba al mago cierto, aunque pequeño, control sobre

Morgeu.

Merlín se metió el diamante en el bolsillo, exhaló un largo y fatigado suspiro y se arrebujó en sus ropas contra el helor de la noche. Añoraba a Rex Mundi. Viviendo tan cerca de un Señor del Fuego, no había tenido frío nunca, ni en las profundidades del invierno. Y por una vez en su experiencia eónica, un demonio y un ángel habían trabajado juntos, aunque por poco tiempo y con tirante amor.

Elevó los ojos de las llamas murientes al cielo claro de la noche. *Qué rara es la luz en la oscuridad de la creación,* rumió. *Qué raras las estrellas dispersas en el vado del cielo. A pesar de todos sus billones y miles de billones, la oscuridad es mucho más vasta. Qué rara la luz, que viaja siglos, milenios, eones a través de la oscuridad, sin que nada la toque, sola, sin ser vista, desconocida para siempre, estas canciones sin cantores que las canten.*

PRIMAVERA:

Guerreros de La
Tabla Redonda

Librodot

María Madre, se ha dicho una misa para celebrar el retorno de mi hermano Cei y de nuestro mago Merlín. Y yo me arrodillo aquí, ante este temblor plateado de álamos, una de las capillas privadas de nuestro Padre, para mostrarte mi gratitud. Desde su retorno, Cei se comporta con más deferencia alrededor de mí, con más serenidad. En nuestros días adolescentes, yo hubiera sabido por su nervioso silencio que guardaba un secreto. Pero después de oír el relato de su descenso al infierno, a una Britania de pesadilla aún por venir, tengo miedo por él. La historia de Merlín y Dagonet sobre Rex Mundi es fantástica ya, cierto. Pero lo que Cei cuenta... eso sugiere una extrañeza más doloroso. Quizás el diablo lo ha acosado con los sueños rotos de nuestra empresa. Pensar que nuestra sangre se vierte en la lucha por un reino futuro de oscuros molinos y *ciclos agrios y que la dulzura misma del país se perderá... Madre, eso es locura.*

El Charco de la Sangre

Por un campo arado colmado del sol temprano, caminaban Morgeu y Lot. Los soldados del rey se veían pequeños en la distancia, más allá de la granja techada de paja, mientras esperaban por sus caballos, que el granjero había atendido aquella noche. Lot dio una patada a un terrón del suelo, molesto. "¿Qué hacías en Verulamium, esposa? ¿Por qué dejaste nuestros dominios?"

Morgeu, exhausta de su viaje por el inframundo, carecía del poder para embelesar a su marido otra vez. Sabía también que mentir seria difícil, con Cei diciéndole a todo el mundo lo que había experimentado en el reino subterráneo. "Fui a salvar el alma de la criatura en mis entrañas. Lailokén me la había arrebatado y yo recuperé la capilla de Verulamium como santuario para Hel."

Lot, que llevaba un manto de piel de oso sobre los hombros desnudos, parecía envejecido en la enorme piel, con el rostro consumido en medio de su cabellera al vuelo, blanca como las nubes. "Tu rivalidad con Merlín ha de acabar."

La hechicera se agarró al brazo de su marido que cubría la piel. "Amenaza la vida que porto por miedo a que nuestro hijo desafíe a ese advenedizo de Arthor."

"Cei dice que has sembrado el alma de tu padre en tu matriz." Las blancas cejas de Lot se unieron en un rictus de extrañeza. "¿Es verdad?"'

"Lailokén, asesinó a mi padre en los llanos de Londinium." Morgeu infundió a su voz torturada pena. "Quiero recuperarlo."

Lot la incluyó en su piel de oso. "¿Qué de nuestros hijos? Si traes a Gorlois de nuevo a esta vida, ¿no será un peligro para ellos?"

"Cada alma tiene un destino individual, marido... esto lo sabes tú." De un bolsillo de sus ropas escarlata extrajo los talismanes de Gawain y Gareth. "He enfrentado a Hel misma por ellos. Sus destinos están a salvo de la vida que voy a hacer volver a este mundo. Sólo Merlín y su rey títere han de temer el retorno de Gorlois."

"Ese rey títere es nuestro rey, esposa. Yo le he rendido homenaje."

"¿Y he deshonrado yo tu palabra?" Morgeu se apretujó contra Lot y percibió su cansancio. "Todo lo que he hecho ha sido tratar de redimir la pérdida que sufrí a manos del demonio Lailokén. ¿Merezco que se me reproche el que quiera devolver a mi padre la vida y el tener la capacidad para traerlo de nuevo a la luz?"

Lot la estrechó contra su cuerpo, contento de la fuerza de su esposa, del rabioso

fuego de su voluntad. "Tienes mis bendiciones en todo lo que haces, mujer. Aunque llamaras al mismo Furor a tu matriz, seguiría a tu lado. Pero no ha de haber secretos entre los dos. No quiero volver a enterarme por Cei ni ningún otro de lo que tienes en la cabeza." Dejó de caminar y la giró de tal modo que sus ojos grises tocasen la oscura mirada de Morgeu. "Había un vampiro en Verulamium. Que ninguna inmunda criatura semejante llegue nunca cerca de nuestros hijos."

"¿Por qué crees que hice mi sagrada labor en el santuario de Hel tan lejos de nuestros dominios, marido?" Le cogió el rostro con ambas manos. "Os amo a ti y a nuestros hijos con todo lo que soy. Tú eres un jefe y yo una hechicera. Tú has de derramar sangre para preservar nuestras vidas. Y yo... yo a veces he de hundir la mano en ese charco de sangre para conservar íntegras nuestras vidas."

Espíritus de Guerra

Bors Bona entró en el salón del trono del palacio del gobernador en Londinium con porte orgulloso, cuadrados los hombros bajo su coraza de bronce pulido y bien alta la cabeza descubierta. No inclinó el tronco, ni siquiera levemente la cabeza, ante el *magister militum,* que se hallaba encorvado en su percha de mármol con sus alcoholados ojos entrecerrados y sus enjoyados dedos entrelazados delante de su barba meticulosa. "¿Quién ha autorizado la movilización de mis tropas?", preguntó Bors Bona.

"¿Por qué? Yo, por supuesto." Severus Syrax lanzó una lenta, sesgada mirada al conde Platorius, que se hallaba de pie, casi invisible, entre los cortinajes de seda tras el trono. El conde, que vestía un sobretodo de montar de borreguillo con ribetes de zorro negro, se adelantó y las bolsas oscuras de sus ojos retemblaron al ver la ira de Bors Bona. "Arthor ha rechazado todas nuestras propuestas de paz", continuó Syrax. "Se lleva sus fuerzas al oeste, de vuelta a la ciudadela de Merlín, a Camelot. Creo que intenta atravesar los dominios de Atrebates, con la idea de dañar seriamente el reino de nuestro querido conde. Ya viste la inconsciente alegría con la que la turba lo recibió aquí en Londinium. Hay que impedir que eso le ocurra a nuestro aliado occidental."

"Sólo yo puedo movilizar mis tropas, Syrax."

"Tú has sido mi huésped todas estas muchas semanas, Bors. y ¿me he quejado yo alguna vez de que tu ejército fuese una carga excesiva para mis depósitos de grano, para mis establos, para las bodegas de vino de mi palacio o los burdeles de mi ciudad?" Severus Syrax habló mansamente, sin abandonar su relajada posición. "Has tenido libre acceso a todos los lujos de Londinium. Y ahora, sólo afirmo mi autoridad como *magister militum* de la urbe para defenderla de un enemigo con tropas que he estado alimentando y amansionando todo un duro invierno."

"A menos que pretendas cabalgar con nosotros a la batalla, has de dejarme a mí el mando de mis tropas."

El *magister militum* bajó las manos de la cara y se enderezó en el trono. "Me alegra que veas extenderse mi autoridad hasta el campo de batalla... pues, en efecto, pretendo marchar con las huestes y combatir a ese joven beligerante con nuestras fuerzas unidas. Arthor temblará cuando descubra que las tropas de Bors Bona, el conde Platorius, el *magister militum* y los *foederatus* se han aliado contra él."

Bors Bona se balanceó sobre sus talones. "¿Los *foederatus?"*

"Ciertamente. El rey Wesc ha aceptado reforzar nuestras filas con guerreros-lobo. Piensa, Bors... ese arrogante tirano confrontado por tropas paganas y cristianas bajo

bandera *foederata."*

"¿Qué?" Bors Bona retrocedió un paso, como si acabasen de golpearlo. "¡Mis tropas no servirán a los invasores!"

"No invasores, Bors. Ahora son nuestros aliados. Gracias a los *foederatus* nuestra isla volverá a gozar de rutas de comercio seguras con todos los imperios del sur, desde Trier y Troyes hasta la misma Roma."

Asintiendo con la cabeza y sonriendo, el conde Platorius se adelantó y abandonó su observante silencio para añadir: "Esta es una nueva era de paz, Bors. Pero antes hay que exorcizar los espíritus de guerra del pasado. Sin ti, esos espíritus harán de Arthor el alto rey de Britania y nos quedaremos aislados del resto del mundo mientras tribus salvajes nos asolan desde todos lados. Ahora es nuestra oportunidad de acabar con la tiranía y el aislamiento. Cabalga con nosotros y sin duda Britania ocupará el lugar que le corresponde en una era moderna de comercio."

Primavera en Stonehenge

El ejército de Bors Bona, reforzado por los guerreros-lobo *foederatus,* las tropas del *magister militum* y el conde Platorius intimidaban al rey Arthor. Combatir a invasores era una tarea mucho menos ingrata que derramar la sangre del mismo pueblo que pretendía gobernar. Cuando Marcus y Kyner descendieron del norte con el cuerpo principal de sus huestes, el rey envió una caravana de carros vacíos hacia el oeste, haciendo creer a sus oponentes que intentaba tomar Atrebates por la fuerza. Pero tan pronto como el masivo ejército aliado bajo Severus Syrax dejó Londinium y tomó posiciones en el oeste para enfrentarlo, el rey se llevó sus fuerzas directamente al sur.

Arthor cruzó el Támesis por Pontes, quemando tras él puentes y barcazas para disuadir a Syrax de seguirlo. Después, condujo sus tropas con rapidez al oeste, evitando así un choque entre las dos facciones. El primer día de primavera, en aquella equipolencia de día y noche, su ejército acampó en las anchas llanuras de Belgae, a la vista del círculo de dólmenes de piedra azul llamado Stonehenge.

Garcetas, chorlitos, pequeñas aves evolaron como destellos al cielo de oro cuando Merlín y el rey Arthor caminaron a través de los helechos y se detuvieron en la hierba ante el foso que circunvalaba las piedras erectas. "¿Quién alzó estos monumentos, Merlín?", se maravilló el muchacho.

"¿Tan confiado estás del momento presente que te permites el tiempo para contemplar el pasado distante, sire?" Merlín bajó el talud hasta el fondo plano y levantó la mirada con una expresión triste en su rostro curtido. "Orillando a Syrax, no haces más que eludir momentáneamente lo inevitable... ya te das cuenta. El nos perseguirá hasta Camelot."

El rey correteó por el terraplén abajo y subió por el otro lado de la zanja pedregosa, arrebatándole a Merlín su sombrero cónico al pasar junto a él con una risa quisquillosa y un gesto juguetón. "'Suenas como uno de mis señores de la guerra en lugar de mi mago."

"Tienes que tomar posición contra Syrax." Merlín trepó el talud y siguió al joven rey, que brincaba entre los hoyos que agujereaban la tierra a intervalos irregulares. "Cuanto más lo retrases, más fuerte se hará su alianza con los *foederatus*. Y tomarán el este de tu reino... todas las tierras bajas."

Arthor se abrió camino entre cañas quebradizas, recuerdo del último verano, y penetró en el círculo de altas piedras. "No puedo hacerme a la idea de verter la sangre

de aquellos a quienes debo mi protección."

"¿Intentas entonces ganarte su lealtad mediante arduos argumentos, sire?" Merlín pisoteó las cañas y recuperó el gorro de la cabeza de Arthor mientras éste pasaba sus manos por la piedra labrada de moteada dolorita. "Syrax y Platorius están poco inclinados a escuchar. Las ventajas comerciales que el rey Wesc les promete hablan más fuerte que cualquier cosa que puedas decirles."

Acariciando todavía la fría textura de la roca ritual, Arthor repuso: "Es Bors a quien espero convencer. Si podemos ganárnoslo para nuestra Orden, Syrax y Platorius tendrán que capitular."

"Te respeto por tu disposición a evitar el derramamiento de sangre, sire. Pero debo advertirte: demorar el mal es nutrir el mal. Cuanto más lo retrases, mayor será la batalla final... y más fácil será que todo lo que estamos intentando construir se pierda."

María Madre, en cien años, ninguno de los que estamos aquí vivirá. Las casas que habitamos caerán a trozos y desaparecerán. Los bosques se colapsarán y brotarán otra vez. Lo inimaginable nos espera. Y sin embargo, druidas y sacerdotes se atreven a prefigurar para nosotros el ciclo santo, la perdición del infierno, la deriva de las almas por el filo del tiempo, de vida en vida peregrinando. ¿Es algo de todo esto verdad? Incluso mi fe en ti, Madre amada, incluso mi fe en ti es justo eso... fe. ¿Qué es verdad? ¿Qué puede ser verdad en los dominios de la carne y la sombra? Oh, te imploro, Madre bendita, ¡muéstrame tu gracia! Aunque cuestiono todo lo que soy, incluso nuestro amor, sé que en cien años, en mil, las montañas no se habrán consumido y la fe de la gente en ti perdurará. Me cuestiono sólo a mí mismo y lo que a mí me pertenece. Merlín y mis comandantes exigen que ataque a Severus Syrax. Pero ¿cómo puedo atreverme a alzar la mano contra mi propio pueblo... esos mismos a los que he jurado proteger? Semejante hipocresía es tan pérfida como el engaño del que me hizo objeto Morgeu. ¿Soy rey yo... o sólo otro señor de la guerra? Misericordia o poder, ¿qué ha de guiar mi mano?

Flechas Blancas

El ejército del rey acampó durante varios días en Aquae Sulis, disfrutando de los baños y cargando de provisiones los carros para la larga marcha al norte, a las tierras montuosas, a Camelot. Los tributos que Arthor había recibido de las ciudades que rescatara de los Jinetes del Viento Norte durante su campaña invernal se habían reducido a un simple haz de flechas blancas, regalo de un terrateniente de Greta Bridge que a su vez las había recibido de un mirza persa exiliado de su patria. Cada una de las siete flechas tenía punta de plata, asta de marfil y plumas de un finísimo platino.

Merlín llamó a Dagonet a los aposentos del rey, donde las flechas yacían esparcidas sobre una mesa oscura tan intensamente lubricada que se reflejaban con total perfección en la negra caoba. El mago ordenó sentarse al hombre alto de rizos rojos en una silla tapizada con pelo de caballo castaño. "Tienes la luz del Señor del Fuego en tu sangre y tus huesos, Dagonet. Eres un ser tan mágico como yo mismo."

"Pero ni un ápice tan sabio, Merlín... ni tan poderoso." Dagonet respondió con una sonrisa pronta y liviana. Su etérea belleza embelesaba tanto a hombres como a mujeres: una beatífica aura, casi sobrenatural, emanaba de sus ojos de gélidas profundidades, su rostro exquisitamente tallado de alta frente y larga nariz pecosa, su mentón franco y confiado, los labios gruesos y suaves que herían casi la mirada aunque inspiraban

Librodot

absoluta confianza cuando se partían en una sonrisa blanca y simétrica como un amuleto de dicha. Merlín mismo tenía que apartar los ojos y fijarlos en la pequeña bestia que se aferraba a la melena pelirroja para evitar el arrobo. Lord Mono saltó del hombro de Dagonet a la mesa lustrosa y circunvaló las saetas esparcidas. "Desde que nos libramos de Rex Mundi", continuó el hermoso joven, "he tratado de abrirme camino en el ejército del rey con habilidades que ya no me resultan fáciles. Mis acrobacias y malabarismos carecen de gracia... y mi ingenio ha perdido pungencia."

"Eres un hombre nuevo, Dagonet... con un nuevo destino." El mago se quitó el sombrero y expuso un vetusto rostro de aspecto funesto. Observó a Lord Mono, que estaba toqueteando una de las blancas flechas, y la bestia se arredró y saltó con un chillido al regazo de Dagonet. Aunque sus ojos y oídos se lo presentaban transformado, Dagonet aún retenía para el mono el adorado aroma que reconocía; se aferró ferozmente a su protector y arrojó a Merlín una mirada desafiante. "¿Estarías dispuesto a ganarte un lugar en el ejército por medio de una misión para el rey... una misión mágica?"

"¿Yo?" Las pecas de Dagonet se destacaron en arrebolado contraste con sus facciones de pronto lívidas. "Creo que no, mi señor Merlín. Aún tengo pesadillas de nuestra reciente misión mágica, que sondeó las alturas y las profundidades de la creación."

"Desde luego, Dagonet, lo comprendo." Merlín se frotó su rala y farpada barba. "Con el tiempo, tus habilidades mejorarán y conseguirás un puesto digno en nuestra corte como malabarista. Sin embargo, dudo —¡ay!— de que tal posición llegue a impresionar demasiado al jefe Aidan o a su atractiva hija Eufrasia, que halla tu nueva pulcritud tan tentadora. Pero ¿qué esperanza tenías tú, un enano otrora, y todavía un enano de corazón, de ganar mano tan deliciosa y el título que la acompaña?"

"¡Yo no soy un enano de corazón, Merlín!" El tono ofendido de Dagonet inspiró al mono a ponerse bien tieso y mirar con el ceño fruncido al mago. "Pero he sido un enano toda mi vida; aún he de encontrar mi nuevo camino." Su voz se suavizó. "¿Crees que Eufrasia me considera... atractivo?"

"Cualquiera puede verlo, muchacho." Merlín volvió a ponerse el sombrero sobre el largo cráneo y se levantó. "Eres un hombre hermoso ahora, Dagonet, pero un hombre sin posición. La hija de un jefe requiere posición."

Dagonet suspiró y puso un dedo a Lord Mono en el mentón de argénteo vello. "Parece, maestro, que hemos sido reclutados para el servicio del rey... por la esperanza del amor y de una posición digna."

El Pájaro en La Piedra

Por la esperanza del amor y de una posición digna, Dagonet aceptó una labor arriesgada que nadie más en la compañía del rey tenía el arte o la fortitud para cumplir. El mago le dio la aljaba de flechas blancas, con instrucciones de cabalgar al norte, por delante del ejército, seguido de Lord Mono en un carromato. Al final de su jornada de viaje, durante el momento de la primera estrella, tenía que disparar una de las saetas a aquella primera linterna de los cielos. Mágicamente guiada, la flecha caería en el lugar de un tesoro. Tenía entonces que recuperar esas riquezas, cargarlas con la flecha mágica en el carromato y enviar a Lord Mono de nuevo al rey.

Tras haber sufrido aquella ronda fabulosa por los cielos y los infiernos con Rex Mundi, Dagonet tenía pocas dudas de que lo que Merlín le pedía podía realizarse, pero le atemorizaba dejar a Lord Mono conducir un carromato de un solo caballo a través de

senderos del bosque e inseguras carreteras. El mago soltó una silente risotada y en su rostro se dibujó una máscara misteriosa de mudo regocijo. "Fijaré en Lord Mono los tentáculos de mi corazón y lo guiaré rápidamente de vuelta a mí cada noche por caminos faerïe. Por la mañana lo tendrás a tu lado de nuevo, refrescado y sano. Te lo prometo."

Dagonet siguió las instrucciones del mago. Al final de su primer día de cabalgada al norte, ató su corcel al carromato de Lord Mono, fijó una saeta blanca en el arco curvo y compuesto —un arco con la forma curvilínea de la sonrisa hostil del demonio de un templo— y apuntó a la primera estrella en el vaneciente azul. Luego corrió a través de un bosque sembrado de largas sombras y rayos de luz escarlata, con la túnica verde chasqueándole contra las rodillas.

La flecha mágica había caído en una roca larga como el muslo de un hombre y se había hincado en una estrecha fisura. Cuando intentaba librar la flecha, la roca se partió en su regazo y reveló el mimbre de unas costillas, huesos de alas, curvea espina, férreas garras y leproso cráneo en forma de cuña. Los dedos de Dagonet jugaron ligeros sobre la impresión de plumas que había quedado en la piedra con mínimo y filamentoso detalle.

No era éste el tesoro que había esperado, pero arrastró cada una de las pesadas mitades por el bosque hasta donde el carromato lo aguardaba. Cargó con labor el peñasco escindido y depositó entre sus partes la flecha arañada que encontrara al pájaro en la piedra. La oscuridad poseía el bosque cuando Lord Mono, con las riendas en las manos y de pie en el banco del carro con impositiva autoridad, emprendió el camino al sur a través de los árboles.

Por la mañana, mientras Dagonet se bañaba en un frío manantial entre los vástagos florecientes de los sauces, sintió el esfuerzo de arrastrar la roca. Al oír el traqueteo del carromato que retornaba, salió del agua ligeramente encorvado y encontró un pequeño pergamino asegurado con cinta púrpura al dorso de Lord Mono. El mensaje decía:

Dagonet de la Demanda—

El primer tesoro que has hallado servirá bien a nuestro rey. El arzobispo de Auxerre, que colecciona vestigios antediluvianos para el Antipapa Laurentius pagará generosamente por este pájaro anterior a Noé. No te preocupes por lo encorvado de tu espalda. Cabalga veloz dos días más y dispara la segunda flecha a la segunda estrella que aparezca la primera noche clara. La rapidez de Dios por amor de Britania y el rey.

—M.

El Secreto de Volar

Lot insistió en que su mujer se quedase a su lado durante la marcha del rey a Camelot. Por los surcos profundos en su ya añosa y arrugada faz, Morgeu reconoció la tensión que su larga ausencia le había producido y no se obstinó en su independencia, aunque anhelaba retornar a los lugares salvajes del norte donde podría obrar su magia sin estorbos para reclamar a Merlín el alma robada de sus entrañas. Sabía que Lot la necesitaba junto a él.

Aceptó sin quejarse sus uxoriales labores, preparó los tónicos que lo mantendrían fuerte, los sutiles encantamientos que aliviarían sus cuitas y pasó tiempo con sus hijos, que estaban haciéndose hombres rápidamente, acompañando a los señores de la guerra

de las tiendas de campaña a los campos de observación de las operaciones militares del rey. Para deleite de su padre, Gawain y Gareth no hablaban en los últimos tiempos más que de estrategia bélica: cómo defenderse desde un terreno más bajo, cómo desbandar a forajidos en una hondonada, cómo usar mejor la caballería en terreno montañoso, cómo matar con las manos desnudas.

Para recordar a sus hijos los otros poderes del mundo, Morgeu se sentaba con ellos cada noche junto a la hoguera y les narraba historias que, aunque verdaderas, les sonaban fantásticas a los muchachos: la serpiente blanca en el roquedo de una cumbre que, cuando se mordía la cola, circundaba el tiempo interminable y podía así revelar todo el pasado y el futuro, si uno sabía cómo preguntar y escuchar; la pálida gente, conocida como los Daoine Síd, que habitaban en los huecos montes y que acechaban en grutas radicosas o en brumosas arboledas a víctimas con las que luego cebaban al Dragón, que era el fuego en el interior de la Tierra; los unicornios que corrían en manadas por los montes y los campos del sol...

Cuando su familia dormía, Morgeu yacía junto a ellos. Pero no se dejaba llevar por el sueño porque conocía el secreto de volar. Al ojo externo, la hechicera le parecía entonces inconsciente. De hecho, su mente había dejado el cuerpo físico y volado con su carne de ensueño al cielo de la más oscura luz. El reino astral resplandecía con luminosa oscuridad. En sus gélidas profundidades, todo el espacio físico y psíquico era accesible. Más joven, cuando aprendió este secreto de su madre la reina celta, que a su vez lo había aprendido de los druidas, insistió en volar hasta los más lejanos horizontes del planeta y visitó incluso Cathay, revoleando por un bullicioso mercado abigarrado de los brillantes colores de los kumquats, mangos, patos lacados y el púrpura de los pulpos.

Estas noches en el campamento del rey Arthor, viajó secretamente a lagos de montaña y charcas cenagosas, lugares de hundidas, sedimentadas cosas, donde los vapores nocturnos pendían en un aire húmedo, frío, como polvo de jade o moho fino. Bajo el palio oscuro de árboles pantanosos, la luna pequeña en lo alto y granular entre las ramas como sal esparcida, conspiró con los nomuertos. Éstos aparecían a la luz astral de lóbrega claridad tal como habían sido en vida: figuras fenicias, persas, cretenses y romanas, mujeres y hombres con arcaicas vestimentas, el cabello lubricado y peinado con tirabuzones y trenzados espirales de antiguas modas. Siglos y siglos habían vivido en estos lapachares, gente llegada a esta isla hiperbórea con los primeros romanos para escapar de los nigromantes de sus propios países. Siglos y siglos habían sobrevivido gracias a la sangre de viajeros perdidos, de cazadores ocasionales, de insensatos buscadores de tesoros.

En la calina de verde cobrizo que rielaba como polvo, Morgeu congregó a los nomuertos, aprendió sus nombres, sus historias y los guió luego adonde podrían saciar sus ansias frías.

Entre Nosotros Se Mueven Sin Ser Vistos

Merlín supo de inmediato lo que ocurría cuando los soldados del rey empezaron a caer enfermos, sacudidos por escalofríos pero sin fiebres, despertándose de feroces pesadillas demasiado débiles para caminar e incapaces de soportar siquiera el ver la comida. "Vampiros", anunció a Bedevere a la luz carmín del fin del día, cuando el ejército se explayó como un gigante entre los calvijares dispersos de los montes. "Tenemos diez días de marcha por delante antes de llegar a Camelot. A este ritmo, llegaremos allí diezmados."

"Reuniré a los sacerdotes y estableceremos perímetros de candelas sagradas y plegarias", sugirió Bedevere.

"No." Merlín tiró del brazo al mayordomo para acercárselo y se alejó con él del pabellón real. "Arthor no debe saberlo. Sospechará de Morgeu y con razón. Eso es lo que quiere, alarmarlo y someterme a su voluntad para forzarme a devolverle el alma de Gorlois."

"¿No ha abortado aún ese impío retoño?" La alta frente de Bedevere se arrugó de inquietud. "Conozco una tintura que le purgaría las entrañas. ¿Debo encontrar la forma de hacérsela beber?"

Merlín le lanzó el destello de sus ojos resentidos y le habló como a un pequeño. "Es una hechicera, Bedevere. Ni pienses siquiera en desafiarla." El mago se llevó al mayordomo hasta el lugar en que los mozos cepillaban y alimentaban a los caballos de guerra y recogió un cubo de madera. En el aro de hierro que fijaba las duelas, garabateó con yeso rojo una serie de barbáricos signos. "Toma este cubo, llénalo con agua de una charca, cuanto más negra y más detritos en ella mejor. Después, colócate fuera de la tienda de los afectados. Mira el agua. Cuando veas en ella reflejado el vampiro..." Merlín cerró de golpe la Capa del cubo. "Caza a los demonios de esta manera. Se mueven entre nosotros sin ser vistos porque vienen en su ropaje astral, demasiado cautos para exponer sus formas físicas. Pero capturaremos sus almas."

"¿Qué he de hacer con el cubo tapado?", preguntó Bedevere.

Merlín meramente sonrió. Aquella noche equipó al mayordomo con una docena de cubos marcados, cada uno de ellos lleno de agua oscura con hojas podridas. Al alba, un Bedevere soñoliento los había tapado todos. El mago los alineó en un claro donde la luz roja de la aurora bajaba de los árboles. Morgeu llegó caminando a través de la neblina de los fuegos de cocinar, con el sol a sus espaldas, abriéndose camino entre caballos que eran ensillados para la marcha del día.

"No los destruyas, Lailokén." La hechicera puso la chinela roja que le calzaba un pie encima del primer cubo que Merlín iba a destapar. "Vinieron por orden mía."

"¡Y qué ira sentirán los supervivientes contra ti, Morgeu!" Una sonrisa maliciosa le torció los labios. "Vendrán a por ti... y por los tuyos."

El rostro redondo de la mujer se contrajo en un ceño fruncido. "Tú quieres destruirme."

"No quiero que sigas actuando en contra del rey."

Morgeu aferró las ropas de Merlín. "Devuélveme el alma de mi hijo."

"¡Nunca, ramera incestuosa!"

Morgeu alzó la mano para golpear al mago, centelleantes sus pequeños ojos oscuros... pero se contuvo con un gruñido.

La sonrisa de Merlín se ensanchó en un rictus de irregulares dientes amarillos. "Si te das prisa, aún puedes llevarte estos cubos a algún lugar oscuro antes de que levantemos campo. Pero no vuelvas a desafiarme, Morgeu, o la próxima vez olvidaré que soy cristiano."

La Belleza de loé Caballos

Las lluvias de primavera crepitaban en los árboles cuando el ejército del rey llegó al río Amnis y Camelot se alzó a la vista. Mucho trabajo se había realizado en los largos meses de la ausencia de los guerreros y los bastiones, tórrelas, chapiteles y obras defensivas en las cortinas de muralla estaban terminadas. Incluso contra aquel cielo gris,

con los estandartes verde y negro del dragón de sus ancestros y las banderas con los propios colores de Arthor, el rojo y el blanco, colgando nacidas, la ciudadela ofrecía una imagen espectacular.

Mientras el ejército marchaba a través de Cold Kitchen, saludado por el trompeteo de los elefantes y festivamente recibido por osos danzantes y las gracias de los perros sabios, el rey Arthor cabalgó rápido hacia adelante. La fortaleza se alzaba triunfal bajo los cúmulos de tormenta y el verde oscureciente de las montañas. Aves acuáticas saltaron de la hierba ante su galope, garcetas, garzas y grullas que habían retornado al Amnis con la clemente estación.

En la campiña alrededor de Camelot pastaba una manada de corceles de esbeltas patas y fina musculatura, que brillaban casi azules bajo la lluvia, silenciosos y fluidos como tinta corriente. Arthor frenó su montura y permaneció arrobado por la belleza de los caballos. Contempló sus cascos de ébano danzar en la baja calima matutina y sus largas e inteligentes cabezas inclinarse y alzarse, volviéndose de lado a lado para mirarse unos a otros con ojos de sonriente gracia. A Arthor ya lo habían percibido, estudiado y sus fosas nasales recogían las nuevas de su llegada.

Los maestros albañiles y carpinteros que saludaron al rey cuando hizo su entrada en el patio enlosado del castillo le informaron de que los corceles sable habían llegado a Cold Kitchen en un barco de Palaestina Salutaris, como regalo del *dux Arabiae* de Bostra. El *dux* cristiano había oído hablar de las luchas del joven rey contra los invasores y de la oposición de Severus Syrax. La temible familia Syrax era, desde mucho tiempo atrás, la rival mercantil del *dux Arabiae* y éste se alegraba de ofrecer ayuda a cualquier enemigo que tuviese.

"La última vez que estuvimos en esta ciudadela, sire", hizo notar Bedevere al rey tras desmontar y recorrer estupefacto el patio, "vuestro cabello estaba erizado como el de un puerco espín y hubierais preferido vestir una túnica vulgar que una camisa regia. Y ahora..."

Arthor no oyó a su mayordomo, tan absorto estaba por las muchas torres y almenas del patio exterior y, luego, por la elegante arcada hacia la corte central, donde una fuente alta de cornalina y canalones de turmalina verde se vaciaba en un conjunto superpuesto de pilas con imágenes labradas de delfines, salmones, calamares, congrios y sirenas.

"La última vez que estuvimos aquí, sire, me dijisteis que no os sentíais un rey en vuestro corazón." Bedevere admiró lo regio que Arthor parecía con su cabello crecido y sus atavíos reales bien ajustados a su forma. "¿Cómo sentís ahora el corazón?"

"Tanta sangre de los nuestros se ha derramado en la destrucción del enemigo..." Arthor respondió de una manera calmosa, casi ausente, absorto por las escultas alturas del patio interior,"... que si yo no soy un rey, Bedevere, entonces soy un asesino atroz."

María Madre, Camelot es glorioso. El atardecer cae en el jardín central, donde me arrodillo ante ti. Los murciélagos revolotean sobre el claustro. Las sombras escalan las almenas. Mi hermana aparece aún en mis pesadillas y juega con mi destino. Pero me siento seguro entre estas torres de piedra fría. Morgeu tiene un apartamento enteramente para ella en el ala del castillo adscrita a Lot y esta ciudad-fortaleza es tan vasta que puedo vivir años aquí sin llegar a verla. Una campana repica en la capilla. Tres cuervos se dispersan y una nube de oro se disuelve. ¿Qué me empuja a permanecer arrodillado aquí, entre los rosales, mientras la oscuridad lo envuelve todo y el lamparero en las murallas grita la hora? Merlín habla de una era oscura por venir. Un millar de años de olvido. Nosotros en esta ciudadela somos, por la gracia de Dios, un brillante

acontecimiento antes de que descienda la indecible tiniebla. Pero la noche que seguirá no es eterna. Una edad más brillante surgirá luego. Y la llamada desde dentro a servir a ese tiempo aún por venir disipa mis tristes sueños.

Oscuro Amanecer

Una negra humareda se alzaba en el horizonte como muro titánico que cubría el sol. "¡Los paganos están quemando las aldeas y sus campos circundantes!", anunció el conde Platorius a Severus Syrax.

"No paganos: tropas *foederatus.*" El *magister militum* montaba su alazán donde los llanos de Belgae se elevaban hacia escuálidos riachuelos sobre la planicie del río. "Nuestros aliados están destruyendo las granjas de nuestro enemigo, el tirano Arthor. ¿Por qué te alarma ello, Platorius?"

El huraño conde, con un gorro de piel de castor y una chaqueta de montar de cuero blanco ribeteada de piel negra, parecía ataviado más para el deporte de cazar que para la batalla. "Comprendo la táctica, Syrax, pero me pregunto cómo responderá Bors. Es ya muy poco afecto a nuestros... aliados."

Severus Syrax sonrió burlón al oscuro amanecer. "He tomado precauciones para asegurarnos de la fidelidad de Bors a nuestra causa." Se ajustó el yelmo enturbantado y se sacudió la ceniza de las hombreras de piel y su coraza de cuero rojo. "Tuve la previsión de situarlo muy al este de nosotros, en Calleva Atrebatum, donde su enorme ejército estará bien aprovisionado y fuera de nuestro camino hasta que lo necesitemos. Se le han mandado informes ya diciéndole que el tirano ha incendiado sus propias tierras de labranza para evitar que cayeran en nuestras manos."

"Pero no hay duda de que este acto de destrucción provocará una respuesta del tirano." El conde Platorius observó a un escuadrón de guerreros-lobo navegar por la corriente, adornadas las bordas de su nave con los cueros cabelludos arrancados a los labriegos y sus familias.

"Sospecho que enviará a Marcus o Urien a confrontarnos aquí." El *magister militum* se tornó en la silla con petulante expresión. "Pero nosotros no los esperaremos. Para entonces, será Bors quien esté aquí y aplastará a Urien, al que odia por su fe pagana... y, si es Marcus, quizás la batalla no sea tan sangrienta, pero será igualmente decisiva. Bors no puede aceptar la derrota."

El conde Platorius miró incómodo el botín de los guerreros-lobo en su barco, los cueros cabelludos rosas desollados. "¿Y dónde estaremos nosotros, cuando Bors acabe con el conflicto que hemos inspirado en este día oscuro y cruel?"

"Ah, nosotros tenemos por delante una audaz aventura militar, querido conde." Severus Syrax movió hacia el oeste su brazo vestido por manga de seda. "Nuestro destino es tomar Tintagel y capturar a la madre del tirano, a la pagana conversa Ygrane."

El Huésped en el Árbol

La espalda le dolió a Dagonet implacablemente durante los dos días de cabalgada al norte. Maldijo el pesado peñasco que arrastrara por el bosque y rezó para que el próximo tesoro que encontrara no resultase tan ponderoso. El segundo atardecer de su

viaje concluyó en un bosque sumido en una lluvia brumosa. No brillaron estrellas a través de las densas nubes y él pasó aquella noche y los tres días siguientes acurrucado en un bosquecillo de espinos, tratando de mantenerse caliente y seco. Durante el día, Lord Mono y él buscaban bayas tempranas, desenterraban raíces comestibles de ciprés y cazaban ardillas y conejos. Por la noche, se protegían de la lluvia bajo el dosel de los espinos, cerca de un fuego de chasca cuyas llamas volaban con el viento; discutían entonces la vida que harían cuando completasen su misión y el rey los recompensase por volver a llenarle las arcas.

El tercer día, el cielo se aclaró. Entre los penachos de nubes rosas, Dagonet esperó que apareciese la segunda estrella con una flecha armada en el arco curvo. En cuanto la divisó, apuntó y disparó. Con un silbido frío, la pálida flecha ascendió al cielo, centelleó roja en el ápice de su arco y cayó al bosque azul. El joven ordenó a Lord Mono aguardarlo y marchó entre los árboles tan rápido como se lo permitió su dolorida espalda.

Brillando con luz refleja del borroso sol rojo entre los árboles, la flecha blanca apuñalaba el tronco de un inmenso castaño. Dagonet trepó por la agrietada corteza hasta la saeta y encontró un agujero del tamaño de un hombre abierto muchos años antes por un rayo. Miró en su compacta oscuridad y no vio nada. Sólo después de descender a ella por la nudosa y cauterizada pared interior, se dio cuenta de que no era el único ocupante.

Con dedos tentativos y temblorosos, palpó la tersa redondez y órbitas vacías de un cráneo. Su débil chillido resonó fuerte como un alarido en la carcelaria oscuridad y se escabulló rápido de allí. Pero sentado de nuevo en el borde del agujero, bajo la fría oscuridad crepuscular, comprendió que tenía que volver abajo. Fuera el que fuese el tesoro que había allí, yacía con el esqueleto.

Apretando los dientes, Dagonet retornó al arbóreo sepulcro. Bajó hasta que el pecho del esqueleto se apretó contra él; a ciegas, buscó entonces joyas ocultas, pero no encontró ninguna. Con el pie tocó levemente el soporte que había debajo de él y oyó el golpe seco de un barril. Murmurando un juramento abrazó los restos óseos y trató de sacarlos del árbol para poder alcanzar el tonel, pero al tocarlos la carcasa se deshizo. Pasó una buena parte de aquella noche aparejando correas de la silla de su caballo y del jaco del carromato, bajando al árbol, trajinando entre los huesos esparcidos y tratando de subir el tonel.

Era medianoche ya cuando finalmente se rindió y empezó a hachar el árbol con la espada. La madera muerta cedió con más facilidad de la esperada y, gruñendo de dolor a causa de sus músculos agarrotados, se sirvió de las correas para bajar el tonel al suelo. Cuando lo forzó con su hoja, negras monedas de plata cazaron la luz estelar en los perfiles empañados del emperador Trajano.

Confrontando al Mago

Las ropas escarlata de Morgeu no ocultaban ya su preñez. Pero, aunque mucho se había hinchado su grávido vientre, no había ni una mínima agitación de vida en el interior. Tomara los elixires fortificantes que tomara y cantara los ensalmos revitalizadores que cantara, su hijo nonato flotaba inerme. La hechicera se encamó en una buhardilla de Camelot y pasó más tiempo aun fuera de su cuerpo buscando, entre los misterios y secretos de los reinos astrales, modos de rescatar el alma de su hijo.

Gawain y Gareth temían por su madre. Presa de la desesperación, Lot confrontó a

Merlín en la gruta del mago bajo la ciudadela. En deferencia hacia su esposa, el jefe celta se había prometido tratar de evitar al demonio humano que causara la muerte del padre de Morgeu, pero la condición cada vez más remota de esta última lo espoleó a descender las serpenteantes escaleras de piedra protegidas por gárgolas y arcanas imágenes esculpidas.

La puerta de hierro repujada con un gigantesco dragón ensortijado estaba abierta revelando formaciones rocosas depositadas por las finas corrientes de agua, acanaladas y resbaladizas, más blancas que la nieve, algunas del color de la carne, otras de un ígneo verde. Más allá, estalactitas de similares colores acolmillaban un techo escabroso y de muchas de ellas pendían lámparas de cristal que arrojaban acuosos reflejos a una cámara curva y escalonada como una cueva de mar. Las pétreas formaciones de festones rocosos, uvulares alcobas e irregulares plataformas servían de superficies de trabajo para los intrincados instrumentos metálicos y cristalinos del mago. Esotéricos mecanismos de potes de bronce, serpentines de cobre y aspas girantes compartían el espacio con retortas y alambiques alquímicos en las que se arremolinaban amarillentas tinturas y caldosos destilados. Un tufo alquinatranado pendía en el aire, pungentemente infernal, una exhalación del averno.

Merlín estaba sentado sobre un muñón de malaquita veteado de cobre verde, contemplando vastas y oscuras cartas celestes que colgaban entre los dientes de piedra del alto techo abovedado. Tenía ladeada la cabeza como si escuchara la maquinaria chirriante, las cubas de destilación y el filtrado intemporal de las corrientes subterráneas. Parecía inconsciente de la presencia de Lot. Temeroso, el jefe celta avanzó entre las piedras estriadas. "Mago... he de hablar contigo."

"Vete de este lugar, Lot." Merlín no apartó siquiera la mirada de las cartas celestes entre las colgantes agujas. "Vienes buscando compasión para tu mujer, pero yo no tengo ninguna."

"Has arrebatado el alma de mi hijo de su matriz."

Merlín se tornó entonces, lento como una serpiente, prendidas las cuencas de sus largos ojos por una luz espinosa. "¿*Tu* hijo, Lot?"

Lot se quedó inmóvil como un alto muñeco espectral. "¿Qué?"

Merlín, soñoliento, sonrió. "Ah, no te lo ha dicho. Entonces, vete."

"No lo haré." Lot avanzó, con ojos funestos. "¿De quién es el hijo que porta mi mujer? ¿Es tuyo?"

"¡Basta!" Con una mueca de ira, Merlín se puso en pie. "No responderé yo por Morgeu. Vete de aquí, pagano Lot. Vete o conocerás un dolor sin remedio. Vete... y no vuelvas nunca."

Lot retrocedió, intimidado por la cólera repentina del hechicero. Cayó en un escalón resbaladizo, giró sobre manos y pies, y se escabulló de la gruta. El miedo se desovilló por sus miembros y tropezó dos veces más en la escalera espiral, aterrorizado al imaginar a Morgeu en los brazos del siniestro mago.

Deseos Inexpresados

Preocupado con planes por contrarrestar la guerra intestina que Severus Syrax lanzaba contra él, el rey Arthor envió a Cei a Tintagel para supervisar el transporte de la

Librodot

Tabla Redonda y del Santo Grial a Camelot. Cei partió reluctante. Aún lo torturaban los recuerdos de su viaje por el báratro y quería servir a su rey en el campo de batalla, no en misiones diplomáticas ni, especialmente, en las de mágico portento.

En el viaje al sur a través de Cymru y Dumnoni, Cei se detuvo en cada iglesia, capilla y ermita del camino y pidió a sus santos residentes bendiciones para lo que le esperaba por delante. Temía a la madre del rey, conocedor de su reputación como poderosa sacerdotisa del wi*cca,* estimada de la pálida gente. No le importaba a él que ahora Ygrane sirviese al Salvador como abadesa de un convento dedicado a la caridad con los pobres; se preparó acérrimamente para enfrentarse a la madre de una mujer que a él lo había arrojado a las infernales tinieblas.

La tarde que llegó a Tintagel, una tormenta castigaba la costa. Tintagel se elevaba borroso contra bancos de nubes verdes y los cables retorcidos de los rayos. Hermanos legos vestidos con hábitos de saco se ocuparon de su caballo y monjas vestidas de lino gris lo escoltaron a la sala central, calentada por un gran hogar. Una veintena de indigentes buscaban refugio aquí de la tormenta y las monjas los habían sentado a una larga mesa en la que se les ofrecía pez salado hervido en leche y mantequilla.

Cei rechazó una comida privada en sus propios aposentos y, tras secarse junto al fuego, comió con los desposeídos. No le sirvieron de nada, sin embargo, sus corteses intentos de declinar la invitación de Ygrane a encontrarse con ella en sus habitaciones junto a la terraza occidental, con la esperanza de posponer la entrevista hasta la mañana siguiente y en un clima menos ominoso. Pero las monjas no podían desobedecer a su abadesa y lo condujeron por la ancha escalera, una de cada uno de sus brazos morenos, hasta los amplios aposentos que se abrían al panorama del oeste sobre los acantilados fustigados por el mar.

Ygrane estaba de pie ante la Tabla Redonda, con el Grial en las manos. A sus espaldas, entre los arcos de la columnata de la terraza, chasqueaban las alas de la lluvia. "Cei... hermanastro de mi hijo, quiero darte la bienvenida como una madre. Por favor, no te arrodilles ante mí. Levántate, hermano de Arthor. ¿Por qué estás tan pálido? Aquí, sostén el Grial. Su gracia curará tus inquietudes y responderá a todos tus deseos inexpresados."

Cei aceptó la copa de cromo con filigranas de oro y, al tocarlo, su miedo se desvaneció. La serenidad lo envolvió y, tal como la abadesa le había prometido, sus deseos inexpresados se volvieron claros: el rostro de Ygrane se abrió ante su mirada al alma en el interior de la antigua reina —un inmenso campo de trigo silvestre bañado en luz solar— y supo entonces que no tenía nada que temer de esta excelente mujer.

La Espiral Llamada Eternidad

Cei pasó una semana dichosa en Tintagel trabajando con los hermanos durante el día, ayudando a reparar las tejas dañadas por la tormenta, conduciendo a las aldeas locales el carro diario de comidas preparadas para los enfermos y ancianos, bromeando y riendo con las monjas cuando trabajaban juntas en los bulliciosos jardines primaverales alrededor del castillo y charlando franca, amigablemente con la abadesa al atardecer sobre el trabajo de la jornada. Como si de su propio hijo se tratase, ella lo visitaba cada noche antes de que se durmiese y le confiaba recuerdos de su infancia campesina en las montañas de Cymru y de los faerïe, que venían a ella como avispas de fuego, y de los druidas, que la arrancaron a su familia para enseñarle el saber oculto de su antiguo linaje y convertirla en su reina.

Por Ygrane, supo Cei de la espiral llamada eternidad. "Las verdades célticas son las mismas que predicó nuestro Salvador", le dijo con voz de canción de cuna. "Nuestro pueblo ha tenido desde antiguo conocimiento de la trinidad; de *Abred,* la lucha de Dios para crear el mundo por medio de la evolución; *Gwynedd,* el triunfo sobre el mal que nuestro Salvador ha logrado y *Ceugant,* los rayos poderosos del amor de Dios, el Espíritu Santo. Cada uno de nosotros nos hallamos en el viaje espiral a la eternidad de Dios, guiados por el Espíritu Santo. A través de toda forma que pueda sustentar la vida, bajo el agua, en la tierra, en el aire, evolucionamos, experimentamos cada severidad, obstáculo, mal y sufrimiento hasta que nos hacemos dignos de la bienaventuranza porque lo conocemos todo. Y por eso hemos de soportar lo que es doloroso, hijo mío, porque no es posible conocerlo todo sin sufrirlo todo."

Cei lloró al dejar Tintagel. Si no hubiera estado ligado por fidelidad al rey, se habría desprendido de su espada y de su coselete negro repujado con el dragón real para vestirse un hábito con el que servir a la abadesa y sus humildes, industriosas monjas. Pero sabía que él tenía su modesta pero vital función que cumplir en la salvación de Britania y, si Jesús, que tanto inspiraba a la madre Ygrane, lo había dado todo, él no haría menos. Así, una luminosa mañana de Mayo, él y una docena de hermanos legos pusieron la Tabla Redonda de pie sobre su canto y la hicieron evolucionar como una gran rueda por las vías romanas de Dumnoni.

Envuelto en un vellón, el Grial cabalgó con Cei, sujeto al arzón de su silla de montar. Su proximidad lo arrobaba de dicha celestial. Cada día pasaba por sus brazos como una amante digna de ser amada. Cada noche, aunque sus ropas se habían contagiado del amizcle de su caballo y dormía con hojarasca esparcida sobre él, el aire le parecía lambente y aromático como si estuviese rodeado de rosas. Soñaba con Tintagel y creía, mientras dormía, que no había partido de allí, creía que aún trabajaba y reía en los jardines y campos, que aún recorría los sucios caminos entre villorrios portando alimento al necesitado, que aún yacía en un lecho fragante mirando a través del arco de la ventana las promiscuas estrellas mientras Ygrane, íntima, le hablaba de los viajes del alma por la espiral llamada eternidad.

Pez que Bebe en el Río

El asta de marfil y plumas de platino surgía de un arroyo y el agua dorada, crepuscular, corría por sus lados. Cuando Dagonet se aproximó cojeando de dolor, encorvado, la flecha se aprofundó en la estrecha corriente y se alejó de su brazo extendido. El joven chapaleó tras ella y la saeta fluyó corriente arriba partiendo las aguas brillantes a su paso. Sus sandalias chapotearon en el agua fría, resbalaron en las piedras musgosas y él cayó golpeándose la cabeza contra una roca. Estrellas deslumbraron su visión; a través de la luz que tejían, vio la flecha y la cazó.

Surgía del dorso de un pez grande que se debatió en sus manos, luego se aquietó y boqueando como si bebiese en el río, dijo: *Estoy muriéndome. Estoy entrando en una luz inmensa. Una vez fui un avellano. Ahora soy un pez. Pero mi alma es la forma aún de una avellana. Creo que seré árbol otra vez. Y tú, tú Dagonet, que me has matado por lo que porto en el vientre... ¿por qué te fías de un mago? El ama su magia más que a ti.*

"¿Así que hablas?"

El pez se agitó contra los músculos del agua, pero Dagonet no lo soltó. *¿Te sorprende que hable... a ti, que has vivido como Rex Mundi y que has enfrentado a Hel misma en las Estancias de la Muerte, el asilo de los muertos malditos? ¿Tú dudas de que*

un pez pueda hablar?

"¿Por qué poder hablas tú, pez?"

Por el poder de la flecha blanca que me atraviesa el dorso, Dagonet. Y por la claridad que te confiere a ti mi hermana roca, que te ha besado la cabeza.

"¿Qué quieres de mí?" Dagonet yacía con la mejilla sobre una roca escurridiza, contemplando el ojo ágata del pez. "No puedo soltarte. Sirvo a una misión para el rey. Tú eres su trofeo."

No pido que me sueltes. Tú me has matado ya. Todo lo que pido es que mires. Mírate a ti mismo en el agua, Dagonet. Mírate y ve el precio que has de pagar por tu misión real. Estás convirtiéndote en lo que ya fuiste una vez.

Dagonet se puso dolorosamente de rodillas y miró su reflejo en una onda estancada de la precipitada corriente. Encorvado a causa de sus arduos esfuerzos a fin de lograr para el rey el pájaro en la piedra y el tesoro del árbol, parecía en efecto jorobado... y sus rasgos faciales tenían un aspecto avejentado y menos hermoso.

Lo ves, Dagonet... Merlín se sirve de la magia del Señor del Fuego que hay en ti. Cuanto más se agote el poder del ángel en satisfacer la codicia del mago en su búsqueda de tesoros para su rey, más te convertirás en lo que eras.

"¿Qué puedo hacer? Yo... yo he de cumplir con mi misión."

¿Has de hacerlo? Tú eres fuerte y hermoso. Ábrete tu propio camino en el mundo. ¿Qué te importan el rey-muchacho o Britania?

Dagonet se alzó el pez a la cara para responderle, pero la rara criatura había muerto ya y sus ojos minerales se habían velado.

"Éste es nuestro tesoro, amo", anunció sombrío Dagonet a Lord Mono mostrando el pez empalado en la flecha, cuando volvió al carromato. Abrió el animal para extraer la saeta y una perla grande e iridiscente rodó de sus entrañas. El mono chirrió de asombro. De acuerdo con las órdenes, Dagonet puso la perla y la flecha en el carro y ayudó a Lord Mono a encarar la distancia de la que llegara. A los pocos instantes, la noche volvió a aceptar una vez más la carreta conducida por la bestia; el traqueteo del vehículo y el sonido de los cascos se desvanecieron de pronto en el bosque frígido.

El Final del Capricho

El rey Arthor permaneció en salón del consejo, cuando jefes y comandantes se retiraron. Habían detallado para él las insidiosas crueldades que Severus Syrax y sus señores de la guerra infligieran a las provincias leales al rey: la destrucción de tierras de labor, el hundimiento de las presas, la quema de viñedos y vergeles. Todos coincidieron en que el rey no tenía otra opción que enfrentarse a las fuerzas de Syrax antes de que éstas arrasaran más territorios. Pero Arthor sabía que, mientras Bors Bona apoyase al *magister militum,* la batalla por el dominio de Britania resultaría insoportablemente sangrienta. Había pedido a Merlín que preparase un amuleto que le ganase los afectos de Bors... un hechizo de amor para el señor de la guerra.

"No es asunto fácil", le había confesado Merlín. "Aunque he estudiado las casas astrológicas de Bors Bona y he visto que los aspectos de su afectividad son suficientes para elaborar un amuleto, la manera de hacérselo llegar es esencial. Sea quien sea la mano que se lo dé, debe encarnar los atributos precisos para despertar sus afectos. Una vez despiertos, esos sentimientos serán asignados a Britania y a ti como su alto rey. Pero ¿quién puede evocar emociones en el duro y agriado señor de la guerra?"

"Haz el amuleto, Merlín", le ordenó Arthor entonces. "Yo encontraré al mensajero

ideal."

Eufrasia halló al rey solo en el salón de guerra. "Espero que no me hayas hecho venir para renovar nuestra inoportuna amistad invernal. Te lo digo sin ambages, Arthor, mi corazón pertenece a Dagonet."

"Tu padre me advirtió de que eras una muchacha tornadiza." Estaba rodeado de caballetes con mapas y mesas sobre las que había maquetas topográficas. "Quizás Dagonet mantiene despierto tu interés porque resulta inasequible. Está lejos de aquí, recaudando fondos para financiar nuestra guerra contra los foe*deratus* y sus aliados británicos, Syrax, Platorius y Bors Bona."

"Mis actos han sido veleidosos, Arthor. Tú me salvaste la vida en el Castillo Espiral y, aunque te he pagado esa deuda, siento aún un inmenso cariño por el joven que arriesgó su vida para rescatarme de una muerte cruel. Mi comportamiento el invierno pasado... no puedo excusarlo. Estaba ebria de guerra, con tantas batallas y un viaje tan largo. La posibilidad de ganarme el amor de un rey me inspiró una actuación insensata. Desde que llegamos aquí, a este elegante castillo, te digo sinceramente que soy más yo misma. Hice mal en seducirte y peor aun en llamarte crío y despreciarte."

"Eufrasia, no te he llamado para oír disculpas." Arthor abrió la palma de su mano para mostrarle una ampolla malva con un tollo diminuto metido en ella y le explicó la naturaleza del amuleto y su propósito. "No me debes nada. No tengo ningún derecho a pedirte que arriesgues tu vida por mí otra vez..."

Eufrasia tomó el amuleto de la palma del rey. "Haré llegar esto a Bors Bona. No sólo por ti, por que creas en mí después del modo descortés con que te traté, sino para señalar el fin del capricho y el comienzo de lo que espero sea un futuro, para mí misma y mi amado Dagonet."

María Madre, pongo mi futuro en manos de una mujer a la que he rechazado, una mujer que ahora se jacta de su nuevo amor en mi misma cara. En verdad, niego por que sea feliz, cosa que no sería conmigo y mi alma pecadora. Pero ¿servirá a Britania... o me mortificará? Te imploro, vigílala. Aunque sea pagana, guíala por caminos seguros hacia Bors, cuyo poder hemos de volver hacia nuestra causa.

Hacedor de Serpientes

Llegaron por la noche, cabalgando bajo la luna, por caminos blancos como la sal. El mismo Tintagel brillaba como un escarpado trozo de luna caído a la tierra. Dejando atrás los hermanos legos que guardaban una puerta nunca cerrada, un grupo de soldados cabalgó hasta el patio principal y saltó de sus monturas antes de que éstas llegasen a detenerse. Vestían las túnicas azules y chaquetas marrones de montar de la caballería de élite del *magister militum* y no prestaron atención a las monjas de hábitos grises que salieron a recibirlos. Se hombrearon camino entre estos gentiles guardianes y se precipitaron por la ancha, curva y elegante escalera de mármol, sin pausar para quitarse sus cascos de cuero reforzados de bronce.

En la terraza occidental, donde la Tabla Redonda había reposado una vez, hallaron a la abadesa de hábito blanco arrodillada en plegaria ante el sagrario que contuviera al Grial. No dijeron nada al levantarla por los brazos y llevársela a rastras de sus aposentos.

Ni una protesta dejó oír Ygrane. Se esforzó por sustentarse sobre sus propios pies

Librodot

y permitió que tirasen de ella rápidamente escaleras abajo. A las asustadas monjas que trataron de cerrarles el camino a los soldados que la llevaban presa les dijo sólo: "Retornad a vuestras plegarias." Y a los hermanos que cruzaron corriendo el patio con estacas e instrumentos de trillar, les advirtió con voz fuerte: "¡Deponed esa violencia! Andad a rezar por nuestro rey."

No presentó resistencia tampoco cuando alcanzaron los caballos y se le permitió montar sentada en el abrazo amizclero de un jinete. Por los caminos de la luna cabalgaron, dejando atrás Tintagel, que brillaba como un montón de huesos. Argénteas varas pendían en el bosque. El grito vacuo de una lechuza fue heraldo de su veloz tránsito y el viento suspirante llevó frías nuevas de lluvia al norte.

Severus Syrax y el conde Platorius aguardaban su llegada en un calvijar que la luz del fuego bañaba en ámbar. Dos veintenas de hombres pululaban entre los árboles donde habían acampado, ansiosos de ver por sí mismos a la famosa reina de los celtas, la madre de Morgeu la Fey y del rey-muchacho Arthor. Una respetuosa distancia mantenían del *magister militum,* ataviado con su yelmo enturbantado y su coraza de metal ribeteada de piel, y el conde de Atrebates, con su sombrero de castor y largo manto de pieles.

Ygrane no dijo nada cuando el jinete la bajó al suelo. A la luz de la hoguera, su plácida faz parecía labrada en ámbar y ocupada desde dentro por las sombras danzantes de las llamas. Sin ira ni ansiedad miró a los dos señores de la guerra.

El conde se inclinó ante ella y se santiguó. "Madre, perdonadnos, pero la obstinación de vuestro hijo fuerza nuestra mano."

Ella no respondió y Severus Syrax la calibró con frialdad, curvadas en irónica sonrisa las finas líneas de su bigote. "¿Sabes por qué estás aquí?"

Sus ojos verdes parpadearon apreciativamente. "Supongo que he sido llamada por el Hacedor de Serpientes."

Obsesionada con el Rojo

Antes de la vida, era el sueño. Morgeu retornó allí entre sus largos vuelos astrales y el breve tiempo que permanecía despierta, atendiendo las necesidades de su cuerpo. Estaba desesperada por hallar el modo de recuperar de Merlín el alma de Gorlois. Pero toda su vida adulta había estado desesperada por vengarse del mago cuya magia había destruido a su padre. Tal era el motivo de su obsesión con el rojo. Al igual que sus ropas, los tapices de su cámara en la torre de Camelot eran escarlata. Alfombras de vellón carmesí cubrían los suelos de piedra. El dosel de su lecho recibía la brisa de la ventana en sus velos de gasa roja. Incluso las sillas, la mesa, el pupitre brillaban lacadas con bermellón. El color portaba el poder de la sangre, de la vida, de la eterna herida entre el día y la noche, y le confería una fuerza mortal para vengarse por lo que el demonio le había arrebatado. En sus meditaciones sobre cómo frustrar al demonio que tanto daño le había hecho, a menudo se palpaba con los dedos el pelo rojo y se lo llevaba a los dientes para mascarlo. En esas ocasiones, sólo su cabello le parecía auténtico, pues estaba muerto ya.

Yacía entre las enredadas sábanas escarlata de su lecho, mordiéndose un mechón, cuando Lot entró en la cámara. La arruga entre sus ojos gris-tormenta le advirtió de que un dolor hendía a su marido el cerebro, un conflicto al que no dio voz hasta que estuvo sentado en el borde de la cama. "Merlín dice que yo no soy el padre de ese niño. Sé, sin embargo, que tú dirás que miente... de Merlín se trata, tu enemigo."

Morgeu no dijo nada. Se mascó el cabello y observó.

"Sé que ha robado el alma de la criatura... el alma que es tu padre." La boca de Lot no era visible tras el denso vello gris de sus bigotes y sus palabras, suaves, susurradas casi, llegaban como transmitidas telepáticamente. "No me importa en absoluto de quién sea el alma que traigas a esta vida. Eres una hechicera. Tienes el poder de convocar las almas. Yo acepto esto. Pero eres mi mujer. La carne que uses para vestir esa alma ha de ser la mía entretejida con la tuya. Yo soy Lot, hijo de Lug Lamfada del Largo Brazo, padre por Elen de los guerreros Delbaeth, Loinnbheimionach y Cohar, padre por Pryderi de los Cabellos de Oro de los guerreros gemelos Gwair y Galobrun, y por ti padre de Gawain y Gareth. No admitiré a un hijo engendrado por otro."

Con la escasa fuerza que le quedaba de sus tediosos viajes por los mundos etéricos, Morgeu alargó el brazo y presionó con su pulgar el espacio entre los ojos de su marido. Con voz de ensalmo, cantó calmífera para él: "Eres tú un gran guerrero y padre de grandes guerreros. Reserva tu ira para el enemigo. Reserva tu fuerza para quebrantar al enemigo. O las casas arderán y los campos serán destruidos. Hasta que tú apareciste, buenos y fuertes eran los gemelos, dos hermanos distintos. Pero en ti, son una sola alma."

Cuando el pulgar se retiró, Lot se sentía en paz y seguro de sí mismo. El gorjeo de los pájaros se filtraba a través de las rojas cortinas entre vislumbres de luz nubosa. Olor de pan caliente escalaba la mañana desde la tahona abajo. Su mujer le sonrió y el corazón le latió orgulloso en el pecho cuando se puso en pie para partir, admirando el vellón carmesí bajo sus pies, el veteado oscuro de la puerta, el fino encuentro de las piedras del arco que formaban el dintel... el mundo, tan lleno de todo, que él no había notado la nada que Morgeu le había dado.

Alas del Crepúsculo

Cada crepúsculo, tanto matutino como vespertino, motas de luz espectral revoloteaban entre la alta hierba, los setos y las ramas de los árboles, atraídas, por la rueda gigante que los hermanos legos y Cei hacían rodar hacia Camelot. Cei les prestaba, al principio, poca atención. Para él, eran luciérnagas o fuegos fatuos. El alba y el anochecer eran momentos laboriosos, con la necesidad de preparar la comida y el campamento, así que hasta la quinta noche no oyó por casualidad la mención a *los faerïe* en una de las plegarias de los hermanos.

"Tal cosa es lo que son esas luces", le dijo el hermano cuando Cei preguntó. Las miró entonces, pero la noche había caído ya.

Por la mañana prestó más atención a aquellas formas fugaces diestras en cabalgar la brisa desde los árboles. El tamaño de la rueda exigía a los hombres seguir la vía principal al este y evitar las rutas forestales más directas, en las que las ramas bajas habrían obstaculizado su paso. Cei pasó de un lado del camino al otro, tratando de cazar a las chispas que llegaban con las ráfagas de aire desde cada lado del bosque. Por fin, un vendedor ambulante se arriesgó a echar el sombrero sobre una de aquellas motas ígneas. Cuando Cei la miró, vio en efecto un ser diminuto, vagamente humano, con halo diamante, ojos de mica y ropaje brumoso.

El miedo destelló en Cei como una nota musical hilada una y otra vez en las tensas fibras de su corazón. Rezó con fervor durante el desayuno de pan de avena y pescado salado para que los ángeles los guiaran y protegieran.

Al anochecer, pesándole la fatiga de la larga jornada y con la niebla filtrándose a la carretera desde los bosques, sintió que su plegaria se había extraviado. Siluetas umbrosas de gnomos y trolls parecieron surgir de las zanjas al borde del camino y los faerïes volaron en enjambres por la vía como bolas de gas cenagoso. Cei se volvió para infundir coraje a los hermanos, pero la calina lechosa los había envuelto por completo. Las formas que veía estaban inmóviles, como estatuas en un jardín neblinoso.

"Cei, hijo de Kyner, qué mesa hermosa y práctica tienes ahí." La voz de oscuras cintilaciones llegaba de un hombre alto con botas amarillas y chaleco rojo, cuyos ojos esmeralda y aduendados brillaban con enigmática luz. Tras él, la boira se ajironaba para revelar un ardiente ocaso entre los árboles hacia el oeste, un flamígero horizonte franjado de nubes púrpura. "¿Me dejarías tirar de la Tabla Redonda con las alas del crepúsculo? Yo podría llevarte a un lugar en la Dichosa Foresta donde el Flautista toca incansable y la celebración nunca termina. O, si tu alma cristiana lo prefiere, marcharé sólo junto a ti, una escolta faerïe en el camino de vuelta a tu rey. ¿Qué me dices, Cei? ¿Danzar con alegría o el riesgo del viaje por delante?"

Gimoteando de miedo, Cei se arrojó a su caballo y empezó apresuradamente a desenvolver el Grial. Para el momento en que sus manos temblorosas revelaron la copa de cromo con filigranas de oro, el extraño élfico se había desvanecido. Un hermano surgió de la niebla portando chasca. "Hermano Cei, deja el Grial, por favor. No tenemos a ningún sacerdote que nos diga una misa y estamos todos muy cansados para plegarias largas."

LOS Espectros de los Amantes

La escolta del rey acompañó a Eufrasia desde Camelot por los bosques del reino, a través de corrientes crecidas por las lluvias de primavera, durante cuatro días de marcha hasta el borde boscoso de la planicie en la que el ejército de Bors Bona había acampado. Arribaron tras la puesta de la luna en un cielo arrasado de estrellas y, de acuerdo con las órdenes, la escolta no siguió a partir de allí a la blonda hija del jefe Aidan. Eufrasia cabalgó sola desde los árboles, acariciando la ampolla que Arthor le diera y que ella había anudado a una fina cadena de oro que le colgaba del cuello.

Antes de partir de Camelot, el mago de hundidas mejillas la había contemplado con aquellos ojos viperinos en órbitas oscuras. "Hay mucha magia en esa ampolla. Tu belleza la porta. Todos los que te miren por la noche, desde los exploradores y centinelas hasta los oficiales y el mismo Bors Bona verán los espectros de las personas que amaron. Cada hombre ha perdido a un ser amado, ya sea su madre, su abuela, su hermana, esposa o amiga carnal. Tú serás esa figura para ellos. Pero cuida de las mujeres. Las mujeres te verán como lo que tú eres."

Eufrasia cruzó un campo arado donde temprana cebada surgía en irregulares hileras del terreno rocoso. Un jinete de patrulla se quedó en las sombras al verla. Con voz insegura la llamó, pero ella siguió adelante y no dio respuesta. Más allá, una luz sulfurosa ardía oscilando. Penumbrosamente, distinguió a un arquero entre los oscuros nichos del bosque cuya faz iluminada desde debajo revelaba estupefacta sorpresa.

Las hogueras del campamento titilaban en el prado más allá de los campos trabajados y ella cabalgó despacio, dando amplia oportunidad a los ojos vigilantes en la oscuridad entoldada del bosque para observarla y ver lo que sus corazones les sugirieran. Unas pocas voces temblorosas llamaron a los espectros que veían, pero la mayoría la contempló en silencio cruzar las líneas, lenta y solemne como el fantasma que la

Librodot

creían ser.

Como si se materializase a partir de la negra solitud de la noche, cabalgó hasta el campamento y avanzó al paso entre las sombras danzantes de los fuegos hacia el pabellón central, donde se alzaba el estandarte aquilino de Bors Bona bajo una bandera con la emblemática cabeza del jabalí. Los canes se apartaron de ella, los caballos relincharon y los soldados se incorporaron en sus lugares de reposo, con ojos de espanto.

Desmontó junto al pabellón. Los guardias se apartaron de ella y las lanzas se les escurrieron de los dedos. Bors estaba de pie cuando entró, levantado por el repicar de las lanzas en el suelo, con la mano en su espada envainada, que colgaba del poste de la tienda. Cubierto por un camisón de lana gris y, en los pies, altas medias, se sentó en el catre y la contempló, blancos los ojos en la oscuridad del pabellón. "¿Madre?"

Casa Estelar de LOS Dioses

Dagonet cabalgó durante cuatro días al norte y, al ocaso, disparó una flecha blanca a la cuarta estrella que titiló en los cielos azules. "Deséame suerte, maestro", le dijo a Lord Mono, que estaba pacientemente sentado en el banco de conducción del carromato. Hacia el crepúsculo renqueó Dagonet, con la espalda pulsándole de las duras jornadas a caballo... y la maldición que el pez parlante le infligiera. Cojeando a la fría luz estelar, bajo Arcturus y el Labrador, se negaba a aceptar que Merlín, que había vivido con él las aventuras de Rex Mundi, fuese capaz de aprovecharse de la magia con la que el Señor del Fuego le había dado la estatura de la que carecía su anterior forma atrofiada. El pez moribundo se lo había dicho para turbarlo, para hacerle dudar. Pero él no dejaría que ninguna incertidumbre manchase su propósito. Conquistaría una posición digna en la corte del rey y haría de sí mismo algo más que el vagabundo que había sido hasta entonces.

No había dónde encontrar la flecha. Buscó todo el ocaso, desesperándose cada vez más a medida que la noche caía. La oscuridad lo envolvió. Después salió la luna y el bosque nocturno acumuló formas plateadas y de pulverizado azul. Un policromo destello de movimiento le inquietó el ojo y vio las plumas platino de la flecha parpadear, haciéndose una y otra vez visibles e invisibles en un seto. Se precipitó tras ella, sobreponiéndose al castigo de los músculos acalambrados de su espalda.

Una libre había sido alcanzada por la flecha y corría por el terreno lunado. Dagonet la siguió con obstinación, ignorando el dolor del dorso, apresurándose encorvado y con los brazos extendidos. La liebre se escurrió por una grieta entre unas matas, arrastrando la flecha consigo. El arquero cayó de rodillas antes de alargar el brazo y colarlo por allí. Percibió las raíces o lo que tomó por macizos zarcillos hasta que tiró de ellos y vio a la luz sedosa un cilindro trenzado de raíces. Al apartar las raíces entretejidas, descubrió un ennegrecido tubo de bronce, cuya parte central tenía grabadas las adujas de un ave-serpiente y cuyas tapas adornaban aladas esfinges, que servía de funda protectora a un antiguo rollo. Las enredadas raíces penetraban umbilicalmente en la grieta conectando aquél con otros tubos semejantes.

Mientras la luna trepaba a la cima del cielo, Dagonet rescató un montón de aquellos pergaminos en cilindros de bronce, alrededor de doscientos treinta documentos antiguos de una biblioteca enterrada un siglo antes. Portó varios de ellos cada viaje que hizo hasta el carromato a través del bosque y, cuando hubo acabado y el carro de Lord Mono partió traqueteando con la luna en las copas de los árboles, Dagonet cayó

Librodot

exhausto.

Los pájaros chirriaban por todas partes y el sol yacía sobre él como una cálida manta cuando despertó para hallar a Lord Mono mordisqueando bayas de grosella de un cesto de mimbre que tenía una pequeña nota adosada.

Bravo Dagonet—

Has desenterrado la biblioteca de Hiparco, el astrónomo griego que dibujó los planos de la Casa Estelar de los Dioses, una copia de los cuales serviría más tarde a Ptolomeo. *Aquéllos fueron llevados a Hyperboria por navegantes griegos para ocultarlos de los bárbaros romanos. Dudo de que vaya a venderlos. Son un tesoro mayor que cualquier cantidad de dinero. Marcha cinco días al norte ahora... y ten cuidado, porque entras en los dominios de los pictos. Confía en Dios y guarda la fe en nuestro rey.*

—M.

Guardianes del Ocaso

Cada crepúsculo, Cei se aseguraba de desenvolver el Grial, subirse a su caballo para colocar el cáliz en la cima de la Tabla Redonda y arrodillarse en plegaria con los hermanos. A partir de entonces, los faerïe dejaron de intervenir pero, a fin de garantizar que no habría más visitaciones de la pálida gente, Cei convenció a un sacerdote de la iglesia de Isca Dumnoniorum de que los acompañase a Camelot. Al alba y al ocaso, dirigía éste el servicio sinagogal de leer las Escrituras, cantar salmos y decir los homiléticos sermones que, en estos tiempos de la historia de la iglesia, comprendía la misa. Por turnos, y bajo la supervisión del sacerdote, cada uno de los hermanos y Cei tenían la oportunidad de dirigir la ceremonia y servir como vicarios de Cristo administrando la eucaristía.

La rueda gigante evolucionó con facilidad por las antiguas vías romanas con los doce hombres, y más, de la compañía que comprometieron sus lomos en la labor. Cuando baches y grietas bloqueaban el camino, se colocaban en el suelo planchas recias que salvasen los agujeros. Durante las lluvias frecuentes, los hombres cantaban para mantener elevado el espíritu y la rueda seguía rodando. En las corrientes, donde los puentes colgantes no eran lo bastante firmes para la Tabla Redonda, los hombres recogían rocas planas y creaban pasos a través del agua.

El mayor obstáculo no eran las carreteras en mal estado, el clima o el terreno, sino las ciudades. En su viaje al norte, la Tabla Redonda rodó a través del puerto de Isca, donde el sacerdote se les unió; luego, por las alamedas de Lindinis, Aquae Sulis con sus famosos baños, la magisterial Corinium, donde en otoño Cei apostara su espada y caballo; Letocetum, con sus muchas viñas y bodegas de cada tipo de vino; la ciudad ecuestre de Uxacona y sus bulliciosas carreras de caballos, y la ajetreada Viroconium de los amplios mercados. Todas saludaron la Tabla Redonda con jubilosa celebración... pues todas habían sido aterrorizadas por las partidas de saqueo de las fuerzas del *magister militum.*

En cada ciudad, los ancianos y miembros del consejo buscaban el modo de agasajar y loar a los portadores del Grial y la Tabla. Creían que estos embajadores del rey, si conseguían propiciárselos, llamarían a las fuerzas reales: Arthor había limpiado de forajidos las tierras fértiles de los alrededores la previa estación y cada municipio quería que lo defendiera ahora de Syrax. Sabían que el poder del rey era limitado y cada

uno defendió arduamente su caso, exponiendo la razón de que su ciudad era la que más merecía la regia intervención.

Una y otra vez, la Tabla Redonda tenía que dejar rodando las puertas de la ciudad a medianoche para eludir a las masas suplicantes que querían retener a los hombres del rey hasta que éste enviara defensores. En los campos circundantes, abundaba la evidencia cruel del ejército de Syrax: vergeles abrasados, campos patullados, molinos destrozados.

La labor de tirar y empujar la gran rueda con cabos probó ser absolutamente agotadora en la montuosa carretera septentrional que seguía el río Amnis hasta Cold Kitchen y Camelot. Al anochecer, nadie tenía fuerzas más que para una plegaria superficial de gracias a Dios. Durante una de aquellas exiguas plegarias bajo un cielo ígneo, Cei notó que el hombre que se arrodillaba junto a él calzaba botas amarillas, vestía un chaleco rojo y sonreía maliciosamente con sus aduendados ojos verdes. "Cuando el rey te pregunte cómo conseguiste hacer rodar la Tabla Redonda por la campiña sin que te molestase el enemigo, dile que los Guardianes del Ocaso, los Daoine Síd, te dieron protección y te mantuvieron oculto a los ojos malignos. Dile que por ser el hijo de nuestra antigua reina lo honraremos."

Cei se puso en pie de un salto, cayó hacia atrás sobre el hermano que estaba a sus espaldas... y, cuando volvió a mirar, el elfo se había desvanecido.

La Ambición del Magister Militum

Severus Syrax ofreció un generoso festín a Ygrane. En su pabellón de la llanura de Belgae, una mesa de ébano labrada con suntuosas foliaciones estaba cargada de limones, naranjas, higos. "Importados de las fincas de mi familia en Canaan", anunció orgulloso el *magister militum.* "Estos son los artículos que podríamos traer regularmente a Britania... y más. Sedas de Cathay. Marfil de Aksum. Azafrán del valle del Indo. Raras maderas y los más exquisitos inciensos de Cachemira. Tapices persas. Aceites de sésamo y de oliva de Tripolitana. Mi familia tiene acceso comercial a todos estos lugares remotos y están ansiosos de hacer negocios con nosotros. Quieren nuestra fina lana, nuestro ganado y perros de caza, nuestro estaño, cobre, oro y plata, nuestra caballa salada y deliciosas ostras, nuestros artículos de peltre, que no tienen rival en todo el mundo. Con puertos a cada lado y las vías romanas adecuadas, el comercio sería vigoroso, los beneficios altos. Piensa en ello, Ygrane... una isla de prosperidad y abundancia."

"¿Prosperidad para los celtas y los britones, Syrax?", inquirió Ygrane escéptica negándose a sentarse en la silla almohadillada que él le ofrecía. "¿O habrán de servir meramente como otra fuente de recursos... mano de obra barata, mientras nuestros amos *foederatus* cosechan los beneficios de nuestra abundante isla?"

"Hay mucho para que todos podamos compartirlo." Syrax vertió con jarra de plata un vino ámbar en una copa de cristal y se la brindó a la abadesa. "Una alianza con las tribus del norte nos beneficiaría a todos."

"Ésta es nuestra isla, Syrax, construida por el esfuerzo de los celtas y los britones." Ygrane rechazó con un gesto la copa de vino. "Las tribus del norte no aman la industria. Son saqueadores. Ésa es su fe."

"La fe cambia." El m*agister militum* la saludó con la copa y sorbió el vino. "Mírate a ti misma. Ahora eres una fanática cristiana, pero años atrás eras una reina celta pagana. Compartamos esta isla con los *foederatus* y, en una generación, preferirán

Librodot

el lino a las pieles animales. Confía en mí."

"No confío en ti, Syrax. Si tú mismo creyeses lo que dices, habrías rendido homenaje a Arthor como rey tuyo y habrías tratado de persuadirlo del mérito del comercio. Pero tú y yo sabemos bien que tu alianza con los *foederatus* exige que el dominio de Britania pase a sus manos... no a un rey británico o celta."

"¿Qué importa quién lleve la corona?", repuso Syrax con un desdeñoso gesto de la mano. "Wesc o Arthor, ¿qué diferencia hay, en realidad? Es el comercio lo que es importante. El comercio es la sangre de la nación. Si no compartimos esta isla con los *foederatus,* nos la quitarán entera. Que Wesc sea rey. Para Arthor habrá otros títulos, cualesquiera que desee... y todos ellos provechosos."

Estratos del Sueño

Eufrasia se acercó a Bors Bona en la oscuridad de la tienda, con el amuleto de Merlín en la mano extendida. Él estaba sentado al borde de su catre, con los brazos colgando entre las piernas, fundido con las sombras menos por el blanco de sus ojos atentos. "Madre... ¿de verdad eres tú?"

El interior de la tienda se iluminó de pronto cuando la cortina tras Eufrasia se alzó y la matrona de los sastres del ejército irrumpió en él armada de una hoja ancha, que centelleó con el resplandor de las hogueras del exterior. Agarró a Eufrasia por la melena y la tiró al suelo, apuntándole con la hoja a la garganta.

Pero antes de que el cuchillo pudiera morder, Bors cogió a la matrona su brazo carnoso y la hizo a un lado.

"¿Qué estás haciendo?", gritó. De inmediato, los guardias entraron con linternas y retrocedieron hacia las lonas del pabellón, estupefacto cada uno al ver al espectro de su amor desmadejado ante él.

La matrona rompió la cadena de oro alrededor del cuello de Eufrasia y expuso la ampolla malva a la luz de las lámparas. "¡Un amuleto pagano en una moza pagana! La vi abrirse un camino de embelesos hasta tu tienda, señor. Vi los guardias espantados. ¡Es brujería! ¡Lo he visto!"

Bors miró atónito a la hermosa mujer pagana que yacía ante él y sintió como si estuviese dormido todavía, flotando entre los estratos del sueño. "¿Quién te envía?"

"El mago del rey... Merlín." Se puso en pie y dirigió una mirada fiera a la matrona, que le devolvió un desafiante mirar. "Soy Eufrasia, hija de Aidan, que es jefe bajo Lot de las Islas Septentrionales."

"¿Qué mal pretendías infligir a nuestro señor?", gruñó uno de los guardias, airado al ver desaparecer al espectro de su amor.

"¡Mal ninguno!" Alzó indignada el mentón. "El amuleto había de ganar el afecto de vuestro señor para nuestro rey... Arthor."

Tomando la linterna de uno de los guardias, Bors despidió a los circunstantes. "Destruid ese amuleto y que no se nos moleste." Colgó la lámpara junto a su espada en un gancho del poste de la tienda e hizo un gesto cansino a la muchacha para que se sentase en el banco almohadillado opuesto al catre. "Merlín no es tan sabio como yo llegué a creer."

"Lo bastante para hacerme cruzar todo tu ejército sin ser detenida", repuso Eufrasia desafiante sin sentarse todavía.

"Oh, su magia está más allá de mi comprensión, eso te lo garantizo." Bors se arrebujó en un manto marrón y se sentó en el lecho, se pasó sus dedos romos por el

cabello corto y gris, y se asombró aún de estar realmente despierto. "¡Pero pensar que cree que necesita de amuletos para que el rey se gane mi afecto! Eso empequeñece mi opinión de él."

Eufrasia se sentó en el borde del banco. "¿Tienes tú, pues, afecto por el rey?"

"Al igual que por su padre, Uther Pendragón."

"Pero ¿por qué... por qué sirves al enemigo?"

"Syrax me atrajo a Londinium con la amenaza de su alianza con los *foederatus.* Yo pretendía disuadirle de ella. Pero él empleó magia, a Merlín mismo, para hipnotizarme. No sé cómo lo hizo, cómo se ganó al mago para la causa de los *foederatus,* pero lo hizo. O pareció hacerlo. Y cuando recobré mis sentidos, mi ejército estaba bajo el control del enemigo. Si yo hubiera desafiado abiertamente al *magister militum* entonces, ahora estaría muerto y mi reino de Parisi destruido por los pictos. Las tribus del norte no se lanzan a la destrucción de mis tierras sólo por mi alianza con sus amos. Pero ahora me dices que el mago que me embaucó en Londinium pretende ganarse mi lealtad a un rey que yo ya admiro."

"¿Por qué no rendiste homenaje a Arthor en Camelot?"

Bors se encogió de hombros. "No había pasado la prueba. Era un crío. Pero te digo esto: se ha ganado mi lealtad con sus victorias contra los invasores de este país." Se frotó los ojos con las manos. "Ahora, si consigo asegurarme de que no estoy soñando, decidiremos qué hacer para salvar a nuestro rey."

El Hacer de Guerreros

Cuando Cei llegó a Camelot con el Grial y la Tabla Redonda, ceremonias regias y rituales cristianos lo saludaron. Él se retiró a sus aposentos para dormir todo un día y una noche mientras las festividades se aceleraban hasta un delirio casi carnavalesco. Llegadas al paroxismo, cuando los desfiles de elefantes y las danzas bacanales de flores rebosaron del patio de la fortaleza para esparcirse por los campos, Arthor las clausuró. Recordaba dolorosamente su ebrio jolgorio del previo estío y comprendía mucho mejor ahora las serias responsabilidades de su regia posición.

Con su hermano y senescal, Cei, a su izquierda y su mayordomo Bedevere a la derecha, el rey Arthor abrió la primera sesión de los Guerreros de la Tabla Redonda. Todo un día y hasta bien entrada la noche se prolongaron las deliberaciones, discusiones y estrategias acerca del mejor curso de acción a emprender contra el ejército del m*agister militum* situado al este y al sur, y el de Bors Bona al norte. Noticias de la captura de Ygrane habían llegado a Arthor días atrás y este hecho, así como la vasta destrucción llevada a cabo por Syrax en las provincias reales, mermaban toda esperanza de un acuerdo pacífico.

Arthor no durmió aquella noche. Al alba, dejó el castillo a pie y despidió a su séquito para pasear solo por las peñas floridas sobre el Amnis. Bajo él, denso y oscuro, corría el río, impersonal como el mismo flujo del tiempo, haciendo surgir de sus profundidades en miríadas de murmullos incesantes las voces de la historia, hondamente impermanentes, arremolinadas en su amarillenta superficie un instante fugaz antes de desvanecerse otra vez en la perezosa atención del momento.

Risas distrajeron al monarca de sus meditaciones y divisó a Gawain y Gareth juguetear en la orilla, contendiendo con espadas improvisadas a partir de cañas del río. Observó absorto aquel hacer de guerreros, notando sus logradas posturas, sus diestras defensas y fintas. Ellos lo descubrieron un instante después y, silenciosamente, doblaron

Librodot

las rodillas. Impulsado por los recuerdos de su propia adolescencia, cuando Cei y él fingían duelos similares, descendió hasta los muchachos y los saludó: "Sobrinos, levantaos y dejad las armas."

Se quitó la corona y se la puso al más joven en la cabeza. "Pesa más de lo que parece, Gareth." Al mayor le tendió Excálibur, desenvainada. "Y ésta, Gawain, es más afilada de lo que te imaginas, así que cuida dónde golpeas."

"¿Nos llevarás contigo a la guerra, tío?", preguntó Gawain, descabezando una empenachada planta de río.

"Puede que no haya guerra. No si puedo negociar la paz."

Gawain y Gareth cruzaron una mirada perpleja. "¿Paz?", inquirió el mayor con expresión de asombro. "¿Con los hombres que han secuestrado a la abuela, los que han quemado huertos y viñedos?"

"Esos hombres están bajo mi protección también." Arthor se sentó en una roca y arrojó al río una piedra que rebotó tres veces en el agua antes de desaparecer de la vista. "¿Cómo puedo matar a los que protejo?"

Gareth volvió a poner la corona sobre la cabeza de Arthor. "Porque tú eres rey... y el rey sirve primero a Dios."

"¿Dios...?" La palabra lo transverberó. Por un largo minuto permaneció atónito en avergonzado silencio. "María, madre de Cristo, he estado tan preocupado por obrar bien... que me había olvidado de Dios."

María Madre, hoy me ha guiado un niño, tal como Isaías augura. ¿Cómo puedo esperar servir a Britania, si no sirvo primero a Dios? ¿Y no ha puesto nuestro Padre Excálibur en mi mano para que pueda proteger nuestra isla de todos sus enemigos? Lo que antes resultaba incierto ahora está repentinamente claro. Mi inquietud ante la idea de matar a los que debo proteger queda aliviada, porque ahora será Dios quien golpee a través de mí a aquellos que se opongan a Su reino de justicia. Fuerte será mi brazo, mí mano firme. Sólo pido que mí vacilar no haya puesto en peligro la fe de quienes me siguen... pues el miedo no conoce amigo.

Hacia el Filo del Mundo

Cuando por fin disparó la quinta flecha, Dagonet había cabalgado tan lejos al norte que el mundo era otro. Marchó a través de un territorio alto y vasto de abetos y píceas oscuras, donde las grullas sobrevolaban líneas de lagos y el brezo rielaba como pelaje azul de los montes. El viento en las altas forestas cantaba al bajar del cielo con aromas resinosos, acarreando plateadas tempestades por los largos horizontes y, por la noche, estallaban verdes auroras a través del negro espacio. La lluvia caía sesgada, pues venía de la curva de la tierra, a veces de nubes que él nunca veía. Una faerïe pulverización de nieve salpicaba las más altas cornisas de roca y la púrpura aulaga, y fría boira gris se arremolinaba en las hoces rocosas. Bajo un ocaso malva-amarronado, disparó Dagonet su flecha blanca y voló ésta en rojo arco como si hacia el filo del mundo lo hiciera.

Lord Mono aguardó en su carromato bajo un cataclismo de nubes crepusculares repintadas de naranja, mientras Dagonet descendía las paredes de esquisto por pequeños arroyos pedregosos y embalses de piedra. La flecha había alcanzado a un gran lobo negro entre las paletillas y la fiera huía por el país del ocaso hacia un horizonte serrado.

Allí, el viento sorbía fuego del cielo. El joven corrió doblado, con un dolor de espalda tan severo que se sentía permanente lisiado por sus pasados esfuerzos. Había escrito a Merlín una carta preguntándole si el pez parlante decía la verdad, si era cierto que estaba convirtiéndose otra vez en el enano que fuera por la pérdida gradual de la magia del Señor del Fuego. Cuando hallase el tesoro de esta noche, enviaría la carta con él.

Por el momento, no le importaba cómo respondiera Merlín. Él era el hombre del rey y una noble posición no se ganaba a la ligera. Se arrastró por las piedras grises y las pendientes de brezo con todo su poder. El lobo siguió trotando, la flecha vibrando en el lomo, y se desvaneció entre una profusión de altas rocas veteadas de escarcha. Como por un laberinto, vagó entre los monolitos hasta hallar la flecha blanca. Había caído del lomo de la fiera y yacía sobre un lecho de sílex. Al mirarla, casi se sentó de la sorpresa. El dardo apuntaba a una estatua labrada en un peñasco de su propia altura.

Durante el largo crepúsculo, Dagonet retornó a Lord Mono y guió el carro por las cuestas de aulaga y el terreno rocoso hasta la estatua de cruda talla. Su forma primitiva —una mujer robusta con el vientre hinchado y pechos pendulantes— no le daba, a sus ojos, apariencia de tesoro. Su faz simple tenía sólo el más vago indicio de facciones. Sus ojos quedos y su borrosa sonrisa eran sólo sombras en la roca tras milenios de viento erosionante. La lluvia infundía paz al aire rojo.

El esfuerzo de liberar la estatua del lecho rocoso y bajarla hasta el carro le costó todas sus energías. El carro gruñó como a punto de resquebrajarse y el grito de Lord Mono puso en marcha el caballo antes de que las amoratadas manos de Dagonet pudieran sacar la carta que había escrito para Merlín.

La noche en el norte era corta. Relámpagos en el cielo claro iluminaban los altos lagos a los que se arrastrara a dormir, sobre lechos que el musgo amollentaba. Gotas de lluvia susurraron en el agua clara brevemente y lo despertaron a una aurora brillante como una inmensa orquídea en el sur. El carromato había vuelto y Lord Mono, plácido, estaba sentado en el banco comiendo de un saco de cerezas. Ninguna nota lo acompañaba. Ni una nota de gratitud o indicaciones del mago. Dos flechas blancas quedaban y el camino al norte se abría a la taiga, una desarbolada distancia vasta como la tierra.

Plata Inmortal

Ygrane cabalgó entre Severus Syrax y el Conde Platorius mientras su ejército avanzaba por Belgae hacia Cymru. La destrucción de aldeas, la quema de bosques, la masacre de rebaños y ganado y sus pastores la horrorizaba. "¿Cómo podéis matar a vuestra propia gente, yermar vuestra propia tierra y soñar aún con gobernar este país?", interrogó airada cuando la llevaron a la tienda de mando el atardecer previo a la marcha hacia Camelot.

"Abadesa, tus prioridades están sesgadas", le repuso Severus Syrax. "No estamos destruyendo por ansia de gobernar. No me importa quien gobierne esta triste isla. Estamos destruyendo para acabar con el gobierno de tu tirano hijo, para poder tomar lo que siempre ha sido el verdadero trofeo de la guerra: riqueza."

Ygrane de pie ante el elegante *magister militum* y el conde de ojos oscuros, que ocupaban ornadas sillas lacadas, abrió los brazos en apelación. "¿Creéis de verdad que la plata saciará vuestras almas? Plata inmortal debería ser vuestro trofeo. Buscad el bienestar de la gente y una riqueza sin medida será la vuestra. El amor del pueblo es el favor de Dios. Conde Platorius, tú eres un noble cristiano de venerable linaje. ¿Apruebas de verdad esta brutal campaña que devasta nuestro país?"

Librodot

El conde se tiró del lóbulo de la oreja. "A pesar de todo mi venerable linaje, nunca han sido negociables los bienes en aras del favor de Dios. Vos misma, mi estimada abadesa, dijisteis que habíais sido llamada a nuestra presencia por el Hacedor de Serpientes. Dios, que crea las aves, asigna a la serpiente el acecho de sus nidos. Este es el argumento de nuestro general y yo, ciertamente, creo que dice la verdad."

Severus Syrax dio una palmada y en la tienda iluminada por candiles entró un hombre de rostro marcado, hombros macizos y pelo negro recogido en una larga cola de caballo. "'Yo el Señor creo el bien y creo el mal'. Isaías cuarenta y cinco, siete."

"Nuestro comandante de campo, el rey Gorthyn de Belgae", lo presentó el *magister militum.* "El rey Wesc lo ha aceptado entre *los foederatus* después de que tu hijo lo exiliase de Britania."

"¿Y tú destruyes tu propio reino?", preguntó escandalizada Ygrane.

Gorthyn rugió ante el tono indignado de la mujer y la golpeó con el puño. El antuvión la alcanzó en el rostro y la lanzó hacia atrás en un revuelo de ropas y roción de sangre.

El conde Platorius se puso en pie de un salto mientras Syrax se reía por lo bajo tras sus dedos enjoyados. "¡Dios mío, Gorthyn, la has matado! ¡No se recibe rescate por los cadáveres!"

"Ni rescate de los cadáveres viene", gruñó Gorthyn. "Mañana marchamos contra Camelot. Hemos bloqueado todas las carreteras al sur. Bors Bona tiene el norte y el este. No habrá escape para el tirano ni su gente. Y no habrá prisioneros."

Mundos Etéricos

En sus trances, en sus errancias más allá de su cuerpo físico, Morgeu la Fey contempló el montuoso paisaje de Cymru. Desde los mundos etéricos, vio las arterias tributarias del Amnis y sus ríos hermanos brillando como mercurio derramado. Los bosques rielaban en sedas de termales colores, una geografía de enfebrecidos matices. Sombras respiraban. La luna en el cielo diurno fulgía como un lago frío. Y el sol danzaba en sus plumas salvajes.

Desde la llegada a Camelot, la hechicera había buscado en los mundos etéricos la magia que necesitaba para recuperar el alma robada por Merlín de sus entrañas. Físicamente, había llegado ya al fin de la gestación y el niño se retrasaba ya varias semanas. Pero sabía que, si daba a luz sin conseguir primero el alma de su hijo, pariría un cuerpo muerto.

Colérica y agriamente frustrada por el poder de Merlín sobre ella, se remontó como ebria por los mundos etéricos. El cielo azul aparecía como bloques de hielo, transparentes auras azules amontonadas al azar y franjadas por vetas de aire prisionero... senderos que conducían a la vida del más allá. No era allí donde quería ir la bruja. Ni tampoco quería volar más allá del cielo, a la eterna noche en la que los astros llameaban como plateadas malvarrosas. Quería venganza en este mundo.

Todo lo que le importaba a Merlín era su preciosa esperanza de un reino unido y Morgeu buscó el modo rencoroso de frustrar ese empeño. Vio abajo los ejércitos, entre los undosos vapores de calor arremolinado en los bosques. Sus banderas le resultaban reconocibles: las azules oriflamas de Londinium, que su padre murió defendiendo, entre los montes al sur de los hermosos burches de Camelot; y al este, los numerosos estandartes con la cabeza del jabalí del poderoso señor de Parisi, Bors Bona.

Entrenada por su padre en estrategia militar, Morgeu notó desde su etérica

perspectiva que las huestes de Bors habían abandonado sus posiciones ofensivas contra Camelot moviéndose amenazadoramente hacia las fuerzas del *magister militum.* Enfurecida como estaba, decidió que Arthor no tendría la ayuda de este ejército superior. Merlín y su rey títere degustarían la derrota, aunque ello significase arriesgar la vida de su propio marido.

En las nubes que florecían como opulentos capullos sobre las tropas de Bors Bona fijó su atención. Su voz llamó al Furor: "¡Hacedor de Tempestades, escúchame! Déjame ser tus ojos. Contempla a los enemigos de tus ambiciones tal como yo los veo. Bors Bona se mueve para atacar las fuerzas congregadas contra el demonio Lailokén. ¡Golpea ahora! ¡Concentra tu energía, Padre de las tribus del norte, y libera tu poder!"

Acres de nubes del color de las perlas se hincharon, acumulando el calor de la tierra soleada. Hubo repentinas convulsiones de energía. El relámpago llameó con intensidad cegadora y Morgeu se meció en su fuerza. "¡Despierta! ¡Estás soñando!"

Morgeu volvió de golpe a su cuerpo físico, que yacía en el satén escarlata de su lecho en la cámara roja, en la cima de una torre de Camelot. Su marido estaba sentado junto a ella, con las correas del cuero de batalla cruzándole los hombros desnudos y un escudo sujeto a la espalda. "He de ir a la guerra a combatir por tu hermano", dijo, y le apartó el cabello sudoroso de la frente fúlgida. "Basta de estos sueños hasta que vuelva." Le posó una mano en el vientre hinchado. "No temas. Incluso el duro corazón de Merlín se ablandará tras la victoria."

EL Corazón de Fuego

"Yo dirigiré el ataque contra Syrax", determinó el rey Arthor. Se hallaba sentado a la Tabla Redonda flanqueado por Cei y Bedevere. Al otro lado de la barnizada extensión de la mesa y del Grial, que ocupaba el centro, se hallaban sus guerreros, Marcus, Urien, Kyner y Lot. "Después del asalto de nuestros arqueros, lanzaré nuestra caballería contra el *magister militum.* Si Dios me favorece, conseguiré su cabeza."

"Sire, debo contradecirte." Kyner habló primero, aunque los demás hicieron gesto de expresar sus preocupaciones. "Tu lugar está en el puesto de mando, fuera de Cold Kitchen."

"Si ésta fuera una batalla contra invasores, estaría de acuerdo", repuso cansino el rey. "Pero vamos a luchar contra britones. Han de ver que están confrontando a su rey... y es la ira del rey lo que ellos han provocado con su brutal destrucción de los campos."

"Tu bandera anunciará tu presencia", intervino Marcus. "Todos los que vean el Águila Roja sabrán que están luchando contra ti."

"El Águila Roja es el fuego del rey", añadió Urien.

"Pero yo soy el corazón del fuego." Arthor habló inflexible. "Es mi corazón el que sufre por los muchos centenares de personas bajo mi protección traicionados por Syrax y sus secuaces. Esos traidores deben morir. Y si britones deben morir contra el rey, entonces han de morir bajo Excálibur. No aceptaré ningún otro camino."

"Te pones, pues, en grave riesgo, sire", dijo Cei con sus dos puños en la mesa. "Y ello nos debilitará. ¿No te das cuenta? Protegerte a ti nos distraerá de nuestras propias misiones en la batalla."

"Nadie ha de protegerme." El rey paseó su mirada despacio por toda la Tabla Redonda. "Entendedlo. Nadie ha de protegerme. En esta batalla, yo soy uno de vosotros, un guerrero entre guerreros."

"¿Y si caéis?", inquirió Bedevere. "¿Si sois asesinado? Nuestro reino no se unirá

Librodot

nunca. Britania volverá a convertirse en el campo de batalla de los señores de la guerra que era antes de que sacaseis de la piedra a Excálibur. ¿Es sabio eso, sire?"

"No, no es sabio lo que yo hago." Arthor habló de forma solemne. "Los filósofos son sabios. Los consejeros son sabios. Pero los reyes tienen sólo un deber. Ser fuertes. Para nuestro pueblo, nosotros somos la fuerza de Dios. Un niño me recordó estas cosas... el tuyo, Lot. Sí, Gareth. Fue él quien me recordó que el rey sirve a Dios. No a la sabiduría, que es más noble que los reyes. No a la verdad, que tiene un rostro distinto para cada rey. Sino a Dios. Su santidad nos unge a nosotros en sangre. Como servidor Suyo, yo Le sirvo a Su capricho. No hay forma más verdadera de validar a un rey que la guerra y la victoria por su propia mano. Si fracaso, toda la historia a partir de aquí cambiará... y ésa será la voluntad de Dios. Y si triunfo, mi autoridad se probará absoluta e irrevocable por la fuerza de Dios."

Ante estas palabras, Lot, que había permanecido en silencio, se olvidó de su descontento con el rey y el mago por la rivalidad con su mujer y se puso en pie cantando: "¡A la batalla... por el rey y por Britania!" Y el resto de los guerreros se levantó y se le unió, alzando las espadas, orgullosos de apostarlo todo por la fe en el rey.

En el Oscuro Sueño

"Noble discurso ha sido ése", le susurró Merlín al rey Arthor cuando los guerreros dejaron la Tabla Redonda para preparar sus tropas. El mago emergió de la alcoba donde escuchara en sombras la reunión y, con una mirada de sus extraños ojos, despidió al ayudante del rey antes de conducir a Arthor por la muñeca al balcón que dominaba las almenas y los tejados escalonados del patio interior de Camelot.. "Un noble discurso, en efecto. La naturaleza de la guerra fuerza la unión de azar y existencia. Y por esa unidad, se revela el destino. ¿Y es esto lo que tú crees que es Dios? ¿El destino?"

"El destino es la expresión de Dios en el mundo", respondió directamente Arthor.

Merlín, reflexivo, asintió y miró más allá de la línea de la fortaleza y de la cúpula del bosque. "¿Y qué, si Dios también estuviese sujeto al destino?"

Arthor lo miró con disgusto. "No sería Dios. Puede que los dioses estén sometidos a él. Pero el Uno Increado, el Dios Informe, Innombrable, del que ninguna imagen puede hacerse a su semejanza, al que ningún nombre puede asignarse, el Dios de mi fe, el Padre de nuestro Salvador... de Él todo el destino es obra de artesanía. El es el Santo de los Santos, el Creador del Universo."

"Ya veo." Merlín se acarició su barba farpada. "Bien, entonces considera que todo lo que percibimos, todo lo que tomamos por real, el universo entero, incluso nuestra misma concepción de Dios como creador... todo esto... se halla en el sueño oscuro de Dios."

"No te entiendo." Arthor se apartó con fastidio. "Tengo una batalla por delante, Merlín. No tengo tiempo para tu casuística. Mi gente necesita toda mi atención."

"Desde luego, sire." Merlín tomó el brazo del rey con una mano fría y severa como el hierro. "No tomaré más que un instante de tu tiempo. El valor de todo lo que arriesgas lo pones en Dios. En mi experiencia, es Dios quien busca en nosotros el valor. Nosotros definimos las apuestas. Nosotros determinamos el valor de un hombre. Reyes y pobres son lo mismo para Dios. La historia es pura construcción, sin ninguna consecuencia en el sueño oscuro. Si vas a arriesgar tu vida, lo arriesgas todo... incluso las esperanzas de Dios."

"Hablas como un loco, Merlín." Arthor se liberó el brazo con gesto abrupto.

"¿Dónde estabas tú, cuando mi destino estaba en juego en el Castillo Espiral? ¿Dónde estabas cuando tuve que probarme a mí mismo ante Marcus y Urien? ¿Qué consejo recibí de ti, cuando Nynyve me ganó el corazón con sus místicas artimañas? Te necesitaba entonces. ¿Dónde estabas, Merlín?"

"Sire, no volveré a apartarme de tu lado otra vez." Merlín se quitó el alto sombrero e inclinó gravemente su vetusta cabeza. "Esperanza de Dios es que te sirva. En mi ausencia, aprendí otra lección de humildad."

"¿Probarás eso cabalgando conmigo a la batalla?" Arthor puso sus manos en los huesudos hombros del mago. "Esta es una batalla que debo ganar y estoy dispuesto a usar cualquier arma a mi alcance... incluso magia."

Después Habló el 0so

El carromato con Lord Mono a las riendas recrujió y traqueteó detrás de Dagonet cuando éste cabalgó al norte. La sexta flecha había volado a la sexta estrella del crepúsculo ocho días atrás y había alcanzado a un oso. Desde entonces, la bestia los había tenido errando por la tundra. El sol rodaba sobre el horizonte hallando el camino, a través de largos ocasos, a breves noches de siseantes auroras boreales.

Doblado por un dolor perpetuo en toda su espina, encogido por gélidas noches brumosas, arrasado por el viento y el sol, Dagonet había llegado a pensar que el pez parlante tenía razón, que estaba reconvirtiéndose en su antigua personalidad. Al detenerse a beber en charcas de lluvia donde calinas de mosquitos se movían como sombras, había visto su cara reflejada, más hinchada y espantosa de lo que lo había estado nunca. Fiebres lo asolaban en su viaje y, cuando pasaban, le dejaban inflamada la lengua y tan hundido el paladar que su voz volvía a cecear otra vez: "Oh, maeztdo, ezto ez teddibue. ¡Eu pez mágico tenía dazón! He peddido la fuedza deu Zeñod deu Fuego."

Montañas de hielo flotaban en el océano gris más allá de los negros dedos de la costa rocosa. El oso estaba sentado en la orilla, con el cabo de la flecha blanca hundido en su hirsuta nuca. Las plumas del dardo se habían perdido en alguna parte de su largo vagabundeo, arrancadas por alguna roca glacial o rotas en el duro suelo de la tundra. El enorme animal estaba sentado junto a un barco varado en la playa, una antigua nave marítima, cuyo casco resquebrajado habían preservado los vientos gélidos y salinos. Un ojo fenicio miraba desde la proa de maderamen ennegrecido y marinos momificados yacían amontonados contra las bordas y en los bancos de remeros. En el pelúcido aire ártico, incluso desde la distancia podía ver Dagonet la piel correosa de aquellos hombres arrugada y tirante contra sus huesos y sus cuerpos marchitos cubiertos con los jirones grises de antiguas pieles.

"De veddad ciento habedte hedido", gritó Dagonet al oso. "Obedezco a un mago demoniaco y sufdidé pod ezto, tanto como tú."

Después habló el oso, con voz cálida y aterciopelada: "Acércate, Dagonet. Quisiera hablar contigo."

"Tengo miedo, ozo. Tú edez demaciado gdande y yo muy pequeñuo."

"Estoy muriendo, Dagonet. No tienes por qué temerme. No tengo fuerzas ya para golpearte. Acércate porque estoy demasiado débil para seguir alzando la voz. Acércate."

Dagonet desmontó y se aproximó precavido al oso sedente.

"Siéntate y escúchame." Los ojos pequeños y próximos del oso cintilaron de lágrimas. "Tu flecha me lo ha dicho todo de ti. Sé de tus días de vagabundo cuando dejaste tu casa en Armórica, avergonzado por tu enanez. Sé de tu aventura como Rex

Librodot

Mundi con Merlín, Azael y el Señor del Fuego. Conozco incluso tus dudas acerca de tu demanda por el rey. Con mi último aliento, quiero decirte... que no las tengas. Despréndete de todo el montón de vanidad que hay en tu corazón. Vacíate a ti mismo. El pez te mintió. No pudo evitarlo. Un pez vive toda su vida por el engaño y la vanidad. Esa es la forma de sobrevivir en las aguas, donde la vida es una perpetua lucha por el alimento y la procreación. No es de extrañar que quisiese volver a ser un avellano."

"Gdan ozo, ;ez ezte el tezodo que buzco, tu zabidudía?"

"No, Dagonet." El oso yació boca abajo y reposó su desmayada faz entre las zarpas. "El tesoro del rey está en ese barco. Oro relicario de antiguas dinastías de Egipto... oro anciano de sarcófagos y estatuas robadas milenios atrás por saqueadores de tumbas. La maldición que los acompañaba ha sido purgada en su plenitud por los condenados marineros que perdieron el rumbo para acabar en esta orilla ártica. No toques sus carcasas y toma sólo el tesoro para tu rey; de este modo, ningún aspecto de la maldición te seguirá."

"Gdan ozo, gdaciaz. Pedo dime, ¿pod qué edez tan amabue conmigo? Yo te he matado, te he quitado ua vida."

"Con tu flecha mágica, Dagonet, tú has dado a mi muerte un sentido." La voz del oso se debilitó y se cerraron sus ojos húmedos. "Ahora, dejo atrás esta forma noble que ha vivido larga y orgullosamente sobre el don de la tierra. Voy adonde no hay formas, ni límites. Ilusiones portadas durante muchas vidas desaparecen. Algo me espera más allá de la dicha. ¡Mira! ¡Ahora lo veo! Tú ya estás en medio de esta profunda verdad. Sólo tus ojos te engañan."

María Madre, ¡todo el mundo lo sabe excepto yo! Cei les ha contado a mis guerreros, a los sacerdotes, incluso a los guadarneses su viaje a los infiernos, donde llegó a enterarse de que Merlín ha robado el alma del hijo de Morgeu. Por eso estuvo ausente el mago tanto tiempo: tenía esperanzas de devolver el alma a los montes huecos, abandonarla allí para que Morgeu abortase. Cuando confronté a Cei, aseguró no habérmelo dicho por estar convencido de que Merlín ya lo había hecho. Pero Merlín no me ha dicho nada de esto. Por Cei, he sabido que el alma que Merlín ha capturado es la del padre de Morgeu, el duque Gorlois. ¿Puede ser? María Madre, ¿están así pues nuestras almas destinadas a peregrinar de vida en vida? Sé que mi madre Ygrane me ha dicho que mi propia alma es la de un antiguo guerrero celta, pero yo pensé —o quise pensar— que hablaba de forma poética, no real. Cei dice que Merlín retiene el alma de la criatura impía en una gema. Si no digo nada, el mago no dirá nada de ello tampoco. Quiere que Morgeu dé a luz un niña muerto. Esa acabaría con el mal que la bruja pretende causarme. Y sin embargo, semejante solución no me parece ni justa ni buena. Madre, ¿qué debo hacer? Ahora que lo sé, no puedo ignorarlo. Siempre me has enseñado tú: "El amor es lo primero." Pero ¿puedo yo amar a Morgeu? Ella quiere mi destrucción. Y sin embargo, tu Hijo, nuestro Salvador... si he de vivir según lo que enseñó, he de actuar... y de inmediato.

Amigo de la Inocencia

Arthor fue solo a la cámara de Morgeu y le pidió a su doncella que le anunciase. Ella yacía en la cama, cubierta por sábanas escarlata de satén, grande el vientre, desordenado el pelo naranja, duros de suspicacia los pequeños ojos negros en su cara re-

donda. Arthor aceptó la silla que la muchacha le ofrecía y se sentó junto a la acostada hechicera. "Parto pronto para la batalla y he venido a perdonarte por el acto impío que provocaste en mí."

"¿Tu cristiana conciencia te inquieta, hermano?" Una mancha de desdén embadurnó su rostro exhausto. "Yo no quiero tu perdón."

"Yo te lo ofrezco de todos modos, Morgeu." Arthor posó su mano en las de la mujer y ésta las retiró rápidamente. "Venimos del mismo vientre, tú y yo. Hermana, lo que hiciste conmigo fue malo, aborrecible."

"Así te aborrezco yo, hermano, engendrado en mi madre por el hombre responsable de la muerte de mi padre."

"¿Es eso verdad?", preguntó Arthor con angustia germina. "¿Asesinó a Gorlois Uther Pendragón?"

Los ojos tirantes de Morgeu se tensaron más aun. "Mi padre siguió al tuyo a la llanura extramuros de Londinium, donde tenía lugar la batalla, y Merlín maldijo a Gorlois para que cayese bajo los cuchillos del enemigo."

Arthor inclinó la cabeza. "Veo ahora por qué me odias. Crees que soy la criatura de Merlín."

"¿Y no es así?"

El rey levantó bruscamente la mirada. "¡No! Sirvo a Dios y al pueblo de Britania."

"¿Crees que portarías ahora esa linda corona de oro, si Merlín no hubiese dispuesto que sacases la espada de la piedra?" Morgeu apartó el rostro con gesto de disgusto. "Eres la marioneta de Lailokén... nada más, Arthor. Tú no sirves a Dios. Tú sirves a un demonio."

"Hermana..." Arthor se hundió en la silla, los hombros encorvados y los brazos colgándole entre las piernas. "No he venido aquí a ganarme tu afecto. He venido a perdonarte, a asegurarte que me he desprendido de toda la rabia contra ti por lo que me hiciste. No busco retribución por tu cruel acción. Comprendo mejor ahora tu rabia contra Merlín... y contra mí. No puedo deshacer eso. Pero no lo complicaré más. No voy a ser tu enemigo, Morgeu. Tú eres mi hermana y yo te amo sea lo que sea lo que hagas."

Morgeu no respondió. Su mente giraba sobre sí misma, indagando los motivos del rey mientras buscaba métodos de someterlo a su voluntad. Pero antes de que pudiera actuar, Arthor posó su mano en el vientre tenso.

"El niño no se mueve." La tocó con cariño, acariciándola gentilmente. "Hasta esta mañana no he descubierto por qué. Merlín retiene el alma de la criatura." Apartó la mano y se puso en pie. "Iré ahora mismo a él y le ordenaré que suelte el alma de Gorlois. Este niño ha de vivir. No por mi voluntad se le negará a la vida, que sólo Dios puede otorgar, un alma... ni siquiera aunque sea hostil a mí."

Morgeu sintió como si el encantamiento se hubiera vuelto contra ella y la hubiese hechizado con palabras que apenas podía creer. En su mente no cabía ningún motivo para el socorro de Arthor... a menos que mintiese. Sin embargo, sus perspicaces sentidos no habían captado mentira en su voz ni en su contacto. Decía la verdad. Y cuando volvió la cabeza para preguntarle "¿por qué?", Arthor ya no estaba allí. Se incorporó, sorprendida, empezando a aceptar que era sincero en cada una de sus palabras y que su motivo era simple: siendo amigo de la inocencia, no podía matar al niño en sus entrañas, impío o no.

Vuelvo La Muerte Contra Mí

Arthor halló a Merlín en su caverna bajo Camelot. Sombras semejantes a dientes de dragón descendían del techo de la gruta, escurridizas en el azul resplandor de los salientes de roca donde una infernal farmacopea se acumulaba: redomas de vidrio en las que bullían escuálidas infusiones que bañaban la estancia en una química luminiscencia, hornillos llameantes, cubetas rebosantes de vapores y siseantes ollas de bronce. El mago se puso en pie con la cabeza descubierta y la faz combada en homunculares proporciones por una esfera de cristal. Ante él había esparcidos rollos de pergamino en cilindros de metal sobre una mesa de piedra y, tras él, la tosca estatua de una mujer grávida, de tamaño natural, parpadeaba con las sombras proyectadas desde hornacinas en los muros por las llamas de los aparatos alquímicos. Una bruma acre, infernal, tintaba el aire.

"Merlín, sé lo del alma de Gorlois." El rey descendió ágilmente los resbaladizos peldaños minerales de la cueva. "He venido a ordenarte que devuelvas esa vida a Morgeu."

En la roja atmósfera de la espelunca, el rostro de Merlín brillaba con rasgos demónicos; sobre las oscuras cuencas, los alechuzados aladares eran como pequeños cuernos; la desgreñada barba, grumosa; la calva cabeza, deforme. "Sire, no puedo obedecerte."

Arthor se detuvo a medio paso. "¿Qué dices?"

"Mi señor... no *oso* obedecerte." Merlín suspiró hondamente y avanzó desde detrás de la eflorescencia de roca que le servía de mesa. "He puesto mi propia alma en peligro para librarte del mal que trae consigo este hijo de incesto."

El rey ladeó la cabeza, tratando de mantener ordenadas y discretas las formas ante él sumidas en la luz borrosa. "¿Qué significa que tu alma está en peligro, mago?"

"Las Nueve Reinas me ordenaron devolver el alma de Gorlois al vientre de Morgeu... y yo he desobedecido." Los ojos cromo de Merlín captaban los ardientes colores de la horda colosal de retortas y alambiques, y brillaban con intermitentes rojos y azules. "Si hago tal como me ordenan, como me ordena mi rey, te condeno. Esta criatura maligna crecerá para destruirte. De eso, estoy seguro."

"Entonces, vuelvo la muerte contra mí." Arthor dio un paso adelante, incendiados sus ojos amarillos. "No soy un rey de la antigua Grecia que busque huir de su mortalidad inspirando así mayor tragedia aun. Mi muerte quedó sellada cuando nací."

"Ciertamente, sire. Pero no *esta* muerte." Merlín extendió sus largas manos céreas. "Yo puedo protegerte de Morgeu y del incesto que provocó en ti. Eso está en mi poder."

"¡Merlín!" Arthor tomó las manos del mago, frías, duras manos. "¡Tú derogas la voluntad de Dios! Y eso está mal. Es luciferal. Yo no lo aceptaré. Tú eres *mi* mago. Yo soy tu rey. Has de obedecerme."

"En esto, mi joven, mi inocente rey, no oso hacerlo."

"¡Debes!" Arthor retuvo los ojos fatales, cromáticos de Merlín en su adusta mirada. "Soy un rey cristiano. Necesito tus poderes demónicos pero, si has de seguir a mi lado, deberás deponer para siempre tu voluntad diabólica. Da curso a mi voluntad ante Dios... o aléjate de mí."

Merlín retiró sus manos de la presa en la que las tenía Arthor y retrocedió. De debajo de sus ropas sacó un diamante del tamaño de su pulgar. Lo expuso a la luz mercurial y una polilla de fuego pareció revolotear en su interior. Luego, lo dejó caer y la gema tintineó por el suelo de roca patinada hasta la punta de la bota del rey. "Aplástalo y el alma quedará libre para volver de inmediato al cuerpo que Morgeu ha preparado para ella. Ahora bien, hazlo así y traerás a este mundo al mismísimo enemigo que te expulsará de él."

Arthor dudo un frío instante, adormilada su voluntad de pronto como una

Librodot

serpiente ante la idea de su condenación. "¡Que Dios me ayude!", gritó desde las honduras de su miedo y de su vergüenza, e hizo descender el tacón sobre la joya destrozándola bajo el pie como hielo pulverizado.

Almas Animales

Ygrane estaba de pie en un carro, atado el cuerpo con correas de cuero a un poste de cedro. Los jirones de su hábito, manchados del marrón de la sangre seca, revolaban en el frío viento que fisgaba entre los árboles de las faldas de los montes. Lanceros cabalgaban a ambos lados del carro y soldados de infantería tiraban del caballo con arreos de batalla que arrastraba a la bruja delante de la falange principal del *magister militum.*

Gorthyn llegó cabalgando desde el frente, con su sonrisa de tiburón estirándole recta hacia atrás la boca de dientes amarillos y ausentes. "Cold Kitchen está a diez leguas de aquí. Tomaremos la aldea al mediodía. Nuestros exploradores dicen que tu chico sigue emparedado en Camelot. Syrax tendrá oportunidad ahora de emplear sus poderosas máquinas de asedio."

Ygrane ignoró al señor de la guerra y alzó su rostro amoratado al viento preñado de polen. Desde que era una niña, había visto cosas invisibles. Las veía entonces aún, destellos faerïe entre los tilos florecientes, almas animales nutriéndose en los lechos de los arroyos y pálida gente pereceando en los más oscuros rincones del bosque, observándola solemnes. Un día, fue su reina. Habrían venido en su ayuda en aquel tiempo, al crepúsculo, cuando los azotantes rayos del sol se hubieran enfriado. Los lanceros, los infantes y los lascivos señores de la guerra habrían caído con fiebres, atravesados por las flechas ponzoñosas de los Daoine Síd.

Pero ya no era la reina celta. Había puesto su fe en el Hijo Único del Dios Innombrable. La pálida gente había desafiado la hiriente luz del día para ver por sí mismos si ¡a Divinidad la salvaría. Pero Ygrane sabía que tal riesgo era vano. Su Dios no moraba en las nubes ajironadas de primavera o en las precipitadas corrientes ni en ninguna cosa creada. Dios se originaba en inesperadas geometrías mucho más diminutas que los átomos de Demócrito. Durante sus largas y contemplativas plegarias ante el Grial, los Señores del Fuego le habían mostrado que Dios había creado el universo entero a partir de un punto de luz más pequeño que un átomo, más pequeño que la misma granulación del espacio. La existencia perdió la mitad de su unidad cuando ocurrió tal cosa.

Dios no intervendría. Porque, pasara lo que pasara en este mundo, le ocurría sólo a una mitad de lo que era y a Dios le concernía sólo la totalidad. Las almas animales que atisbaba entre las estrechas saetas de luz en los bosques parecían saberlo. Vagaban serenas entre los árboles, indiferentes a sus cuerpos perdidos para el invierno, desvaneciéndose lentamente en la incandescencia de la primavera.

Ygrane moriría de ese modo, decidió. Cuando Gorthyn llegase a cortarle el cuello, no se arredraría. Su alma fluiría con la sangre vertida y ella partiría flotando a través de la Tierra, indiferente a las burlas y mofas de la pálida gente, que en voz alta se preguntarían por qué no la había salvado su Dios. Al igual que las almas animales, ella nada les explicaría.

"No hay noticias de tu chico", le gritó Gorthyn. "Ni rescate. Ni respuesta. Ni nada." Acercó al carro su montura y los lanceros se apartaron para hacerle lugar. "Tú lo abandonaste de pequeño y él te abandona ahora."

Ygrane inclinó su rostro abotagado para afrontar los ojos ufanos de su tormentador. "Te perdono por lo que me has hecho" Su áspera voz se le quebró en la reseca garganta. "Pero Arthor... él no puede perdonarte... por lo que le has hecho a Britania. Témele."

"¡Haw!" Gorthyn apartó su caballo del carro traqueteante. "Yo no temo a ningún hombre y desde luego no a tu gentil Arthor. En Cunetio lo calibré. No tuvo estómago para matarme entonces y así selló su destino. En una pica viajará su cabeza al sur junto a la tuya, al reino del rey Wesc. Allí servirán vuestros cráneos de copas para los verdaderos amos de esta isla."

Gorthyn partió de allí para llevar sus informes a Syrax y Platorius, e Ygrane devolvió su atención a la pálida gente oculta del amacigado calor del día en las sombras profundas del bosque. Alrededor de ellos, las almas animales iban y venían, como una dicha que nunca envejecía.

María Madre, si sólo pudiera oír yo tu voz. Si sólo pudiera saber que he decidido sabiamente. Syrax exige rescate por la vida de mi madre. Merlín me ofrece un enorme cofre de plata antigua para comprar su libertad. Pero no estoy dispuesto a enviar ni un céntimo al traidor que ha quemado nuestros campos y condenado a tantos a la hambruna. ¡Ni un céntimo! ¿Hago mal? Madre Ygrane es la sierva devota de tu Hijo. Yo sé en mi corazón que la única salvación que ella busca es la que proviene de El. Pero a pesar de ello, es mi madre. Merlín cree que debería hacer todo lo que esté en mi mano para salvarla. Tiempo atrás, fue su siervo, cuando Ygrane era reina. Se ha vuelto tan sentimental desde que liberé el alma de la criatura de Morgue que él retenía... Con ojos lacrimosos, me cuenta historias de su madre, la bendita santa Óptima, y llora por el mal que causó como demonio. Yo creo que siente remordimientos por lo que hizo... por un sombrío futuro que ve tan claramente como un recuerdo.

Fiebre de Luz de Luna

Bors Bona estaba agachado bajo el toldo panzudo a la entrada de su pabellón, contemplando a la lluvia bullir en el bosque a las formas grises de los árboles tejer la niebla. El claro en que su ejército acampaba, acuclillados los soldados en sus tiendas, se había inundado y muchos de los hombres se habían retirado al bosque para construir refugios entre las ramas altas. "Ocho días ya", murmuró. "Lluvia y más lluvia. Ni siquiera nuestras aves mensajeras pueden escapar de esta tormenta para informar al rey de que estamos con él. Si no fuera cristiano, diría que los dioses nos han maldecido."

Con maléficos tentáculos, la boira se infiltraba en las tiendas, reptando cargada de amenaza desde el bosque y por el claro. Resplandecía como el fósforo a la vaga luz del día al arrastrarse a las zanjas y por los surcos de las raíces. Los exploradores retornaban para anunciar que había tiempo despejado a una jornada de marcha hacia el sur, pero cada día que ellos avanzaban trabajosamente por el fango los cúmulos tormentosos los seguían.

"Syrax obra magia contra nosotros." Eufrasia habló desde el interior de la tienda, donde removía una olla de alubias blancas. "Esta tormenta tiene el sello de la magia. Esta niebla antinatural. Nubes que siguen a los exploradores."

"Syrax es cristiano, a pesar de toda su petulante indumentaria pagana." Bors cogió un guijarro y lo arrojó al agua encharcada. "El dinero es la única magia que conoce. Y el

Librodot

dinero no compra la lluvia." Se puso en pie con un fatigado gruñido y estiró su masivo cuerpo. "Además, no puede saber que nos hemos vuelto contra él. Necesitaría las alas de Dédalo para volar sobre nosotros y ver que hemos cambiado nuestra disposición ofensiva contra Camelot por una formación de ataque contra sus tropas."

"Las brujas vuelan." Eufrasia sirvió las alubias blancas en un bol de arcilla. "En Caledonia, hay brujas que vuelan con las grullas. Descubren las manadas para los cazadores. Y nunca se equivocan."

"Morgeu la Fey", susurró Bors Bona y reentró en la tienda fragante. "Ésa sí es una bruja, como su madre lo fue. Quizás sea ésta la maldición."

"Las plegarias de tus sacerdotes parecen ineficaces." Eufrasia le ofreció el bol con una cuchara de madera y un pedazo de pan de avena. "A mi padre, Aidan, le intriga ahora vuestra religión. Pero yo le digo que es mejor conservar nuestra fe en *wicca* y los viejos caminos."

Bors aceptó la comida con un gesto agradecido de la cabeza. "Ya he oído bastante de las glorias de Caledonia durante estos muchos húmedos días. No me vengas ahora con las maravillas de *wicca.* ¿Crees que tu amor... cómo se llama? ¿Dagomere?"

"Dagonet."

"¿Crees que Dagonet va a renunciar a sus buenas comodidades británicas para volver contigo a la gélida Caledonia, donde las brujas vuelan y corren las manadas?", le preguntó con la boca llena de alubias calientes. "Yo creo que no, hermosa dama. Ah, esto está bueno. Eres ducha con los potes. Esto hace más que compensar tu incesante parloteo."

"Como si tú no me hubieses hecho partícipe de tu buena dosis de cháchara, durante nuestro aguado confinamiento. Si yo no..."

"¡Shhh!" Bors quedó inmóvil con la cuchara de madera en alto, alzados los ojos hacia el combado techo. "Escucha. La lluvia ha cesado."

Fuera, había escampado abruptamente. Cielos azules, franjados por colas de caballo, filtraban anchas bandas de luz entre enormes cúmulos en retirada. Y por el suelo, la niebla huía reptando como una cosa viva, como una fiebre de luz de luna.

La Meta sin Travesía

A siete días al norte de donde muriera el oso, Dagonet lanzó su última flecha a la séptima estrella del crepúsculo. Se hallaba en el límite septentrional de la tierra, sobre un frío mar de jade lejos de toda cosa familiar. Osos blancos lo contemplaban desde una isla de nieve azul. En la distancia, otros icebergs manadeaban en errante euforia como espectros que, sólo al helarse, hubieran logrado corporeidad. Bancos de peces plata viraban por las aguas verdes a sus pies y se desvanecían en el mundo nocturno de las profundidades oceánicas.

Hacía días ya que, por alguna senda faerïe, había dejado Britania muy atrás. Ésta era una orilla extraña. Su flecha voló a través de un cielo del que pendían siete estrellas y velos de una luz ventosa, plutónica, para caer en un mar que se cerró sobre ella en ondas viscosas.

Bajo la frígida luz estelar la encontró un poco más tarde, arrastrada a la orilla guijarrosa. La flecha le había atravesado el pecho, cerca del corazón. El la portó a la hoguera sobre la cornisa rocosa y Lord Mono danzó presa de excitación al ver a otro ser humano. Pero Dagonet se preguntaba si era realmente humana.

Su cabello canela tenía como diminutas cintilaciones en su interior que rimaban

Librodot

con el fuego. Sus ojos grises lo observaban soñolientos, mirillas a un día de invierno. Él la contempló boquiabierto, hombre que en su belleza se descubría solo.

"¡Uo ciento! Mi fuecha cayó au mad. ¿Cómo pudo aucanzadte? ¿Edez una cidena?"

"Soy la Dama del Lago." Puso en blanco los ojos de dolor y miró silenciosa el granizo de estrellas.

"¡Uo ciento! ¡Uo ciento!" Las manos de Dagonet se aturullaban en su cabello desgreñado y miraba desesperado a Lord Mono. "¿Qué podemoz haced?"

Lord Mono saltó del banco al lecho del carromato y chirrió excitado.

"¡Cí! ¡Hemoz de yuevadua au mago!"

Alzó la hermosa mujer al carro y abrochó a Lord Mono su arnés de cuero antes de chasquear con las riendas. Cuando se volvió para saltar del carro e ir en busca de su montura, la oscuridad se cerró como un túnel. Vio a su caballo muy lejos, observándolo con ojos gatunos desde la orilla del mar frío. Menguó en la distancia como una estrella y desapareció.

Sangre le martilleó la cabeza en un pánico de abrupta tiniebla. Luego un sol repentino bañó el carro y él y el mono parpadearon ante el resplandor de un día de primavera en la costa. Aquella playa podría haber sido Armórica, donde retozara de crío. Pero no lo era. Era el litoral rocoso de un entorno poco familiar, pero natural. Crecientes de dunas trepaban hacia unos montes de densas arboledas y, en lo alto, gaviotas volitaban y chillaban.

"¿Dónde eztamoz?", preguntó agachándose sobre la mujer herida.

"La meta sin travesía."

"No te entiendo."

"Pobre Dagonet. Has servido bien a tu amo Merlín, pero de forma insensata." Nynyve cerró los ojos y respiró superficial y dolorosamente. "Se ha servido de ti para herirme con la flecha mágica, forzándome así a dejar este mundo... hasta que vuelva a esta misma orilla de Cymru a por tu rey."

"¿Pod qué? ¿Pod qué habdía Meduín de queded ezo?"

"Para proteger a su rey. Si Arthor llegase a amarme de verdad, dejaría este mundo para vivir conmigo en Ávalon."

"Ua Izua de uaz Manzanaz..." Dagonet empezó a entender. "Eza ez ua meta cin tdavecía... eu wugad fueda deu tiempo."

"Sí, Dagonet. Ávalon está al otro lado del mar, frente a esta costa." Su rostro delicioso se contrajo cuando intentó incorporarse. "Llévame al agua."

Dagonet obedeció. La portó sobre la arena sembrada de conchas y algas amontonadas hasta una cala plácida, que el agua lamía gentil. Tan pronto como la dejó en el mar se disolvió, un espejismo, un reflejo desvanecido en la tersura del agua. La flecha blanca flotó un instante en la superficie y, cuando alargó la mano para cogerla, se vio a sí mismo en el espejo oscuro. Toda la magia gastada, Dagonet ya no era más que un enano jorobado con una cara grande y pecosa.

Marcharemos Invisibles

La niebla plateaba la hierba. Como una bestia noctívaga, llegó reptando entre los árboles. Tímida al principio ante la luz del día, se arrastró entre las raíces y por los cauces umbríos. Ygrane, atada al poste de cedro, con sus párpados hinchados bizqueando penosamente al resplandor del sol, vio a las almas animales huir de la calígine

Librodot

serpeante. Y supo, así, que estas brumas no eran naturales. La magia adensaba esta neblina que se movía a través del bosque con lírica obscenidad. Formas febriles se alzaban en los montículos, tentáculos temblorosos acariciaban las laderas y arboledas con largas y demoradas caricias.

Los infantes y lanceros levantaron la vista perplejos al cielo azul y cruzaron desconcertados murmullos acerca de la niebla que ascendía rodando de los lechos de los arroyos y llameaba por el bosque. Un explorador surgió al galope del banco de nubes caído en la carretera por delante, las riendas en una mano y su sombrero de cuero en la otra fustigando al caballo. La crin del animal fluía con el viento y los guijarros del camino saltaban tras sus cascos. "¡Viene el tirano!", gritó pasando como una exhalación.

"Merlín...", susurró Ygrane, y cerró los párpados.

El silbido de un viento invernal la crispó obligándola a abrir bien los ojos y los infantes que conducían su carro cayeron bajo una nube de flechas. Los lanceros bajaron sus armas, se agazaparon tras sus escudos y formaron un anillo defensivo. Como vapor de luna, la niebla manó undosa sobre ellos y el paisaje se tornó lunar, blanco y estéril. Incluso los gritos sonaron como voces mudas. El viento boreal silbó otra vez. Gruñidos y un herido chillar la circundó y siguió el repicar de lanzas y escudos en las losas del camino.

De la bruma arremolinada, surgió una figura de umbrosas ropas, más baja que Merlín y más recia. Una mujer de cabello crepitante y vientre hinchado subió con esfuerzo a la carreta. "¡Madre! ¿Qué te han hecho estos hijos de perra?"

"Morgeu..." La mente de Ygrane se nubló cuando las correas cedieron y cayó hacia delante en los brazos fuertes de su hija. "¿Es... es ésta tu magia?"

"No podemos entretenernos aquí." Morgeu ayudó a Ygrane a enderezarse. "Arthor llega ya como un torbellino y nosotras estamos en medio de él. Has de escucharme. Tu dolor es un sueño... y ahora estás despierta. Tus piernas son fuertes. Tu cuerpo es ligero. Juntas vamos a volar."

El encantamiento de Morgeu borró todo sufrimiento en la carne de la mayor de las mujeres y se sintió en efecto ligera como el aire cuando descendieron del carro y saltaron por encima de los cuerpos caídos de los lanceros. "¿A dónde vamos?"

El brazo de Morgeu se tensó alrededor de la cintura de su madre. "Vamos adonde el choque de estos ejércitos no nos aplaste. Y para llegar allí, marcharemos invisibles."

"Morgeu... estás poniendo en peligro a tu hijo." Ygrane miró desenfrenadamente las sombras precipitadas en la niebla alrededor. "Estamos en un campo de batalla."

"No tengas miedo." La hechicera guió a Ygrane a una hondonada cubierta de matorrales. "Mi hijo ya se mueve y está a punto de nacer. No hay mejor lugar para que este guerrero entre en nuestro mundo que el furioso batallar de los hombres. Ayúdame, madre."

" ¡Morgeu¡" Ygrane se arrodilló entre los helechos junto a su hija, bajo los alaridos de los soldados y los cascos de los caballos. "¿Vas a dar a luz ahora... en este peligroso lugar?"

"El peligro es el destino de este niño, madre." Habló con los dientes prietos y abrió las piernas contra los lados del hoyo que las ocultaba. "El peligro es la senda de este niño... hacia el trono de Britania."

Hermandad de Sangre

"La magia de Merlín ha tejido una niebla en la vía a Cold Kitchen", le dijo

Librodot

Severus Syrax al conde Platorius mientras cabalgaban por el camino sobre el Amnis. Debajo de ellos podían ver los tejados de teja roja de una aldea que ardía en luz y, en la carretera al sur, una nube caída a la tierra. "No importa. Nuestras máquinas de asedio están detenidas, pero Gorthyn ha desplegado el ejército por el bosque y rodearemos la penosa niebla del mago."

Platorius desenrolló la tira de un mensaje que acababa de entregarle un ayudante. "Merlín ha rescatado a la abadesa. Ése era el propósito de la niebla mágica. Ya no podemos utilizarla como escudo de protección. Te dije que teníamos que haber escuchado a Gorthyn y enviado su cabeza a Camelot. Hemos perdido la oportunidad de aterrorizar a nuestro enemigo."

"Que se queden con la madre del tirano." El *magister militum* se ajustó el yelmo enturbantado mientras miraba abajo, a la cuenca del río, por cuyas orillas fluían corrientes de soldados. "El rey Wesc ha hinchado nuestros números con tres legiones de guerreros-lobo. ¡Tres legiones, Platorius! ¡Dieciocho mil sanguinarios luchadores! El tirano está perdido. No me preocupa que nuestro aliado Bors chapalee en el norte en fango, atado por las lluvias. No lo necesitamos. Lo único importante era apartarlo como rival. Y ahora que no es un verdadero contendiente, no habrá que compartir tanto con él cuando logremos la victoria. Una victoria que es tan segura como que el alba sucede a la noche. Nuestras fuerzas son abrumadoras... demasiado poderosas incluso para la fanática hermandad de sangre de Arthor."

"Luchamos por la paz y la alianza, Severus." Platorius señaló, más allá de la escarpada garganta, a las distantes murallas y torreones de Camelot. "Ellos luchan por el dominio. No siempre la causa más noble tiene garantizada la victoria. Por más bajos que sean sus motivos, los hermanos de sangre del tirano están desesperados y lucharán sin cuartel. Tú puedes retirarte a las tierras de tu familia en la Galia, Canaan, Egipto. Los *foederatus* tienen un santuario en Sajonia, Jutlandia y Frisia. Pero para Arthor, existe sólo Britania."

"¿Temes por tus posesiones, querido conde?" Severus Syrax sonrió levemente. "Atrebates está seguro. Y tal como te he prometido, caído el tirano, tú gobernarás como alto rey de Britania. Yo estoy satisfecho como *magister militum* de Londinium y dedicado a las empresas comerciales de mi familia en Britania. Pero tu linaje está entre los más venerables de la isla y por ello has de ser rey."

"Por la forma en que ese bandido de Gorthyn se comporta, haciéndose llamar rey de Belgae, creo que codiciará el título de monarca." Platorius miró nerviosamente a Syrax y las bolsas oscuras bajo los ojos del conde temblaron con frenético tic. "El rey Wesc lo ha puesto al mando de los guerreros de la tempestad. Cuando esta guerra acabe, podría usarlos para lograr el objeto de sus ansias."

La sonrisa de Severus Syrax se ensanchó. "Mi sobrina me debe un favor aún por su reciente fracaso en Londinium. Quizás cuando estos problemas terminen, el rey Gorthyn disfrute de una visita de nuestra seductora Selwa."

La Bolsa de los Sueños

Sobre una robusta yegua negra cabalgaba Merlín con el rey Arthor a la batalla. Su propósito había sido prescindir de toda armadura y confiar en su magia como única protección, pero el rey le había insistido en que se vistiese una cota de malla y un yelmo de bronce legionario con guardas de cuello y de mejillas y una cresta de plumas blancas. Estaba contento de haber accedido pues, nada más dejar la fortaleza, el enemigo

arremetió desde los bosques hasta las mismas cuestas de Camelot. Las flechas oscurecieron el cielo y las piedras lanzadas por las hondas rivales repicaron en su yelmo y en el capistro de su caballo.

Arthor portaba una brillante máscara aquilina de bronce y sostenía sobre la cabeza su famoso escudo con la imagen pintada de la Madona para protegerse de los proyectiles. Bedevere observaba el campo desde detrás de la máscara de una espantosa furia griega. Al mirarlos, Merlín sintió como si volviese a hallarse en compañía de demonios. Llevaba al costado, cruzado sobre el hombro, un saco de vitela en el que tintineaban amuletos y talismanes, una bolsa de sueños con la que pretendía entorpecer a los enemigos.

Los gritos de guerra de los hombres del rey dieron coraje al mago y cabalgó más rápido. Como demonio, había presidido numerosas batallas y le resultaba familiar cualquier hostilidad entre los hombres. Pero como mortal, sólo había tomado parte en un conflicto armado. Durante sus primeros días lejos de su madre en el reino de Cos cerca de Greta Bridge, se había atrevido a enfrentarse con un grupo de campesinos a una horda de pictos. El Furor lo había enloquecido tras la matanza... y los ecos de aquella locura reverberaban en su largo cráneo con el sonido del viento frío de las flechas y el primer clangor del metal contra el metal. Merlín apretó los dientes contra los enervantes sonidos y metió la mano en la bolsa buscando un arma de magia.

La misión que le había encomendado el rey era simple. Merlín tenía que ayudarle a abrir una cuña en la línea de avance. Kyner y Cei marcharían detrás y establecerían posiciones defensivas lejos de Camelot. Una vez limpios los campos, Lot y sus norteños descenderían a la garganta del río para echar a los invasores hacia el sur, a las ciénagas. Urien protegería la aldea de Cold Kitchen. Y Marcus estaba a cargo de la defensa de Camelot y debía avanzar cuando se le llamase.

Pero en medio del combate, Merlín se desorientó. Los relinchos estridentes de los caballos, los empujones de sus grandes cuerpos con los soldados de a pie dispersos que se escurrían entre ellos, hachando y acuchillando, intensificó su sentido de la locura. Cantó ensalmos calmíferos que tuvieron su efecto mientras saltaba entre la masa apretujada de guerreros. De la bolsa de los sueños, extrajo un amuleto de terror y lo arrojó contra una compañía de ferales berserkers, un escuadrón de monstruos vestidos con pieles humanas, con rostros apergaminados que miraban sin ojos desde sus muslos y cueros cabelludos que colgaban de sus cintos.

El amuleto explotó provocando el pánico entre los barbáricos guerreros y unos cayeron sobre los otros en la abrupta retirada. Merlín aulló triunfante y buscó en la bolsa otra arma mágica. Pero en ese momento, un hacha arrojadiza le golpeó el yelmo y abrió brecha en él, arrojándolo del caballo al creciente torbellino del combate.

Arthor arremetió con su corcel contra la turba de frenéticos infantes que se arrojó de inmediato sobre el mago caído y Excálibur hachó con fuerza. Caracoleó en círculo alrededor de Merlín haciendo retroceder a los enemigos y permitiendo que un grupo de defensores y un cirujano alcanzasen al taumaturgo ensangrentado. "¡Está vivo!", gritó el cirujano. El rey les dio orden de volver a Camelot y lanzó su caballo a la furia de la batalla.

ESO QUE Tú Temes

La pérdida de Merlín fue el inicio de un giro dramático en el combate. La noticia

Librodot

de que el mago del tirano había caído se difundió rápidamente entre las filas de los guerreros de la tempestad y los berserkers que Merlín hiciera huir se reagruparon y atacaron con cruel frenesí. La furia de sus camaradas *foederatus* infundió coraje a las fuerzas del *magister militum,* que cargaron desde los bosques hacia la llanura de Camelot.

Arthor no tuvo otra opción que llamar a Kyner y a Cei antes de quebrantar la línea enemiga. Sus tambores y flautas sonaron sobreponiéndose al estruendo de los cascos herrados y anunciando su entrada en liza. Pero de poco sirvió. Gorthyn llegó de los bosques montañosos del norte al mando de toda una legión de guerreros-lobo, paganos vestidos de pieles animales y piezas de uniforme arrancadas a los britones caídos.

Para impedir una aplastante derrota, el rey hizo que los trompeteros llamasen a Marcus y éste emergió de Camelot con sus lanceros y arqueros montados. Pronto se impuso una vasta confusión en el campo. Dispuesto a quebrar el oleaje de asaltantes, Arthor llevó su compañía a la línea del bosque mientras Kyner y Cei castigaban al enemigo a cada lado, tratando de impedir desesperadamente que los guerreros-lobo rebasaran al rey por los flancos.

Marcus logró hacer retroceder a Gorthyn. Desde las almenas de Camelot, Lot y Urien le hicieron señas con banderas urgiendo al duque a volver. Pero Marcus no estaba dispuesto a aceptar más órdenes que las del rey y se sumergió en el bosque en persecución de Gorthyn. Y allí, otra legión de guerreros-lobo acechaba. Quedó rodeado enseguida, y Lot y Urien no tuvieron más remedio que sacar rápidamente sus fuerzas al campo para rescatarlo.

Los gritos de los hombres y los caballos se confundieron en el aire bajo el silbido guadañante de las flechas y los proyectiles de las hondas. Por todas partes, los bridones patullaban a los caídos o desmayados y caían ellos mismos obligando a otros hombres a saltar sobre sus moles. Cuerpos alanceados permanecían erectos en la muerte. Los berserkers arrancaban los yelmos y el cuero cabelludo a sus víctimas mientras éstas se debatían aún debajo de ellos. Flechas había que clavaban soldados a los árboles.

Arthor luchó implacable superando su terror y empujó con vehemencia su compañía hasta el bosque, desesperado por romper la línea. Pero no había fin a la profundidad del enemigo. Una tercera legión de guerreros-lobo inundó la maleza. Alzándose la máscara de ave rapaz y exponiendo un rostro sombrío, Cei apareció al lado del rey. "¡Nos hemos ido a meter en eso que tú temes!"

Arthor sabía lo que quería decir. Lo que más temía en batalla era verse rodeado. Su agresivo estilo de combate lo había situado a menudo en esa posición durante su periodo como guerrero de Kyner y, acosado por esta reputación, pocos guerreros lo seguían al combate. Pero en aquel entonces, él era sólo un guerrero y no había tenido escrúpulos en dejar que aquellos pocos fanáticos que se habían atrevido a unírsele en su lucha despiadada se las arreglasen para salir de la trampa. Ahora, en calidad de rey, comprender que había arrastrado toda su compañía a una posición indefendible lo helaba hasta la médula de los huesos.

"¡Llamad a Urien y Lot!", gritó sobrepujando los alaridos alrededor.

Cei sacudió la cabeza y señaló al trompetero sugiriendo retirada. "¡Están con Marcus! ¡Está atrapado como nosotros en el bosque norte!"

Sólo entonces, cuando él, Bedevere y Cei pelearon su camino de retorno a las posiciones de Kyner en el linde del bosque, se dio cuenta Arthor de que había subestimado terriblemente la fuerza del enemigo. Sólo entonces, en medio del salvaje frenesí de caballos precipitados y los gritos de muerte de sus filas destrozadas, comprendió que la batalla estaba perdida.

Librodot

Campos de Tinieblas

La caída de la noche no detuvo la lucha. Gorthyn incendió el bosque y, a la luz rabiosa de aquel fuego inmenso, los guerreros-lobo azotaron a los defensores de Camelot en el llano. Sólo un cambio del viento salvó a los hombres del rey de una derrota inmediata. El humo revuelto de la foresta en llamas se derramó sobre los campos y el fuego mordió las líneas de Gorthyn, obligándolo a dejar la planicie.

"¡Retírate a Camelot!", bramó Kyner. "¡Retírate y negocia, con Syrax!"

Arthor se levantó la máscara aquilina, torcido su rostro joven de rabia y lágrimas. "¡No! ¡Negociación, ninguna! Destrozarán Camelot. Hemos de combatirlos aquí... esta noche."

El rey ordenó a Marcus y a Kyner que defendieran los llanos con el resto de sus tropas. Y despachó a Urien y Lot a proteger la carretera a Cold Kitchen, mientras él y lo que quedaba de los hombres de Cei perseguían a Gorthyn, a través del muro ígneo de árboles cayentes y encendidos matorrales, a las ascuas del bosque. Irreales caminos de humo, neblina y llama confundieron tanto a Gorthyn como a Arthor, que dieron ciegas vueltas uno alrededor del otro.

Cuerpos pálidos y desmembrados yacían en las rojas sombras. En la turbulenta oscuridad del humo omnipresente, cadáveres emplumados de saetas mimetizaban los juncos. Los hombres del rey acechaban al enemigo en pequeños grupos... y el enemigo los cazaba. El incesante crepitar de la madera ardiente, la aljamía de llamadas de los moribundos y el intermitente chillar de los caballos oscurecían el oído tan hábilmente como los densos vapores y las sombras nocturnas cegaban la vista.

Cada vez que los oponentes caían uno sobre otro, la lucha era convulsa y de brutal brevedad. Los combatientes se sumergían y emergían de la tiniebla. Los aceros destellaban y los gritos partían con los humos al vuelo, y su crispación se desvanecía. Ocasionalmente, el viento revivía y las llamas del bosque fulguraban, silueteando un torbellino de asaltantes enredados en humo. Luego, el viento decaía y se imponía la negrura, trayendo el anonimato una vez más. Con espantosa incongruencia, los hombres del rey se enfrentaban entre ellos mismos, alzadas las espadas, desviadas antes del instante fatal por gritos comunes.

Pasada la medianoche, la última de las llamas se apagó por completo y Gorthyn ordenó a sus guerreros que buscaran refugios y aguardasen al acecho. Gritos herían la noche cuando los hombres del rey tropezaban con ellos. Por fin, Arthor se vio obligado a llamar a sus soldados y a retornar, todos juntos, a los campos de tinieblas.

"Si negociamos ahora", insistió Kyner a su hijastro cuando Arthor se aproximó a la hoguera del jefe, "quizás aún podamos salvar lo que queda."

Arthor se quitó el yelmo y le arrojó una mirada ceñuda. "Syrax no negociará. Cree que tiene la victoria."

"¿Cree?", preguntó Cei sarcástico. "Al amanecer sus legiones de guerreros-lobo nos arrasarán y sus regulares avanzarán para ocupar Camelot."

"¿También tú quieres negociar?" Arthor miró desafiante, sorprendido, a su fornido hermanastro. "¿Qué esperanza hay en la rendición?"

"Mucha, para los sobrevivientes", repuso Kyner. "¿Ha de morir todo el mundo? Estamos derrotados en el campo, pero no ante Dios ni el santo padre en Rávena. El papa podría interceder aún; al fin y al cabo, tú eres indisputablemente el legítimo heredero de Uther Pendragón."

"¡No!", explotó Arthor. "¡Yo *soy* rey! ¡Dios me ha hecho rey! ¡Dios! Y Dios

Librodot

puede destruirme, si así lo quiere. ¡Pero no me rendiré!"

Kyner y Cei se arredraron, inclinaron las cabezas y cruzaron miradas fatídicas.

Al verlo, Arthor se sacudió rabia y frustración y extendió la mano hacia ellos con gesto gentil. "Padre... hermano..." Habló con voz más serena, pero no menos firme. "Tu optimismo te ciega, Kyner." Aceptó de Bedevere una botella de agua. "Piensa por un momento como el enemigo. Estamos a punto de ser aniquilados y los que nos son leales serán esclavizados. Tal es el estilo sajón. Y no dudéis por un instante de que son los *foederatus* los que combatimos aquí."

"¿Qué propones?", preguntó Cei casi en un susurro, exhausto y atemerado.

"Descansar." El rey dio un largo sorbo, después habló entre dientes. "Mañana luchamos... lucharnos hasta morir."

¡María Madre! ¡María Madre! ¡María Madre! ¡María Madre! María Madre... Madre... Madre... Madre... Madre... Madre...

Atrapado en Pesadillas

Merlín yacía comatoso en el lecho del rey. Nada de lo que los cirujanos hacían para revivirlo tenía efecto, pues su alma volaba, libre de su forma física. A los mundos etéricos flotó.

Reconoció el espacio curvo de su previa vida como demonio: el cielo diurno con sus transparentes auras azules como apilados bloques de hielo, la noche con sus cubos de ónice veteados como por lombrices de fuego. Conocía él cada senda a todos los posibles cielos e infiernos. Y sin embargo, por más intensamente que miraba, no lograba encontrar el camino de vuelta a su propio cuerpo.

La vastedad del espacio se extendía en toda dirección. La Tierra misma no era más que una mota, un grano de arena atrapado en un lento remolino de gravedad, girando centrípetamente hacia la desnuda llama del sol. Y el mismo sol remolinaba en un vórtice de soles, cientos de miles de millones de soles dando vueltas y vueltas en incandescente girándula alrededor del núcleo de negror que devoraba toda luz. A esa negrura habían caído ángeles y demonios, para no retornar jamás. Algunos decían que aquél era el camino de vuelta al Origen, al paraíso de infinita energía donde todas las cosas habían comenzado. Pero nadie había vuelto para confirmarlo.

Merlín no quería seguir aquel camino. Quería regresar a la tierra, a su cuerpo humano, a su destino mortal como mago del rey. Pero no podía hallar la Tierra en aquellas vastedades de negro vacío y astros dispersos. Andaba a la deriva de nuevo, como lo hiciera durante su demonial existencia. Tras la ígnea explosión que diera principio al espacio-tiempo, que los desgajara a él y a los demás de la bienaventurada unidad que habían compartido con Ella, perdió toda esperanza de encontrarla otra vez. Se había sentido entonces igual que ahora, diminuto y perdido en la enormidad de la fría y oscura nada. La luz del Origen a la que se había aferrado al principio sólo servía para abrasarlo más y más en aquel gélido vacío y se desprendió de ella. Como tantos otros, había dejado ir la luz y se había tornado oscuro y frío como la misma vacuidad.

Ahora buscaba la luz. Buscaba aquella única luz particular que era el sol y la infinitesimal partícula que era la Tierra. Pero no había dirección en el espacio que pudiera discernir. Todo parecía igual, la negrura curvándose lentamente, sembrada de oscura materia, gotas de polvo y gas, titilando aquí y allá en forma de campos de

Librodot

estrellas. Erró. Mucho tiempo erró solo, atrapado en pesadillas del recuerdo y el miedo.

Recordaba los largos, largos eones de arrancias por el vacío. Al menos entonces había gozado de la compañía de sus camaradas demonios. Cuando por fin hallaron mundos construidos por los ángeles, disfrutaron la oportunidad de expresar su desesperación y se arrojaron, exuberantes, contra las frágiles cosas que los ángeles habían artistado. ¿Cuántos mundos había destruido él? Estos recuerdos de furia lo acosaban y gemía en la nada.

Lo único que lo consolaba era la memoria de que al fin, en la Tierra, había traicionado a sus compinches demonios para convertirse en el hijo de santa Óptima, uno de aquellos mismos frágiles sacos de tripas que todos ellos habían despreciado. A sí mismo se había dado a los ángeles, a los Señores del Fuego. Y aunque este recuerdo lo aliviaba, le inspiraba también el temor de haber perdido aquella única, endeble conexión con la luz, con el fuego original de la creación. Y rezaba: "Perdóname, perdóname. Me he vuelto arrogante otra vez. Había robado el alma de Gorlois como si fuese Dios Misma. He tratado de modelar vidas como si tuviera la luz de los Señores del Fuego. Había olvidado que ahora soy un hombre y, como todos los hombres, sólo puedo reflejar la luz. Y mi castigo... mi tormento... es haberme convertido de nuevo en un demonio que ha abandonado la luz."

El Mundo Partido en DOS

Surgiendo del humo de guerra que rodaba por los campos de la noche sembrados de cadáveres, enfangados de sangre y despojos de guerra, Ygrane y Morgeu alcanzaron las puertas de Camelot. Morgeu portaba en los brazos una criatura glutinosa del crisma del nacer. Los guardias las admitieron de inmediato y un cirujano y sus ayudantes se apresuraron a llevarlas en parihuelas a los aposentos de Morgeu, donde fueron lavadas y atendidas sus heridas.

Revivida por los humeantes caldos de las cocinas del rey y las pócimas del cirujano, Morgeu amamantó el niño. Ygrane lo examinó y se alegró de hallarlo entero y sin marca alguna de su terrible llegada al mundo o de su impío linaje. "¿Qué nombre le pondrás?", preguntó sentándose al borde del lecho junto a su hija.

"Mordred", susurró Morgeu, y besó la frente del niño.

"¿Tan temible nombre, hija?" Ygrane reprimió un estremecimiento. "Esa es la forma británica de llamar a Mardoc, señor de la guerra en el Otromundo. ¿Tan sanguinario destino le deseas?"

"¿Es que no muestra ya este brutal nacimiento el terror que ha de inspirar?" Morgeu ofreció una siniestra sonrisa. "En realidad, madre, tomo su nombre del latín *moror credere,* 'lento de creer', porque su alma fue retenida por aquellos que no tenían fe en que mereciera vivir. Sin embargo, es hermoso, ¿no es así, madre? Es digno de todo lo que Merlín ha tratado de negarle con tanto ahínco: vida y poder."

Ygrane sabía que su hija no permitiría que lo bautizasen, aunque el alma de Mordred había sido cristiana cuando vivió como el padre de Morgeu, Gorlois. Para aliviar su propio sentido de la responsabilidad por la identidad espiritual de la criatura, Ygrane fue al salón de guerra en busca del Grial con el que bendecir al niño. Pero la Tabla Redonda estaba vacía. En el centro, donde el rey había puesto el Grial, no quedaba signo de él.

Ygrane buscó de inmediato a Merlín y lo halló inconsciente en el lecho del rey. Posó una mano en su pecho huesudo y sintió enormes distancias, las conchas en

expansión del espacio, donde la luz se disuelve como humeantes candelas en las vetas negras de nubes hollinosas. El cirujano a su costado sacudió la cabeza y empezó a mascullar algo acerca del flujo del hígado.

Ygrane retornó a los aposentos de Morgeu en la torre y se detuvo frente a la aspillera para contemplar el mundo partido en dos. Los bosques ardían, tiñendo la noche de escarlata. Los ejércitos chocaban y los gritos se elevaban en el viento negro a un cielo sin estrellas. El Grial había desaparecido y, aunque las pesquisas no habían empezado aún, ella presentía ya que la copa sagrada no había sido hurtada por ladrones sino tomada por un poder más vasto que el de los mortales. Rememoró, muchos inviernos atrás, la Navidad en que las misteriosas Hermanas de Arimatea —las Nueve Reinas— les habían entregado el Grial a ella y a Uther. Y se sintió anciana en los huesos.

Noche que Porta un Yelmo

Severus Syrax reconoció la victoria en la zancada confiada, larga, de Gorthyn cuando el hombre de rostro marcado entró en el pabellón de mando, con el yelmo bajo el brazo y la mano ensangrentada sujetando la hoja envainada contra el muslo. "El tirano está aplastado", lo saludó el *magister militum.* "Eso es lo que has venido a anunciarnos, ¿verdad, Gorthyn? Lo hemos visto ya." Su rostro de amplia sonrisa miró más allá del rey bandido, por la cortina alzada de la tienda a la noche roja. Las llamas parpadeaban en la plata negra del río Amnis mucho más abajo. "Desde aquí, lo hemos visto todo. La insensata acometida del tirano contra el bosque. El cerco y la destrucción de su compañía. Los ejércitos de sus señores de la guerra destrozados por tus legiones. ¡Contempla nuestra gloria!"

Cold Kitchen ardía y, sobre los precipicios del río, las pálidas murallas de Camelot reflejaban las llamas como el rostro sangriento de la noche portando un yelmo crestado de humo y estrellas. "Por la mañana tendré la cabeza de Arthor en una pica... y su corona de oro en mi cabeza."

"¿En tu cabeza?", preguntó el conde Platorius, que se hallaba sentado en una silla de muelle tapicería observando el humo de la guerra acariciar las estrellas. Dirigió a Syrax una mirada significativa. "¿No te predije esta avaricia?"

"¿Avaricia?" Gorthyn proyectó hacia delante la cabeza, con aquella quijada cubierta de vello negro tensa al volverse hacia el *magister militum.* "Me he ganado el título yo solo. Tú tienes tu riqueza. Esta comadreja tiene su noble linaje. Yo quiero lo mío. Pasada esta noche, yo soy alto rey."

"Desde luego, Gorthyn." El aspecto radiante de Severus Syrax no disminuyó ante el oscuro rostro hostil. "Me complace llamarte sire. Bajo tu protección, mis empresas comerciales harán de ti un monarca rico y de esta isla, un reino de abundancia."

"¡Syrax!" El conde se puso en pie inflamado y con una increpación en sus labios tensos que nunca llegó a ser expresada.

Con movimiento rápido y difuminado, Gorthyn sacó el acero y pasó la sucia hoja a través del cuello de Platorius, entre vértebra y vértebra, arrancando la cabeza de los hombros. Sangre arterial salpicó las lonas del pabellón, el cuerpo se desmoronó en la silla y la cabeza cayó boca abajo en su regazo. En sus bolsas oscuras, los ojos quedaron mirando la escena con espanto.

La sonrisa de Syrax se coaguló de terror.

"No temas, *magister militum.*" Gorthyn envainó su sangrienta espada. "Este rey te tiene afecto. Juntos haremos de Britania un paraíso."

Librodot

"Sí, sí... sin duda." Syrax asintió vigorosamente. "Desde luego, tendremos que recompensar a nuestros aliados *foederatus*"

Gorthyn se acercó a los caballetes de los mapas y sonrió ante las garabateadas topografías. "Hay mucha tierra para todos ellos, los jutos, los anglos, los sajones... incluso los pictos y escoceses. Lástima que esos paganos no amen la granja, el viñedo o el huerto. No cuidarán el ganado, ni se arrastrarán al interior de la tierra en busca de metales. Aunque, al fin y al cabo, ahora tenemos a los britones y a los celtas para eso, ¿no te parece? Yo diría que al rey Wesc le complacerá esta paz."

Severus Syrax encontró su sonrisa de nuevo. "Britania será un reino extremadamente pacífico, cuando lleves la corona de oro... sire."

Caminar la Distancia

Empachados de sangre, Arthor y Bedevere marcharon a pie a través del cinéreo erial del bosque abrasado. Humosos rayos de aurora iluminaban caballos descabalados, de patas rígidas, y montones de confusos cadáveres. El rey había perdido el yelmo en algún momento durante las horas oscuras antes del alba en que los guerreros de la tempestad cargaran contra Camelot. Él y sus tropas los habían forzado a retroceder hasta el bosque en llamas y por las pendientes de la cuenca del Amnis abajo, sólo para ser atacados por las fuerzas combinadas de Syrax y Platorius.

Arthor se apoyó en su escudo y miró estupefacto alrededor a los caídos. No descubrió signo del resto de sus guerreros, que habían sido arrastrados por el salvaje combate a la oscuridad y, con la llegada del día, se hallaron lejos de su rey, comprometidos en arduas batallas por su propia supervivencia. Las figuras armadas que surgieron de la vaporosa neblina eran un escuadrón mixto de hostiles guerreros: britones con cotas de malla sobre caballos de ojos dementes y que parecían en carne viva, acompañados por invasores vestidos con pantalones de piel humana y cinturones de cabelleras entretejidas adornadas de huesos maxilares.

"¡Por aquí, sire!" Bedevere agarró del brazo al rey y se lo llevó hacia una chamicera. "Allí podremos despistarlos."

"¡No quiero despistarlos!", repuso Arthor con aspereza, librándose de la tenaza de Bedevere. "¡No voy a huir en mi propio reino!"

Arremetió contra el grupo y golpeó con Excálibur el cráneo del primer caballo que se le acercó, abatiéndolo de un solo golpe y destrozando al jinete cuando cayó por delante. Con áspero bramido, Arthor giró entre la bárbara compañía que buscaba su muerte. Los guerreros-lobo, barbados y desnudos los dientes como feroces canes, remolinearon sus hachas; los britones atacaron con sus hojas pesadas, ansiosos todos por el trofeo que significaba la cabeza del tirano y la gloria que supondría.

Bedevere tajó con su cimitarra carmesí, prieta su espalda contra la del rey. Juntos, contuvieron a la horda mugrienta y brutal. Luego, más guerreros llegaron a través de la dorada calina, atraídos por los gritos excitados y los silbidos de la banda que había hallado al rey. Pronto una pequeña muchedumbre corrió entre los troncos abrasados y las patulladas matas cenicientas con alaridos de sangre.

Los guerreros-lobo danzaban audaces buscando quebrar la defensa enemiga y sus escapularios de dientes humanos y resecas orejas saltaban alrededor de sus cuellos, mientras ellos agitaban arduamente sus hachas. Excálibur y la cimitarra relampagueaban y destellaban, y los más bravos caían ahogados en su propia sangre. Pero cobarde fue —un arquero en un montículo abrasado— el que disparó la flecha que atravesó el muslo

del rey.

Al caer Arthor, los espeluznantes guerreros arremetieron. La cimitarra de Bedevere tumbó a dos de un solo golpe e hizo retroceder al resto. "¡Apoyaos en mí, sire!" Pasó el hombro manco bajo el brazo del rey y trató de tirar de él para levantarlo. "Apoyaos en mí y recorreremos la distancia hasta la arboleda."

"¡No me retiraré!", rechinó Arthor, forzándose a ponerse en pie y con lágrimas de dolor y angustia corriéndole por las sucias mejillas. Otra flecha repicó en su escudo. El alzó Excálibur y gritó: "¡Por Dios y por Britania!"

La Terrible Victoria

El bramido del rey se perdió entre los rábidos clamores y los gritos de guerra de los atacantes, y Arthor no oyó nada del ejército de Bors Bona hasta que éste irrumpió entre los árboles chamuscados y pisoteó el muro furioso de hombres alrededor de él. Bedevere ayudó a Arthor a sentarse, protegiéndolo con su escudo de las flechas perdidas de los arqueros del señor de la guerra. "¡Dios ha oído en verdad vuestro grito, sire!" En el rostro de Bedevere salpicado de sangre se dibujó una sonrisa. "¡Estamos salvados!"

Los arqueros montados no reconocieron al principio a Arthor; Bedevere se puso en pie y gritó: "¡Alto! ¡Vuestro rey está herido!"

Cubiertos de barro, Bedevere y el hombre herido por la flecha a sus pies parecían dos más del enemigo y los bridones cargaban en su dirección, aplastando a los sajones y a los britones rebeldes bajo sus cascos. Bedevere hizo gestos con el brazo, pero no sirvió de nada. Arthor, entonces, hincó tambaleándose una rodilla y alzó Excálibur sobre su cabeza. La llegada repentina de estos soldados para destrozar a sus enemigos le levantaba el espíritu por encima de su dolor y se puso en pie, trastabillando, apuntada Excálibur a los cielos.

"¡Britania!", gritó. "¡Britania!" Su cuerpo estaba tan colmado de dicha por la respuesta de Dios a sus plegarias que casi le habría alegrado recibir de estos guerreros el golpe, un golpe incluso mortal. Se mantuvo firme ante la acometida de los potentes caballos, vertiendo toda su fuerza en un solo grito: "¡Britania!"

"¡El rey!", clamó un arquero montado y aferró las riendas de la precipitada cabalgadura junto a él. Los enlodados cascos delanteros se agitaron en el aire a un palmo del rostro orgulloso de Bedevere.

Los caballos de guerra retrocedieron cuando sus jinetes percibieron a Excálibur y el grito se elevó más fuerte y entonado por más voces. "¡El rey!" "¡El rey!"

Los más próximos saltaron de sus corceles y doblaron ante Arthor la rodilla. Éste bajó a Excálibur y Bedevere lo ayudó a tenderse en el suelo, en el mismo fondo del precipicio de la bienaventuranza. Y allí yació el rey, sonriendo a las nubes que se llevaban las almas de los muertos, con el corazón saltándole en el pecho. Había vivido para ver salvada a Britania. Las palabras que los soldados le decían excitadamente lo limpiaban de las últimas máculas de temor: Bors Bona había llegado. El fiero señor de la guerra norteño había declarado su alianza con Arthor delante de todos sus hombres y ganado su lealtad para el rey, hasta el último de sus soldados.

Britania estaba salvada y de pronto Arthor yacía en el lodo fuera de la casa de su vida. Podría haber muerto dichoso entonces. Todo lo que quería como rey lo poseía ahora: la alianza de todo poderoso señor de la guerra británico y cada jefe celta... todos unidos para expulsar a los invasores y para preservar en Britania la santidad de la paz y la esperanza de prosperidad de su propio pueblo.

Se llamó a un cirujano y el rey rió lacrimalmente contra su dolor mientras le arrancaban la flecha del muslo, rió con júbilo por los muertos de sus tropas, que lo habían sacrificado todo y logrado la victoria para los vivientes que amaban. Rió por su tierra nativa. Y, mientras su risa le hilaba lágrimas de alivio, el dolor se hizo más y más penetrante y, con una sacudida, lo dejó inconsciente. Bedevere depositó Excálibur a su lado; portaron al rey en parihuelas al carro del cirujano y se lo llevaron de la chamicera, escoltándolo de vuelta a Camelot.

Cuando despertó, descubrió a Ygrane y Bedevere sentados junto al colchón de plumón en que yacía, en el jardín central de la ciudadela, a pleno sol. Ygrane había ordenado que lo trajesen aquí para que no despertara junto a la Tabla Redonda y viese que el Grial había desaparecido o fuese a su propio dormitorio y se enterase de que Merlín no salía de su coma. Había atendido ella misma las heridas de su hijo y lo había lavado con sus propias, amoratadas manos.

Sobre el reloj de sol, en montones de pequeños rollos, reposaban informes del campo garabateados a toda prisa en el pergamino. Bedevere los había leído todos a medida que llegaban y, antes de que el rey pudiera hablar, anunció jubiloso: "Bors Bona rinde homenaje a Arthor, alto rey de Britania. Lamenta no haber ofrecido antes su lealtad pero, por lo que parece, cierta brujería lo retuvo en Londinium y el tiempo lo estancó al sur de Greta Bridge."

"Los comandantes..."

"Todos vivos, sire." Bedevere mostró los pergaminos de cada uno de ellos. "Kyner, Cei y Lot están con Bors en el campo. Marcus patrulla el Amnis, cerrando el río a la huida del enemigo. Urien barre los montes al norte de Camelot, acabando con los rebeldes huidos allí."

"Las legiones *foederatus...* los guerreros-lobo... había tantos..."

"Sabemos que había tres legiones... y pocos han sobrevivido a nuestra batalla para presentar una amenaza real a Bors", respondió Bedevere. Después, calmoso, relató los detalles de su terrible victoria.

Bors Bona había cruzado el Amnis por Cold Kitchen y arremetido contra el bosque abrasado. Sus arqueros montados habían puesto a los exhaustos infantes de Syrax y Platorius en desbandada y sus lanceros habían roto las ya muy dañadas legiones de los *foederatus* dejando sólo pequeñas unidades que sus soldados arrasaron. El mismo Bors Bona, conociendo al enemigo, había cruzado más abajo el río y, a media mañana, había encontrado a Severus Syrax y Gorthyn Belgae en la carretera al sur marchando a toda prisa. El *magister militum* lloró y suplicó profusamente, Gorthyn gruñó y maldijo, pero el señor de la guerra los hizo colgar a los dos de la misma rama a la orilla del camino y dio órdenes estrictas de que los cadáveres quedasen allí y que nadie los tocase salvo los cuervos.

Allá Abajo Cerca del Mundo

Merlín se hundió gimiendo en el negro abismo del espacio infinito, a través de la noche eterna. ¿Dónde entre los interminables callejones de las estrellas, entre los vectores insubstanciales del vacío... *dónde* se ocultaba el sol que calentaba este único mundo diminuto en el que él había conocido la bienaventuranza? ¿Dónde estaban las atmósferas azur y plata de la Tierra? *Envuélveme otra vez en viento... bendíceme con lluvia murmurante... templa las negras honduras de mi mente, sembradas de sueños, con luz de sol... devuélveme, oh te lo ruego, devuélveme al vasto refugio de la Tierra...*

Librodot

Las vidas de la oscuridad que tuviera en su prehumana existencia lo acosaban: el odio que sintiera por estos fríos meridianos del espacio exterior, el mal que encarnara de pura rabia por el bien perdido de los cielos, la fantasmagoría de terrores que había portado de mundo a mundo a través de este mismo vacío retornaban a él con vivida claridad. Y llegó a la conclusión de que Dios lo había dado por perdido. Ella le había dado forma mortal en Su pequeño planeta, le había dado un propósito en Su creación, un destino que lo redimiría de su pasado criminal y él La había traicionado. Se había arrogado Sus poderes, como si fuera Su único agente en lugar de lo que realmente era: un simple instrumento que Ella había recuperado de los tenebrosos almacenes del Hades.

Las Nueve Reinas habían tratado de advertírselo. Había robado un alma. Habían tratado de advertirle que la devolviera. Y él habría matado al hijo de incesto, si no lo hubiese detenido un muchacho... no un hombre del todo formado, sino un chico, y su pupilo, el muchacho al que se suponía que él debía guiar de acuerdo con Su propósito y en quien debía instilar la fe en una justicia mayor que la de los mortales. Había fracasado. Lo comprendía ahora, mientras vagaba por las ciegas distancias. Había fallado miserablemente porque había vuelto a comportarse como demonio, se había servido de sus poderes para imponer su voluntad, para satisfacer sus animosidades. Había fallado porque con mal había enfrentado al mal.

Merlín aceptó su infamia y dejó de gemir. Sabía que merecía este calamitoso destino y se entregó a sí mismo a su sufrimiento y al paso del tiempo.

En ese instante, una estrella cintiló con mayor fulgencia. Vio entonces que no era un astro. Era el cáliz de cromo incrustado de oro. El Santo Grial flotaba en el espacio ante él. Se retiraba por delante, mientras él se hundía en la oscuridad hacia un astro de luz más y más vivida, un orbe de ambarina refulgencia entre las empañadas estrellas... y allí... allí asomaba el creciente azur de la Tierra.

El Grial cayó hacia el planeta azul y él lo siguió, henchido de alivio y dicha, jurando sonoramente en su cabeza, una y otra y otra vez, que nunca olvidaría aquella lección de devoción y humildad que había aprendido en la oscura travesía. Allá abajo cerca del mundo, el Grial se desvaneció y él comprendió por qué. Los Señores del Fuego se habían llevado el sagrado cáliz de la ciudadela del rey porque esta copa pertenecía a la compañía de aquellos unidos para compartir el pan, no los enemigos.

Merlín captó las consecuencias de ello y supo cómo recuperar rápidamente el Grial. Cayó a la Tierra riendo de gozo, ansioso de compartir tan radiante conocimiento con su rey.

María Madre, todo está bien. ¡Todo está bien al fin! El reino, seguro por ahora. Nuestros enemigos, quebrantados. Y los muchos que han muerto para defender nuestra tierra, tanto paganos como cristianos, son sin duda amados por nuestro Padre. Lo que ellos han ganado con su sangre yo lo protegeré con mi vida y mi alma vigilante. Ahora, en esta inmensa eclosión de la esperanza, cortejamos la oportunidad de crear un orden de ley y misericordia cuyo recuerdo perdure los mil años de tinieblas que Merlín predijo. Y lo que hagamos en este día y en los días porvenir... eso es una fábula que espera aún ser narrada, leyendas a las que nosotros mismos daremos forma, historias que recordar cuando nuestros lujos despierten de su sueño milenario.

Labios de la Luna

A las puertas de Camelot, abiertas y masivas, los guardias detuvieron el carro con el extraño enano vestido de harapos que parodiaban el atavío de los soldados del rey y un mono retozón en su hombro giboso. Cuando empezó a explicar qué hacía allí, fuertes vítores resonaron en el patio interior y los guardias levantaron en saludo las lanzas. El enano se puso de puntillas sobre el banco de conducción y vio la doblada punta del gorro cónico de Merlín moverse entre la turba jubilante del castillo.

El mago había revivido de su coma. En compañía de Arthor, que caminaba ayudándose de una muleta, y de los siete comandantes del rey, Merlín partía del castillo a los llanos de la batalla. Los hermosos corceles sable del *dux Arabiae* los aguardaban. Demasiado exquisitos para el combate, estos orgullosos animales eran idóneos para el rápido viaje que Merlín tenía en mente. La victoriosa partida montaría estos ágiles potros y el mago los guiaría al lugar secreto en el que los Señores del Fuego habían hallado refugio para el Santo Grial.

Dagonet saltó arriba y abajo, moviendo los brazos, hasta que Merlín lo percibió y se abrió paso entre el gentío hasta el carromato. "¡Bienvenido, Dagonet!" El mago dio una palmada de congratulación al enano en el hombro; Lord Mono se asustó y se aferró a la cabeza de su amo. "Has servido bien a! rey... muy bien, en realidad... y serás recompensado. El cargo de canciller del erario público es tuyo. A este título lo acompañan heredades y una generosa remuneración. A partir de ahora, serás lord Dagonet."

"¡Pedo, mídame, Meduín!" Dagonet se golpeó el pecho con la mano abierta. "Zoy como eda. Eztoy como empecé."

"¿Qué importa eso, lord Dagonet?" Merlín lo tomó por los hombros. "Eres un hombre de posición, tal como te prometí. Y eso sin duda impresionará a Aidan."

"¡Pedo no a zu hija!" Dagonet se cogió a las ropas del mago. "¡Pod favod, Meduín Te he cedvido bien... con Dex Mundi y en ua demanda pod ua diqueza deu dey. ¡No me dejez ací! Devuéuveme mi beyueza fícica antez de que Eufdacia me vea."

Una oscura sombra nubló la larga faz del mago. "Dagonet, no sabes lo que me pieles." Miró por encima del hombro y vio que el rey y sus hombres estaban aún ocupados saludando a la alegre multitud de soldados y sus familias. "Yo mismo acabo de retornar de un larguísimo viaje para enterarme de que el Santo Grial ha desaparecido. Sin él, nuestro reino no es más que una confederación militar sin centro espiritual que lo ilumine. Ahora tengo que conducir al rey y sus hombres al lugar donde los ángeles han ocultado el cáliz." Estrechó los hombros del enano con prisas. "Tienes que entenderlo. Mis poderes son limitados. Si uso esta magia para devolverte la estatura física que el Señor del Fuego te otorgó, perderé para siempre el recuerdo de dónde se encuentra el Grial. Tú lo entiendes, ¿eh, Dagonet?"

El enano asintió lentamente. "Pod zupezto. Eu bien deu deino eztá en juego... y ezo *ez* máz gdande que mi deceo pedzonau."

"¡Bien!" Merlín sonrió benevolente. "Sabía que lo entenderías, porque tú eres un hombre virtuoso. La belleza, al fin y al cabo, está en el interior." Se volvió para irse... y se detuvo abruptamente. El aire se había quedado inmóvil y en absoluto silencio. El sol miraba en lo alto como un vasto amigo, las nubes algodonosas estaban quietas a su alrededor y las aves, detenidas en su vuelo.

El mago giró en redondo. Nadie se movía. En las puertas de la fortaleza, la muchedumbre en torno al rey estaba congelada en sus diversas actitudes de júbilo y admiración, paralizadas sus gesticulaciones, perfectamente inmóviles sus rostros, sus bocas abiertas, sus ojos incapaces de parpadear. Merlín caminó alrededor de Dagonet y tocó a Lord Mono. Estaba frío como una escultura de hielo. Ni un pelo del animal se

Librodot

movía. El tiempo se había parado.

Un mórbido pavor lo poseyó. Estaba seguro de que, si miraba hacia arriba, vería una diadema de noche alhajada de estrellas y las ilimitadas profundidades del negro espacio. Una frialdad en su corazón se lo indicó: había sido devuelto a la oscuridad por usar su poder mágico con la arrogancia de un demonio. Ahora volvían a por él otra vez... los Señores del Fuego que ayudaron a santa Óptima a vestirle un cuerpo humano. Venían porque la humanidad no le casaba. Era un demonio, condenado a peregrinar en tinieblas.

"¡No!", gritó, y su alarido ecoó como un torpe espíritu que tropezara en toda cosa al huir de él, incapaz de hacerlo: *no... no... no... no...*

"Acabo de hacerlo otra vez, ¿no es verdad?" Miró estupefacto al enano, que había alzado las cejas en mueca perpleja dirigida al mago. El tiempo erupcionó en torno a él, sonoro de risas y voces bulliciosas en los abiertos portalones. Las aves relampaguearon, las nubes se embrollaron.

Merlín se encogió visiblemente bajo la sombra de su chapelo y habló con una voz exhausta, reducida casi al silencio. "Estoy usando mi poder como un pequeño dios en lugar de como un hombre." Se llevó al rostro sus manos huesudas y sacudió la cabeza, aturdido por la enormidad de la tarea que Dios había puesto ante él. "*¿Cómo?* Cómo podemos triunfar, si he de ocuparme de cada una de Tus criaturas mortales que venga a mí?" Tornó la faz entre sus manos a los cielos con un alarido en sus ojos fieros. "¿Cómo?" Luego, con un gran suspiro, aliviado al ver azules los cielos infinitos y bullendo de pájaros, aceptó su hado. Sus manos cayeron de las hundidas mejillas y sonrió cansinamente a Dagonet. "Ah, cómo, cómo, cómo... eso, mi inapreciable amigo, me toca a mí saberlo, ¿no es así?"

"No uo entiendo."

"Ni yo tampoco, querido Dagonet. Ni yo tampoco." Merlín señaló, más allá de la puerta de la ciudadela, a una luna de cinco días que sonreía sobre los restos carbonizados del bosque. "Ve y espérame allí, sirviente fiel, bajo los labios de la luna. Me encontraré contigo en cuanto haya reunido las cosas que necesito y serás hermoso otra vez."

Qué Antiguo el Mundo Es

Cuando el rey Arthor y sus comandantes emergieron finalmente de Camelot, una estrella ardía en las abrasadas profundidades del bosque. Momentos después, Merlín y un hombre asombrosamente hermoso surgieron del erial, con un mono brincando salvaje alrededor. Bors le susurró algo al rey y Arthor hizo llamar al jefe Aidan, que se hallaba entre la multitud en la corte interior del castillo.

"Aquí está el hombre al que ama tu hija", anunció el rey, mientras Dagonet, vestido de harapos como telarañas coaguladas, se arrodillaba ante él. "Merlín me ha informado de la ardua demanda realizada por él para establecer nuestro erario. Gracias a él, tenemos recursos ahora para reconstruir Cold Kitchen y ayudar a pagar los daños causados por Severus Syrax. Es un hombre noble, nuestro Dagonet, y le he nombrado canciller del tesoro. ¿Lo aceptas como yerno?"

Merlín se apartó de la muchedumbre bulliciosa, exhausto por el esfuerzo mágico que había transformado a Dagonet. Vagó hacia donde los carros de los muertos recogían los cadáveres. Sacerdotes y druidas y las familias de los desaparecidos peinaban los campos abiertos y los bosques incinerados en busca del resto de los caídos por el rey.

Cuervos y perros los buscaban también, más indiscriminadamente.

Sentándose en un tocón chamuscado, Merlín contempló lo que había hecho. Se sentía desconectado de sí mismo. Un frío febril ocupaba el lugar donde apenas minutos antes sintiera poseer el conocimiento del Grial. La copa sagrada quedaba perdida ahora, segura en algún santuario secreto del que nada sabía él.

La inteligencia del viento le trajo noticias de las cocinas de los vivos y del viaje de los muertos a los reinos minerales. El día acababa y pronto tendría que decir al rey que se había equivocado, que en realidad no sabía dónde estaba el Grial. Observó a una anciana cortar el largo cabello dorado al cadáver de un sajón, cabello que sería vendido para pelucas en los mercados del sur.

Un ángel llegó caminando a través de los ennegrecidos corredores del bosque. El mago se enderezó. El rostro argénteo era demasiado fulgurante para permitirle discernir las facciones, pero presintió que éste era el Señor del Fuego que velaba por Dagonet y que había ocupado Rex Mundi con todos ellos. El ángel se sentó junto a Merlín en el tocón y aquella frialdad febril en el interior del mago se desvaneció.

"Me alegra que hayas venido"', susurró Merlín, colmado de una belleza que se derramaba enteramente sobre él. "Aunque me sorprende. Vosotros los Señores del Fuego sufrís... ardéis. Yo recuerdo cómo era eso. Y sé que sois pocos, dispersos de extremo a extremo de la creación, todos trabajando tanto como podéis para mantener unidas vuestras frágiles ensambladuras... los complejos organismos y sociedades que habéis fabricado para honrar a Dios. Oh, sí, no lo he olvidado. Lo que hacéis es más que honrarla. Laboráis tan duramente, soportáis un sufrimiento tan doloroso ahí en el frío, porque creéis que es posible el retorno. Creéis que la luz del cielo que se ha congelado en el espacio dando lugar a la materia puede ser usada para construir máquinas que sean capaces de percibirla... a Ella... a Dios. El cerebro humano es una de esas máquinas, ¿no es cierto?"

El ángel se puso en pie y se fue caminando, sin dejar huellas en la hierba abrasada. Pero un aroma, como un montón de flores, irrumpió a través del hedor a cadáveres y la sensación de belleza que la mística entidad había infundido a Merlín perduró.

El mago asintió con un cabeceo como el del infirme anciano que parecía ser. "Hice bien en devolverle la hermosura a Dagonet después de tomar tanto de él. Eso es lo que has venido a decirme. Eres muy amable, pero no tenías que haberte molestado. Ya me recordaste con la suficiente intensidad en las tinieblas por qué me había puesto Dios allí. Y yo no he olvidado qué antiguo el mundo es... o por qué lo construís."

En el Jardín del Corazón

Dagonet, alto y hermoso como un mármol griego que hubiese cobrado vida de pronto, aceptó la gratitud del rey, la orgullosa bendición de Aidan y marchó hacia las masivas puertas de Camelot en busca de Eufrasia. Todo su cuerpo reverberaba con el recuerdo del relámpago, del poder mágico que minutos antes lo transformara. Lord Mono, encaramado a su hombro y alerta, ahuecado el pelaje, los ojos centelleantes, olía claro como el trueno.

Atónito por lo que el mago había logrado, Dagonet pausó entre las hileras de los tejos junto a la inmensa muralla de la ciudadela y miró atrás, esperando captar el ojo de Merlín para saludarle. Pero aquél estaba sumido en una sombría discusión con el rey y sus guerreros. Las manos grandes del taumaturgo, con las palmas hacia arriba, aducían

ignorancia. El rey y sus hombres cruzaban miradas desconcertadas y los que se hallaban sobre los corceles sable empezaban a desmontarlos.

Dagonet decidió que se enteraría más tarde de lo que les perturbaba. Ahora, quería encontrar a Eufrasia y descubrir por sí mismo si su demanda por el rey le proporcionaría el único tesoro que él ansiaba. Cruzó el ajetreado patio, esquivando a activos trabajadores del mercado que portaban carretones de vegetales y sacos de grano molido a las cocinas para el festival. El patio exterior bullía de soldados de los barracones que oreaban sus heridas al sol matutino, limpiaban las armas, o conversaban, algunos de forma huraña, excitada otros, sobre la batalla a la que habían sobrevivido.

Aidan lo había enviado al patio interior y luego al ala claustral de Lot en el castillo, donde vivían los celtas paganos de Arthor en Camelot. Los niños retozaban alrededor de un mayo que los druidas habían plantado en el césped para sus ceremonias del sol y las mujeres estaban sentadas bajo las sombras frescas de la columnata, charlando y cosiendo las prendas rotas. Un jardín de cipreses se abría tras el patio de la fuente gorgoteante, con arroyuelos orillados de flores que nutría su corriente. Eufrasia, vestida de túnica azafrán y peinado el cabello blondo en elaboradas trenzas que le caían por toda su larga espalda, estaba sentada en un musgoso peñasco, observando a los pájaros chapotear en el canal.

Lord Mono saltó a las cortinas de un sauce para explorar sus hirsutas profundidades y su excitado chirriar llamó la atención de Eufrasia. Cuando vio a Dagonet, se levantó y se amapolaron sus mejillas. Sabía ya, al mirarlo desde los adentros de su alma, que nunca podría acercarse lo bastante a él, no había cosa tal como bastante, no con este hombre. Y cuando Dagonet vino a ella, Eufrasia vio en la suave luz de sus ojos, en la dilatación de sus pupilas, que le abrían lo más profundo de su ser, que él la había tomado ya en sí mismo.

Contemplándose sin palabras, ambos supieron que habían emprendido el viaje juntos a ese lugar más allá de todo lugar, donde incluso el recuerdo perduraría ilimitadamente vivo y despierto, y todo lo que compartirían, todo ese difuso momento de su vida juntos, un futuro entero, yacía ante ellos como un hermoso y recurrente sueño.

Cielo Hondo como el Empíreo

Días después, cuando todos los caídos por el rey habían sido identificados y adecuadamente inhumados y cuando todos los enemigos muertos habían ardido y la poesía fúnebre del rey Wesc por sus guerreros había sido recitada sobre sus cenizas, la coronación del rey Arthor abarrotó las estancias de Camelot. En el patio central, había una plataforma engalanada con las banderas rojas y blancas del rey, y Arthor estaba sentado en el centro, en un trono de roble labrado con los intrincados símbolos del dragón y el unicornio de su linaje.

Las campanas de Camelot repicaron incesantes todo el día, callando sólo para la invocación y recitación de la supremacía del rey. Flanqueado por sus comandantes y atendido por su madre y el mago Merlín, Arthor recibió la bendición del arzobispo, que leyó en voz alta el reconocimiento oficial del papa Gelasius del título indisputable de Arthor como alto rey de Britania.

Tras ungir la corona del rey y ponérsela en la cabeza, el arzobispo dirigió la misa con Arthor y los sacerdotes dieron la eucaristía a la multitud. El hieros celta y sus druidas de verdes ropajes se arrodillaron también para recibir el pan santificado de

Librodot

Yesu, la Panacea Universal, y para beber del jugo de la viña que asciende hacia la luz. Urien tanto como Lot y sus hijos, Gawain y Gareth, se arrodillaron con ellos y dirigieron después la danza solar céltica en honor del rey. Sólo Morgeu estuvo ausente, negándose a tener que soportar la presencia de Merlín. No obstante, en honor de su hermano, cuyo amor había salvado a su hijo Mordred, colgó el águila roja del rey de las ventanas de sus aposentos y salió al balcón de su torre con el niño en los brazos, cuando el arzobispo colocó la corona ungida sobre la cabeza de Arthor.

Después, el rey y sus comandantes dejaron la plataforma y montaron sus corceles para desfilar por Camelot y guiar al pueblo en una marcha ceremonial alrededor de la ciudadela. Fue entonces cuando Ygrane los bendijo tal como había prometido; pero en lugar de sostener en alto el Grial como fuera su intención, alzó los brazos y clamó con voz potente a su hijo y a sus hombres: "Vosotros sois la esperanza de Britania. Vuestra sangre será las lágrimas de generaciones. Dones de Dios habéis venido a que se os den. Y lo que deis nos llevará a nosotros, vuestros seguidores, a los días de gratitud. Aferraos, guerreros bravos, a la fe en Dios y de uno en otro. Coraje, guerreros, contra el antiguo orden de brutalidad y de poder. Vosotros sois los protectores del manso; vuestra fuerza, campeona de la merced y el amor; y vuestra bravura defiende una orden peligrosa. Amad bien, y no habrá límite para el modo en que seréis amados."

Urien, desnudo excepto por sus botas de cabritilla, su correaje de piel de ciervo y una espada sujeta a la espalda, abrió el desfile, con su melena rubia como la sal volando libre en la brisa de primavera. Lot y sus dos hijos lo seguían, tan parcamente ataviados como el anterior, al modo de los antiguos celtas que vivían para sentir de nuevo la bienaventuranza del día tras la batalla fiera. Marcus, blondo y barbado como un sajón, cabalgaba orgulloso después, tremolando la bandera blanca del rey con el águila roja. Bors Bona, cuya roma estructura centelleaba en el bronce pulido de su yelmo y su coraza, aceptó la tumultuosa gratitud de la muchedumbre con la espada en alto. Llegaron luego Kyner y Cei vestidos de túnicas blancas con cruces rojas, portando entre ellos el estandarte del Chi-Ro. Bedevere marchó después, ataviado con todos los arreos de batalla, volviendo a menudo un ojo protector hacia el rey, que cabalgaba riendo como un muchacho entre el adulador gentío, con los brazos triunfantes en alto y el rostro alegre alzado hacia un cielo azul hondo como el empíreo.

Un Amanecer de Mariposas

Semanas más tarde, en el aniversario del día de verano en que sacara la espada Excálibur de la piedra, el rey Arthor dejó Camelot durante la oscuridad que precede al alba. Solo, con Bedevere como una sombra distante, cojeó por la campiña, por los herbazales de las tierras altas, hasta los bosques tras la ciudadela. Quería solitud antes que los festejos del día empezaran. Necesitaba tiempo para reflexionar en lo que aquella fecha significaba para él.

Todo un año había pasado desde que perdiera la libertad del anonimato. Tras las batallas y el carnaje, la carga más pesada para él como rey era la fama. Nadie lo veía ya como un hombre. Él era el medio de sus ambiciones y quien reclamaba sus lealtades. No había nadie con quien pudiera hablar sencillamente, de hombre a hombre. Y no habría sin duda ninguna mujer que pudiese aceptarlo simplemente como un hombre. Tal era el peso de la verdad de su vida.

El deseo que, un año atrás, lo había hecho vulnerable a la seducción de Morgeu añadía su lastre a esta verdad. Él sentía deseo. Todo el mundo parecía portar ese deseo.

Librodot

Quieto por fin en el nemoroso acantilado, sobre una catarata que se vertía de las montañas al río y viendo las rocas en la oscuridad allá abajo como bañadas en leche, lo aturdía el deseo de la corriente por el mar. Era ése un poder que nadie podía resistir, ni siquiera un rey. Tendría que encontrar una mujer... su mujer. Tal era su demanda personal, tan urgente y necesaria como el peregrinar del río.

Pero había otra misión que lo llamaba. El Grial no había aparecido aunque se había registrado hasta el último rincón de la ciudadela. Merlín decía que los ángeles se lo habían llevado y quería dirigir su búsqueda por todo el reino. Envuelto en épicas y sagradas leyendas, el cáliz ofrecía a sus guerreros un propósito distinto de la guerra, aseveraba el mago. Los unía en una ambición más grande que el combate. Pero Arthor necesitaba a sus comandantes para servicios más cotidianos: patrullas contra los incesantes invasores, protección de los caminos y las villas distantes, y mantenimiento de las propiedades municipales, puentes, presas, puertos y las deterioradas carreteras. ¡Tanta labor!

Se sentó en el suelo y contó las nubes, rosadas y albaricoques a la luz emergente. La herida de su muslo palpitaba. No había curado limpiamente, a pesar de los excelentes cuidados de sus doctores. Merlín temía que fuera una herida sobrenatural, su reino lisiado por las muertes de los muchos britones que habían muerto oponiéndosele. El Grial podía curarla y de ello el mago parecía estar seguro. *El Grial... el Grial...*

Una confusión de campanas resonó desde los prados bajos, anunciando el día: maitines, pastores que llevaban sus rebaños a pacer, zagalas que llamaban a sus gansos. En la creciente aurora, miró abajo las torres de Camelot, los campos brumosos, el bosque abrasado y los techos de Cold Kitchen, aún en reparación, con sus aparatosos andamiajes. La escena encendió su corazón. Éste era el centro de *su* reino... la gloria a la que él servía. Aquí estaba el secreto de sí mismo que él sabía que guiaba a una muerte feliz: el frío en el aire, los techos de paja, las volutas de humo de los hogares, un perro junto a la puerta, setos al final de la vereda, espinos y olmos, y laderas de flores medio despiertas.

Arthor permaneció sentado sin moverse mientras el sol luminante aclaraba los montes y agitaba las nieblas en el valle hasta hacerlas moverse como invisibles corceles. Un amanecer de mariposas descendía por los altos riscos con luz de sol rojiza. Más allá de las cenizas y la escoria de los campos, donde la sangre de los muertos había empapado la tierra, acres de flores eclosionaban: lilas elevaban sus pálidas antorchas y las doradas trompetas de los narcisos temblaban en el viento desmadejador. Y por todas partes sobre los capullos, se arracimaban las mariposas, revoloteando con ajetreado amor como almas redimidas de la noche, libres de dolor y de terror, libres por fin de crecer en la belleza y la luz.

Librodot